Antonio José Ponte

DESFILA LA HABANA

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

ANTONIO JOSÉ PONTE
DESFILA LA HABANA

TUSQUETS
EDITORES

Índice

Uno

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12

Dos

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11

Tres

1

2
3
4
5
6
7
8

Cuatro

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
Agradecimientos
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

—He venido porque somos viejos amigos.
—Nos desvirgaron en habitaciones contiguas.
—Por todos los santos, aquello fue en La Habana.

Don DeLillo, *Libra*

Uno

1

Fleming no se sentía a gusto en esa fiesta.

Fleming, Ian Fleming.

La celebración anual de la editorial Jonathan Cape reunía en Londres a los autores de su catálogo y, puesto que la sede en 30 Bedford Square no era lo suficientemente amplia como para invitar a todos, los dividían por orden alfabético en dos fiestas sucesivas.

O al menos eso querían hacer creer los de la editorial.

Ian Fleming acababa de publicar otra novela del agente 007, James Bond, que recibía buenas críticas y era un éxito de ventas. Y pensar que mientras la escribía había sentido la tentación de matar a su protagonista… Empezaba a cansarse de James Bond, lo cual no resultaba extraño en tales casos. Le ocurrió a Arthur Conan Doyle con Sherlock Holmes, al que mató para verse obligado luego a revivirlo.

Ian Fleming tuvo la suerte de consultar su caso con Raymond Chandler, a quien respetaba como escritor y a quien consideraba un amigo. Recibió una andanada de ánimo de Chandler y terminó por salvar al agente secreto James Bond de morir por envenenamiento. Le entregó su manuscrito al editor y, un par de meses antes de que los primeros ejemplares aparecieran sobre las mesas de novedades de las librerías, Fleming trabajaba ya en el siguiente de la saga. Había regresado a Goldeneye, su casa con playa privada en la costa norte de Jamaica, y contaba con un buenísimo título.

La fiesta suya en Jonathan Cape era la de la primera mitad del alfabeto, aunque Fleming sospechaba que en realidad los autores eran separados por orden de relevancia y a él lo destinaban a la fiesta de los segundones.

Echó una ojeada al salón, dio un sorbo a su copa. Tuvo que admitir que, en el mejor de los casos, los allí presentes gozarían de buenas ventas, aunque no del beneplácito del señor Cape.

Y, en efecto, a Jonathan Cape no le gustaba la prosa de Ian Fleming y durante algún tiempo hizo lo imposible por no conocerlo. Cape estaba

convencido de que la personalidad de aquel autor iba a gustarle tan poco como su escritura, y si accedió a publicar su primera novela fue debido a las presiones del resto de los directores de la editorial. De manera que, luego de comprobar que su libro no iba mal de ventas, se aseguró de no tener que leer una página más de Fleming.

Para empeorar todavía más las relaciones entre editor y autor, Ian Fleming se empeñó en discutir los detalles de su contrato. Exigió que le fueran entregados dieciséis ejemplares de cortesía, y no seis, como era costumbre de la casa.

Fleming tenía reputación de osado, Cape de tacaño y, como no lograban ponerse de acuerdo, el novelista sugirió que resolvieran la cuestión lanzando una moneda.

El método contravenía los principios cuáqueros del editor, pero Cape aceptó con tal de quitarse al otro de encima.

Y, para disgusto de Fleming, la moneda favoreció a la editorial.

«Me temo que no nos encontramos en la verdadera fiesta, Norman».

Entre toda la gente reunida allí, Ian Fleming conocía un poco a Lewis.

Lewis, Norman Lewis.

«¿La verdadera fiesta?».

Norman Lewis, escritor de libros de viajes, ambicionaba ser apreciado como novelista. La editorial Jonathan Cape imprimía sus libros con este reclamo en la cubierta: «El mejor escritor de viajes de nuestra época, si no el mejor desde Marco Polo». Una exageración, sin dudas, pero la clase de exageraciones que vendía ejemplares.

«Tendremos que reconocer que no estamos entre los favoritos de nuestro editor, ¿no te parece? Ésos van a la otra fiesta».

Norman Lewis no veía razones para descreer de la división por apellidos. Sin embargo, la de Fleming le pareció una hipótesis graciosa.

«El orden alfabético no se sostiene en pie como coartada. De lo contrario, ¿qué hacen aquí esos dos?».

Fleming apuntó con su vaso a un par de invitados. Gente de la segunda mitad del alfabeto, como debió aceptar Lewis.

Norman Lewis poseía curiosidad por el prójimo, una cualidad imprescindible entre los escritores de viajes, y era capaz de dedicar a Fleming la misma simpatía que a los desconocidos con quienes se tropezaba en sus andanzas por el mundo y que luego metía en sus libros.

Lewis llegaba al colmo de considerar simpática la expresión de ira tan frecuente en el rostro de Fleming.

«Leí tu última novela, Norman. Me gustó mucho la Guatemala que aparece en ella. Excelente. Una novela excelente. Por momentos, poética».

«¿Poética?».

«Poética».

«¿En el buen o en el mal sentido del término?».

«¿Es que existe un mal sentido del término?».

«Tratándose de prosa, supongo que sí».

«Hablo entonces de una novela poética en el buen sentido del término».

Norman Lewis intentó mostrarse recíproco. Admitió que no escuchaba más que buenas opiniones de la aventura más reciente del agente secreto Bond y que tales opiniones lo animaban a leerla cuanto antes.

Mentira todo.

«¿Escribes poesía, Norman?».

Lewis reconoció que no. Ni siquiera de joven había escrito poemas, y acababa de cumplir cincuenta años.

También Fleming acababa de cumplir los cincuenta. Cotejaron las fechas de sus cumpleaños, una en mayo, la otra en junio, ambas un 28, y brindaron por tal casualidad. Lectores de poesía los dos, conversaron acerca de sus poetas preferidos.

W. H. Auden, T. S. Eliot y, fuera de la lengua inglesa, Federico García Lorca.

Federico García Lorca era el poeta favorito de Lewis.

«¡García Lorca! ¡Federico García Lorca! Supongo, Norman, que lo leerás en español».

«Así es».

«¡Magnífico!».

Ian Fleming se mostró interesado en los viajes del otro por Centroamérica. Tan interesado, que acabó sometiéndolo a un interrogatorio.

Un interrogatorio que obedecía a una triple curiosidad suya.

En primer lugar, a la curiosidad de novelista, por insoportable novelista que fuera Fleming.

En segundo lugar, a la curiosidad de periodista especializado, a cargo de la sección internacional de *The Sunday Times*.

Y en tercer lugar, a la curiosidad de agente secreto. La curiosidad de quien

había servido durante la guerra como asesor del jefe de la inteligencia naval británica y aún mantenía nexos con algún departamento.

Un departamento especializado en América Latina, sospechó Lewis.

«¿Conoces Cuba, Norman?».

Norman Lewis había visitado La Habana en tres ocasiones.

«¿Has estado por allí recientemente?».

No, no recientemente.

Fleming preguntó si tenía publicado algo acerca de esos viajes a Cuba.

Nada publicado, al menos por ahora. La Habana de Lewis se hallaba en los apuntes de sus cuadernos.

El hecho de que no hubiese publicado sobre Cuba pareció satisfacer a Fleming.

«¿Han sido largas tus estancias allí?».

Una de ellas, de varios meses.

«¿Conservas allí amistades?».

¿En Cuba? Lamentablemente, no.

«Me parece perfecto».

Lewis asintió en automático.

«¿Perfecto para qué, Ian?».

«Preferiría explicártelo en otra ocasión. Cuando volvamos a vernos».

Ahora tenía que abandonar la fiesta, pero qué le parecía a Norman si almorzaban juntos al día siguiente. ¿Conocía el White Tower?

Lewis lo conocía. En ocasiones cerraba allí trato con proveedores de su tienda.

Norman Lewis tenía en Londres una tienda de cámaras y artículos fotográficos.

«¿Qué me dices de almorzar mañana en el White Tower?».

Perfecto para él, allí se verían.

Fleming colocó su copa vacía en una de las estanterías.

«Para el año que viene, que no cuenten conmigo».

Lo dijo en voz tan baja que Lewis se vio obligado a preguntarle qué había dicho.

«Norman, ni tú ni yo nos merecemos esto. Después de la novela que has publicado, no te mereces esto».

Respecto a su propia novela, Fleming no comentó nada.

«Ya hablaremos mañana».

2

Abierto en el primer número de Percy Street, una calle de edificios georgianos del distrito de Fitzrovia, el White Tower contaba con una clientela de empresarios, políticos y gente de cine. El propietario era griego, servían platos griegos y preparaban un delicioso pato asado, ideal para dos comensales con hambre.

Ian Fleming era asiduo del White Tower y durante el almuerzo Lewis descubriría que podía comportarse tan puntillosamente ordenando un menú como al emprender las descripciones de sus novelas.

Las búsquedas de precisión de Fleming acababan por embrollarlo todo. Al ordenar el pato asado, se extendió en detalles acerca de su preparación.

Habría que contar con un pato Aylesbury, puntualizó.

Un pato pekinés no serviría, pues su carne no resultaba tan sabrosa.

El pato Aylesbury tendría que ser de tamaño grande y plumaje blanco. No debería superar las siete semanas de vida y, en cuanto a su peso, de aproximadamente cinco libras.

Allí en el White Tower era recomendable ordenar el pato asado nada más reservar mesa, pues solamente asaban unos pocos al día. Aunque, siendo él cliente habitual, podrían saltarse esa convención.

«Comeremos el mejor pato asado de Londres».

Lewis le aceptó la retahíla de detalles como si nunca hubiera estado allí.

«Ayer te pregunté si leías a García Lorca en español y la razón de esa pregunta es que estaba interesado en conocer con qué armas contarías para el viaje».

«¿Armas?».

«Armas».

«¿Cuál viaje?».

«Un viaje que deseo proponerte».

Espléndido. A Norman Lewis le apasionaban los viajes. También las armas.

«Calculo que más aún si te ofrecen material para un buen libro».

«Sin dudas».

Ian Fleming quiso saber si Norman Lewis estaba dispuesto a viajar a La Habana.

«Con gastos cubiertos, por supuesto».

Ahora Lewis esperaba oírle tantos detalles como los que escuchó acerca del pato asado.

«*The Sunday Times* te extendería una credencial de reportero y proveería los fondos necesarios. Te hospedarías en el hotel Sevilla-Biltmore».

Lewis quiso saber qué clase de artículos deseaba *The Sunday Times*.

«Verás, Norman, no se trata exactamente de eso».

«¿No?».

«No. Aunque publicaríamos con gusto los artículos que nos envíes. ¿Qué tal está el pato?».

«Excelente».

«¿Verdad que sí? Bien, en La Habana contactarías a determinadas personas y me mantendrías informado acerca del ambiente que encuentres».

«¿El ambiente en La Habana?».

Fleming asintió.

«¿Leíste, hace unos meses, en *The New York Times*, la entrevista con el jefe de la guerrilla en Cuba?».

«Castro».

«Castro, Fidel Castro».

«La firmaba Herbert L. Matthews».

«Matthews, Herbert L. Matthews. La versión del gobierno cubano era que habían eliminado a Castro. Matthews subió a las montañas, logró entrevistarlo y desmontar con ello tal versión. El gobierno acusó a Matthews de inventarse una entrevista con un muerto, y el periódico publicó la fotografía en la que aparecían juntos entrevistado y entrevistador».

«Un buen golpe periodístico».

«Sin duda alguna. La cuestión…».

Fleming se interrumpió para saludar a una pareja que salía del restaurante, productor de cine y actriz.

Les presentó a Lewis. Mencionó la novela de Guatemala, con volcanes y momentos de poesía.

El productor de cine demostró interés por los volcanes, pero su interés se

extinguió en cuanto oyó mencionar la palabra poesía.

«La cuestión, Norman, es si ese Castro, Fidel Castro, cuenta con oportunidad de hacerse del poder».

Era un asunto que sobrepasaba los intereses de la sección internacional de *The Sunday Times*, comprendió de inmediato Lewis. Fleming, él y el pato a medio comer se encontraban en los predios de la inteligencia británica.

«No me fío de la información que llega desde Cuba. Cada vez se hace más difícil considerarla como información fidedigna. Y me refiero tanto a la de nuestra embajada como a la del Foreign Office. En La Habana, en el hotel donde te hospedarías, vive desde hace más de una década mi amigo Ted Scott».

Lewis no recordaba haber escuchado ese nombre.

«Scott, Ted Scott. Perteneció a la División de Operaciones Especiales durante la guerra. Edita en La Habana el único diario en inglés de la ciudad».

Ian Fleming desdobló un papel.

«Quiero que leas esta carta suya».

La carta de Ted Scott, fechada dos semanas antes, notificaba que el ejército del presidente Batista mantenía cercadas a las fuerzas de Castro al oriente de la isla. La aviación bombardeaba las posiciones de la guerrilla, Washington apoyaba a Batista pese a no venderle armas ya, y aquello concluiría muy pronto.

«No me creo que sea exacto lo que Ted ha puesto ahí».

Fleming se guardó la carta. Confesó que el remitente de aquella carta le había servido de modelo a la hora de crear a su héroe James Bond.

Uno de los modelos, consideró necesario puntualizar.

Norman Lewis dedujo de ello que Ted Scott sería un tipo alto y atlético, atractivo para las mujeres y arriesgado hasta el límite.

«En La Habana vive Hemingway».

Ernest Hemingway. Ian Fleming era un fanático lector suyo. Había leído cada uno de sus libros varias veces y, tal como reconocían sus amistades, era capaz de fabricar frases enteras en el muy particular estilo del narrador estadounidense.

«No sabría decir hasta qué punto la lección de Hemingway marca la prosa de mis novelas».

«Siempre resulta difícil determinar algo así».

Lewis lo decía sinceramente.

«Hace unos seis meses le envié una carta».

«¿A Hemingway?».

Fleming asintió.

«No nos conocemos personalmente y, no obstante, le escribí. ¿Lo conoces tú?».

«De leídas solamente».

«¿Admiras lo que él escribe?».

«Mucho».

Fleming se mostró complacido por esa otra coincidencia.

«Pues bien, corrí el riesgo de escribirle».

«¿Y él respondió a tu carta?».

Ian Fleming negó, desalentado.

«Jonathan Cape publica los libros de Hemingway. Publica tus libros y publica los míos. ¿Qué crees, Norman? De haberse encontrado ayer en Londres, ¿crees que Hemingway habría asistido a la misma fiesta que nosotros?».

«De atenernos al orden alfabético, creo que sí».

«Fleming… Hemingway… Lewis…».

Ian Fleming se lo pensó por un momento.

«No, no lo creo. Él está por encima de todo el abecedario».

Tan grande era.

«El caso es que no contestó mi carta. Y he pensado que Cape podría escribirle notificándole que Norman Lewis, autor de su catálogo, desea visitarlo en su casa de las afueras de La Habana. Podrías pedirle ese favor a Cape, ¿no te parece?».

Lewis no veía problema en ello.

«Dime una cosa, Norman, ¿Cape te ha invitado a almorzar alguna vez?».

Sí. En cinco o seis ocasiones. Lewis no estaba seguro del número de almuerzos compartidos con Cape.

«Yo no he tenido ese honor».

«Lo siento, Ian».

Fleming parecía cifrar tantas posibilidades en un almuerzo con Jonathan Cape que no sabía por dónde empezar con sus preguntas.

«En esas cinco o seis ocasiones en que almorzaron juntos, ¿Cape te ha hecho algún comentario acerca de un manuscrito tuyo?».

Lewis se echó a reír.

«Lo que hace siempre es animarme a entregarle un libro sobre Nelson».

«¿El almirante Nelson?».

«Horatio Nelson».

«¿Y por qué razón? ¿Es una de tus especialidades? ¿Marina de guerra? ¿Campañas napoleónicas?».

«Ni por asomo».

«¿Y entonces?».

«Pues no lo sé. Supongo que el tema le apasiona».

Fleming pareció sopesar el dato.

«Jonathan Cape tendrá mucho interés en que visites en La Habana a Hemingway».

«¿Qué te hace creerlo?».

«¿No lo ves? Ya han pasado algunos años desde que publicó *El viejo y el mar*, vino luego el Premio Nobel, y los de la editorial estarán preguntándose qué sigue».

«Bien, ésas son las razones de Cape. Ahora dime las tuyas».

«Volví a leerme su novela de la guerra de España».

«*Por quién doblan las campanas*».

«Esta vez la leí muy atentamente. Despacio, muy despacio. Como si estuviese escrita en lenguaje cifrado».

«¿Y qué sacaste en claro de esa lectura?».

«Saqué en claro que quien ha escrito una novela como ésa tiene que ser un agente».

«¿Un agente secreto, quieres decir?».

Fleming asintió.

«Probablemente en activo».

«¿Probablemente?».

«Hablamos de una altísima probabilidad».

La guerra había terminado trece años antes, estaban en 1958. Norman Lewis no veía razón ninguna para que Hemingway continuara de servicio, si es que alguna vez lo había estado. Hasta donde lograba conjeturar, Ernest Hemingway no pertenecía a esa clase de patriota.

«Me han llegado rumores de que él, buen conocedor de las técnicas de guerrilla como demuestra su novela, subió a las montañas del este de Cuba para verse con Fidel Castro».

«¿Se trata de rumores fiables?».

«No sabría contestar a eso, Norman. En cualquier caso, él estará al tanto de cuanto ocurre en el país donde eligió vivir».

Por el tono empleado por Fleming, lo que ocurría o estaba por ocurrir en Cuba era un asunto de la mayor trascendencia.

«¿Recuerdas que Matthews describió a Castro como un héroe romántico?».

Lewis dudó de que fuera ése el término utilizado por Herbert L. Matthews en la entrevista con el guerrillero cubano.

«Héroe romántico. Fueron precisamente estas palabras las que hizo imprimir Matthews».

«De acuerdo, Ian, no lo pondré en duda».

«¿Sabes, Norman? Puedo preciarme de tener buen ojo para esa clase de héroes».

¿Acaso no era él el inventor del agente 007, James Bond? Ernest Hemingway era otro dotado de buen ojo para detectar héroes.

«Se trata de una especie que escasea después de terminada la guerra».

Fleming recorrió con la vista el interior del restaurante como si fuera a descubrir allí algún representante de aquella especie.

«Un héroe romántico es una piedra única. Una piedra sumamente preciosa».

Habría podido deleitarse desarrollando esa metáfora, pero la guardaría para más tarde. Contaba con hacerlo por escrito.

«Y creo que estaría bien asegurarse de que Castro está hecho de ese material».

Lewis estuvo a punto de preguntar qué importancia tenía la heroicidad de un guerrillero en una pequeña isla del Caribe.

«Irías a La Habana con una doble misión».

«¿Una doble misión?».

Ian Fleming asintió.

«Primera misión: investigar por dónde van los tiros en aquellas montañas».

Lewis asintió.

«Segunda misión: investigar por dónde van los tiros en la mesa de trabajo de Ernest Hemingway».

Lewis sonrió ante el paralelismo.

«¿Qué dices a esto, Norman?».

«Te digo que cuándo».

Fleming no se lo pensó ni un segundo.

«Cuanto antes».

Lo que ocurría o estaba por ocurrir en Cuba, un asunto de la mayor trascendencia, parecía también urgente.

«¿Tenemos un trato entonces?».

Norman Lewis asintió. Lo tenían.

Ian Fleming pagó la cuenta del almuerzo, dejó su propina habitual y le estrechó la mano.

Simple o doble, aquella misión en La Habana le venía de maravilla en sus actuales circunstancias. Lewis tenía por costumbre anotar en lengua rusa todo cuanto deseaba mantener fuera del conocimiento de su esposa y en los últimos tiempos esas notas en ruso se habían hecho tan frecuentes que perfectamente podría ser acusado de espía a sueldo de Moscú.

Norman Lewis acababa de cumplir cincuenta años y varios de sus amigos de su misma edad habrían dado cualquier cosa por conocer ruso o un lenguaje cifrado en el que poder aclararse, a cubierto de intromisiones maritales, qué era lo que pasaba en sus vidas.

3

A Ernest Hemingway le encantaba volver a París. Se metía en la vorágine de la ciudad sin nada de entrevistas ni publicidad, como si entrara a un lugar paradisíaco por la puerta trasera. Allí podía olvidarse del estado de su barba, no se veía obligado a cortarse el cabello. Se sentaba en cafés donde no lo reconocían y, en caso de ser reconocido, nadie armaba alharacas por ello.

En esos establecimientos seguían los mismos camareros de siempre. Él recordaba sus nombres y los saludaba como si hubieran dejado de verse pocos días antes. Apreciaba la discreción de la que hacían gala. Podrían haber leído cualquier rumor acerca de él en los periódicos del día, que no le harían la más mínima alusión.

Como siempre que volvía a París, deseaba ver cuadros nuevos y reencontrarse con los maestros de los que sacaba lecciones para su trabajo. Iba decidido a descubrir restaurantes baratos donde sirvieran buena cocina familiar, así como nuevos restaurantes de lujo. Mary y él recorrerían las viejas calles queridas, se pondrían al tanto de los caballos con probabilidades y apostarían en Auteuil.

Mary y él habían iniciado su relación en París, en el Hotel Ritz. Ella era por entonces reportera de la sucursal londinense de Time Life y estaba casada, su esposo cubría la contraofensiva aliada contra los japoneses en el sudeste asiático. La había visto por primera vez en Londres, en el White Tower. Coincidieron luego en París, estaba sola, él se mostró insistente, y consiguió que acabara mudándose a su habitación del Ritz.

Y, una vez que la tuvo allí, dispuso en el baño de la habitación un retrato del marido de Mary, al que se dedicó a dispararle con su automática.

Destrozó el retrato. Destrozó las piezas de porcelana del baño.

Volver al Ritz era como renovar los votos de la relación tempestuosa que ambos sostenían.

Algo por ese estilo creía Mary.

Charlie Ritz, el propietario y descendiente de propietarios del hotel, se

encargaba de darles la bienvenida y de agasajarlos.

Charlie era alguien con quien se podía conversar de pesca, un gran pescador. Y, desde que el *Herald Tribune* tergiversara las declaraciones suyas y lo presentara quejándose de estar hospedado en una habitación tan pequeña del Ritz que tenía que escribir en el baño, Charlie les ofrecía el mejor espacio disponible.

En varias ocasiones, la suite de Marlene Dietrich, la espléndida 52-53.

Georges, el jefe de camareros, continuaba al pie del cañón. El tiempo no parecía pasar por él, siempre delgado.

Era con él, con Georges, con quien había que tratar de caballos. Georges contaba con pronósticos llegados de la sala de los *jockeys*. Él se hacía de ejemplares de *The Racing Form* y *Le Turf*, estudiaba cada una de las carreras y celebraba conciliábulos con Georges.

Antes de partir rumbo a Auteuil, Bertin les servía un último trago en el pequeño bar que daba a la calle Cambon.

En Auteuil, mientras escrutaban los caballos, él no podía menos que recordar a Degas, que no era el nombre de un caballo o de un famoso *jockey*, sino el del mejor pintor de caballos del mundo.

Porque nadie en el mundo pintaba caballos como Degas y no existía obra mala suya.

Ninguna.

Y cuando él decía ninguna, era ninguna. Degas era un pintor de caballos infalible.

Lo mejor de esta última estancia en el Ritz había sido, sin embargo, el descubrimiento de un baúl dejado en depósito por él treinta años antes.

Más que un baúl, aquello era una cápsula del tiempo. Había sobrevivido la ocupación alemana, la liberación de París y volvía ahora a sus manos. Dentro de aquel baúl encontró viejas camisas, ropa de esquiar, antiguas pertenencias exentas de valor y un montón de recortes de prensa. Y, entre aquellos papeles, un manuscrito suyo en el que contaba los primeros años en París, cuando el dinero no le alcanzaba ni para pedir una copita de kir a Bertin y, sin embargo, era feliz.

Feliz con su primera mujer y su primer hijo, en el apartamento de la calle Notre Dame des Champs que daba a un aserradero.

Aquel manuscrito era un regalo providencial, lo supo de inmediato, porque existía en él un libro.

Un libro bastante adelantado, calculó. Fácil de rematar en medio de los largos proyectos que arrastraba.

Iba a ser un libro sin peces espada, leones ni batallas, pero con una historia hermosa y fuerte. El libro de su amor por la ciudad a la que volvía siempre para retomar el hilo de su vida. Su libro de París.

Guardó el manuscrito en su portafolio de cuero desgastado y en el viaje de vuelta a La Habana mantuvo el portafolio siempre a mano. Tenía decidido ponerse a trabajar en aquel libro apenas llegaran a Finca Vigía.

Tenía cincuenta y ocho años. Al cumplir los cincuenta había anunciado el propósito de defender su título. Hablaba de su puesto en la literatura como si se tratara de un título boxístico. Ganó su título a los veintitantos años, se vio obligado a defenderlo a los treinta y otra vez a los cuarenta. Y a inicios de la cincuentena creyó ratificarlo con la publicación de *Al otro lado del río y entre los árboles*, al que consideró el mejor de sus libros.

Los críticos, sin embargo, lo vapulearon sin contemplaciones, y estuvo a un tris de perder la primacía.

Por suerte, tanto la crítica como los lectores se rindieron ante la historia que escribiera a continuación, la del viejo pescador empeñado en pescar un gran pez, y así pudo confirmar su titularidad.

Desde entonces no había publicado libro alguno y se avecinaba el cierre de otra década. Pero con el manuscrito que cargaba en su portafolio podrían ir imprimiendo ya los carteles que anunciaran la gran pelea.

Ernest Hemingway subiría al ring a demostrar cuán gran campeón era.

Se citaba en el ring con los mayores colegas vivos y también con los grandes muertos.

Había comenzado despacio, muy despacio, hasta ganarle la pelea al ruso Iván Turguénev.

Se esforzó luego hasta superar al francés Guy de Maupassant.

Podía vanagloriarse de sus dos empates con el también francés Stendhal.

Su atrevimiento contaba, sin embargo, con un límite, y ese límite era Tolstói.

Ruso y conde, por más señas.

Nadie en el mundo lo haría subirse al ring para enfrentarse a León Tolstói.

A no ser que se volviera loco o mejorara muchísimo en su técnica.

Porque cabía esta posibilidad de mejoría, quién podría negarla.

En el bar del Ritz, en el centro del corro de amigos, él rendía homenaje a

los viejos entrenadores franceses que lo enseñaron a pelear.

Declaraba, una a una, sus deudas con esos entrenadores.

Con monsieur Flaubert, siempre pegando a dar, con fuerza y hasta el fondo.

Con monsieur Baudelaire, quien lo enseñó a pegar con elegancia.

¿Y monsieur Gide?

¿Y monsieur Valéry?

De esos dos no había alcanzado a aprender nada.

Tal vez monsieur Valéry fuera demasiado listo para él, concedía.

Y para rematar su recitación de deudas, soltaba la frase favorita de sus borracheras.

«Y bien, ¿qué les parece ahora, caballeros?».

¿Y qué iba a parecerle a los de su corro? ¡Magnífico! Alzaban sus tragos por un tipo tan genial como Ernest.

Estaba encantado de volver a París, de volver al Hotel Ritz, pero ahora necesitaba regresar cuanto antes a La Habana, a su casa en las afueras de La Habana.

Regresar a Finca Vigía dispuesto a centrarse en la reválida del título.

Dejó a Mary y Juan, el chofer, ocuparse de la treintena de maletas. Él fue a depositar el viejo portafolio de cuero sobre su mesa de trabajo.

Antes de servir los primeros tragos, Mary examinó el huerto.

En el huerto de Finca Vigía crecían tomates, brócoli, pimientos, acelga, cebolla, remolacha, maíz y yuca.

El jardín estaba repleto de marpacíficos y jacarandas.

Las palomas sobrevolaban dándole la bienvenida. Mary había hecho construir una atalaya de tres pisos que servía de estudio a Ernest. Hogar de gatos y carpintería en el primer piso, almacén de trofeos de caza en el segundo y, señoreando la torre, el espacio de trabajo de Ernest.

White Tower. Fue bautizada con el nombre del restaurante londinense donde se encontraran por primera vez.

Mary examinó el estado de la rosaleda plantada por ella al perder un embarazo, cuando los médicos le confirmaron que nunca podría tener hijos.

Examinó la piscina, el cementerio de animales domésticos con sus lápidas.

El jazmín subía cada vez más alto por el tronco de la ceiba de la entrada. Las raíces de la ceiba se metían por debajo del piso de la casa, desnivelando las baldosas del salón.

Descalzada para servir los tragos de bienvenida, ella sintió el frescor y el desnivel del piso.

Habían tenido un viaje espléndido y ahora estaban de vuelta.

Ernest había escrito en uno de sus cuentos que el Ritz le encantaba, pero Cuba le venía mucho mejor.

Existían momentos como éste en que así lo parecía.

Y podía creerse que sería así por siempre.

4

Vic pensó tomarse otro café con leche, pero prefirió esperar a su almuerzo con Leque. Se esquinó en la barra, sacó el periódico y se dedicó a terminar su crucigrama.

El dependiente preguntó si le ponía un segundo café con leche.

«Y un día en el camino que cruzaban nuestras almas, se alzó una sombra de odio que nos separó a los dos».

¿Eso era un sí o un no?

Lo llamaban Vic, no por recortarle el nombre de Víctor que no tenía, sino Vic por victrola. Porque acostumbraba a soltar una frase de canción como respuesta, sin que viniera a cuento, por razones que él no sabría explicar ni tampoco ninguno con los que se paraba a conversar, y eso que era media Habana la que se paraba a conversar con Vic.

Allí donde hubiera una victrola, su rincón era el rincón de la victrola. Vic levantó la vista del crucigrama y miró a su alrededor como si acabara de despertarse en aquel café, a un par de cuadras de donde almorzaría con Leque.

Tocó la taza vacía para que se la anotaran en su cuenta. Pasó el periódico doblado al dependiente y le comentó que nada.

Lo cual significaba que no valía la pena ponerse a leer nada de lo que venía impreso en él.

Esas calles de La Habana Vieja contaban con pocos anuncios lumínicos y el del Lafayette, con el nombre del restaurante en una tipografía igual a la de un Bel Air, estaba iluminado como si no brillara el sol. El anuncio avisaba que adentro contaban con buen aire acondicionado.

Leque esperaba en su mesa de siempre, tomándose una Hatuey.

«Así que usted es el doctor Leque, abogado y director de *Fenomenal*».

«Y usted Vic, el que se las sabe todas».

Leque esperó a que se sentara para deslizarle un sobre marrón bajo la servilleta.

«Otra muesca en la culata del Winchester».

Vic se guardó el sobre.

«¿Nos mudamos finalmente, Doc?».

«Finalmente».

«¿Y dejarás de venir por aquí?».

«Qué va, el bufete sigue aquí en La Habana Vieja».

Leque tenía su bufete de abogado a tres cuadras del Lafayette y acababa de abrir en El Vedado las oficinas de *Fenomenal*. Hasta ayer mismo llevaba sus casos y armaba los números de la revista en el mismo local. Ahora separaba los dos negocios y dejarían de mezclarse los clientes a los que defendía con las jóvenes aspirantes a aparecer, ligeras de ropa, en las páginas de la revista.

«¿Y qué hay de Maggie?».

«Está por llegar».

«Te pregunto dónde queda ella».

Cuando Leque sonreía, mostraba unos dientes pequeños, infantiles.

«Maggie es la revista, Vic. ¡Al Vedado!».

«¿Encontraste ya un pollo que atienda el bufete?».

«¡Los pollos al Vedado! Aquí va a quedar el sufrimiento y la lenta agonía de la justicia».

«Ustedes dirán, caballeros».

De tan acostumbrado, el camarero podría haberse ahorrado la ceremonia.

«Para mí un bistec con papas fritas y otra Hatuey. Y acá…».

«Acá, lo de siempre».

«¿Un café con leche?».

«Un café con leche».

«Pues ya está, caballeros. Muchas gracias».

Hablaron de apuestas. Ninguno de los dos andaba en buena racha.

«Espero que no me hayas sacado nada de este sobre».

«Cuéntalo. No te fíes».

«Nunca me fiaría de un abogado, Doc».

El camarero trajo la orden y esperó a que Vic diera un sorbo al café con leche y asintiera.

«Me hablaste de un encarguito».

Leque asintió.

«Es más que un encarguito».

«Mejor que mejor».

«Ava Gardner».

«¿Qué Ava Gardner?».

«La misma que se ve en los cines».

«¿Qué pasa con ella?».

«No es con ella. Es con unas fotos de ella».

«No me digas que vamos a sacar a Ava Gardner en *Fenomenal*».

Leque se echó a reír.

«No, no hay revista que pueda publicar estas fotos».

«¿Son lo que se dice comprometedoras?».

«Lo que se dice comprometedoras, sí».

Leque levantó el índice derecho dispuesto a iniciar un alegato, pero avisó que ya Maggie estaba allí.

A Maggie le debían la mejor definición de la revista que Leque y Vic publicaban en sociedad. El doctor Leque la entrevistaba para la plaza de secretaria y, al preguntarle si conocía en qué clase de publicación estaba a punto de meterse, Maggie contestó que *Fenomenal* era la clase de revista que esperaba no encontrarse en la sala de espera del dentista.

Trabajaba por entonces de recepcionista en un gabinete odontológico. Fue contratada de inmediato como secretaria de *Fenomenal* y su ocurrencia fue usada como eslogan en los primeros números de la revista.

Maggie saludó a Vic con un beso, pidió un café al camarero y puso sobre la mesa un sobre grande.

«Aquí están las fotos».

No eran las de Ava Gardner. Todavía no.

Las que sacaron del sobre, media docena en blanco y negro, repetían la composición de una joven en bikini acostada en el aire y, detrás de ella, de pie y con los brazos abiertos como un mago que sacaba aquel cuerpo femenino de la nada de los magos, sonreía el doctor Leque.

«La del mes pasado estaba mucho mejor».

«Olvídate de la modelo, Vic, y céntrate en nuestro director. ¿En cuál de estas fotos se ve mejor?».

Vic miró las fotos una a una.

«Vaya, vaya, qué criatura tan fotogénica es este doctor Leque».

Maggie puso una uña rojo tomate encima de una foto y Leque se mostró de acuerdo.

«Ava Gardner, Doc. ¿O el asunto es tan escandaloso que prefieres no

tratarlo delante de Maggie?».

«Maggie, haz el favor de taparte los oídos».

«Ya me los tapé, doctor».

Ella no había movido un dedo.

«¿Qué aparece en esas fotos? ¿Ava Gardner sin ropa?».

«Completamente desnuda».

«¿Sola o acompañada?».

«Eso habrá que averiguarlo».

«¿Quién tiene las fotos?».

«Habrá que averiguarlo también».

«¿Quién paga por ellas, Doc?».

«El cliente pagará muy bien».

«¿No tiene nombre ese cliente?».

«Por ahora no».

Vic asintió.

«¿Y qué busca el anónimo cliente? ¿Fotos o fotos y negativos?».

«¿Qué diferencia hay?».

«¿Tú no tenías los oídos tapados, Maggie?».

«Ay, doctor, yo estoy aquí para aprender».

«Explícaselo, Vic».

«Depende de lo que el cliente busque. Si lo que quiere es contemplar a Ava Gardner, se conforma con las fotos. Pero si lo que quiere es utilizar esas fotos en contra de Ava Gardner, querrá también los negativos».

«Pagaría entonces más, ¿no?».

«Bingo, Maggie. Doc, ¿con cuál de estos dos clientes tratamos?».

«Segundo tipo».

«Ay, ¿quién querría hacerle daño a Ava Gardner?».

«Era taparse los oídos, Maggie, no dormir».

«Respeta la inocencia de la joven, Vic».

«Entonces hay ciertas fotos de Ava Gardner, ella no querrá que esas fotos circulen y puede que se muestre dispuesta a pagar. Con lo cual, existe al menos un comprador».

«Que es Ava Gardner».

«¡Bingo, Maggie! Ahora nuestro director podrá decirnos si es la fotografiada Ava quien nos ha hecho el encargo».

«Lamentablemente, no».

«Con lo cual, existe más de un comprador».
«Muy bien, Maggie, veo que aprendes rápido».

5

Norman Lewis aterrizó en el aeropuerto de Rancho Boyeros al amanecer de un domingo. El más grande escritor de viajes de la época, tal como rezaban las cubiertas de sus libros, arribó a la ciudad más hermosa de las Américas, según afirmación suya.

Tenía reservada una habitación a su nombre en el Hotel SevillaBiltmore, a pocos metros del Paseo del Prado, y junto a la llave de esa habitación le entregaron una nota de Ted Scott, quien se encontraba fuera de la ciudad, regresaría en cuarenta y ocho horas y tendría entonces mucho gusto en conocerlo.

El Sevilla-Biltmore había sido el hotel favorito de los estadounidenses en la ciudad durante los años de la Ley Seca. De aquella época venía su fama, superada luego por la del Nacional y otros hoteles más modernos, aunque siguiera siendo imbatible por lo céntrico de su emplazamiento.

La habitación de Lewis contaba con la mejor de las vistas. No es que se abriera al mar o al Paseo del Prado, tal como cualquier otro huésped hubiera deseado, sino que miraba al Palacio Presidencial.

El Palacio Presidencial era un edifico cuadrangular que soportaba una cúpula desproporcionada, como una cabeza demasiado grande para el cuerpo que la sostenía. Sus alrededores, como observó Lewis, se hallaban cerrados al tráfico y provistos de fuerte presencia militar.

Lewis desempacó, se dio una ducha rápida y salió a la calle.

A primera hora de ese domingo existía ya muchísimo movimiento en el Paseo del Prado. Carros, gente que paseaba, turistas dando traspiés en us borracheras.

Lewis compró *The Havana Post* y varios diarios en español.

El vendedor de periódicos le comentó que esos americanos a los que veía dando tumbos llevaban todo el fin de semana en aquel estado.

Y hecho el comentario, preguntó a Lewis si era americano.

Al vendedor de periódicos pareció venirle bien que no lo fuera.

«Veo que está cerrado el tráfico».

Lewis señaló hacia el Palacio Presidencial.

«Sí, desde el atentado al presidente».

Un atentado fallido, recordó. Fulgencio Batista había logrado escapar por una puerta secreta de la que el comando de asaltantes no tenía noticias.

Subió por Prado y no encontró grandes cambios desde su última visita a la ciudad. La Habana se modernizaba a gran velocidad, pero no en aquellas calles. Y todo cuanto encontró a lo largo de ese domingo vino a confirmarle la alta estima en que tenía a la ciudad.

Durmió mal. Tenía por costumbre dormir mal, en Londres o dondequiera que se encontrara.

En la mañana del lunes telefoneó a Finca Vigía y alguien del servicio doméstico le notificó que los Hemingway pasaban por una gripe y no verían a nadie en varios días.

Corrió suerte parecida al pedir que le pusieran con R. Hart Phillips, en la oficina habanera de *The New York Times*. La secretaria le notificó que Phillips se encontraba fuera de la ciudad, tomó sus datos y, antes de colgar, tuvo a bien aclararle que R. Hart Phillips no era un hombre.

Lewis se disculpó, no tenía idea de que el corresponsal del *Times* en La Habana fuese una mujer.

R. Hart Phillips, periodista mujer como él acababa de enterarse, podía haber propiciado la subida a las montañas de Herbert L. Matthews o sabría quién le facilitó el camino hasta Castro.

El martes estuvo de regreso Ted Scott. Se citaron en el bar del Sevilla-Biltmore y, a la revelación de que R. Hart Phillips no era un hombre, Norman Lewis debió sumar el descubrimiento de que aquel tipo no muy alto, corpulento y sonrosado que le tendía la mano, hubiera podido servir de modelo a Ian Fleming para inventarse a su agente secreto James Bond.

Ted Scott era todo lo contrario de lo que él había imaginado. Le dio a Lewis un fuerte apretón de mano, lo llamó enseguida Norman y pidió que lo llamara Ted.

Antes que neozelandés, por su trato parecía norteamericano. Tal vez debido a sus muchos años de residente en La Habana.

«¿Trabajas para el *Sunday*, Norman? ¿Qué tal has dejado a nuestro querido Ian?».

Se acomodaron en la barra.

«Ian está muy bien. Pero no, yo no soy periodista».

«Me alegro por ti».

«Ian y yo compartimos el mismo editor».

«Eso suena mucho mejor. ¿Qué vas a beber, Norman?».

«¿Qué beberás tú?».

«Un ron collins».

«Pues que sean dos».

«Entonces eres escritor. Bien, debo disculparme por no conocer ninguno de tus libros».

«Oh, no es necesaria la disculpa».

«¿También escribes novelas?».

Lo decía por las de Fleming, evidentemente.

«He publicado un par de ellas. Escribo, sobre todo, libros de viajes».

«¿Viajes a dónde?».

«África. Asia. Más Asia que África».

«¿Cuál África?».

«Sudán, por ejemplo».

Ted Scott asintió.

«¿Y cuál Asia?».

«Burma. Indochina».

«¿Serviste por allá en la guerra?».

«No. Túnez y Nápoles».

Ted Scott alzó su vaso.

«¡Las novelas de Ian! Supongo que te habrá dicho que me utilizó como modelo para su protagonista».

«Eso me dijo, sí».

«Ian, Ian. Te habrá enviado porque cree que está a punto de ocurrir aquí algo decisivo, ¿no es cierto?».

«Algo por ese estilo».

«Pues no hay tal cosa, Norman. Quieres subir a la Sierra Maestra, ¿no?».

La pregunta tomó a Lewis por sorpresa.

«Ah, simple deducción. Llamaste a Phillips, y Phillips y yo compartimos oficina».

«Hablé con su secretaria, sí. Pregunté por ella sin saber que se trataba de una mujer».

«R de Ruby. Phillips ha firmado durante toda su vida profesional con la

inicial de su nombre. Para ahorrarse explicaciones».

Ted contó que la corresponsalía habanera de *The New York Times* y la redacción del *The Havana Post*, diario editado por él, operaban en el segundo piso de una pequeña casa, a unas pocas cuadras de allí.

«Phillips no está en La Habana ahora, pero si lo que quieres es llegar hasta Castro, puedo arreglarte una cita con el contacto de la guerrilla».

«Te quedaría muy agradecido».

«No hay de qué».

«Confírmame algo, Ted. ¿Sabes si Ernest Hemingway ha estado en contacto con Castro?».

Ted Scott se revolvió en su banqueta, apartó el vaso y echó a Lewis una mirada amenazante.

«¿Ian supone tal cosa?».

«Me pidió que le hiciera una visita a Hemingway y traigo una carta de presentación para él».

«Mira, Norman, ésta no es la guerra de España. No es el frente de Italia en la Gran Guerra ni la liberación de París. La última vez que Hemingway se dedicó a jugar a la guerra buscaba submarinos alemanes en su yate y lo más parecido a submarinos que encontró fueron tiburones».

«¿Eso quiere decir que está metido en su casa, escribiendo?».

«Metido en su casa y dándole a la botella. No sé qué idea se habrá hecho Ian en Londres, pero los únicos intereses de Ernest Hemingway en Cuba son su finca, su yate y los buenos ejemplares de peces que nadan en la Corriente del Golfo. Lo que piense él o lo que sepa acerca de los rebeldes cubanos resulta irrelevante. Irrelevante, créeme.

«Ya veo».

«¡Ernest Hemingway!».

A Lewis le pareció gracioso tanto acaloramiento y dejó escapar una sonrisa.

«¿Te parece gracioso algo de esto que acabo de decir?».

«De ningún modo. La cuestión es que a Ian le llegaron rumores de que, bajo el pretexto de cazar en las montañas, Hemingway se había visto con Castro».

«A ver si me hago entender, Norman. El tipo de quien hablamos está acabado. Acabado, ¿comprendes? No es capaz de escalar una montaña y Castro, por su parte, no podría bajar de esas montañas en las que está sin

que el ejército lo barra. Así que no veo el modo en que pudieran encontrarse».

Ted se terminó su vaso y pareció pensárselo.

«Herb Matthews entrevistó a Castro para el *Times*, como sabrás, y Herb es viejo amigo de Hemingway. Concedamos que haya podido contarle algún detalle útil que no incluyera en su entrevista. Descontado ese hipotético detalle, no creo que Hemingway tenga algo más al respecto».

«Comprendo».

«¿Conocías ya La Habana?».

«Viví aquí antes de la guerra. Con mi primera esposa».

«¿Era cubana tu primera esposa?».

«Ya me habría gustado».

Ted asintió.

«Deduzco que no estoy oyendo a un viudo».

«Divorciado y vuelto a casar».

Ted volvió a asentir. Algo sabía él acerca de ese tema.

«Debo confesarte algo, Norman. Porque acabamos de conocernos y te habrá llamado la atención el tono que he dedicado a ese bastardo».

El bastardo era Hemingway y, para contar lo que tenía que contar, Ted prefirió apearse de la banqueta y quedar en su verdadera estatura, por poco beneficio que esto le brindara.

«Yo acabo de retarlo a duelo».

«¿A quién?».

«A Hemingway».

Esta vez Lewis supo que no debería sonreír.

«¿Aquí en Cuba acostumbran a batirse en duelo?».

«Los duelos de honor no son ilegales».

«Pero…».

Ted esperó a escuchar la objeción que Lewis tuviese.

«¿No resulta una extraña costumbre?».

«¿Extraña costumbre? Si visitas la morgue de esta ciudad, y es algo que te recomiendo encarecidamente, encontrarás allí víctimas del delito común, jóvenes asesinados por la policía, policías muertos en algún atentado, y no faltará el cadáver de alguien batido en duelo».

Lewis supuso que le contaría ahora por qué retaba a duelo a Hemingway, pero Ted no agregó nada más.

«¿Y Hemingway aceptó el reto?».

«Aún no he recibido respuesta de su parte».

«¿Crees que aceptará?».

«Me temo que no, pero estoy preparándome como si ese duelo fuera a celebrarse».

«¿Puedo preguntar el motivo?».

Ted volvió a ocupar su banqueta.

«Preferiría no entrar en detalles, la verdad. El último de mis deseos sería darle publicidad a lo que ocurrió».

Hablaron, en cambio, de gente a la que Norman Lewis haría bien en conocer. Ted Scott comparó el enfrentamiento del ejército y la guerrilla a una pelea de boxeo en la que un púgil no alcanza a aproximarse al otro. Los rebeldes, fuertes en su refugio de las montañas. Batista atrincherado en su palacio, luego del atentado del que lograra escapar. Y entre el Palacio Presidencial y la Sierra Maestra, algunas bombas y atentados en La Habana.

Ted preguntó si le gustaban las armas.

Le gustaban. Siendo adolescente, Lewis había recibido de sus padres tres regalos decisivos. Una bicicleta, un perro collie que corría incansablemente junto a esa bicicleta y un rifle de aire comprimido.

La bicicleta se metamorfoseó más tarde en autos de carrera. El rifle de aire comprimido, en la automática Star con silenciador y en el rifle Beretta semiautomático que guardaba en su apartamento de Londres.

«¿Star?».

«De fabricación española».

«¿Son buenas?».

«Es buena la que tengo».

En cuanto al collie que le regalaran sus padres, a causa de tantos viajes por el mundo, existían más perros para él. Si había algún perro, era de sus hijos.

«Me gustaría mostrarte algo, Norman».

Salieron del bar. Dentro del ascensor, Ted contó un poco de su episodio con Hemingway.

«No fue cosa de él, en realidad, sino de su acompañante. La señora Gardner, la señora Sinatra o como merezca llamarse ella en estos momentos».

«¿Ava Gardner?».

«Esa misma. Créeme que, de habérmela encontrado en otra clase de fiesta,

le habría aplaudido lo que hizo. Pero se trataba de una fiesta en honor de la reina de Inglaterra, y ella tuvo un comportamiento impropio».

El ascensor se abrió en el piso de su suite.

«Impropio no, ofensivo».

El pasillo olía a la cera que aplicaban al piso.

«Ofensivo no, extremadamente ofensivo».

Ted abrió la puerta de la suite, lo hizo pasar a la antesala y en la antesala Lewis descubrió, acostada en un sofá, a una mujer negra completamente desnuda.

La negra tenía los ojos cerrados y permanecía tan inmóvil que al principio la tomó por una estatua.

Cruzaron junto al sofá donde dormía sin que Ted le ordenara cubrirse o hiciera referencia alguna a ella.

Lewis tuvo que obligarse a no volver la cabeza.

Ted sacó de una consola un par de extrañas pistolas.

«Propulsor de dióxido de carbono líquido. ¿Has tirado alguna vez con una de éstas?».

Lewis empuñó una de las pistolas. No, nunca.

«Éstas van a ser las armas del duelo, si es que celebramos duelo. Convertí en galería de tiro un espacio libre de mi oficina, ¿por qué no pasas un día de éstos por allá?».

Lewis le aceptó la invitación. Camino a la puerta, tuvo tiempo suficiente para percibir que la mujer negra tendida en el sofá seguía tan desnuda como antes, con los ojos cerrados y la piel erizada como si sintiera frío.

O quizás fuera de miedo.

No alcanzó a distinguir si estaba dormida o lo simulaba. Fuera ya de la suite de Ted Scott, cayó en la cuenta de que no le había preguntado en qué consistió lo impropio u ofensivo de la conducta de Ava Gardner.

6

«Varias han sido las estrellas que a lo largo de la historia del séptimo arte han recibido el título de animal más bello del mundo, aunque ninguna como ésta lo merece. Y, en La Habana, a un descuido suyo, el animal más bello del mundo resultó por fin cazado».

Maggie tecleaba lo que le dictaba Leque.

«No, espera, ponlo al revés. Resultó por fin cazado el animal más bello del mundo».

«Ok».

«Ella es dueña de la figura ideal que otras mujeres buscan mediante operaciones quirúrgicas que cuestan verdaderas fortunas. Su cuerpo aparece pleno de las curvas asombrosas con las que la naturaleza decidió premiarla».

«¿Naturaleza con mayúscula?».

«Mayúscula, sí. O mejor, Madre Naturaleza».

«Su cuerpo aparece pleno de las curvas asombrosas con las que la Madre Naturaleza decidió premiarla».

«Decidió recompensarla».

«Ok».

«¿Qué tenemos de sus ojos?».

Maggie buscó en un libro de contabilidad lleno de recortes de prensa.

«Verdes con reflejos dorados. Felinos».

«Que sean vetas de oro. Ojos verdes con vetas de oro».

Maggie asintió.

«Esos ojos felinos suyos, hipnóticos, verdes con vetas de oro, fueron hechos para imperar sobre todo aquello en lo que se posen, ya sea un hombre o el lente de una cámara. Y precisamente fue la cámara de un cazador furtivo la que…».

Sonó el timbre de la puerta.

«Ahí está Vic».

Era él.

«¡Así que ésta es la flamante oficina de la revista *Fenomenal*!».

«¿Qué te parece, a ver?».

El apartamento era espacioso y Vic salió al balcón, desde donde se divisaba la calle Línea y buena parte de El Vedado.

«Adoración, mi cielo, tú sabes que te quiero. Estás bien convencida de que eres, tesoro, mi consentida».

«¡Olga Guillot!».

Leque tenía ya bastante con aguantar las tiradas de canciones de su socio, para que ahora su secretaria se dedicara a adivinar quién las cantaba.

Aquello iba camino de convertirse en un concurso de televisión.

En la pared, junto al buró de Maggie, un collage recogía imágenes de las modelos aparecidas en las páginas de *Fenomenal*. Al centro del collage, como si todas aquellas magníficas hembras irradiaran de él, el doctor Leque enseñaba sus dientes de niño.

«Esto ha quedado de verdad muy bonito, Doc».

Vic celebró el collage y echó una ojeada al vestido de fiesta de Maggie.

«Y tenemos de vuelta en La Habana al piloto Tom, ¿o acaso me equivoco?».

Maggie le agradeció su deducción con una sonrisa.

Dentro, en la oficina del director, un segundo collage mostraba a Leque rodeado por vedettes consagradas.

«¿Y en el baño qué han puesto? ¿Al doctor en medio de las diosas griegas?».

Maggie trajo café y se disculpó por no contar con leche.

«Estuvimos en una fiesta en este edificio, ¿no te acuerdas?».

Leque se acordaba. Una fiesta para Pilín Vallejo.

Vic y él se llevaron un dedo al lugar de sus caras donde, de ser Pilín Vallejo, habrían contado con un lunar estratégico.

«*Tres bárbaros en un jeep*».

Maggie preguntó qué tal era aquella película y ninguno supo decirle. Habían venido a la fiesta sin pasar por el estreno, y debió ser mejor así.

«Estamos armando la nota sobre Ava Gardner, Vic, así que no nos defraudes. Di que nos traes algo».

«Tanto como traer, no vayan a pensar que traigo las fotos. Lo único que tengo es la versión de alguien que dice haber visto una».

«Cuenta entonces lo que te dijo».

«Imaginen una piscina».

«Una piscina».

«Una piscina y Ava Gardner que entra o sale de esa piscina».

«¿Sola?».

«Tan sola que no tiene nada puesto encima».

Leque no podía mostrarse más feliz. Enseguida comenzó a dar órdenes.

«Maggie, avísale a Marquito que necesitamos una figura de mujer al borde de una piscina. Desnuda, pero lo suficientemente velada como para que acompañe la nota».

«Eso de ahí es obra de Marquito, ¿no?».

Vic señaló al collage en la pared y Leque asintió.

«Es un artista ese muchacho».

«¿Qué más, Vic?».

«De las fotos, nada más por el momento.Pero supe que en los días que pasó aquí en La Habana anduvo escondiéndose».

«¿Escondiéndose?».

«Cruzó la aduana bajo un nombre falso. Ann Clark, dijo que se llamaba. Se quedó en La Habana pocos días y no fue a ningún hotel, sino a la finca de Hemingway».

«Hum. ¿De dónde podrán conocerse ella y Hemingway?».

«Toda esa gente se conoce entre ellos, Doc».

«¿Que de dónde se conocen? Me parece que lo tengo por aquí».

Maggie abrió el libro de recortes en una página marcada, luego en otra, y leyó en voz alta.

«El escritor estadounidense Ernest Hemingway, acompañado de su esposa Mary, visitó hoy el hospital de Madrid para conocer personalmente a la estrella, que se recupera de una operación de cálculos biliares».

«Gracias, Maggie».

«No se dejó ver por El Floridita. No salió en el yate de Hemingway, pero fue de acompañante suya a una fiesta en la embajada de Inglaterra. Metida en esa fiesta, bebió mucho más de lo que bebió él, y no tardó en dar la nota».

«¿Qué hizo?».

«Se quitó la ropa interior que llevaba y la agitó en el aire».

«Sé más específico, Vic. ¿Pieza superior o inferior?».

«Inferior, infección, infierno».

Si aquella retahíla de palabras procedía de una canción, Maggie no la

había escuchado nunca. Su libro de contabilidad tenía diversas explicaciones para el hecho de que Ava Gardner evitase aparecer en público.

«Sufrió una caída de caballo, a raíz de la cual se quedó sorda».

Abrió el libro de contabilidad en otra página.

«Un músculo del rostro no le responde y, cuando sonríe, lo que aparece en su rostro es una mueca».

Buscó en una tercera página.

«Se enfrentó a gritos con los pasajeros del vuelo Roma-Madrid en el que viajaba y gritó a dichos pasajeros: "No me claven más la vista. Yo no soy un mono, soy Ava Gardner"».

«Yo no soy un mono, soy Ava Gardner».

«Ajá».

«Yo no soy un mono, soy Ava Gardner».

«Oigan, ¿ella no habrá venido a La Habana a suicidarse?».

Leque y Vic miraron a Maggie, a la espera de lo que siguiera.

«Acuérdense de que pasó por su divorcio con Frank Sinatra. Luego esa caída del caballo, la pérdida del oído, la sonrisa que es una mueca… ¿No creen ustedes que ella podría tener razones más que suficientes para querer matarse?».

En apoyo de su tesis, Maggie citó el ejemplo de Rita Hayworth, divorciada por quinta vez y perdida la custodia de sus dos hijas, a quien meses antes habían encontrado casi sin vida en una suite del Hotel Capri.

Los del Capri habían tenido que llamar a un doctor para revivirla. Por último, los estudios de cine enviaron un avión a La Habana para recogerla en el estado en que estuviera.

Pero no, si Ava Gardner venía a La Habana dispuesta a seguir los pasos de Rita Hayworth, no se habría alojado en casa de Hemingway.

«Vic, ¿cabe suponer que la que aparece en la foto sea la piscina de Hemingway?».

«No es que quepa o no suponerlo, sino que podemos estar seguros. Porque un amigo que fue a visitarlo se encontró a Hemingway dándole al trago, metidas las piernas en el agua. Y Hemingway lo invitó a beber con él y a meter las piernas en el agua. Y todo porque en esa agua se había bañado desnuda Ava Gardner».

«¡Bingo y bingo!».

«Aunque hay que decir que por esa agua había pasado más gente desnuda.

No solo Ava Gardner».

«¿Una fiesta nudista, estás diciendo?».

«Frena, Doc, frena. Nada de fiesta nudista. Hemingway, su mujer y su secretaria se bañan desnudos cada día en la piscina».

«¿Los tres juntos?».

«Pero qué mal pensada nos ha salido esta muchachita. ¿Eso es lo que tú vienes a aprender del doctor y de mí, Maggie? Uno a uno, cada cual a su turno».

La piscina de Finca Vigía había sido el centro de muchas fiestas. Fiestas con invitados de todas partes del mundo, famosos y no famosos, cada uno con su propia leyenda. Los invitados se juntaban alrededor de aquella piscina, bajo una pérgola, y escuchaban discos de Dixieland y de Sinatra. Aunque eso había sido en otro tiempo y, ahora que los Hemingway eran menos visitados, aquella piscina era más que nada un instrumento de disciplina gimnástica.

Todos los días, finalizada la jornada de escritura, Hemingway hacía en ella sus largos.

Nadaba desnudo en la piscina. Era el primero en hacerlo cada día.

Luego le tocaba el turno a su esposa Mary, quien también nadaba sin trusa.

Y, por último, cuando veía secándose en las tumbonas dos toallas, la secretaria del escritor entraba, también desnuda, al agua.

«Es irlandesa la secretaria».

Leque y Maggie no entendieron qué importancia podría tener el origen de la secretaria de Hemingway, pero Vic era como el libro de recortes que Maggie consultaba, tan lleno de datos útiles como de datos inútiles.

Por descontado, en Finca Vigía debieron ofrecerle a Ava Gardner la posibilidad de nadar sin ropa. Sus anfitriones habrían hecho arreglos para que ningún mirón se asomara.

«Y también para que ella no se tropezara con el viejo encuero».

«Tampoco le habrán puesto discos de Sinatra, Maggie».

Con todo eso tenían suficiente. El plan consistía en publicar la nota en el próximo número de *Fenomenal*, con alusiones tan veladas como la imagen que prepararía Marquito. Los lectores más despiertos sabrían a qué personajes estaban refiriéndose, aunque nadie podría sostener que hablaban de Ava Gardner y Ernest Hemingway. Y, con suerte, la publicación de la nota

aportaría alguna pista acerca del paradero de las fotos que andaban buscando. Porque quien decía haber visto la foto no tenía idea del camino que esa foto cogiera después.

Leque sacó un par de tabacos y los dos socios salieron al balcón.

Maggie preguntó si podía marcharse ya.

«¿Y puede saberse qué planes de vida tenemos con el piloto Tom?».

«¿Planes de vida, Vic?».

Maggie movió cabeza y hombros en señal de despreocupación y se marchó.

La vista que tenían delante hizo que Leque y Vic sintieran orgullo de aquella nueva oficina. Con gestos que parecían sincronizados, encendieron, soltaron humo y apreciaron de cerca sus tabacos, que hicieron girar entre sus dedos.

«El tipo es casado».

«¿Qué tipo?».

«El piloto Tom. Casado y con familia en Fort Lauderdale, Florida».

Leque soltó una carcajada.

«¿Ahora te dedicas a investigar a los tipos que salen con Maggie?».

«Hago mis averiguaciones, Doc, y junto con las noticias pertinentes llega también morralla».

«A veces, solo morralla».

«Concedido».

Cada uno examinó su tabaco como si le resultara incomprensible lo bueno que estaba.

Los tabacos, el fresco que llegaba del mar, la vista del Vedado…

«¿Quién paga por esas fotos de Ava Gardner?».

El director de *Fenomenal* soltó una bocanada de humo y, cuando no le quedó más humo adentro, soltó el nombre de Santo Trafficante.

Vic apretó su tabaco para que no se le cayera.

«¡Santo Trafficante!».

«Santo Trafficante».

«¡Santo Trafficante!».

«¿Le ves algún inconveniente?».

«¿Algún inconveniente?».

«Inconveniente».

«No. No se lo veo».

«No quise decírtelo antes, delante de Maggie».

No era por desconfiar de Maggie, sino para evitar sus novelerías. Pues si con un fallido intento de suicidio de Rita Hayworth era capaz de inventarle un propósito de suicidio a Ava Gardner, ¿qué no habría hecho de escuchar el nombre de Santo Trafficante?

«Me he preguntado siempre si ése es su verdadero nombre».

Leque miró fijamente a Vic.

«Es muy raro eso de llamarse Santo y apellidarse Trafficante, ¿no?».

«Sin desvíos, Vic. Nada de averiguaciones sobre el cliente esta vez. ¿Entendido? Nada de jueguitos con un cliente como éste. Mira que Santo Trafficante no es Nick».

«¿Qué Nick?».

«El novio de Maggie».

«Es Tom, no Nick. El piloto Tom».

«Ése mismo».

7

Su nombre y su apellido, los mismos que los de su padre, se prestaban a toda clase de sospechas y de bromas entre quienes hablaban español.

Él hablaba español, por haberse criado en Tampa. Nada más arribar a La Habana con un visado de turismo, el Buró de Narcóticos de Estados Unidos lo declaró persona de interés. El apellido inscripto en ese pasaporte parecía reforzar la sospecha de que sus negocios incluían el tráfico de drogas. Aunque el nombre en el pasaporte desmintiera cualquier connotación criminal que ese apellido pudiera acarrearle.

En poder del Buró de Narcóticos no obraba prueba alguna contra él. No la tendrían nunca.

Algunos tomaban su nombre de Santo Trafficante por un alias, pero quién querría esconderse detrás de un alias tan riesgoso. Para los viajes entre Tampa, New York y La Habana, usaba el mucho menos inquietante nombre de Joe Santos.

En La Habana, el de Louis Santos.

Su padre, también Santo Trafficante, había controlado Tampa hasta hacía muy poco. Controlaba el juego de la zona y había sido capaz de forjarse alianzas en La Habana. Él asistió en Tampa al entierro de su padre y a la salida del cementerio de L'Unione Italiana quedó establecido como el único con ese nombre.

El cementerio de L'Unione Italiana había sido construido con las donaciones de los inmigrantes sicilianos de Tampa. Su madre y su padre eran sicilianos. Él temió que, de entre el medio millar de sicilianos asistentes al entierro, alguien se atreviera a discutirle su legado. Aunque, dicha sea la verdad, no tropezó entre ellos con resistencia alguna.

No había cumplido aún los cuarenta años, ejercía el control de Tampa y sus negocios habaneros prosperaban. A Santo Trafficante le correspondía el honor de haber sido el único operador de casino de La Habana por quien Meyer Lansky diera muestras de respeto profesional.

A Lansky, sin relaciones previas en La Habana, el presidente Batista le había otorgado la encomienda de adecentar los negocios de apuestas de la ciudad. Meyer Lansky llegó a La Habana y lo primero que hizo fue alzar un inventario de las trampas y subterfugios practicados en los casinos. Logró finalmente, de un modo u otro, barrer con todos los operadores sorprendidos en malas prácticas, y en Santo Trafficante halló a todo un profesional de respeto.

Uno de los pocos, si no el único en La Habana.

Trafficante era el más joven de los que controlaban el juego en la ciudad. Personalmente no apostaba nunca, solía comparar su abstención a la abstención de los camareros que conocen a qué extremos puede conducir el alcohol. Tal como le explicara a su abogado, los apostadores contaban con muy pocas probabilidades de ganar y no podrían vencer al casino. Y si él era el casino, para qué intentar la suerte de quienes perderían contra él.

Santo Trafficante había contratado como abogado a un bisoño criminalista, Frank Ragano, de Tampa igual que él.

Igual que él, hijo de sicilianos.

Frank Ragano tuvo que aprender a ser pagado en efectivo, en sobres entregados por debajo de la mesa, y Trafficante le advirtió que si deseaba triunfar en la vida haría bien en cambiar la ropa que llevaba por trajes cortados a la medida.

Santo Trafficante le pasó a Ragano las señas de su sastre en Miami Beach.

Le pasó también las señas de un barbero y de una manicura.

Trafficante vestía ropa de calidad. Trajes grises y marrones, casi siempre. Trajes de Brioni. Llevaba un corte de cabello militar y gafas que le daban apariencia de profesor.

La suya, en cuanto a estudios, era una esmeradísima educación criminal. A los veinte años su padre lo había enviado a New York, a aprender con la familia Lucchese. En Córcega alcanzó a estudiar con los maestros de la vieja escuela, y sus viajes de estudios lo llevaron por México y otros países de Centroamérica.

Cuando su abogado lo visitó en La Habana, Trafficante quiso enseñarle la ciudad del mismo modo que lo enseñara a vestir.

La Habana tenía siempre algo para cada uno, le advirtió.

¿Él quería ópera? Allí tenían ópera.

¿Béisbol? Tenían béisbol.

¿Baile de salón? Tenían bailes de salón.

¿Espectáculos de sexo?

A esto último se asomarían más tarde.

Trafficante mostró a Raggano el cabaret y casino Sans Souci, que había renovado completamente. Y, pese a haber sido advertido de las escasas probabilidades que tenían los jugadores, si Ragano deseaba probar suerte allí podrían entregarle las debidas fichas. ¿Le apetecía? Al fin y al cabo, no perdería nada.

Frank Ragano prefirió abstenerse.

Trafficante lo llevó a un baño de hombres en cuyo fondo había una puerta cerrada con llave.

Entraron por esa puerta a una habitación sin ventanas, con tres paredes llenas de cajas de seguridad. Era como una bóveda bancaria, pero en lugar de dinero y de joyas, aquellas cajas de seguridad contenían polvo blanco. Cada una de ellas pertenecía a un cliente asegurado de que contaba allí con su provisión. El cliente no tendría más que entrar al baño, sacar su juego de llave y servirse.

Visitaron la contaduría del casino, guardada por un par de tipos con armas. Adentro, bajo una luz muy fuerte, dos empleados contaban billetes. Llevaban viseras para protegerse de la luz o del resplandor de tanto dinero acumulado.

Era el sanctasanctórum, comentó Trafficante, la habitación más importante en cualquier casino.

Porque el casino ganaba o perdía según lo que ocurriera no en las mesas de juego, sino allí adentro.

Uno de los dos empleados llevaba las cuentas en el libro mayor y se auxiliaba de una máquina calculadora.

Trafficante se lo presentó a Ragano.

El tipo también era de Tampa. De allá traían a los encargados de la contaduría porque en los cubanos no podía confiarse.

Los cubanos eran capaces de robarle hasta los calzoncillos que llevaba puestos, admitió Trafficante.

Visitaron el casino del cabaret Tropicana, en el cual Trafficante tenía participación. Y, puesto que la ópera y el béisbol no se hallaban entre los intereses apremiantes de su abogado, decidieron asomarse a lo que La Habana ofrecía en materia de sexo en vivo.

Pero no irían a los lugares que visitaban los turistas. Para gente como ellos existían sitios exclusivos.

En la casa moderna de un barrio residencial, la encargada que los recibió llevaba un collar de perlas y no habría desentonado en una fiesta más seria que ésa que iba a presentarles.

Los condujo a un bar bien surtido, les sirvió tragos, quedó a la espera de que se sintieran listos para afrontar el espectáculo.

Iba a ser un pase privado en honor del señor Louis Santos, alias habanero de Santo Trafficante.

La encargada les dio a elegir entre tres mujeres y tres hombres vestidos con túnicas.

Santo Trafficante se ocupó de elegir.

«Toro», dijo de uno de los tres hombres.

Tendría que ser Toro. Y permitió que su abogado eligiera a la mujer que más le gustara.

Eligió Ragano. La encargada los invitó a pasar a una habitación con sofás y butacas mullidos.

En el centro de aquella habitación se alzaba un escenario en forma de medialuna. Las paredes estaban recubiertas de espejos. A una palmada de ella, el hombre apodado Toro y la mujer seleccionada por Ragano subieron al escenario.

La mujer era rubia, baja de estatura, con tetas pequeñas, oscuros los pelos del sexo, linda de cara.

Toro era un negro de cuerpo nervudo, de unos seis pies de estatura. Si Louis Santos era uno de los alias de Santo Trafficante, Toro era el alias de quien resultaba más conocido en La Habana por otro sobrenombre suyo, Superman.

Superman, por el tamaño de su sexo. Y, con un sexo de ese tamaño, Toro o Superman acometió a su pareja de actuación de todas las maneras y en todas las posturas posibles.

No acabó con eyaculación. Media hora y *the end*.

Aquella media hora se le fue volando a Frank Ragano, quien traía una cámara de ocho milímetros y, terminado el show, consultó a la encargada si le permitirían filmar.

Lamentablemente, en la casa no eran permitidas las filmaciones. Aunque tratándose de alguien con tanta influencia como Louis Santos o Santo

Trafficante, la encargada decidió hacer una salvedad. Preguntó si deseaban contar con los mismos actores o preferían ver lo que otros dos eran capaces de hacer.

La mujer podría ser otra, concedió Ragano, pero no iban a prescindir de Toro.

Porque Toro, el tamaño del miembro de Toro, era el motivo que lo hacía querer filmar aquello.

Ningún problema, sería Toro entonces.

Toro y una mujer tan alta como él.

Ragano preguntó si no contaban con alguna otra más baja.

Por supuesto. Mujeres no tan altas eran las que más abundaban allí.

Frank Ragano, abogado de Tampa de fin de semana en La Habana, sacó su cámara de ocho milímetros. La pareja de artistas subió al escenario y, con la no muy buena luz para filmar de la que allí disponían, Ragano encuadró el falo de Toro antes de que se enredara en sus acoplamientos.

Muy confiado en su protagonismo, Toro se lo puso fácil. Colocó las manos en las caderas para dejar el campo libre a su aparato.

Terminada la filmación, Ragano deseó felicitarlo, preguntarle por su vida.

Toro Superman dijo que allí ganaba veinticinco dólares por noche y Frank Ragano, como buen abogado que era, se dedicó a esbozarle un plan de salvamento.

Se iban los dos a Miami, Ragano le buscaba a Toro unos pantalones cortos que le quedaran algo sueltos, se paseaban por delante de los hoteles de la playa, y él le garantizaba que, en no muy largo tiempo, Toro terminaba haciéndose dueño de uno de esos hoteles de Miami.

Superman Toro lo escuchó y debió calcular que la propiedad del hotel iría a manos del abogado de la camarita y, de tan fantástica aventura, él sacaría solamente un par de pantalones cortos.

Al despedirse en el aeropuerto de Rancho Boyeros de su abogado, Santo Trafficante le encareció que no dejara de contarle las reacciones del público al que le mostrara aquella peliculita filmada en La Habana. Y, curiosamente, tres semanas después, le tocó a Trafficante hacer el trabajo de la mujer del collar de perlas que los recibiera a Ragano y a él en aquella casa.

Era un decir, claro.

El asunto es que llegaron a La Habana dos senadores, uno de ellos viejo conocido suyo. Y el segundo, a quien acababa de conocer, sintió un deseo

apremiante de sexo. De manera que Trafficante se ocupó de que pudiera satisfacer ese deseo. Pues, tal como había explicado a su abogado, en La Habana cantaban la ópera que cada uno deseara escuchar, y se jugaba el béisbol que cada cual quisiera, ya bateara o cogiera.

Santo Trafficante conocía a George Smathers de visitas anteriores a La Habana. Senador demócrata por Florida, Smathers era un contacto muy útil para quien, como él, poseía grandes negocios en Tampa.

Acompañaba a Smathers el senador John F. Kennedy, de Massachusetts. Ambos del mismo partido y con el mismo año de entrada en el Senado.

No se trataba, para nada, de viejos senadores. Kennedy tendría cuarenta años, Smathers un par de años más si acaso.

Dos tipos apuestos. Trafficante coincidió en Tropicana con ellos y, según le confesaron, habían venido a visitar al embajador Smith, que era amigo de ambos.

Luego él escucharía que el senador Kennedy tenía en la embajada mayores intereses que su amistad con Earl T. Smith.

Amoríos con la esposa de ese embajador, le aseguraron.

Para el tal Kennedy era su primera vez en La Habana y no demostraba interés por las apuestas. En Tropicana no pareció complacerlo ni el espectáculo ni la música, únicamente el elenco de figurantas. Llevaba cuatro años casado, su esposa no lo acompañaba en este viaje, y el senador Kennedy se interesaba vivamente por los ejemplares femeninos.

¿Una orgía para el senador? Hablaban de una orgía privada, por supuesto. Hecha a medida, igual que un buen traje. Con la discreción que merecía un senador de los Estados Unidos de América.

Dos mujeres y el senador no conformaban una orgía. Dos mujeres y el senador no eran más que un trío. Habría, por tanto, que partir de un mínimo de tres.

¿Tres mujeres y el senador? ¿Estaba bien así o quería más?

¿Algo más?

Muy bien entonces, tres mujeres, una suite especial y el más esmerado servicio de habitaciones disponible en La Habana.

Santo Trafficante y Evaristo García, socio suyo en la construcción del hotel Deauville, prepararon la orgía para John F. Kennedy. En la mejor suite del Hotel Comodoro, en Miramar, tres magníficos ejemplares aguardaban por el joven senador de Massachusetts.

Tres magníficos ejemplares multiplicados por los espejos de la suite.

El senador Kennedy gozaría en una orgía con espejos y, detrás de uno de esos espejos, Santo Trafficante y su socio Evaristo García seguirían cada movimiento de lo que allí ocurriera.

Pero ni siquiera escondido detrás de un falso espejo en aquella suite del Comodoro, Evaristo García perdía su hábito de filosofar.

«La verdad —murmuró— es que nadie sabe para quién trabaja. Ni siquiera los senadores de un país tan grande como Estados Unidos, la mayor potencia del mundo, podrían saberlo».

¿Que de qué hablaba él en un susurro? Pues no había más que mirar lo que tenían ahí delante ellos dos, del otro lado del espejo.

Un senador venido del norte para ofrecerles, a su socio Santo y a él, un show de sexo en vivo. Y, apartadas tales consideraciones filosóficas, a Evaristo García le saltó a la vista un detalle. ¿Acaso era judío el senador?

Irlandés, susurró Trafficante. Irlandés y católico.

¿Y qué hacía entonces circuncidado? ¿Sus irlandeses y católicos padres habían hecho que le cortaran el pellejo de la picha?

Evaristo García traía sus binoculares de hipódromo e intentó utilizarlos. Descubrió, sin embargo, que a través de aquel espejo no le funcionaban.

Trafficante tuvo que pedirle que guardara los binoculares o los delatarían sus carcajadas.

Pronto perdieron interés en la falta de prepucio del senador ante las combinaciones que se les presentaron a la vista y, si bien Evaristo García no alcanzó a valerse de sus binoculares, de ningún modo dejó de apostar a los caballos.

Por seguirle el juego, Santo accedió por una vez a apostar. Detrás del espejo falso, los dos socios apostaron a cuál de aquellas tres tipas liquidaría al senador.

Evaristo ganó la apuesta. El senador Kennedy entró al baño, dos de las mujeres siguieron entre ellas su jueguito, y los organizadores de la orgía recién celebrada pudieron salir del escondite.

Entonces Evaristo García dijo tener antojo de esas dos que jugaban entre ellas y Trafficante prometió enviárselas a otra suite del hotel.

Sin espejos, le exigió su socio. Una suite que no tuviera ni espejo de baño.

Santo Trafficante no se privaría luego de contarle el episodio del senador Kennedy a su socio y rival Meyer Lansky.

Lo que no le contó, ni a Lansky ni a nadie, fue que, igual que en la noche en que su abogado Frank Ragano y él vieran actuar a Toro, la orgía del senador Kennedy había quedado registrada en una película.

8

No había pronunciado Vic la primera *A* de *Ava* en el Sloppy Joe's cuando Emilio se inclinó desde el otro lado de la barra para susurrarle que venían a llevárselo.

Él tendría que dar aviso de que Vic se encontraba allí.

«¿Aviso a quién?».

«Gente de Battisti».

Vic se lo pensó en una fracción de segundo.

«Déjame hacer una llamada antes».

De camino al teléfono, se tropezó con un conocido, siempre a la caza de turistas americanas.

Se lo quitó de encima como pudo. Le pidió a Maggie que lo pusiera con Leque.

«No está aquí ahora, llámalo al bufete».

«Escucha, Maggie, que no tengo tiempo. Estoy en el Sloppy y Battisti va a mandar a recogerme».

«¿Batista?».

«Battisti, el dueño del Sevilla-Biltmore. Si en dos horas no te llamo, dile a Doc que vea a Emilio aquí».

«Emilio, pero ¿qué quiere Battisti contigo?».

«No lo sé. Te cuento luego».

Vic regresó a su banqueta y vio a Emilio colgar el teléfono que tenían detrás de la barra.

Ocupó su espera en observar el botellerío que llenaba los estantes de cuatro filas a lo largo de la pared. Su taza de café con leche seguía tan llena como cuando se la sirvieran.

Distinguió, entre los grupos de turistas, a uno de los mastodontes de Battisti que llegaba.

«¿Tú eres Vic?».

El mastodonte clavó la mirada, no en él, sino en la taza intacta de café con

leche. Como si se tratara de una prueba incriminatoria.

«Amleto Battisti quiere verte».

Agarró a Vic por un brazo.

«Eh, eh, puedes soltarme, que a mí también me interesa hablar con Battisti».

«Mejor para ti».

Pero no lo soltó. Se encontraban a unos pasos del Sevilla-Biltmore y, al llegar al hotel, el mastodonte señaló hacia el patio azulejado y por fin lo dejó libre.

Sentado a una mesa del patio, Amleto Battisti daba el toque final a la servilleta en su cuello. Tenía sesenta y tantos años, era un tipo alto y muy delgado.

«Bienvenido al Sevilla-Biltmore, Víctor».

Amleto Battisti le brindó la butaca de mimbre que tenía enfrente.

Vic prefirió no ponerse a aclarar que su nombre no era Víctor.

«No nos hemos visto antes, ¿o me equivoco?».

«No, señor Battisti, no se equivoca».

«¿Desea acompañarme?».

«Gracias, pero almorcé ya».

«Aquí puede tomarse un café con leche mejor que el del Sloppy».

No esperó a que le aceptara el ofrecimiento. Un camarero le puso delante a Vic un café con leche y trajo para Battisti un plato de pescado.

Battisti observó el plato de un modo que el camarero supo que debería inclinarse a escuchar lo que su jefe tuviera que susurrarle.

«Es difícil alcanzar la excelencia, Víctor. Arduo. Y una vez alcanzada, mantener la excelencia es labor en la que cuentan cada instante y cada gesto».

«Puedo imaginármelo».

«No, no puede imaginárselo».

Un trío de músicos se disponía a entrar al patio, distinguió al dueño del hotel y salió huyendo de allí. Tenían instrucciones de no hacer música mientras vieran al jefe sentado a una de las mesas.

«Voy a decirle por qué he querido conversar con usted, Víctor. Se trata de algo que…».

Battisti pareció dar con una espina en el pescado u otro inconveniente porque detuvo su historia hasta resolver el asunto con el camarero.

«Se trata, le decía, de algo que escuché en el hipódromo y despertó mi curiosidad. Allí en el hipódromo se escuchan muchos rumores, ¿sabe? Rumores con base y rumores sin base, porque la gente habla y habla de más. Ha de ser por la energía de los caballos, tanta adrenalina, tanto cálculo. ¿Visita usted el hipódromo? ¿Apuesta alguna vez?».

«Apuesto, sí, pero no a los caballos».

Battisti extrajo una tarjeta del bolsillo interior de su traje.

«Tenga. Cuando vuelva por el hipódromo, no deje de presentarla».

Era su tarjeta de presentación. Amleto Battisti controlaba buena parte del negocio del hipódromo.

«Gane o pierda usted en sus apuestas, esa tarjeta hará grata su estancia».

«Le agradezco, señor Battisti. Espero que me brinde algo de suerte».

«¡Ah, la suerte!».

Vic esperó a ver qué podría decirle aquel sabio acerca de la suerte, pero Amleto Battisti se limitó únicamente a aquella exclamación.

«Le decía, Víctor, que en el hipódromo escuché un rumor».

«Escuchó usted un rumor».

«Sí. Acerca de unas fotografías de una estrella de cine. Fotografías que difícilmente podrían hacerse públicas, dado su contenido. No sé si me hago entender».

«Perfectamente».

«Usted publica una revista, ¿no?».

«En sociedad».

«Ah, con socios».

«Solamente uno».

«Un socio entonces. ¿Quiere decirme cómo se llama su revista?».

«*Fenomenal*».

«*Fenomenal*».

Vic asintió.

«Me parece que dieron ustedes, usted y su socio, con un buen nombre para la revista que hacen».

«Gracias, señor Battisti».

«El caso es, Víctor, que he sabido que anda usted detrás de esas fotos de las que oí hablar en el hipódromo».

Vic intentó mantener inmóvil su cabeza, ni negar ni asentir.

«Entiendo que el Sloppy Joe's es un buen sitio para la búsqueda que hace.

Únicamente así se explica que alguien como usted, que sabe lo que es un buen café con leche y sabe qué es el Sloppy Joe's, se decidiera a hacer coincidir Sloppy y café con leche».

A Vic le hizo gracia la manera tan enrevesada de decir algo tan simple.

«Señor Battisti, su lugarteniente no me dio tiempo a probar el café con leche de allí».

«¿Mi lugarteniente?».

Vic parecía haberse contagiado de enrevesamiento.

«Su guardaespaldas, quise decir».

«Mi asistente».

«Ah, su asistente».

«Mi asistente».

Vino el camarero y preguntó si todo estaba bien para Vic.

«Perfectamente».

«Pero usted no ha tocado su café con leche, Víctor».

Vic lo achacó a la interesante conversación que sostenían y la excusa encantó a su interlocutor.

«Dígame si estoy equivocado, Víctor, pero usted y su socio jamás podrían publicar en la revista *Fenomenal* esas fotos que busca».

«No se equivoca en nada, señor Battisti».

«Usted las busca por encargo de un cliente, ¿verdad? No con el objetivo de publicarlas».

«Digamos que es así».

«Es así».

«Sí, es así».

«Y ese cliente suyo, ¿con qué fin las procura?».

Vic no atinó a responder.

«¿Chantaje?».

«De ningún modo, señor Battisti».

«Espere, no me malinterprete. No digo que usted lo sea, pero bien que podría usted hallarse trabajando para un chantajista».

«Para un coleccionista».

«¿Un coleccionista?».

«Un coleccionista».

«¿Quiere decir alguien que desea esas fotos para disfrute propio?».

«Exactamente».

«Muy bien. De ser así, no existiría problema alguno. A fin de cuentas, ¿qué daño puede hacerle a la señorita Gardner un admirador que se deleite a solas con su imagen?».

«Ningún daño, creo».

«Puede usted estar tranquilo, Víctor, que no le pediré que me revele para quién hace ese trabajo. Respetaré su secreto profesional».

«Se lo agradezco, señor Battisti».

«¿Sabe? Un hotel es como una embajada. Igual que las embajadas, los hoteles no terminan de estar ubicados en el territorio del país. Es como si fueran la representación de otro lugar. Y cuando, como es mi caso, el propietario no es nacido en el país, el hotel resulta todavía más comparable a una embajada».

Battisti hizo una larga exhalación.

«Me siento como un embajador falto de relaciones con la gente local. Usted, en cambio, conoce a todo el mundo aquí».

«No a todos. Fíjese que no lo conocía a usted».

Amleto Battisti sonrió.

«Víctor, quiero que encuentre para mí esas fotos y los negativos de esas fotos. O si lo prefiere, que me indique dónde puedo encontrarlos».

Battisti comenzó a doblar su servilleta.

«Olvídese de ese coleccionista, que yo voy a pagarle mucho mejor».

Sobre la mesa, a su derecha, la servilleta quedó perfectamente doblada.

«¿Puedo preguntarle de cuánto estaríamos hablando, señor Battisti?».

«¿Sabe usted de cuántas fotos estamos hablando?».

«No lo sé todavía».

«Pues en cuanto lo sepa trataremos de sus honorarios».

Battisti sacó una billetera de piel de cocodrilo y le tendió un billete de cincuenta dólares.

«Hágame el favor de suscribirme por un año a su revista».

«¿Por un año? Sobraría aquí mucho dinero».

«Entonces suscríbame a su revista por muchos años».

Vic se embolsilló el billete.

«¿Puedo hacerle una pregunta?».

«Puede hacerme tantas preguntas como necesite para su trabajo».

Vic carraspeó con nerviosismo.

«Sinceramente, no es algo que necesite saber para hacer mi trabajo».

«De todos modos lo escucho».

«¿Es usted amigo de Ava Gardner?».

«No, no he tenido el gusto. Mi interés en este asunto no es por la señorita Gardner, si es lo que pregunta».

«Algo así me preguntaba».

«Lo que me interesa es… el ambiente».

«¿El ambiente?».

«La vida en esta ciudad, en La Habana. Tal vez no lo sepa, pero todos mis negocios aquí se reducen a lo mismo: hospitalidad. Hospitalidad. Y para mis negocios centrados en la hospitalidad resulta altamente perjudicial que una famosa estrella de cine visite la ciudad y sea tratada con tanta descortesía».

Amleto Battisti se levantó de la mesa.

«Cuento con usted, Víctor. Ha sido un placer».

«Lo mismo le digo, señor Battisti».

«En la tarjeta tiene mi teléfono. Le agradeceré que me tenga al tanto de lo que averigüe. Y no deje de pasar por el hipódromo».

«Iré muy pronto».

Amleto Battisti debió considerar innecesario pedirle un teléfono donde contactarlo. Ya sabría dar con él cuando le hiciera falta.

Por la inclinación de cabeza que el asistente, guardaespaldas o lugarteniente le dirigió, Vic supo que no lo agarraría del brazo para devolverlo al Sloppy Joe's.

Subió por Prado hasta el Parque Central, buscó un teléfono público y se cercioró de que Maggie no fuera a mandar a imprenta el nuevo número de la revista.

Le dio instrucciones de no mandar nada a imprenta hasta tanto él no hablara con Leque.

Leque se encontraba en Kasalta, merendando con Laurita.

En Miramar, apenas salir del túnel, Kasalta era una cafetería tranquila donde el director de *Fenomenal* podía merendar con su hija sin tropezarse con ninguna de sus amiguitas.

Allí se los encontró Vic.

«¡Pero no puede ser! ¿Esta niña es la misma Laurita que yo dejé de este tamaño?».

Vic marcó en el aire una altura más baja que la de la mesa.

«¡No, mentira!».

Laurita se echó a reír.

«¡Vic!».

«¡Pero si es nuestra Laurita! ¿Y de qué es ese *sundae* que te estás tomando?».

«¿Tú quieres?».

«No, lo que quiero es saber qué es lo que comen las niñas que crecen tan, pero tan rápido».

«¿Tú sigues tomando nada más café con leche?».

«Vic sigue en las mismas, Laura. Por eso no crece».

«¿Lo ves? Yo sí que no he crecido nada desde la última vez que nos vimos».

«¿Vas a tomar café con leche ahora?».

«No, ahora no».

«Vienes a hablar con papá, ¿no?».

«¿Yo? No, no he venido a eso».

Laurita no le creyó. Terminó su helado y se limpió con la servilleta.

Su padre la tomó por la barbilla y revisó que no le quedara mancha.

Laurita preguntó qué hora era, Leque miró el reloj y le dijo que el abuelo estaría por llegar.

«Tú viniste… —Laurita bajó la voz como si fuera a contarle a Vic un gran secreto— a hablar con papá de novias».

Leque no logró ocultar su disgusto.

«No tienes que repetir lo que oigas, Laura. Algún día, cuando seas grande, entenderás lo que pasa cuando dos personas mayores se divorcian».

«Yo ya lo sé. ¡Abuelo!».

El exsuegro de Leque se acercó bamboleándose, saludó a los dos hombres y dio un beso a su nieta. Nunca había visto con buenos ojos que un abogado perdiera tiempo y reputación dirigiendo una revista de cabareteras, pero desde que su hija se divorciara podía permitirse algo de empatía con Eugenio Leque, el padre de su nieta.

«¿Un cafecito? ¿Una cerveza?».

«La próxima vez, gracias. Andando, Laurita, que tenemos que recoger a la abuela».

«¿Dónde está abuela?».

«En casa de la modista».

Laurita pasó al abuelo su neceser y besó al padre.

«Adiós, Vic. Adiós, papá».

«Tengan una buena tarde, amigos».

Desde la puerta, Laurita se volvió para tirar besos.

Vic observó el efecto en Leque.

«¿Esto es así cada jueves, Doc?».

Leque asintió.

«La madre no deja que la recoja ni que la lleve a su casa. Ochotorena la trae y Ochotorena se la lleva».

«Parece el cambio de guardia en el Palacio de Buckingham».

«Y si yo tuviera un chofer y la mandara con ese chofer, la cuestión sería entonces que mi carro no se acercara a su casa».

Leque resopló.

«Bueno, ¿qué fue lo que pasó? ¿Qué quería ese tipo?».

«Las fotos».

«¿Las fotos de Ava Gardner?».

«Ajá».

«Dijo que pagaría mucho mejor».

«¿Te cagaste en los pantalones?».

«Si me hubiera cagado, todavía apestaría».

«Battisti y Trafficante detrás de lo mismo… Vámonos de aquí».

Subieron al Lincoln de Leque.

«Doc, pensemos mejor lo de ese artículo en el nuevo número. Le dije a Maggie que no mandara nada a imprenta».

«Amleto Battisti trae a La Habana un cargamento de mujeres cada semana. ¿Qué necesidad tiene él de esas fotos?».

«Supongo que en ninguno de esos cargamentos viene Ava Gardner. Doc, necesito que me cuentes en detalle cómo fue la conversación que tuviste con Trafficante».

«Pero si no he hablado con Trafficante».

«¿Y cómo nos llegó el encargo?».

«Por uno de sus guardaespaldas».

«Uno de sus asistentes, diría Battisti».

«Un tipo que está saliendo con Darlene».

«¿Con Darlene Bárbara?».

Leque asintió.

Darlene era el nombre con el que ella había aparecido en bikini en uno de

los números de *Fenomenal*. Se llamaba Bárbara antes de que Maggie y Leque la bautizaran comercialmente, y Vic la llamaba con los dos nombres, el verdadero y el artístico.

«¿El encargo te llegó a través de un guardaespaldas de Trafficante que está saliendo con Darlene Bárbara?».

«Es lo que acabo de decirte, ¿no?».

Después del cambio de guardia en el Palacio de Buckingham, el doctor Leque no estaba muy dotado de paciencia.

«¿Y tú sigues con Darlene Bárbara?».

Leque enseñó sus dientes infantiles en una sonrisa.

Vic empezó a mover la cabeza como si una mosca estuviera molestándolo.

«Tengo que hablar de esto con Ted».

«¿Con Ted Scott?».

La mosca que fuera hizo asentir a Vic.

«Ted vive en el Sevilla-Biltmore. Si yo fuera tú me cuidaría de volver por allí tan pronto».

Los detuvo la luz roja de un semáforo.

«Con este encargo de Trafficante estábamos entre la espada y la pared. Ahora estamos entre una espada y otra espada».

De ninguna manera. Leque no compartía esa manera de ver el negocio que tenían entre manos.

«Ahora estamos entre un pago excelente y un pago todavía más excelente».

Sonaba como si el doctor Leque, abogado y director de revista, se dispusiera a celebrar una subasta con unas fotos de Ava Gardner que ni siquiera tenían en su poder.

«¿Y tú para qué quieres ver a Ted Scott?».

«Necesitamos saber qué tal andan las cosas entre esos dos».

«¿Trafficante y Battisti?».

A Leque no le parecía buena idea.

«Lo hablamos el otro día, ¿te acuerdas? Nuestro negocio es dar con las fotos, no ponernos a averiguar la vida de los que pagan por ellas».

Éste no era uno de esos encargos que tanto divertían a Vic, en los que una esposa pagaba por pruebas del adulterio de su marido y ellos descubrían, de paso, que la esposa también cometía adulterio.

«Mira cómo veo las cosas, Doc. Tenemos dos clientes pagando por el

mismo artículo. Uno de ellos tendrá que irse con las manos vacías, va a sentirse frustrado, y no me gustaría responder por esa frustración».

«¿Y qué vas a averiguar con Ted? ¿Cuál de ellos dos tiene peor carácter?».

«Un poco más, será un alivio para dos fracasos. Y si te vas, llévate al menos mis cansados brazos».

No respondía de ningún modo a su pregunta, supo Leque. No era más que una de las jodidas canciones que le salían a Vic de su cabeza.

9

Norman Lewis oyó en su habitación las ráfagas de ametralladora, se asomó a la ventana y alcanzó a ver cómo las baterías de la azotea del Palacio Presidencial abatían a un hombre en un balcón, del otro lado de la avenida.

Debió de ser un simple vecino. Una falsa alarma de los soldados y sus ráfagas erráticas no recibieron contestación. Aquella habitación de hotel, bien orientada para hacerse una idea de la situación política, podía resultar peligrosa. Ya cuando el atentado frustrado al presidente Batista, la suite de Ted Scott en ese mismo hotel había sido alcanzada por tres proyectiles de veinte milímetros. El primero de los proyectiles impactó en el vestidor, abrió un hueco a cada uno de los trajes de Ted y echó abajo la pared del fondo. El segundo hizo polvo un estante de libros. El tercero no llegó a explotar. Ted lo conservó como prueba de que habían sido disparos del ejército y no del comando atacante.

Por suerte, Ted Scott se hallaba ese día en la oficina. Aunque las redacciones de *The Havana Post* y *The New York Times*, tan cercanas al Palacio Presidencial, recibieron también impactos de balas. Ese día el presidente Batista logró escapar, la guarnición de Palacio comenzó a disparar en todas direcciones, y un turista americano que salió al balcón de su hotel, en la calle Colón, terminó abatido.

Después de esa muerte, R. Hart Phillips consideró oportuno publicar una lista de recomendaciones para los estadounidenses que visitaran La Habana. Su artículo aconsejaba que, al primer sonido de disparo, se evitaran los balcones y demás espacios abiertos, y se mantuviera uno a resguardo hasta que regresara la calma.

Instrucciones que Norman Lewis desobedecía ahora, asomado a la ventana de su habitación, tratando de distinguir en la oscuridad de la noche si ocurrían movimientos en el apartamento alcanzado por las balas.

Él contaba con que sacaran del edificio a la víctima, herida o muerta, pero nada de eso ocurrió. No se escucharon sirenas, no vio llegar ninguna

ambulancia.

Tampoco en las garitas de Palacio se percibían movimientos.

Parecía reinar la calma por cuyo regreso habría que esperar para salir de los refugios, según las recomendaciones de R. Hart Phillips.

Se escuchaba música de orquesta. Lewis calculó que podría ser de la propia orquesta del hotel.

Esa tarde, gracias a un reportero de sucesos del *Diario de la Marina*, había visitado la morgue de la ciudad. Vio allí los cuerpos de cinco jóvenes con señales de tortura. De momento no guardaban ningún policía muerto, ninguna víctima de atentado, y preguntó al especialista de bata blanca si tenían algún fallecido en duelo de honor.

¿Duelo de honor? El especialista de la morgue dijo no saber de qué le hablaba. Parecía más dispuesto a aceptar la existencia de cadáveres torturados que la de un duelista muerto.

A la salida, el reportero de sucesos explicó a Lewis que los duelistas se reportaban como gente muerta accidentalmente mientras revisaba un arma. Los duelos de honor no eran ilegales, pero no estaba bien visto que aportaran cadáveres.

Lewis siguió asomado a la ventana de su habitación, esperando alguna señal que relacionara el edificio alcanzado por las ráfagas con la batería de la azotea de Palacio. Pues, por accidentales que hubieran sido los disparos, estaba seguro de que habían dado en alguien.

A la mañana siguiente, nada más levantarse, escrutó la fachada del edificio frente al Palacio Presidencial. De contar con binoculares, habría distinguido las marcas de los disparos en la fachada.

El sol daba de lleno en el balcón aquel. Las cortinas del ventanal del apartamento estaban corridas. Él lamentó no poder acercarse a investigar. Ráfagas de ametralladora, un hombre que caía, y no parecía haber ocurrido nada. No existía herido ni cadáver, ningún grito, sólo música de orquesta. Como si La Habana, la atmósfera de fiesta reinante en La Habana, terminara tragándose a cuanto muerto tendieran en la morgue.

Ted Scott lo esperaba en su oficina de la calle Refugio, número 106, segundo piso, en su galería de tiro improvisada.

Blancos colgados de alambres se movían en la pared del fondo como en una caseta de feria. Ted le proporcionó un mandil y se puso el suyo.

Mandiles de matarifes. Él se preguntó qué necesidad tendrían de

protegerse con mandiles cuando no iba a salpicarlos ninguna sangre.

Ted Scott abrió la caja de armas, entregó a Lewis una de las pistolas que guardaba para el duelo con Hemingway, colocó el silenciador a la suya, se apostó ante los blancos, y empezó a disparar.

Los blancos pasaban por delante suyo con bastante impunidad. Como si aquel tirador no hubiera servido de modelo para el agente secreto 007, James Bond.

Ted dejó de disparar. Alegó insatisfacción por el modo en que la pistola se ajustaba a su mano. Tenía muy poco o ningún retroceso y habría que acostumbrarse a eso. Celebró, en cambio, el magnífico funcionamiento del silenciador.

Su ejecución, por torpe que fuera, no alcanzó a verse disminuida por la de Lewis.

Mínimo retroceso, convino Lewis, a quien no le parecía estar disparando con una verdadera pistola.

Uno y otro tirador fueron mejorando a lo largo de la sesión. Cuando Ted guardó las pistolas y dobló los mandiles, le notificó a Lewis que el contacto de los rebeldes lo vería esa misma tarde.

Lewis preguntó dónde tendría que personarse.

«Con no salir del hotel tendrás suficiente».

El tipo de la guerrilla lo vería a las cinco en la cafetería del Sevilla-Biltmore.

A Lewis le pareció riesgoso que aquel encuentro fuera a celebrarse en el mismo hotel en el que se hospedaba. Aunque debió reconocer que Ted sabría mejor que él dónde se encontraban y en qué consistían en La Habana los riesgos.

Preguntó la contraseña a utilizar.

«No hará falta ninguna. El tipo llegará, te dirá que es Vaquero y eso es todo. ¿Has recibido alguna noticia de Hemingway?».

«Nada hasta ahora».

Ted hizo un chasquido con la lengua.

«Esa gripe es un pretexto».

«¿Para no atender visitas?».

«Para esquivar el duelo».

Un cuarto de hora después de las cinco de la tarde, cuando Lewis creía que el contacto de la guerrilla no iba a aparecer ya, Vaquero se presentó en la

cafetería del Hotel Sevilla-Biltmore.

A escasos metros del cuartel de la inteligencia militar y tan cerca como se hallaban de las ametralladoras emplazadas en Palacio, Norman Lewis tenía delante suyo a un conspirador que entraba y salía de las montañas del este del país, burlando los cercos del ejército.

Vaquero le pareció a primera ojeada un tipo extremadamente confiado, por decirlo suavemente.

Un niño limpiabotas aprovechó que ambos se saludaban para hacerse del pie derecho del inglés. El pequeño limpiabotas parecía haber salido de abajo de una mesa. Lewis intentó zafarse de él, despedirlo con una moneda, pero Vaquero le ordenó que no lo hiciera.

Se encontraban rodeados de huéspedes del hotel, tendrían al pequeño limpiabotas atento a cuanto hablaran, y nada de eso parecía importarle a Vaquero. Si el trío de músicos del hotel hubiera asomado por allí, le habría dado la bienvenida, los habría invitado a la mesa.

Lewis trató con él lo que tenían que tratar y llegaron a un acuerdo. A más tardar, en un par de semanas podría subir al campamento de la guerrilla en el oriente de la isla y se encontraría cara a cara con Fidel. El propio Vaquero se ocuparía de la logística.

Vaquero no hizo preguntas, no entró en comprobaciones.

El niño terminó de pulir el segundo de los zapatos, recibió el pago e intercambió con Vaquero una mirada significativa.

Se largó del mismo modo que llegara, como si volviera a un escondite.

Vaquero le pidió que salieran juntos del hotel.

Más exposición todavía, se reprochó Lewis.

La vida en las montañas era aburridísima, confesó Vaquero. Él no conocía a nadie allí en La Habana, no tenía amistades en la capital. La noche anterior se había ido de putas y por ese lado no tenía ninguna queja. Pero un rato antes, en el camino hacia el hotel, había pasado junto a un cine en el que echaban una película de *gangsters* y, si Lewis no tenía otra cosa que hacer, ¿qué le parecía si lo acompañaba a ver esa película?

Norman Lewis no tuvo más remedio que admitir que, a fuerza de proceder contra toda lógica conspiradora, las cosas podrían salirle bien a Vaquero y los suyos.

Aceptó acompañarlo al cine. «El asesino más sanguinario de todos», anunciaba el cartel de la fachada. La sala era grande, refrigerada y se

encontraba completamente llena.

Un letrero al comienzo de la película declaró a todo lo ancho de la pantalla que la historia que a continuación verían era un tributo al FBI y a su director, John Edgar Hoover.

En la pantalla apareció una vista panorámica del Chicago de 1934, luego el muro de una cárcel de Chicago, una puerta en el muro, y la puerta en el muro de la cárcel se abrió para dejar salir a un hombre vestido de paisano que cargaba una maleta.

El recién liberado era Mickey Rooney y, sobreimpuesto a su rostro, relampagueó el nombre de *Baby Face* Nelson.

Mickey Rooney iba a ser *Baby Face* Nelson. La película contaría su vida de crímenes al salir de la cárcel de Chicago.

Lo que de veras interesó a Lewis, más que los episodios de esa biografía criminal, fueron las reacciones de los espectadores. La gente en aquel cine discutía a viva voz las decisiones que tomaban los personajes. Apenas *Baby Face* Nelson se enredaba a tiros contra los agentes de la policía, le gritaban desde las butacas instrucciones para que saliera ileso y consiguiera liquidar a sus perseguidores. Por lo visto, allí resultaba inútil la dedicatoria a Hoover y al FBI.

En un momento crucial de la historia, Vaquero pegó un salto al lado suyo y se puso a protestar por los pasos de *Baby Face* Nelson al huir de una emboscada. Pero, ¿cómo se le ocurría meterse dentro de un cementerio, estando herido? ¡Tenía que salir de allí pitando!

Baby Face Nelson iba malherido. Su novia Sue y él dejaron el Ford en el que escapaban del FBI y no hallaban mejor sitio para guarecerse que un cementerio abandonado.

El pronóstico de Vaquero fue certero.

«Ahora sí que se jodió completo».

Para desesperación de todos sus partidarios en la sala, *Baby Face* Nelson se recostó a una lápida del cementerio y le pidió a Sue que de una vez lo rematara.

Reclamó que lo matara, Sue se negó, y él tuvo que ordenárselo. Porque era preferible morir de un disparo hecho por su novia que por el disparo de un arma reglamentaria.

Así debió entenderlo la sala en pleno, pues hizo un gran silencio para escuchar el fogonazo de Sue.

«*The Good do not perish. As for the Bad, all that was theirs dies with them and is The End*», rezaba la lápida en la que *Baby Face* Nelson se había recostado.

Sue hizo un primer disparo. Un segundo disparo, y el cuerpo de *Baby Face* Nelson se deslizó a tierra.

En la pantalla quedaron fijas las dos últimas palabras inscriptas en la lápida: «*The End*».

Vaquero salió reconfortado de la oscuridad del cine.

Tremenda película, sostuvo, y le habló de otras que había visto. Se dedicó a contarle escenas de películas que recordaba en todos sus detalles. Las de *gangsters* eran, sin duda, sus favoritas. En su opinión, no existían mejores películas que las películas de *gangsters*.

Al despedirse, Lewis recibió una última indicación. El contacto que vendría a avisarle del inicio de su viaje a las montañas mencionaría al héroe de la película que acababan de ver. *Baby Face* Nelson serviría como contraseña. De manera que cuando Lewis le escuchara a alguien el nombre de *Baby Face* Nelson, tendría que replicar que ese *Baby Face* Nelson era el asesino más sanguinario del mundo.

Lewis se fue a comer a una fonda del barrio chino de Zanja. Callejeó por unas horas y, antes de irse a la cama, entró al bar de su hotel a beber un whisky.

Uno solo. Cuando bebía a solas, mantenía una precavida relación con el alcohol. Su difunto padre, farmacéutico de renombre local debido a la invención de un tónico de quinina y agua de ajo bautizado como Elíxir R. G. Lewis, había terminado alcoholizado.

Lewis tendía a considerar el alcoholismo como un problema genético. Un asunto pendiente que en cualquier momento podría convertírsele en rasgo personal, tal como otros rasgos de su padre iban volviéndose suyos con el paso de los años.

La iluminación del bar era azulosa. Los cubos de hielo de su whisky eran azules. Sentados a lo largo de la barra no se veían más que hombres y, en el rincón más apartado, donde el azul se volvía negro, Lewis descubrió a un tipo muy parecido a Graham Greene.

No conocía a Graham Greene personalmente, nunca había coincidido con Greene, pero aquel bebedor se parecía al retrato de los volúmenes que publicaba Heinemann.

Todo el tiempo que le duró su whisky estuvo preguntándose si no sería en verdad Graham Greene. Miró una y otra vez hacia él sin arribar a conclusión definitiva, hasta que el sospechoso terminó por levantarse y abandonar el bar.

Lewis se vio con Ted al día siguiente, y a Ted le pareció perfecto que hubiese llegado a un acuerdo con Vaquero.

«Avísale a Ian que no necesitas ayuda de ningún cabrón para verte con Castro».

Lo de cabrón iba por Hemingway.

Preguntó a Ted si tenía noticias de que Graham Greene, el novelista, se encontrara allí en La Habana.

«En este mismo hotel hasta esta misma mañana».

La reacción de Lewis le hizo suponer a Ted que ambos se conocían.

«¿Qué tal es como colega?».

Lewis no sabía decirle. No lo conocía, no tenía ningún amigo común con él. Publicaban en editoriales distintas y Greene era un escritor consagrado.

«Contó a todo el que quiso oírlo que venía a terminar una novela».

«¿Una novela?».

«Una novela que transcurre aquí, eso dijo».

«¿Una novela de Graham Greene que transcurre en La Habana?».

Ted asintió.

«Si te interesa mi opinión, dudo de tanta publicidad de su parte. Demasiado empeño en convencer a los demás».

«No te sigo, Ted».

«Norman, me temo que esa novela suya no es más que una tapadera».

«¿Tapadera de qué?».

Ted hizo como que no lo oía.

Lewis le preguntó si conocía a Greene.

Lo conocía, sí.

De aquí, de allá, de acullá.

Conocía a Graham Greene desde hacía mucho tiempo.

10

Graham Greene contaba con muchísimos lectores por todo el mundo y para narrar su nueva historia se vio obligado a buscar un rincón donde lo que se proponía escribir no sonara demasiado alarmante. Buscaba un lugar seguro como esos lugares seguros en los cuales se desactiva una bomba.

En las páginas de su nueva novela se burlaba de la inteligencia británica y jugaba con el fin del mundo. Intentaba convencer a sus lectores de que la idea del fin del mundo era llevadera, incluso graciosa. Escribía el Apocalipsis en clave de comedia.

Los críticos denominaban *Greenelandia* al mundo que aparecía en sus libros. Y, fuese a donde fuese uno en Greenelandia, terminaba por tropezarse con una conmoción política. Habría dictadura, habría revueltas, cada uno de los personajes se mantendría amenazado por cambios tempestuosos.

La Habana no estaba incluida en esa Greenelandia de la que hablaban los críticos, pero él escribía una historia paródica de espías, con una trama carnavalesca, y La Habana le pareció el sitio ideal para que todo aquello sucediera.

Porque para comedias apocalípticas, La Habana.

«Reían sorbiendo daiquirís», escribió. «Es fácil reírse de la idea de torturas en un día de sol».

Daiquirís y torturas. Su historia transcurría en la capital cubana bajo la dictadura de Fulgencio Batista y desde las primeras páginas quedaba establecido que aquélla era una ciudad para visitar, no para vivir en ella. Sin embargo, su protagonista había tenido la suerte de enamorarse allí y se sentía atraído por La Habana como por la escena de un desastre.

Porque La Habana era buen sitio para el amor y para el desastre. La mejor de las ciudades para esperar el fin del mundo.

Greene conocía de ella el repertorio consabido de tantos turistas. Daiquirí y cangrejo en El Floridita, prostíbulos, pérdidas no muy cuantiosas en la

ruleta, marihuana de excelente calidad y una cocaína que primero resultó ser bicarbonato, y luego polvo del bueno. Más su amado Shanghái.

Por un dólar y cuarto, disfrutaba en el Teatro Shanghái de películas y espectáculos pornográficos en los que Superman perforaba a una mulatica con un falo de treinta y cinco centímetros.

Treinta y cinco centímetros medidos con una cinta métrica. O doce dólares de plata, en caso de colocar encima de su miembro un dólar de plata junto a otro dólar de plata.

En el Blue Moon actuaba cada noche una pareja de lesbianas. El chofer que Greene contrató lo introdujo en los misterios de la charada, un juego de azar en el que se apostaba al número uno como caballo, al dos como mariposa, al tres como marinero, al cuatro como gato y así hasta el cien, que era inodoro.

La charada era una maraña de símbolos que permitía convertir en apuesta todo cuanto apareciera en sueños y en pesadillas. Y, tal como ocurría dentro de los sueños y las pesadillas, cada número en la charada era capaz de metamorfosearse en distintas figuras. Así, el uno, caballo, podía ser pescado chico, tintero, camello y sol.

El dos era, además de mariposa, caracol y cafetera.

El cincuenta, policía, árbol, alegría, florero.

En su nueva novela, Greene metía La Habana en Greenelandia. Anotó el nombre de una calle, Lamparilla, para poner a vivir en ella a su protagonista. Y, puesto que satirizaba en esas páginas al servicio secreto británico, se citó en Londres con un representante del Foreign Office.

Optó por avisar al Foreign Office de que su próxima novela incluiría una que otra broma a costa del servicio secreto.

El representante del Foreign Office quiso saber a qué clase de bromas se refería, y Greene creyó oportuno declarar que no sería una novela seria.

¿Cómica, entonces? Hum, curioso. Pero en qué podría residir la comicidad del servicio secreto.

En su informe, el del Foreign Office dejaría este punto como tema abierto. Conversaron acerca de la inestable situación política existente en Cuba y, para decepción de su interlocutor, Graham Greene tenía muy poco que aportar sobre ello.

«He oído que el suyo es un trabajo parecido al del servicio».

«¿Mi trabajo?».

«Me refiero a su trabajo de novelista».

Greene debió reconocer que existían ciertas semejanzas. No por casualidad tantos autores de novelas, él mismo, habían pasado por el servicio secreto.

«Somerset Maugham».

«Somerset Maugham, sí».

«Mi mujer es lectora de Somerset Maugham».

Greene asintió.

«Yo prefiero a Ian Fleming».

Greene volvió a asentir.

«¿Qué me dice de las novelas de Ian Fleming, señor Greene?».

«¿De las novelas de Fleming? Bueno, tal como yo lo conocí, el servicio está muy lejos de ser a como aparece en sus novelas».

«Pero no me negará que resultan entretenidas».

«No se lo negaré. ¿Su esposa está en el servicio?».

«No. ¿Qué le ha hecho pensar eso?».

«Ningún detalle en especial».

«¿Por imaginación de novelista?».

«Podría ser eso, sí».

«Señor Greene, le agradeceré que volvamos a vernos a su regreso de La Habana».

En ese caso, volverían a encontrarse.

La Habana, tal como la entendía Graham Greene, era un sitio donde todo vicio estaba permitido. Cualquier transacción, por descabellada que fuera, parecía factible allí. Al menos así necesitó entenderla para hacerla escenario de la descabellada historia que escribía.

Había necesitado una locación en donde un policía fuera entendido como florero o alegría, y ahí estaba La Habana. Un lugar en el cual, aun cuando estuviera acabándose el mundo, nadie percibiría el peligro.

Tan entretenidos estaban todos, tan ocupados en pasar de una diversión a otra, que no notarían la llegada del apocalipsis.

Greene era un católico con profundos remordimientos y La Habana conseguía aumentárselos. Viajaba para combatir el aburrimiento, recorría sin parar Greenelandia por temor a aburrirse. En su adolescencia había puesto una bala en el tambor de un revólver y jugado a la ruleta rusa. Salió ganador de aquella apuesta y, a las preguntas de sus conocidos, atinó a

declarar que le había parecido un buen método para espantar el tedio.

Lo deprimía permanecer en un sitio mucho tiempo y bebía contra la depresión. Bebía dentro de la luz azul casi negra del bar del Sevilla-Biltmore y se dijo que metería en su novela a aquellos tipos que bebían sin hablar entre sí, agazapados como paracaidistas a la espera de la orden de saltar.

Pero saltar a dónde.

Uno de sus personajes cuestionaba el interés por La Habana de los servicios secretos británicos y estadounidenses. Se preguntaba si existía en La Habana algo lo suficientemente importante como para merecer tanta curiosidad.

Fuera de su novela, la contestación a esa pregunta tendía a ser afirmativa. Por algo el tipo del Foreign Office le solicitó verse de nuevo.

«Existe aquí algo lo suficientemente importante como para preocupar al servicio secreto».

Hablaba consigo mismo dentro de la luz casi negra del bar.

«Pero qué podrá ser ese algo».

11

Cincuenta y tres, horizontal: «Hueso largo y delgado de la pierna que se articula con la tibia». Seis letras.

Vic escribió: «PERONÉ».

En la victrola sonaba «Vendaval sin rumbo».

Siete, vertical: «Sentimiento que inclina el ánimo a lo que le place». Cuatro letras.

Él escribió: «AMOR».

Ted Scott vino a sentársele al lado.

«Tú me dirás en qué puedo ayudarte».

Vic dobló el periódico con el crucigrama resuelto a medias.

«Cuando te lo cuente vas a entender por qué quise que nos viéramos fuera de tu hotel».

Ted Scott pidió un café sin nada de azúcar y Vic contó su encuentro con Amleto Battisti. Habló de las fotos de Ava Gardner que andaba buscando.

«Coincidí con ella en una fiesta de la embajada británica».

«¿Qué tal está?».

«Digna de su fama».

Vic habría agradecido una descripción más detallada, pero Ted se dedicó a contarle un episodio del cual ya tenía noticias. De cómo Ava Gardner se había sacado la ropa interior en la fiesta celebrada en honor de la reina Isabel de Inglaterra.

«Fue a esa fiesta con Hemingway, a quien reté a duelo por tal comportamiento».

«¿A Hemingway?».

«Por supuesto. No iba a retarla a ella».

Vic no podía creérselo.

«Cuestión de honor, Vic».

«Sí, pero supón que le metes un balazo y el tipo muere. Vas a aparecer en los periódicos como el asesino de Hemingway».

«¿Él no mata leones?».

«Como en un sueño, sin yo esperarlo, te me acercaste».

Ted tardó un segundo en comprender que era una de las frases de canciones que Vic acostumbraba a soltar, efecto de la enfermedad de victrola que padecía.

«He tenido algo de trato con Battisti, como sabes. Llevo tanto tiempo viviendo en su hotel que ya dejó de preguntarme si me encuentro a gusto. Pero cuando el ataque a Palacio él tuvo el detalle de presentarse en mi suite para examinar personalmente los destrozos».

«Me pareció un tipo muy educado».

«¿Y qué problemas tienes tú en venderle esas fotos cuando des con ellas?».

«Que alguien nos las había encargado antes».

«¿Quién?».

«Voy a decírtelo confidencialmente».

«Desde que me senté aquí hablamos confidencialmente».

«Santo Trafficante».

«Vaya… Me gustaría saberme una de tus canciones para soltarla en este mismo instante».

«No digas eso. Puede ser como una maldición. Cuando estaba hablando con Battisti, sentado frente a él, tuve que aguantarme para que no se me fuera ninguna».

Vic se tocó la cabeza.

«¿Escuchas voces?».

«No».

«Tuve una mujer que escuchaba voces».

«¿Sí?».

«Sí».

«¿Y qué pasó con ella?».

«Un buen día dejó de escuchar la mía. No me has dicho en qué puedo ayudarte».

«¿Tienes idea de por qué estos dos, Battisti y Trafficante, andan detrás de lo mismo?».

«Es difícil de saber a ciencia cierta. Es gente que hace y deshace sus alianzas. Nunca puedes estar seguro de las jerarquías existentes entre ellos, y sus negocios pasan de mano en mano sin que se entere nadie».

Ted se quedó pensando por un momento. Le pidió al dependiente cambio

para un peso, se metió las monedas en un bolsillo del pantalón, las hizo sonar con unas palmadas, y se puso a examinar el listado de canciones en la victrola.

«Escucha esto, Vic».

Ted echó una moneda en la ranura de la victrola y apretó unas teclas.

Sonó una orquesta americana.

«*When somebody loves you it's not good unless he loves you… all the way*», salió del aparato.

«Ahí tienes una buena razón para que anden los dos detrás de esas fotos».

Vic se mantuvo a la escucha.

«No es la canción, eh, sino quien la canta».

«¿Sinatra?».

De todos los cantantes americanos, Frank Sinatra era el favorito de Vic.

«Piensa un poco. ¿Para quién resultarían decisivas esas fotos?».

«Decisivas».

«Olvídate de la que aparece en ellas porque una tipa que hace lo que ella hizo en la fiesta de la reina es imposible de chantajear. ¿Quién podría atormentarse nada más de saber que esas fotos existen?».

Ted Scott señaló a la victrola.

«Se divorciaron. Ella le dio grandes dolores de cabeza».

Ted colocó dos dedos como los pitones de un toro en su frente.

«Toreros. Acuérdate de la luna de miel que tuvieron en el Nacional».

Vic se acordaba. Corrió por La Habana el rumor de que Sinatra había estado a punto de saltar desde el balcón de la suite del Nacional que compartía con Ava Gardner.

«Entonces la pregunta es por qué razón Trafficante y Battisti quieren joder a Frank Sinatra».

«¿Joderlo? ¿Y quién ha hablado de joderlo? A lo mejor están intentando ayudarlo».

«¿Ayudarlo?».

«Cuando Lucky Luciano citó aquí, en el Nacional, a todos los jefes, vino también Sinatra. A cantarle a los jefes o a servirles de correo. O una cosa y la otra. Un empleado del Nacional le contó a Bob Ruark que Sinatra se pasaba todo el tiempo con Luciano y compartían orgías. Y, salvo este último detalle, Bob Ruark publicó el resto».

La canción de Sinatra terminó en la victrola.

«Bob Ruark dio la noticia en el *New York World-Telegram* y los jueces americanos se desayunaron con la noticia de que Lucky Luciano estaba aquí en La Habana, cuando tendría que estar cumpliendo su deportación en Italia».

«¿Los jueces llegaron a Luciano por la noticia de la visita de Sinatra?».

«Exactamente. Así que, además de ponerle música a la reunión de los jefes en el Nacional y muy probablemente servirles de correo, las vacaciones habaneras de Frank Sinatra sirvieron para revelar el paradero de Lucky Luciano. ¿Lo hicieron venir a La Habana con ese propósito? No lo sé, pudo ser. Lo cierto es que, a raíz de su visita, se acabó La Habana para Lucky Luciano, que tuvo que regresar a Italia».

«La verdad es que no entiendo nada, Ted».

«¿Qué quieres que te diga? Tampoco es que yo entienda mucho. Aunque tenemos claro que esa gente usó a Sinatra por una vez».

«Sí».

«Así que podrían estar intentándolo de nuevo».

Ted pretendió pagar su café y Vic lo disuadió.

«Sea lo que sea que esté pasando, si tú consigues esas fotos va a ser tu oportunidad de conocer personalmente a Frank Sinatra».

Ante una perspectiva así, Vic se olvidó de Santo Trafficante y de Amleto Battisti, y su amigo Ted Scott tuvo el detalle de hacer sonar otra vez la canción de Sinatra.

«Yo conozco a alguien que podría estar al tanto de esas fotos. Armando Jesi Antigüedades, ¿te suena?».

Vic escuchaba la canción y negó con la cabeza.

«Tiene negocios aquí y en Miami, aunque lo último que supe de él es que le negaron la entrada en el norte».

«¿En los Estados Unidos? ¿Y por qué?».

«Hum, debió tocar algún punto sensible. Él se interesa por los peces gordos. Políticos americanos. Ya sabes, por todo lo que esos peces gordos vienen a hacer aquí».

«No le faltará trabajo».

«Más bien le sobra. Y que no lo dejen entrar en el norte le habrá traído muchas complicaciones. No solamente por sus negocios en Miami, sino porque allá tiene al cirujano».

«¿El cirujano?».

«Su cirujano plástico. Armando Jesi Antigüedades es invertido».

«Le gustan los hombres».

«Se gusta a sí mismo. Si fuera una mujer, le gustarían las mujeres. Y se gusta a sí mismo siempre joven, así que va continuamente al cirujano plástico. Voy a preguntarle si quiere verte. A cambio, quisiera pedirte algo».

«Tú dirás».

«Cuando tengas esas fotos, me gustaría echarles una ojeada».

«Cuenta con eso. Las consigo, te las muestro, y a Leque y a mí nos tocará decidir a quién vendérselas. ¿Por cuál de ellos te inclinarías tú?».

«¿Trafficante o Battisti?».

«Ajá».

«No te olvides de este otro».

Ted señaló a la victrola.

«Claro que no. ¿Trafficante o Battisti?».

«La cuestión no se reduce a cuál de ellos pagará mejor».

Habría que contar, sobre todo, con los daños y perjuicios. Ted se rascó la cabeza por donde el pelo le clareaba y, cuando respondió, no lo hizo para inclinarse por Santo Trafficante ni por Amleto Battisti, sino para subir aún más el riesgo de la apuesta.

«Cuenten ustedes con que Meyer Lansky podría mostrarse interesado».

«¿Meyer Lansky?».

«Él fue el mayor beneficiado con la deportación de Lucky Luciano de La Habana. Y si ninguno de esos dos, Battisti o Trafficante, les ha hecho el encargo en nombre de Lansky, ándense alertas. No sé en qué consiste este asunto, pero no descarten recibir noticias de Meyer Lansky. Díselo a Leque».

12

Lansky había hecho de La Habana su casa. En sus primeros tiempos vivió en una suite del Nacional, luego se mudó al moderno hotel que hizo construir, el Havana Riviera. Del Hotel Nacional apreciaba el empaque de otro tiempo. Del Riviera, su elegancia moderna, las innovaciones que ningún otro hotel de la ciudad poseía.

Esto último, obra suya.

La Habana era su casa, lo cual no significaba que fuese muy hogareño. Con más de una década viviendo en la ciudad, no se había molestado en aprender siquiera un español rudimentario. Tardó en hacerse de una amante habanera y, ahora que la tenía, hacía vida muy discreta. Jaime, su chofer y guardaespaldas, solía dejarlo en casa de ella y, si permanecía más de un día allí, Jaime pasaba a darle razón de la marcha de los negocios.

Lansky no utilizaba el teléfono de casa de su amante.

Su esposa y tres hijos de un matrimonio anterior residían en Estados Unidos. A diferencia de sus rivales y socios, él no se daba al desenfreno. No consumía estupefacientes ni traficaba con ellos. Alcohol, muy poco, y en contadas ocasiones. Cuando las reuniones se extendían, solía ordenar un vaso de leche.

Era el vaso de leche de los *cowboys* de las películas que entran a un salón, piden leche para poner a prueba la hospitalidad del ambiente, reciben burlas y desprecios por no beber alcohol y terminan castigando a todos aquellos que se burlaban.

En caso de beber alcohol, era Pernod lo que Meyer Lansky elegía.

Diluía el Pernod en agua y hielo. Bebía a solas en las madrugadas.

Tenía bien aprendido eso de beber a solas.

Por su carácter taciturno o por seguridad.

Para no hablar de más con nadie. Para no entrar en las efusiones que despierta el alcohol.

Bebía Pernod en el balcón de su suite, oyendo cómo abajo rompían las

olas. A Lansky le gustaba escuchar el oleaje, creía que el sonido del oleaje lo ayudaba a pensar. De madrugada solía pararse en un rincón frente al mar que había hecho suyo. Luego de un recorrido por los casinos, los propios y los ajenos, le ordenaba a Jaime que entrara al Malecón y lo dejara donde siempre.

De madrugada, sin tráfico, aquél era un rincón tranquilo donde escuchar las olas.

Jaime aguardaba en el Chevrolet Impala del 57. No encendía el radio mientras permanecieran allí, y cumplía la instrucción de no pisar demasiado el acelerador al recorrer el Malecón en esas horas sin tráfico.

Lansky se acercaba al mar y podía quedarse allí hasta el amanecer.

Podría pensarse que se encontraba solo y al alcance de las balas, pero ningún jefe había sufrido atentado en La Habana.

Allí en La Habana podría planearse una que otra operación, pero las muertes ocurrían lejos.

La de Albert Anastasia, El Sombrerero Loco, después de reclamar más participación en los negocios habaneros, sentado en la barbería del Hotel Park Sheraton, en la calle 56 con la Séptima Avenida, en New York, y disparando al reflejo en un espejo de los dos que le dispararon hasta rendirlo.

O la de Bugsy Siegel, por deudas pendientes, cazado con una carabina M1 a través de una ventana mientras leía un periódico en el sofá de su novia, en Beverly Hills.

La Habana, en cambio, resultaba tan segura que cuando Lansky quería escuchar de cerca las olas bajaba del balcón de su suite y se acercaba al tramo del Malecón donde nacía la calle Línea.

A su derecha, sobre un peñón, se alzaba el Hotel Nacional.

La embajada de Estados Unidos se encontraba a pocos metros.

Lansky pasaba de la sofocación de los casinos, del ambiente apremiante donde a cada momento se decidía la suerte, a una visión nocturna donde ponía en orden sus ideas.

El mar oscuro, que alcanzaba a oler sin verlo.

El sonido del agua contra las rocas.

Los visitantes del casino del Havana Riviera cruzaban por un vestíbulo de pisos y paredes de mármol, con estuco moteado en el techo, con grandes lámparas, con esculturas. Encontraban dentro del casino alfombras

mullidas, paredes enchapadas en oro, techos altos, preciosas arañas de cristal y ninguna ventana.

Él exigió que en su casino no hubiera ventanas.

Para que nadie fuera a entretenerse comprobando si amanecía. Para que la única hora allí dentro fuera la de las apuestas decidiéndose.

Esa ausencia de ventanas era amortizada con el oro que enchapaba las paredes. Cuando la mirada de los jugadores buscaba una abertura en las paredes, lo que hallaba era oro. El oro devolvía la mirada a los que hacían allí sus apuestas.

Lansky había planeado en el casino del Riviera la trampa más hermosa para jugadores, una adicción tan espesamente alfombrada que les hacía creer que no pisaban suelo. Con luces de fiesta encendidas a toda hora, con recordatorios de oro desde la alfombra hasta el techo.

Lo contrario del paisaje marino que se le abría a él delante, sin horas también, hasta que la luz del amanecer lo hacía volver al Chevrolet y despertar a Jaime.

En esa oscuridad frente al mar planeaba todo lo que vendría. Él había hecho del juego una industria, casi una ciencia exacta. Al llegar a La Habana encontró, en lugar de casinos, unos tinglados. Desde los empleados más bajos hasta los más altos, desde los repartidores de juego hasta los supervisores de mesa y de sala, ninguno sabía hacer bien su trabajo.

Él dispuso que usaran siempre cartas nuevas en el *blackjack*, mandó colocar asientos altos para que los jefes de sala controlaran las operaciones. Eliminó unas artimañas completamente innecesarias cuando las probabilidades favorecían a la casa. Reformó el juego en la ciudad, limpió de mierda los establos hasta dotarlos de paredes enchapadas en oro.

Desde casinos estadounidenses hizo traer a jefes de sala y otros empleados de alto nivel. Fue capaz de detectar que, de seguir abriéndose casinos en La Habana, la falta de empleados de planta paralizaría el negocio. Fundó, por ello, una escuela de repartidores de juego a la que se presentaron tantos candidatos que en un primer momento no habían sabido cómo lidiar con ellos.

Su nombre, Meyer Lansky, era sinónimo de buen hacer y de innovación. La fama de su nombre atraía a los más importantes jugadores, venidos desde todas las esquinas del mundo. Hasta el punto de que se hablaba de un imperio del juego, del Imperio de La Habana, y de Meyer Lansky como su

emperador.

Él no hacía caso del título, por supuesto.

Se cuidaba de ostentar. Poseía un Chevrolet Impala y un Mercedes Benz apenas rodado, guardado para las grandes ocasiones. Residía en un hotel, no tenía mansión que pudiera atribuírsele, y su nombre no aparecía en la dirección del Havana Riviera.

Tampoco iban a hallarlo en la licencia del casino del hotel.

En todos los papeles del Havana Riviera, Meyer Lansky era el jefe de cocinas.

Nada de emperador: jefe de cocinas.

Y ninguno de ésos que hablaban de un imperio en La Habana tenía la más remota idea de lo que estaba por volcarse sobre la ciudad.

Batista, el presidente cubano, había anunciado su plan urbanístico. Construirían altos edificios bordeando el Malecón, harían desaparecer la calma de ese rincón al que Lansky venía por las noches. Sin embargo, ninguno de los edificios del proyecto del presidente Bastista podría competir con la magnificencia del hotel-casino que él y sus socios construirían.

Y, por fastuoso que fuera su empeño anterior, el Havana Riviera sería poca cosa comparado con el Montecarlo de La Habana.

Puerto deportivo, helipuertos, campos de golf, casinos, cabaret, restaurantes, clubes nocturnos. El más grande complejo de turismo y diversión encargado a uno de los más grandes arquitectos del mundo.

Él y sus socios levantarían una hilera de hoteles-casinos por toda la costa hacia el oeste. Estrecharían sus lazos con Florida, harían desde La Habana labores de infiltración hasta recuperar la licencia de juego en Florida.

Avanzarían más al norte, hasta cubrir completamente el territorio de los Estados Unidos.

¿No hablaban de un imperio? Pues en la naturaleza de los imperios está el extenderse y dominar, como sabía él de los libros.

Tampoco en el consejo de administración del Hotel Montecarlo de La Habana constaría su nombre y, por cambiada que para entonces estuviese la ciudad, él saldría al balcón de su suite a ponerle oído al oleaje. Recorrería los casinos de la costa, los propios y los ajenos, y terminaría su jornada en un rincón solitario donde escuchara romper las olas.

«El Imperio de La Habana».

Lansky tenía una indudable voz de matón.

«El Imperio de La Habana».

Lo pronunció primero con un tono completamente serio, luego con cierto matiz burlón, y finalmente con la gravedad que merecía ese futuro.

«El Imperio de La Habana».

Cruzó la avenida Malecón, sin tráfico a esa hora, se metió en el Chevrolet y pidió a un amodorrado Jaime que arrancaran.

Meyer Lansky era un hombre bajo y delgado de cincuenta y cinco años. Nariz prominente, orejas grandes. Vestía trajes anodinos, pero era el orgulloso propietario de una buena colección de corbatas.

Amaba la obra de Shakespeare, de la que era capaz de recitar fragmentos de memoria, especialmente de *El mercader de Venecia*. Había cargado con las obras completas de William Shakespeare y un buen diccionario para su única temporada en la cárcel.

Le gustaba escuchar danzones y hasta los bailaba. De toda la música del país le gustaban los danzones, que para él tenían la ventaja de no llevar letra.

Le gustaba La Habana, La Habana era su casa. Había llegado a La Habana para cambiar las leyes del juego y ahora se proponía cambiar La Habana.

Dos

1

Al teléfono desde Londres, Ian Fleming le comentó que acababa de releerse *El viejo y el mar*. Recitó de memoria párrafos enteros e insistió en que no tardara en visitar al autor de aquellas frases. Pues, aun cuando la visita a Finca Vigía no reportara nada útil en relación con los asuntos cubanos, redundaría en beneficio de la editorial que compartían los tres.

Fleming, Hemingway, Lewis.

Y media hora después de la conferencia telefónica con Londres, Norman Lewis recibió una carta de Ernest Hemingway.

«FINCA VIGÍA, SAN FRANCISCO DE PAULA, CUBA», llevaba impreso el borde superior del papel en grandes letras rojas. El texto venía escrito a máquina, su tono era formal, y en él Hemingway afirmaba que estaría complacido en recibirlo y al día siguiente enviaría un auto a recogerlo.

Juan, su chofer, se presentó al otro día en el Hotel Sevilla-Biltmore. Bordearon el puerto hasta enfilar hacia San Francisco de Paula por la Carretera Central y, al llegar a Finca Vigía, encontraron la reja de la entrada cerrada con cadena y candado.

Un cartel en la reja advertía: «*Uninvited visitors will not be received*».

Juan se bajó del auto, abrió el candado, convidó al visitante a avanzar hacia la casa.

Norman Lewis subió algunos escalones y aguardó por él.

Entraron a un amplio salón, con muebles más cómodos que vistosos y libreros bajos en cada pared. Encima de los libreros, cabezas de animales cazados en África. Lewis alcanzó a ver un cartel taurino y algún ejemplar de pintura moderna.

Fue conducido hasta el dormitorio del propietario de Finca Vigía, a quien encontró sentado en la cama, en piyama.

Hemingway acababa de entrar en la sesentena, aunque Lewis le habría calculado una década más. Se veía en un estado deplorable, quizás a causa de la gripe. No se alzó de la cama todo lo atléticamente que hubiera podido

esperarse de él. Lo saludó con un apretón de mano, le señaló una butaca, y fue en busca de bebidas.

«¿Dubonnet?».

Él aceptó.

Ernest Hemingway estaba viejo, con sobrepeso, en piyama pasado el mediodía, lento de movimientos y con una sed tremenda.

Lewis se encontraba allí para cumplir una doble misión y prefirió empezar por lo relacionado con libros. Muy especialmente, con el manuscrito que el editor en Londres esperaba.

«¿Esto va a ser una entrevista?».

El viejo escritor quiso saber a qué atenerse. Porque no le costaba demasiado esfuerzo llamar a Juan y pedirle que colocara al recién llegado del otro lado de la reja, ante el cartel que desaconsejaba las visitas.

Él balbuceó que de ninguna manera pretendía entrevistarlo.

«Tú eres escritor».

Lewis asintió.

«Jonathan Cape publica los libros que escribes».

Lewis volvió a asentir.

«Bien, ¿dónde están esos libros? ¿Trajiste alguno contigo?».

Lewis se excusó, no deseaba molestarlo con ningún libro suyo.

«No habría sido molestia. La próxima vez, traes uno».

La perspectiva de una próxima vez dulcificó el regaño.

«Así que Jonathan Cape publica tus libros...».

Hemingway volvió a alzarse de la cama, esta vez para pescar un libro en el estante más próximo.

«Aquí tienes la cubierta que le pusieron al último de los míos».

Tendió a Lewis la edición británica de *El viejo y el mar*. En la cubierta, bajo un sombrero mexicano, un hombre navegaba en un velero.

«Les envié una buena ilustración. Muy buena. Hecha por una talentosa artista italiana. Joven, talentosa. Y ellos sacaron esa porquería».

De un tirón, se bebió la mitad de su vaso.

«¿Acaso creyeron que mi agente les mandaba una historia para niños?».

Y, encima, para niños que desconocían la diferencia entre un sombrero mexicano y el sombrero de un pescador de Cojímar, Cuba.

O la diferencia entre un velero y el bote de un pescador.

«Ahora mira esta otra».

Le mostró la edición norteamericana de la misma novela.

«Mucho mejor, ¿no?».

Lewis calculó que a Fleming le encantaría saber que no era el único inconforme con su editor londinense.

Ernest Hemingway sirvió más Dubonnet y, después de un buen trago, comentó que trabajaba en un libro de memorias que ninguno de sus editores, Jonathan Cape y el resto, se esperaban.

Sería una gran sorpresa.

«París, tal como fue».

«¿Como fue cuándo?».

La pregunta sorprendió al viejo como si sólo pudiera tratarse de un París.

«Cuando viví allá, siendo joven».

Con esta noticia, Lewis se cobraba su primera pieza. Faltaba preguntarle por Castro y salir pitando de allí, para evitarse la visión de la ruina física de un escritor al que tanto admiraba.

Y estaba a punto de conducir la conversación hacia la Sierra Maestra cuando Hemingway preguntó si él era amigo de Ted Scott.

De ser otro su interlocutor, Norman Lewis habría aludido a lo rápido que viajaban las noticias por La Habana.

Incluso por las afueras de La Habana.

Pero Hemingway no contaba con sentido del humor y se acercaba a lo paranoico, si no era paranoico del todo. De manera que prefirió explicarle que había arribado a La Habana con una carta de recomendación para Ted Scott, a quien no conocía de antes.

«Él siempre tuvo elogios para mí en su columna. Una columna con un título digno de Louella Parsons y sus chismes sobre la gente de cine. "*Interesting if True*", así le puso. Nombre ridículo. Y es ridículo que me haya retado a duelo».

Volvió a alzarse dificultosamente, esta vez en busca de una hoja de papel mecanografiada que dejó sobre la cama, al lado suyo.

«Yo no le tengo miedo a la muerte».

En verdad, lucía tan vacío que no tendría por qué sentir ese miedo.

«Estuve muerto ya y leí los obituarios que me dedicaron».

Cuatro años antes, de cacería en Uganda, había hecho a Mary el regalo de sobrevolar las cataratas Murchison. Despegaron en una avioneta, Mary fotografiaba las cataratas, y tuvieron la mala suerte de cruzarse con una

bandada de ibis. El piloto decidió esquivar la bandada y terminó chocando con unos cables de telégrafo. Se vieron obligados a un aterrizaje de emergencia. Mary se rompió dos costillas, él se dislocó el hombro derecho. En ese estado calamitoso les tocó escalar una colina, con tal de refugiarse de los elefantes.

«Nuestras provisiones se reducían a una botella de agua, una de whisky, cuatro cervezas y dos racimos de plátanos».

De allí los sacó una lancha que navegaba por el río. Aunque para meterlos en un nuevo desastre, porque en Butiaba subieron a una avioneta que se incendió antes del despegue y a él le tocó romper la portezuela a cabezazos.

Aquella cadena de sucesos infaustos continuaba con otros que ahora prefería saltarse, cansado del recuento. El caso fue que las agencias noticiosas lo dieron por muerto y, una vez llegados a Nairobi, alcanzó a leer los obituarios que los periódicos le dedicaban.

«Algunos de esos firmantes me agredían más de lo que lo hicieran en vida».

No cabía chiste en la frase, era toda amargura.

«Quiero que leas esto y me des tu opinión».

Le entregó a Lewis el papel mecanografiado.

«FINCA VIGÍA, SAN FRANCISCO DE PAULA, CUBA», rezaba el encabezamiento en letras rojas. La carta iba dirigida a *The Havana Post*. En ella Ernest Hemingway aseguraba haber tomado nota del reto a duelo que el editor de ese periódico, Ted Scott, le hacía, y declinaba batirse, con el argumento de deberse completamente a sus lectores. Pensando más que nada en sus lectores, no pondría en peligro su vida.

«¿Te parece digna?».

Lewis contestó que sí.

«Dime, con toda franqueza, qué crees de este asunto del duelo».

«Que es un completo absurdo».

«Considero lo mismo».

Por primera vez en toda la visita, el viejo escritor sonrió y su sonrisa permitió a Lewis entrever el encanto que existiría en un carácter tan difícil.

Supuso que lo último que desearía Hemingway con aquella carta era quedar como un cobarde. Sin embargo, así sería visto por muchos cuando se publicara.

Lewis consideró propicio el momento para avanzar hacia la otra

averiguación que le encargara Fleming, y le preguntó si conocía personalmente a Fidel Castro.

«¿Lo has conocido tú?».

«No».

«Entonces lo conozco tanto como tú lo conoces».

Pese a que ninguno de los dos lo conociera, Lewis quiso saber si, en su opinión, la guerrilla de Castro contaba con alguna posibilidad de derrotar al ejército.

De la sonrisa del viejo escritor no quedaba ahora ni rastro.

«Mi respuesta a esa pregunta tuya se reduce a vivir aquí».

Un gesto de su brazo izquierdo, poderoso alguna vez, intentó abarcar toda la casa.

Se puso en pie e invitó a Lewis a salir del dormitorio.

Lo acompañó hasta el auto sin soltar su vaso.

Ya le había recomendado que cuando visitara a un escritor llevara siempre algún libro suyo. Ahora iba a despedirse con otro consejo.

Nada más llegar a su hotel, Lewis debería cambiarse esa camisa que llevaba.

Sería mejor que no se la pusiera más mientras siguiera allí en La Habana.

Lewis la había comprado en Londres, en una tienda de excedentes militares de la calle Oxford.

«En estos tiempos que corren, la policía podría confundirla con un uniforme rebelde».

Ernest Hemingway alzó su vaso y le guiñó un ojo.

Lewis agradeció el consejo y le deseó mucha suerte en su libro de París.

«Ninguna noticia de ello a Cape, ¿entendido?».

Aún existía vigor en su apretón de mano.

Lewis se iba de Finca Vigía sin un dato aprovechable acerca de la situación del país y con acuerdo de silencio acerca del nuevo libro.

En el camino de regreso, le pidió a Juan que lo dejara en la calle Paseo, en El Vedado.

Juan se ofreció a llevarlo antes al hotel, por si deseaba cambiarse de camisa.

Él le dio las gracias, pero tenía una cita con un general que no iba a perdonarle que llegara ni un minuto tarde.

2

También al general García Vélez lo encontró en piyama, fumándose un tabaco en la biblioteca de su casa de la calle Paseo.

A pesar de lo avanzado del día, las personas a las que Lewis visitaba parecían acabadas de salir de sus sueños.

El general aseguró tener cumplidos noventa y tres años, no los noventa y cuatro que publicaban de él en ocasiones. Contaba con noventa y tres años, y le asombraba que alguien en Londres se acordara de su existencia.

Carlos García Vélez llevaba un gran mostacho gris. Había sido embajador de Cuba ante el Reino Unido, y del Londres de sus años de embajador venía el mobiliario de la biblioteca. Pesadas butacas con tapetes en sus respaldos, macetas con plantas un tanto descuidadas. A lo que habría que añadir una colección completa del *Chamber's Edinburgh Journal*, que constituía su relectura favorita.

Esa tarde lo visitaba un amigo, Enrique Loynaz del Castillo, general también.

Ambos habían combatido en los campos de Cuba contra el ejército de España. El general García Vélez era hijo del general Calixto García Íñiguez, de cuya historia acababan de hacer en Hollywood una película.

Para romper el hielo, Lewis preguntó si la película era fiel a los hechos.

«No sé decirle, porque nunca he entrado a un cine. Por cuestión de principios, nunca he entrado a un cine».

Lewis quiso saber en qué consistían esos principios.

«Vivir mi vida y no ponerme a husmear la de los otros. Aunque si esto pudiera servirle de algo, quienes vieron la película me contaron que era una reverenda porquería».

«Barbara Stanwyck era la protagonista».

El otro general, Loynaz del Castillo, no reveló si la había visto, pero lamentó no haber coincidido con Barbara Stanwyck.

Su amigo García Vélez dio en el aire un manotazo.

«¡Imposible despertar el interés de los americanos sin falsificar la historia!».

Él conocía bien a los estadounidenses por haber sido ministro plenipotenciario ante el gobierno de Washington. Conocía tanto a los británicos como a los estadounidenses.

La historia que contaba la película giraba alrededor de una misión secreta de su padre, y en ninguno de los recuentos de la guerra que su padre le hiciera había mencionado tal misión.

Su padre, general del ejército libertador, era presentado en la película como un bandolero romántico subido a las montañas del oriente de Cuba.

«¿Algo así como Fidel Castro?».

La comparación realizada por Lewis tardó en ser apreciada.

«¿Ese joven es un bandolero romántico?».

«¿Castro? Parece ser algo más que eso, general».

«Yo no he tenido el gusto. ¿Tú lo conoces, Enrique?».

No. El general Loynaz del Castillo no conocía a Fidel Castro ni a Barbara Stanwyck.

Una criada mulata, con delantal y guantes, dejó el servicio de té en la mesa más cercana.

Un servicio de plata inglesa.

García Vélez sirvió el té y, a los primeros sorbos que dieron de sus tazas, los dos viejos olvidaron al visitante extranjero para enredarse en una discusión en la cual no arribaban a ningún acuerdo.

García Vélez recordaba la guerra con la frialdad de un historiador, como si no hubiese participado en ella. Le dejaba los aspavientos del patriotismo a su querido amigo, el general Loynaz del Castillo. Usaba de cenicero una lata de sardinas vacía y sacudía su tabaco en ella.

«No era fácil ser general».

«Nada fácil».

El enemigo cargaba contra quien llevara uniforme de general y él no sabría decir cuántas veces había resultado herido.

«Aunque el mejor episodio lo tiene, acá, el amigo Enrique».

Enrique Loynaz del Castillo contaba con una hoja de servicios de más de cien combates. El último de ellos, Babinay, había ocurrido hacia el final de la guerra.

«Para entonces ya nuestros salvadores se habían decidido a intervenir».

Había un dejo irónico en su mención de aquellos salvadores.

«Los americanos, quiere decir Enrique. Que se decidieron con bastante retraso».

En Babinay, Loynaz del Castillo iba al mando de una brigada de infantería.

«Enrique no va a decírselo, pero él era un auténtico general. Siempre a la cabeza de sus hombres, encaramado en un caballo blanco».

Enrique Loynaz del Castillo agradeció el elogio, de general a general. No obstante, en honor a la verdad, del recuento de la batalla de Babinay habría que eliminar aquel caballo blanco. Porque, nada más empezar los tiros, se lo habían tumbado de un balazo.

Tuvo entonces que subirse a otro caballo, cuyo pelaje no recordaba.

«Conmigo venía una escolta de caballería. Los españoles se encontraban protegidos por una empalizada. Nos vimos sometidos a fuego intenso de fusilería y yo di la orden de ataque».

«¡De cabeza al valle de la muerte! Al auténtico estilo cubano».

«No vamos a discutirlo por enésima vez, Carlos. Cuando uno se enfrentaba a la fusilería española no existía mejor modo que ése».

Loynaz del Castillo fue el primero en cruzar la empalizada enemiga, pero nunca se le había dado bien el salto hípico y terminó cayéndose de su montura.

«Todo se me vino encima entonces. Terminé con un machetazo en la coronilla».

Se llevó las manos a la cabeza como si aún se defendiera del enemigo.

«No sé cómo alcancé a montar de nuevo. De lo que sí me acuerdo es que sujeté con una mano el cerebro que se me salía y evité al enemigo hasta que dejaron de oírse los tiros».

«En Babinay la victoria fue de nuestras armas».

«Los de enfermería vinieron entonces a recogerme. Vea, toque aquí. Toque sin miedo».

El general Loynaz del Castillo invitó a Lewis a palparle el cráneo.

«Tres presidentes americanos me han pedido permiso para tocar esta cicatriz. Teddy Roosevelt, Herbert Hoover y…».

El general Loynaz del Castillo no recordaba al tercero de esos presidentes.

«Coolidge».

«No, no fue Coolidge».

«¿Wilson?».

«Wilson tampoco. Bien, ya me acordaré».

«Uno siempre se acuerda luego».

«¿Y qué prisa hay? Esta herida representó para mí el final de la guerra. Fue también la cura definitiva de unas jaquecas crónicas que padecía. El médico me dijo que el machetazo le había abierto espacio a mi cerebro. Aunque, la verdad sea dicha, ni siquiera entonces podría alardear de tener tanto cerebro».

García Vélez echó una franja de ceniza en la lata de sardinas.

«Estamos aburriéndolo».

De ningún modo. Lewis intentó agradecerles sus recuerdos con una frase a la altura del mobiliario de la biblioteca. Declaró ser un apasionado de la historia. Resultaba un privilegio para él escuchar el recuento de unos héroes como ellos.

«Le apasiona la historia, Enrique».

El general Loynaz del Castillo asintió ante tan relevante detalle.

«¿Qué te parece, Enrique? ¿Crees que pueda interesarle el álbum?».

«Si le interesa la historia, estoy seguro de que sí».

García Vélez posó el tabaco en el borde de la lata de sardinas, sacó de un bolsillo de su piyama un manojo de llaves, y salió de la biblioteca en busca de algo.

El otro general se quedó pensativo.

«Tengo al presidente americano ése en la punta de la lengua».

García Vélez volvió con un álbum enorme, para el cual pidió que abrieran espacio en una de las mesas.

Se trataba, anunció, de un álbum de recuerdos sentimentales pertenecientes a un antecesor suyo, militar también. No su padre, el general Calixto García Íñiguez, sino el todavía más legendario Francisco de Miranda, quien combatiera en las guerras de independencia de Estados Unidos y Venezuela, y cuyo nombre podía leerse en el Arco de Triunfo de París como héroe de la Revolución francesa que también era.

«Éste es el álbum de otra clase de batallas suyas, pues Francisco de Miranda fue un amante legendario. Éste es el álbum de las batallas amatorias libradas por él por dondequiera que pasatba. Verá, joven, cada una de estas páginas pertenece a una amante suya. Cada página lleva la firma de la dama en cuestión y, como puede ver usted, la mayoría firmaba con hermosa caligrafía. Hablamos del siglo XVIII, claro. Hoy nadie firmaría con tantos

arabescos».

El general García Vélez dudó ante una de esas páginas.

«De esta dama no conozco nada de su vida. Sabrá Dios quién pudo ser».

«Lo supo tu ancestro».

«Estoy seguro de que sí. Lo cierto, joven, es que, al pie de cada firma, dentro de un sobre como éste…».

El general García Vélez abrió el sobre perteneciente a la dama desconocida y extrajo de él lo que parecían unos pelos.

«Cada sobre de este álbum contiene un puñado de vellos púbicos de la dama que firma arriba».

El otro general asintió.

«Se trata, por tanto, del álbum de firmas y vellos púbicos de las más célebres amantes de Francisco de Miranda».

García Vélez devolvió a su correspondiente sobre lo que quedaba del cuerpo de la amante desconocida de su ilustre antecesor.

«Él estuvo en Londres, ¿sabe? Francisco de Miranda visitó Londres y las mujeres de la alta sociedad londinense andaban todas locas detrás de él. Todas deseando conocerlo, deseando tener intimidad con él. Y para esa época tendría ya sesenta y tantos años».

«No era viejo».

El general García Vélez abrió el álbum en otra de las páginas.

«Ésta sí sé quién fue. Gran actriz, una leyenda de los escenarios. Aunque la firma es falsa porque ella no sabía escribir».

«La firma será falsa, pero los pelos no».

«Cierto, Enrique».

El álbum era un cementerio de mujeres y, sin importar cuántas veces se hubieran paseado los dos viejos generales entre sus tumbas, Loynaz del Castillo reclamó con entusiasmo de primerizo que se dirigieran de una vez al mayor de los panteones.

«Créame que, si no todo el álbum, al menos esta página que tendré el gusto de mostrarle merecería ser exhibida en un museo. Y fíjese en lo mal que andan las cosas en este país que, en el Museo de Bellas Artes que acaban de inaugurar, no mostraron ni el más mínimo interés».

«¡Inaudito! ¡Por un tesoro de esta clase!».

García Vélez echó una mirada a Loynaz del Castillo.

Loynaz de Castillo miró a García Vélez.

Los generales parecieron acordar el avance conjunto de sus tropas. Asintieron al unísono con sus ancianas cabezas, y el álbum quedó abierto allí donde una gran K rodeada de enormes florituras ocupaba la página por entero.

Los generales pegaron un mismo grito de combate.

«¡Catalina!».

Y se quedaron observando el efecto sobre el visitante.

«¿No tiene usted idea de quién pueda ser?».

«¿No es capaz de adivinarlo?».

Norman Lewis debió reconocer que no.

«¡Catalina la Grande!».

«¡Catalina, emperatriz de todas las Rusias!».

Doctos y gruesos volúmenes confirmaban el hecho de que Catalina de Rusia y Francisco de Miranda habían sido amantes. Y de la K esmeradamente caligrafiada en aquella página del álbum se desprendía que lo que atesoraba el sobre al pie eran, ni más ni menos, cabellos del pubis de la gran, de la tremenda, emperatriz de todas las Rusias.

Con una ceremoniosidad imperial, el general García Vélez procedió a abrir el sobre.

«La palma de su mano, por favor».

Lewis tardó tanto en comprender, que Loynaz del Castillo decidió tomarle el brazo derecho y hacerle abrir la mano.

El otro general, García Vélez, rozó la palma derecha de Norman Lewis con los vellos allí presentes de Catalina de Rusia.

«Descontados los restos que han de conservarse en Rusia, aquí tenemos todo cuanto queda del cuerpo mortal de la emperatriz Catalina la Grande».

¿Y Castro? Una vez guardado el álbum bajo llave, Lewis preguntó por Fidel Castro.

El general García Vélez hizo sonar el manojo de llaves en el bolsillo de su piyama, recuperó el tabaco, y debió comprender que el visitante londinense estaba interesado, no en acontecimientos de siglos lejanos, sino en las actuales circunstancias cubanas.

García Vélez concedió que la juventud de clase media veía en ese muchacho, Castro, la única oportunidad que tenía de llegar a algo en Cuba. Y agregó que le gustaría conocer qué pensaban al respecto en Londres.

El general sabía responder como un embajador en consulta, lanzando una

pregunta por cada pregunta que le fuera hecha.

«General, en Londres creen que aquí puede ocurrir algo mucho más grande que la liquidación de una dictadura».

«¿Algo mucho más grande?».

«¿Algo como qué?».

Lewis miró a uno y otro general.

«En Londres no lo saben».

«Y lo han enviado a usted a investigar».

«A hacerme una idea de ello».

«¿Y qué esperan? Ya tuvimos aquí el hundimiento de la Atlántida. ¿Qué de grande podría ocurrir después de eso?».

¿Hablaba en serio el general García Vélez al hablar de la Atlántida?

A Norman Lewis le pareció que sí.

Completamente en serio.

Según ciertas teorías, la isla de Cuba ocupaba el lugar donde existiera la Atlántida. Aunque el general García Vélez terminó acogiéndose a una explicación mucho menos mitológica. Cuba, como bien sabían ambos generales, se encontraba demasiado cerca de Estados Unidos.

Lewis no alcanzó a sacarles mucho más. Agradeció a los generales la conversación, el buen té y el roce con la emperatriz de Rusia.

Camino a su hotel, iba decidido a seguir el consejo vestimentario de Ernest Hemingway, cuando vio salir por una entrada secundaria del Sevilla-Biltmore a la negra que confundiera con una estatua en la suite de Ted Scott.

Era ella misma, completamente vestida y con los ojos abiertos.

No lo había visto a él, o eso creyó Lewis, quien decidió seguirla.

La siguió una, dos, tres cuadras. Terminó por subir a la misma guagua Leyland a la que ella se subió.

No tenía idea de a dónde se dirigían. Hasta que la ruta empezó a volvérsele conocida, pues era la misma que hiciera horas antes para llegar a la casa de Hemingway.

Sin embargo, un par de paradas más adelante ya no conocía nada. Y cuando ella avanzó hacia la puerta de salida, él hizo lo mismo, con cuidado de no llamar su atención.

Bajó ella de la guagua y bajó él.

Las calles no tenían el empaque de las del centro de la ciudad. Aquélla era La Habana que los turistas no visitaban.

Ella pasó junto a una bodega de la que salía música y un negro parado en la puerta intentó pegársele y decirle algo al oído.

El tipo, al que ella rechazó, se echó a reír e hizo un comentario a otro que tenía al lado.

Ella dobló la esquina.

Lewis, en cambio, estuvo a punto de no doblarla nunca. Porque uno de los dos tipos arremetió contra él y logró inmovilizarlo.

Sintió en el cuello un frío de metal. El tipo pronunció una frase tan rápida que él no alcanzó a entenderla. Intentó alzar un brazo en señal de paz, oyó al segundo tipo decir que dejara eso, y recibió un puñetazo que lo hizo doblarse.

Cuando consiguió recuperarse, ninguno de los dos tipos estaba por allí.

Y de ella, ni rastro.

Esa noche Lewis soñó que, en un rincón que no reconocía de La Habana ni de Londres, ella lo tenía inmovilizado. Lo tenía inmovilizado sin ponerle en el cuello ningún filo metálico, solamente apretando su cuerpo contra el suyo, respirándole encima con una respiración agitada.

Ella respiraba contra él, respiraba contra él y lo miraba fijamente sin decir una palabra.

Él descubrió, dentro del sueño, que tenía un brazo libre y, en lugar de levantarlo en son de paz, se lo metió entre las piernas.

Alcanzó a palparle allá abajo su pelambre y, al buscar con los dedos la raja, descubrió que ella no tenía raja entre las piernas, sino una cicatriz.

Aquella cicatriz lo despertó.

Lo despertó sentir, al tacto, que lo que la negra desnuda de la suite de Ted Scott tenía entre las piernas era la cicatriz de la cabeza de un viejo general.

3

Greene habría preferido recorrer el país en automóvil, pero resultaba imposible viajar por carretera. En La Habana, en una fiesta, le presentaron a un grupo de jóvenes que apoyaban a Fidel Castro. Jóvenes de clase media. Una de las jóvenes había sido detenida por el comandante Ventura y torturada en la Quinta Estación de Policía. Otra, quien servía de correo para las fuerzas rebeldes, iba a viajar a Santiago de Cuba en el mismo vuelo que él.

¿Pura casualidad? Greene no se pondría a sospechar.

La joven le pidió que pasara en su equipaje ropa de invierno para los hombres de la guerrilla. Santiago de Cuba era una ciudad más calurosa que La Habana y en una revisión de su equipaje ella tendría difícil, sino imposible, explicar la presencia de tanta ropa de invierno. Masculina, para mayor dificultad.

Mientras que a él, viniendo de Londres, le sobraban las justificaciones.

La joven prometió que, una vez en Santiago, lo pondría en contacto con representantes de la guerrilla.

Verdaderos representantes, pues en Santiago abundaban los espías del gobierno que se hacían pasar por rebeldes.

La joven le preguntó en qué hotel se hospedaría e hizo una mueca de disgusto al escuchar el nombre Casa Granda.

A Greene le habían asegurado que era el mejor hotel de la ciudad.

En efecto, y el mayor nido de gente que trabajaba para el gobierno. Él escribía novelas de espías, ¿no era cierto? Pues sería bueno que empezara a considerar que en Santiago estaría metido dentro de una novela de espías.

A Graham Greene le agradó que aquella joven fuera a servirle de guía en el terreno peligroso en el que se adentraba. No tardó en comprobar que Santiago se hallaba en plena guerra. La presencia militar en las calles era sofocante. Y al ejército tendría que resultarle sofocante que las montañas donde la guerrilla operaba estuviesen tan pegadas a la ciudad.

Metida entre el mar y las montañas, Santiago de Cuba parecía haber caído dentro de una emboscada.

Los vuelos procedentes de la capital eran tratados como vuelos internacionales. Como si las dos ciudades más grandes del país pertenecieran a naciones diferentes. La Habana, con agitaciones atajables. Santiago, en guerra abierta.

A él no le hicieron abrir las maletas y, antes de salir del aeropuerto, quiso cerciorarse de que su joven guía no sufría contratiempo alguno. Sin embargo, no alcanzó a verla.

En el camino al centro de la ciudad se cruzaron con una caravana de vehículos militares. El taxi fue detenido por soldados con armas largas.

Un soldado a cada lado, revisaron el interior del carro. Él les tendió el pasaporte, que apenas examinaron. Uno de ellos ordenó al taxista que siguiera adelante.

El taxista hablaba inglés y Greene le preguntó si todo aquello se debía a alguna alarma.

«Es así cada día, señor».

«Duro, ¿no?».

«A todo se acostumbra uno».

Aunque a juzgar por el resoplido que echó, el taxista no parecía demasiado acostumbrado.

«Santiago es una ciudad linda. La gente es gente buena, no como en La Habana. Es una lástima que venga usted en un tiempo como éste».

El taxista sonrió con tristeza en el espejo.

El tiempo idóneo para visitar Santiago de Cuba sería aquél en el cual Batista no estuviera en el poder, quería decir. Para entonces la ciudad no estaría guardada con armas largas y los vuelos desde la capital volverían a ser vuelos locales, como habían sido siempre.

El Casa Granda no podía contar con una ubicación más céntrica. Tenía enfrente el parque más importante de la ciudad y, a la izquierda, un edificio confundible con una sede ministerial que resultó ser la catedral. A mano izquierda, al entrar al hotel, se abría una terraza. Era el rincón más agradable, con butacas que miraban al parque.

La habitación de Greene también daba al parque.

Vista desde esa altura, la ciudad no ofrecía más vida que la de las patrullas policiales.

Él salió a estirar las piernas y en su paseo descubrió un cuartel con sacos de arena amontonados a la entrada, como a la espera de un bombardeo. Los uniformados con los que se cruzaba saludaban afablemente, aunque no le cupo duda de que serían crueles en caso de necesidad.

Volvió al hotel, advertido del toque de queda.

De noche, el Casa Granda cobraba la animación de un trasatlántico en la oscuridad del océano. Los huéspedes bebían en la terraza. Turistas más o menos sospechosos, empresarios con negocios en la región, reporteros de incógnito acercándose a la zona de enfrentamientos y, entre todos ellos, espías del gobierno.

La vista del parque iluminado y completamente vacío terminó por aburrirlo y subió a la habitación. En su equipaje guardaba una botella y tenía pendiente contestar varias cartas.

Contestó a su agente americana a propósito del interés de varias productoras por la novela sobre La Habana. Monica McCall, su agente, calculaba en ciento veinticinco mil dólares la venta de los derechos al cine.

Cary Grant leía ya una copia.

Hitchcock mostraba interés, si bien su oferta quedaba por debajo de la cantidad exigida por Monica.

Mejor, se dijo Greene, que detestaba las películas de Alfred Hitchcock y pensaba que esta vez sería mejor olvidarse de Hollywood y trabajar de nuevo con su amigo Carol Reed.

Reed y él habían hecho tándem en un par de películas de las que se sentían muy orgullosos. Filmarían en La Habana, en la película aparecerían el hipódromo, el Sloppy Joe's, Tropicana, los grandes casinos, el Teatro Shanghái…

Logró dormirse gracias a la combinación de alcohol y pastillas. De mañana terminaba de afeitarse, el cuenco de la mano izquierda llena de agua de colonia, cuando sonó el timbre del teléfono.

Era la confirmación del encuentro. Debido a la sospecha de que los teléfonos del hotel estaban pinchados, apenas cruzó palabras con quien llamaba. Tomó el desayuno en una de las mesas de la terraza y, con tiempo más que suficiente, bajó la maleta con la ropa de invierno y se metió en un taxi.

Le pidió al taxista que lo llevara hasta la fortaleza construida en la bahía

por los españoles. Hizo tiempo dando vueltas por la ciudad y, cerca de la hora acordada, le indicó que lo dejara en un número de la calle San Francisco.

Como comprobaría luego, la casa quedaba a muy pocas cuadras de su hotel. La fachada contaba con tres ventanas grandes. Golpeó en la puerta con el aldabón y fue su joven guía quien le abrió la puerta.

Ella y su madre.

Lo hicieron pasar al patio de la casa. Sentados a la sombra de un árbol, encontró allí a un cura en sotana y a un joven en camiseta.

El joven en camiseta llevaba sobre el hombro izquierdo un paño manchado de negro.

«Jacinto Pérez», se presentó.

A Jacinto Pérez le acababan de teñir el pelo. Había conseguido escapar de un juzgado habanero donde estuvo a un tris de ser procesado. Conocía, como abogado de profesión que era, los vericuetos del edificio del juzgado y, al primer descuido de sus guardas, se coló en un baño, salió por la ventana y en la calle lo esperaban ya sus compañeros.

Desde entonces se hallaba en movimiento constante, de un sitio franco a otro sitio franco, acercándose cada vez más a su destino final, que era la Sierra Maestra.

Jacinto Pérez ceceaba un poco al hablar.

La madre de la joven trajo una bandeja con tazas de café.

Greene puso la maleta a los pies de su joven guía.

Mientras bebían el café, endulzado de antemano, demasiado dulce para el gusto de Greene, madre e hija vaciaron la maleta y le agradecieron la ayuda.

Él sonrió a la joven y a su madre. Declaró a los cuatro allí presentes su disponibilidad de ser más útil.

Más útil a la guerrilla, quería decir.

A la causa de la libertad de Cuba.

Podría verse con Fidel Castro, propuso, y contarlo al mundo.

Tal vez los reunidos allí no conocieran sus libros, pero él podía asegurarles que los más importantes diarios británicos se harían eco de lo que opinase sobre la situación en Cuba.

El cura interrumpió su autopresentación.

«Sabemos de lo importante de su literatura, señor Greene. Y dada la importancia de su literatura, preferiríamos que no corriera ningún riesgo».

Jacinto Pérez, la mayor autoridad entre los presentes, acababa de dar por imposible el encuentro con Castro.

«¿Más café?».

Él declinó el ofrecimiento.

La joven que en La Habana lo esperanzara con una subida a las montañas, se mostraba ahora contraria a que hiciera ese viaje.

«Es un viaje lleno de peligros. Mucha gente cree que con salir de Santiago ya está internándose en la Sierra. No calculan cuánto es necesario esquivar».

«La Sierra está ahí mismo».

La madre de la joven señaló al fondo del patio.

«Pero subir por su falda y llegar hasta allá arriba es casi un milagro».

El cura asintió a lo del milagro.

«Usted podrá sernos útil sin afrontar tanto peligro».

Graham Greene fijó la mirada en Jacinto Pérez.

«Hace un momento nos habló de lo influyente de su voz y nosotros necesitamos de su influencia en Londres. Inglaterra le vende armas al dictador Batista, señor Greene, y con esas armas el ejército mata aquí a la población civil. Los americanos le cancelaron la venta de armas, pero a Batista le queda Inglaterra, está desesperado y va a aumentar sus compras de armas a Inglaterra. Es hora, por tanto, de que quienes deciden la política de su país sean conscientes de que Inglaterra se está haciendo cómplice de las masacres que ocurren en Cuba».

«Comprendo».

«Estamos seguros, está seguro Fidel, de que con su ayuda lograríamos cerrarle el paso en Londres a la dictadura».

Eran justas razones y Graham Greene asintió. Podían contar con él. Aunque no quería marcharse de allí sin encarecerles que transmitieran a Fidel Castro su deseo de encontrarse alguna vez con él.

«Aquí tienen las señas de un club donde pueden dejarme aviso en caso de no encontrarme en Londres».

Jacinto Pérez le rechazó la tarjeta.

«Será mejor no dejar rastro de este encuentro. En caso de necesidad, daremos con usted, no se preocupe. Bueno, bueno, sin alardear, que el señor Greene hace vida de nómada por todo el mundo».

A Greene le pareció graciosa la observación del cura.

«Ponemos nuestras esperanzas en su gestión, señor Greene. De su ayuda

dependen las vidas de muchos compañeros nuestros. Y las vidas de muchos cubanos inocentes».

Pese a la imposibilidad de subir a la Sierra Maestra, Graham Greene salió reconfortado de la visita. Lo reconfortó el hecho de que el joven de pelo teñido hubiese logrado escapar de una condena.

Un militar de su novela, al que había bautizado como capitán Segura, alardeaba de distinguir a simple vista cuando alguien pertenecía a la clase de los torturables. El capitán Segura se explayaba acerca de la tortura como un acuerdo entre el torturado y el torturador. Afirmaba que nadie podría ser torturado si, en el fondo, no accedía a ello. Para el capitán Segura el mundo se encontraba dividido entre gente torturable y gente intorturable.

Jacinto Pérez, fuera cual fuera el nombre verdadero del joven de pelo teñido al cual Greene acababa de conocer, había dado muestras suficientes de no pertenecer a la clase de los torturables.

Greene iba a asegurarse de que la argumentación del capitán Segura acerca de la tortura no faltara en el guion de la película que escribiría para Reed. Poner en la película una argumentación así podría traer problemas a la hora de filmar en La Habana, aunque cabía la posibilidad de que cuando Reed y su equipo desembarcaran en La Habana ya hubieran triunfado sobre Batista las fuerzas que representaban Jacinto Pérez y su joven guía.

4

La noche empezó muy bien, iba de maravilla, pero en algún momento se acabó, no hubo más suerte y empezó a perder. Vic salió del casino de Zanja con tres pesos en los bolsillos.

Jugar en La Habana se había convertido en un asunto con riesgos mayores que los de perder una fortuna, por grande que esa fortuna fuera. Una bomba, el ataque de un comando, y ahí mismo se acababa todo.

Al coronel Blanco Rico, jefe de la Inteligencia Militar, lo habían ametrallado al salir del Montmartre a las cuatro de la mañana. El tenor italiano Mario Lanza estaba despidiéndose a esa hora con muchísimos aplausos, iba a dar una canción de propina a su público. Blanco Rico decidió no quedarse a escuchar la última canción. Él y su séquito esperaban el ascensor, se abrió la puerta, y entraron en juego una metralleta y una pistola.

Decenas de heridos y el cadáver del coronel.

Claro que apellidarse Blanco Rico no era una señal muy venturosa que digamos.

Tampoco que la canción que el tenor italiano Mario Lanza cantaba en ese momento fuera «Arrivederci, Roma».

Meyer Lansky cerró el Montmartre después de ese atentado. Anunció que lo cerraba temporalmente, pero el Montmartre seguía sin funcionar.

Otro ataque de ese mismo estilo y cualquiera podría terminar muerto. No tendría que ser oficial del ejército ni escolta de oficial. Cualquiera.

Vic evitaba por eso los casinos que atraían a gente importante y no estaba dispuesto a utilizar la tarjeta de Amleto Battisti en el hipódromo. Prefería apostar allí, en el Barrio Chino. Apreciaba como una señal tranquilizante que frente al casino de Zanja abriera sus puertas una funeraria.

¿Qué garantía existía en aquella funeraria? Él no sabría decirlo, aunque no es que se lo preguntara.

Las corazonadas no se razonan, eso sabía.

Observó la entrada de la funeraria, observó la luna en el cielo y fue en

busca de un apuntador para jugar, en apuesta doble, los tres pesos que le quedaban.

Muerto con pase a luna.

Como saliera el ocho o muerto en la charada, lo ganado pasaba a apostar al diecisiete en la bolita. Diecisiete, luna.

Apuntó la jugada, pidió un café con leche en una esquina de la calle Belascoaín, bebió su primer sorbo de café con leche y se dijo que ya empezaba el día.

Vic sufría de mal dormir y, dada su costumbre de tomarse un café con leche detrás de otro, era como si siempre estuviera desayunando.

«El mundo entero, el infinito, serán pequeños comparados con la dicha de tenerte entre mis brazos, al fin de mí».

El dependiente, al que no conocía, debió tomarlo por un borracho.

Liquidó el café con leche, compró un periódico y decidió probar a dormir un poco.

No lo consiguió.

«Ilustre familia romana, que fue rival muy largo tiempo de los Colonna, dio cinco papas y veinte cardenales». Seis letras.

No conocía el apellido de aquella familia de Roma, así que lo intentó por las verticales hasta completar «ORSINI».

Lo despertó la llamada de Maggie. Entendió a medias lo que Maggie le decía y le contestó que saldría para allá enseguida.

En la puerta de la oficina de *Fenomenal* se tropezó con una caja de herramientas y un tipo que forcejeaba con la cerradura.

Lo que vio adentro parecía efecto de una explosión. Como si hubieran puesto una bomba en los libros de contabilidad con recortes de prensa. El suelo estaba lleno de fotos de mujeres, de pedazos de periódicos con estrellas de cabaret. Maggie hablaba por teléfono en medio de aquel reguero.

Sentado a su mesa, Leque parecía esperar a que sonara el teléfono que tenía delante.

«¿Vino la policía?».

La respuesta de Leque consistió en señalar al collage en la pared.

«Ha sido una advertencia».

En el collage, allí donde tendría que verse el sonriente rostro del doctor Leque entre mujeres, le habían arrancado la cara.

«Estuve el fin de semana en Varadero con Darlene».

«Darlene Bárbara».

Vic se lo pensó.

«Olvídalo, Doc. El guardaespaldas que está saliendo con ella te habría dejado la advertencia en la cara, no en un retrato».

Examinó el collage en el que las vedettes rodeaban al director de *Fenomenal* con el rostro arrancado.

«¿Nada de policía?».

«No se te ocurra».

Vic asintió.

«Alguien debió creer que tenemos esas fotos».

Las fotos de Ava Gardner, quería decir.

«¿Sabemos ya qué se llevaron?».

«Parece ser que nada. Aunque Maggie tendrá que reorganizarlo todo».

«Estará disfrutando».

«¿Quién?».

Vic bajó la voz.

«Maggie. Está en su salsa».

A Maggie la apasionaban las historias de crímenes. Se ponía a recortar noticias de farándula y el trabajo se le hacía interminable, deleitada en las crónicas de sangre que le salían al paso. Lo primero que leía en cualquier revista *Bohemia* era la sección «Dentro del suceso». Ni los muñequitos ni los chismes de artistas de cine y televisión, sino los recuentos de crímenes.

Maggie se ponía a leer en voz alta.

«Ella no lo decía… pero odiaba a su hija. Por culpa de la niña no podía salir a divertirse, a disfrutar de la vida disipada que había llevado siempre, a pesar de que estaba casada».

En esas historias había siempre puntos suspensivos.

«Neville Heath sabía atraer a las mujeres. Afable y elegante, se comportaba como un perfecto caballero… hasta el momento en que decidía asesinar».

Los puntos suspensivos eran la señal para inhalar más aire del habitual, en vista de lo que vendría. Maggie leía esas crónicas de crímenes como si realizara ejercicios de respiración.

«El viernes dejaron para ti estas dos tarjetas, Vic».

Le entregó un par de tarjetas de presentación y anunció que hasta ahora no echaba en falta nada.

«Armando Jesi. Antigüedades», leyó Vic en una de las tarjetas.

La segunda era de un club, el Bikini, y al dorso, con caligrafía muy inclinada, llevaba escrito: «Cualquiera de estas tardes».

«¿Quién dejó esto?».

«Un tipo muy atlético».

«Club Bikini».

Escuchar ese nombre le hizo gracia a Leque.

«¿Te dejaron una invitación para el Bikini?».

Vic alzó la tarjeta.

«El Bikini es un club de maricones por allá por Guanabo».

Maggie lanzó un largo suspiro.

«¡Ay, qué desperdicio!».

Lo decía por el tipo que trajera las tarjetas.

«Cuidadito si te metes ahí».

Vic dejó su llave de la oficina sobre la mesa.

«Luego me dan la nueva».

Volvió a echar una ojeada al collage vandalizado.

«El que tiene que cuidarse eres tú, Doc».

Del otro lado del túnel de la bahía, en lo alto de una colina desde donde alcanzaba a verse la playa, el taxi dejó a Vic en la puerta del club Bikini.

Era un chalet moderno, construido originalmente como residencia familiar, al que le habían agregado un parqueo.

A esa hora podían contarse en el parqueo cinco carros. Supuso que de noche estaría lleno. Cien metros más allá del chalet, a la derecha, un cartel anunciaba que en aquellas parcelas construirían un reparto residencial.

Sin darle tiempo a tocar el timbre, un joven con porte de entrenador deportivo o algo así le abrió la puerta.

«Buenas tardes y bienvenido al Bikini. Mi nombre es Eddy».

«Hola, Eddy».

Vic mostró las dos tarjetas de presentación.

«Armando, claro que sí. ¿Vas a bañarte?».

Al parecer, en el Bikini tuteaban a la gente nada más llegar.

«¿Bañarme?».

«En la piscina… O a tomar el sol».

«No. No tenía pensado nada de eso».

«Te pregunto porque, si no trajiste trusa, podemos ofrecerte una».

«Gracias, pero vengo solamente a tratar un negocio con el señor Jesi.

Solamente a eso».

«Claro que sí. Acompáñame por aquí».

Cruzaron entre la recepción del club y un mural en el que se veía a un discóbolo y un jabalinista, desnudos sin que se les viera el sexo, y entraron a un gimnasio.

El único ocupante del gimnasio era un tipo fornido que saltaba con una cuerda y examinó a Vic de arriba abajo y de abajo arriba.

«Él viene a ver a Armando».

El tipo dio su consentimiento sin abandonar sus ejercicios, y salieron a una gran piscina en la que a esa hora se daban cita los miembros del club.

Uno de ellos se disponía a saltar desde un trampolín de tres metros.

Casetas de lona a rayas azules rodeaban la piscina y, en el interior de una de ellas, envuelto en una bata de rayas también azules, el hombre que le tendió la mano a Vic tenía un rostro brillante.

Le brillaba el rostro como si en ese mismo momento estuviera sacándolo del agua.

«Armando Jesi, encantado».

Eddy les preguntó qué deseaban beber.

Vic pidió un vaso de agua con hielo.

Jesi dijo no necesitar nada.

«Siéntate, siéntate».

Vic quiso acomodar la silla que le brindaban y aquel desplazamiento disgustó a Armando Jesi.

«No, no, déjala donde mismo estaba».

Vic lo miró sin comprender.

«Entiendo que no estés interesado en lo que pase en la piscina y prefieras darle la espalda, pero todavía no estoy listo para tener a alguien mirándome de cerca».

Vic obedeció. A menos que se volviera indiscretamente hacia él, no alcanzaría a ver el rostro brillante de Armando Jesi.

Uno de los bañistas saludó desde lo alto del trampolín y Jesi respondió al saludo.

El tipo hizo un clavado perfecto.

«Todavía estoy recuperándome».

Puesto que se volvió hacia él para conversar, Vic creyó que podría permitirse lo mismo.

«¿Una operación?».

Armando Jesi asintió.

En realidad, su rostro no parecía estar saliendo del agua, sino que lo estuvieran sacando. Era como el rostro de un ahogado.

«¿Complicada?».

«¿La operación? No demasiado. Lo complicado fue encontrar al debido cirujano. ¿Eres americano, Vic?».

«Habanero de La Habana».

«Tienes tipo de americano. ¿Vic por Víctor?».

«No».

«¿Va a molestarte que te llame Vic?».

«Así me dice todo el mundo».

Armando Jesi asintió.

«A mí me dicen Armando Jesi Antigüedades, como si mi negocio fuera un segundo apellido».

«Sí, así te llamó Ted».

«Puedes llamarme Armando».

«De acuerdo. ¿Tú negocias con antigüedades?».

«Así podría decirse».

Eddy trajo el vaso de agua y Vic lo bebió examinando el movimiento en la piscina.

Todos eran tipos jóvenes, salvo una mujer que tomaba el sol en una tumbona.

Armando señaló hacia ellos.

«Ahí tienes, antigüedades».

Él asintió sin saber bien a qué asentía.

«Armando, Ted me dijo que podrías ayudarme».

«Sí, eso le entendí a Ted, que podríamos ayudarnos uno al otro».

«Yo ando detrás de unas fotos de Ava Gardner».

Armando Jesi saludó, no al clavadista del trampolín, sino a la única mujer en la piscina.

«Mira, Olivia te saluda a ti también. Saluda a Olivia».

Armando Jesi animó a Vic.

«Vamos, salúdala. Es la única persona aquí a la que te pediría que saludaras».

Vic dirigió un saludo a Olivia y, del otro lado de la piscina, la mujer saludó

con las dos manos.

Alta y extremadamente delgada, llevaba un sombrero y gafas de sol.

«¿Quién es ella?».

«Olivia, La Mujer Rama».

A Vic le pareció gracioso aquel nombre.

«Suena como el anuncio de una artista de circo».

«¿Una artista de circo? Nada de eso. Olivia es feliz cuando los pájaros se posan en ella. Por tanto, es una mujer rama».

Se suponía que los pájaros eran aquellos bañistas. Junto a la tumbona de Olivia funcionaba un tocadiscos portátil.

«Así que fotos de Ava Gardner… La clase de artículos que podrían considerarse como antigüedades, ¿no? Preciosas antigüedades».

«Tomadas secretamente».

«Por supuesto. De no ser así, no estaríamos interesados en ellas, ¿verdad? Aunque debo haber entendido mal a nuestro común amigo Ted, porque creía que tú vendrías a proponérmelas y ahora te escucho decir que andas detrás de ellas».

«Tú puedes encontrar lejos de mí quien te comprenda. Yo sé que no te puedo hacer feliz, aunque pretenda».

Las pupilas del ahogado que sacaban del agua se clavaron en Vic. Eran casi del mismo color del agua en que se ahogara.

Él se vio obligado a disculparse. No sabría decir por qué, pero a veces, en medio de una conversación, soltaba una frase de canción sin que viniera a cuento. Él no llegaba a considerarlo una enfermedad o un mal. Era algo que podía divertir a sus conocidos, pero resultaba un inconveniente en ocasiones como ésa, cuando acababa de conocer a alguien.

«¿No se lo has contado a un psiquiatra?».

«¿Un psiquiatra?».

«Un loquero».

«Yo no he ido nunca a un psiquiatra».

«¿No lo has consultado con alguien con poderes?».

«¿Con poderes?».

«Un espiritista, un santero».

«No se me había ocurrido».

«¿De qué canción es eso que dijiste? ¿O lo sueltas sin saber de dónde sale?».

«“Franqueza”, se llama».

«“Franqueza”. No recuerdo haberla oído».

Desde lo alto del trampolín el clavadista saludó a Armando.

«¿Tu especialidad son las estrellas, Vic?».

Él se encogió de hombros. No podría decirse que tuviera una especialidad. Ni siquiera contaba con tarjeta de presentación para los trabajos que hacía.

«¡Mira!».

Olivia La Mujer Rama bailaba con un tipo a cada lado.

«*Craaazy love, it's just a craaazy love*!», coreaban la canción del tocadiscos.

«Vamos, saludemos a Olivia».

Armando Jesi se puso de pie y esperó a que Vic también se incorporara.

Saludaron los dos.

Él temió que, de permanecer más tiempo allí, Jesi lo hiciera contonearse como esos tres a los que saludaban.

«Bueno, ahora te será menos embarazoso soltarme tus pedazos de canciones».

«No quiero abusar de tu tiempo, Armando. Veo que no sabes nada de esas fotos, pero te agradecería que si te llega alguna pista…».

«En ese caso, podríamos llegar a un acuerdo. Estoy muy interesado. Siento haber malentendido a Ted, aunque ha sido un placer, Vic. Perdóname que no vaya contigo hasta la salida, pero en mi estado actual debo evitar los rayos del sol».

Él le deseó una pronta recuperación.

No tenía culo Olivia, se fijó, ahora que Olivia se volteaba en su baile.

Esos dos tipos que bailaban con ella tenían más culo que Olivia.

El del gimnasio hacía pesas y le deseó a Vic una buena tarde.

5

Un par de derechazos cortos y el Indio Bisbé consiguió hacer doblar las rodillas a Taco Taco Wilson. Todo el público esperó por un golpe más, pero el *knockout* no llegó y Taco Taco Wilson logró mantenerse en pie hasta el final del segundo asalto.

«¡Pero éste no es Bisbé!».

Los espectadores cercanos se mostraron completamente de acuerdo con Phillips. El Indio Bisbé era un peleador sin tregua pero sin brújula, que ahora parecía haber aprendido suficiente técnica como para acabar con su contrincante. La pelea, la última de ese sábado en el coliseo de la Ciudad Deportiva, estaba convirtiéndose en lo mejor de la noche.

Phillips tenía cincuenta y tantos años, llevaba los labios de un color rojísimo, un atuendo de flor en la cabeza y vestía ropa de oficina. R. Hart Phillips era su firma en el periodismo. La corresponsalía del *Times* era el legado de su difunto esposo. Cuando los dos se conocieron, James Doyle Phillips era corresponsal del *Times* en La Habana. Se casaron, les nació una hija. Ruby aprendió de él cuanto sabía de periodismo y, cuando James perdió la vida en un accidente automovilístico, la dirección del periódico pensó que no estaría mal que su viuda cubriera los asuntos cubanos.

Nació así R. Hart Phillips. El nombre como inicial, para que los lectores del periódico no supieran que quien firmaba los despachos en La Habana no era un hombre.

Los siguientes asaltos repitieron la situación: el Indio Bisbé a punto de derrumbar a Taco Taco Wilson y Taco Taco Wilson escapándose. Hasta que en el sexto asalto Bisbé logró tumbarlo, le contaron a Wilson hasta ocho, consiguió incorporarse, Bisbé se convirtió en una máquina de tirar golpes, y el árbitro tuvo que intervenir.

Entonces los gritos de todo el coliseo suplicaron al árbitro por el ser más querido que tuviera.

Su madre, por ejemplo.

No obstante, el árbitro Santana declaró terminada la pelea por *knockout* técnico. Y cada cual se reservó para sí mismo lo que pensara acerca de la progenitora del árbitro.

Phillips puso a Norman Lewis al tanto de la biografía del vencedor. Si es que Bisbé tenía biografía, pese a ser campeón nacional de peso *welter*.

«La verdad es que no sé qué estaba haciendo hasta ahora».

Se lo pensó un segundo y dijo que lo publicaría con esas mismas palabras.

Le pidió a Lewis que la disculpara unos minutos para tomar apuntes, y los dos se mantuvieron en sus asientos mientras el público despejaba el coliseo.

«¡Phillips!».

El tipo alto y con la cabeza afeitada que la saludó podría haber estado años antes encima del ring.

«Conrado, ¿qué le diste a Bisbé?».

El tipo se echó a reír y ella hizo las presentaciones.

Conrado Rego llevaba la carrera de los mejores boxeadores de esos sábados. Phillips le sacó declaraciones acerca de la pelea que acababan de ver y preguntó qué reservaba al público para los próximos sábados.

«Chamacos. Púgiles mexicanos contra Puppy García y Güije Rodríguez».

A ella le sonó estupendo.

«Los mexicanos, incluso los que no tienen cartel, saben prodigarse».

«Lo publicaré así mismo».

«Siempre es un gusto verte, Phillips. Amigo, créame que no encontrará en La Habana a otra mujer que sepa más de boxeo que ésta».

Conrado Rego la besó.

«Sabe más de boxeo que el tal Ted Scott».

Ella se echó a reír.

«Deja que le cuente a Ted lo que andas diciendo».

En su trabajo, Phillips se había visto obligada a aprender de boxeo y vela. Gracias a ello podía devolverle los favores a Ted Scott en noches como ésa. Su recuento de los combates en el coliseo de la Ciudad Deportiva iría a cuenta de Ted, en *The Havana Post*. A cambio, Ted viajaría en lugar de ella a la gira de prensa con la que el ejército procuraba convencer de que mantenía el control en la provincia Oriente.

«Creo que nos hemos ganado un trago, Norman».

Fueron a la terraza del Presidente, un hotel lleno de americanos.

Phillips necesitó de un teléfono para dictar su nota y, al volver a la mesa,

quiso saber a quiénes había visto él en La Habana.

Lewis le contó de su visita a Hemingway, de lo mal que lo había visto.

«¿Acabado?».

«Exactamente».

«Bueno, hay que considerar que bebe en extremo y tiene unos buenos amigos pésimos».

Lewis hizo un gesto de interrogación.

«Amigos médicos que le recetan cuanto se le antoja. Pero ya se repondrá. Otras veces ha estado sonado como un boxeador y, zas, se recupera».

Ernest Hemingway había boxeado. Ted Scott había sido campeón de peso ligero. Cuando ella oyó que se batirían en duelo, pensó en los puños de ambos, no en ninguna arma de fuego.

Lewis le avisó que el duelo no se celebraría. Contó a Phillips acerca de la carta que Hemingway le diera a leer.

«¡Pues Ted anda por ahí dándose aires!».

Phillips se echó a reír.

«¿Sabes qué hacía Ted cuando le tocaba escribir acerca de un boxeador? Te hablo de cuando lo conocí. Pues se ponía los guantes, subía al ring con el boxeador y, del intercambio que mantuvieran, sacaba su nota. Así los conocía mejor que viéndolos pelear desde fuera, decía de los boxeadores».

«Curiosa fórmula».

«Lo malo es que terminaba hablando más de sí mismo que del boxeador que fuera».

«Me parece un gran tipo, Ted».

«Es un gran tipo».

«Ian Fleming, quien me recomendó en Londres que no dejara de verlo, lo tiene en alta estima».

«¿Y en qué estima tienes tú a las novelas de Ian Fleming?».

Lewis se echó a reír.

«No se lo diría a él, pero la verdad es que no he leído ninguna».

«Gracias por la confidencia, Norman».

«¿Lo has leído tú?».

«No, tampoco».

Phillips lamentó no conocer lo que escribía Lewis, aunque le prometió que buscaría su última novela.

Él la disuadió, le enviaría un ejemplar desde Londres.

Pero antes de que volviera a Londres y, hablando de gente a la que tendría que ver allí en La Habana, Phillips mencionó el nombre de Julio Lobo.

Las oficinas de Julio Lobo quedaban muy cerca del hotel de Lewis. Sus centrales azucareros en Oriente quedaban muy cerca de los campamentos de la guerrilla. Así que seguramente Julio Lobo tendría mucho que contarle.

«Y, si como me dijiste, estás interesado en averiguar las oportunidades de Fidel Castro y qué posibilidades existen de que suceda aquí algo gordo, creo que harías bien en conocer al coronel Hermida».

«El coronel Hermida».

«El coronel Hermida conoce bien a Fidel Castro. Aunque no sabría decirte si sigue todavía por aquí o ya subió a la Sierra».

«¿Siendo coronel del ejército?».

«No del ejército cubano, no. El coronel Hermida es veterano de la Legión del Caribe».

«¿La Legión del Caribe? ¿Podrías explicarme qué es eso?».

«Ah, mejor será que te lo explique el propio coronel. Es dominicano, pero lleva años viviendo aquí y sostiene ideas un tanto desmesuradas acerca del destino de este país».

«Supongo que también será mejor que sea él quien me explique acerca de esas ideas desmesuradas».

«Te hablará de ellas sin falta. El coronel Hermida no puede aguantarse. Mi secretaria, Sarita, te dará el lunes una lista de contactos».

«Muy agradecido, Phillips. Pasaré por tu oficina el lunes».

«Te advierto que aquello es como Grand Central Station».

Por agitado, lo decía. Un continuo entra y sale de gente.

El lunes, cuando Lewis visitó Grand Central Station o las oficinas habaneras del *Times*, Sarita le entregó la lista prometida y le informó que Phillips se encontraba fuera, en un almuerzo.

Ese lunes Phillips almorzaba con Bill Fenton, de la embajada americana. Los dos acostumbraban a almorzar en el restaurante del Country Club.

Demasiado joven, había pensado ella al conocerlo.

Luego no le pareció demasiado joven, sino un tipo envarado.

Tan envarado que parecía entumecido.

Phillips calculó que La Habana lograría desentumecerlo. La Habana despojaría a Bill Fenton de la rigidez que había en él y que podría hacerlo inoperante allí.

Los dos tenían formas muy diferentes de ver el mundo. Diferencias que no se explicaban por el hecho de que Bill Fenton proviniera de una familia adinerada de la Costa Este y ella fuese una pobre chica, o vieja ya, de Oklahoma.

Tampoco se debía a cuestiones generacionales, sino a un asunto literario. Un asunto de libros metidos donde no los llamaban.

Ambos eran conscientes de que las cosas no marchaban bien en Cuba, pero mientras ella hablaba de un dictador y una guerrilla en las montañas, Bill veía esas circunstancias como si recitara a T. S. Eliot y Cuba fuese la tierra baldía del célebre poema.

Poema que, dicho sea de paso, ella nunca había logrado entender.

Bill comentó que el novelista Graham Greene acababa de estar en Santiago de Cuba.

«¿Subió a la Sierra?».

«En Santiago se reunió con contactos de los rebeldes. Eso fue todo».

«¿Y no mostró interés en verse con Castro?».

«Mostró interés, pero fue desaconsejado por esos contactos».

«Pues desde Londres nos visita otro novelista».

«¿Quién?».

«Norman Lewis».

«Nunca he escuchado ese nombre. ¿Qué escribe Norman Lewis?».

«Libros de viaje».

«¿Tú has leído alguno de sus libros?».

«No».

«¿Sabes a qué ha venido?».

«A lo mismo que Greene, supongo».

«¿A verse con Castro?».

«No estoy segura de que fuera sólo eso lo que Greene buscaba aquí, Bill».

«¿Y entonces qué?».

«Pensé que tú sabrías decírmelo».

«Pues no, Phillips, lo siento».

«Están enviándolos uno detrás de otro».

Bill Fenton tomó aire, señal de que tenía una hipótesis sobre el asunto.

«Inglaterra se ha quedado sin imperio, como sabes. Se ha quedado sin imperio y manda gente a hurgar, de aquí para allá, sin saber bien para qué. Son como funcionarios coloniales que no encuentran el camino a la India».

«Quizás seamos nosotros los que no sabemos».

«¿No sabemos qué pasa con la B?».

A eran los americanos, *B,* los británicos, *C,* los canadienses. Las tres nacionalidades conformaban el ABC anglófono de La Habana.

«Yo tampoco había escuchado ese nombre, *Norman Lewis*, pero sé que Graham Greene se dedica a denostar la política exterior de Estados Unidos».

Bill estuvo de acuerdo.

«Anda falto de imperio propio y delega su odio en la política que nuestra nación hace. ¿Te leíste *El americano impasible*, Phillips?».

«Ajá. Una novela profundamente antiamericana».

«Quizás la explicación resida en su deportación de Puerto Rico».

«¿Fue deportado Greene de Puerto Rico?».

Bill Fenton asintió.

«Hace algunos años. Ley McCarran. Greene habló en una entrevista de su militancia en el partido comunista, se produjeron las consabidas reacciones, y él alegó haber militado por tan solo un mes y medio. El tiempo suficiente para comprender que el partido no iba a ofrecerle un viaje gratis a Moscú, eso dijo».

«Pues si se decepcionó del comunismo por no viajar a Moscú, la deportación de Puerto Rico nos garantizará un largo odio suyo».

«Me temo que sí. Volvamos a Norman Lewis».

«Ted Scott ha de saber más porque vino con una carta de presentación para él».

Bill se permitió una mueca de desagrado. Ted Scott no le gustaba.

«¿Una carta de presentación remitida por quién?».

«Ian Fleming».

«Ahí tenemos a otro autor británico».

«Uno más».

«Otro que no he leído».

«Según Lewis, en Londres cuentan con que está por ocurrir algo muy gordo en Cuba».

«¿Algo muy gordo de qué clase?».

«Le pregunté a Lewis y dijo no saberlo».

«¿Tienen encendidos los sismógrafos y no saben leer lo que esos sismógrafos marcan?».

Bill Fenton se quedó en silencio, disfrutando de lo que debió considerar

una agudeza propia.

«¿Tomaremos café, Phillips?».

Salieron a tomar el café en la terraza.

«Lo hemos hablado otras veces, Bill».

Bill Fenton sabía por dónde venía Phillips y asintió.

«Es pésima la propaganda que hacemos en este país. Pésima. A los cubanos no hay que convencerlos de las virtudes de la vida americana. ¿Comprenderán alguna vez en Washington que aquí los autos y las lavadoras están vendidos de antemano? Habría, en lugar de eso, que hacer hincapié en los horrores del comunismo».

«Sí que lo hemos hablado».

«Vengo diciéndolo desde hace quince años».

«¡Quince años!».

«Puede que hasta veinte. Cuando ande necesitada de un seudónimo firmaré como Casandra».

«Encajarías perfectamente en ese seudónimo».

«Pues hagamos que no arda Troya».

«Hemos tenido un almuerzo estupendo, querida Phillips».

«Estupendo, Bill».

Descubrieron, entre sus carros, un Mercedes 300 SL rojo.

Phillips lo examinó en lo que Bill guardaba sus palos de golf.

«¿De quién será?».

«Es la primera vez que lo veo. De hecho, es la primera vez que veo uno fuera de las páginas de las revistas. Sus puertas se abren hacia arriba, ¿sabes? Como las alas de un pájaro».

«Hum, me gusta».

Phillips abrió la puerta de su Chrysler Saratoga comprado de segunda mano, cuyas puertas se abrían como todas las puertas de los carros.

«Ah, casi me olvido, Phillips. Cathie te invitará a una fiesta de cumpleaños en casa».

«¿Es el cumpleaños de Billy?».

«Es mi cumpleaños y será una fiesta sorpresa».

«¿Sorpresa? Ya lo creo, Bill».

«Yo no te he dicho nada».

6

Lewis habría jurado que en el cristal de la puerta rezaba «Legión del Caribe». Sin embargo, lo primero que recibió al entrar en la oficina fue un desmentido rotundo.

La Legión del Caribe no existía, que le quedara claro.

Que le quedara claro también que el coronel Noro Hermida no hablaría en esta entrevista a nombre de ningún grupo empeñado en producir cambios políticos por las armas en Cuba, República Dominicana u otra nación del continente.

Lewis creyó necesario explicarle al coronel que no se proponía entrevistarlo. No era periodista, sino escritor de libros de viajes. Un escritor de libros de viajes que aún no sabía si de estos días suyos en La Habana fuera a salir algún libro. Y, pese a que R. Hart Phillips mencionara ante él la Legión del Caribe, asunto por el que no dejaba de sentir curiosidad, era otro asunto el que lo había traído hasta allí.

«¡Grande esa Phillips! De los pocos americanos que no tildan de comunistas a quienes quieren quitarse de encima a Trujillo».

El coronel Hermida examinó a Lewis.

«Usted no es americano».

«Soy inglés».

«¿Comunista?».

Norman Lewis no era comunista ni lo había sido nunca.

«Dicho lo cual, le ofrezco un trago de ron. ¿Me lo acepta sin hielo o prefiere que mande a buscar hielo?».

Sin hielo estaría bien, no hacía calor.

«Usted dirá de qué desea que hablemos».

El coronel sirvió dobles de Bacardí.

«Coronel, su admirada Phillips me aseguró que usted conoce bien a Fidel Castro, y yo tengo interés en saber acerca de él y de cuáles son sus posibilidades de vencer».

«¿Posibilidades de vencer?».

El coronel se lo pensó en lo que paladeaba el primer trago.

«Escuche, creo haber estado en suficientes expediciones fracasadas como para saber que esa pregunta suya tiene una contestación incierta. Es que nunca se sabe. Nunca. Sin que lo anterior haga subir las apuestas por Batista y por su ejército».

El coronel Hermida se ladeó para clavar la vista en el mapa del Caribe que colgaba encima del aparato de aire acondicionado.

«¿Es comunista Castro, coronel?».

«¿Comunista? ¿Y por qué tendría que serlo?».

«No es que tenga ningún indicio, no. Solamente preguntaba».

«¿Y por qué no iba a ser comunista Castro?».

«Ah, tampoco sabría decirle».

«Pregunte por él a quienes lo conocieron en sus años universitarios y los oirá decir que fue un *gangster*, que llevaba encima una Browning y que le achacaron uno que otro asesinato. Quienes lo conocieron podrán decirle el sobrenombre que por entonces le daban».

Lewis supuso que el sobrenombre aludiría a lo temible del personaje, aunque no era más que una alusión a su falta de higiene.

«Bola de Churre, así era conocido entonces».

Hermida bebió un largo trago de ron.

«Fidel Castro ni es comunista ni deja de serlo. Es capaz de transformarse en lo que le convenga y, por decirlo de modo rápido, es un hijo de puta. Aunque aquí viene algo que tendríamos que aceptar sin miramientos: puede que sea el hijo de puta capaz de sacar del juego al hijo de puta de Fulgencio Batista. No sé si me sigue».

«Perfectamente».

«Fulgencio Batista manda en este país desde hace veinticinco años. ¡Veinticinco años! No siempre como dictador, cierto, pero… Pero es un cuarto de siglo, mírese como se mire. Se dice pronto, eh, un cuarto de siglo. ¿Y sabe desde cuándo manda el dictador Trujillo en mi país natal?».

El coronel alzó dos dedos.

«Sume estos dos a los de Batista. Trujillo es dictador de la República Dominicana desde hace veintisiete años. ¡Si hasta ha hecho llamar Ciudad Trujillo a la capital!».

«Menos mal que La Habana no es todavía Ciudad Batista».

«Pero tenemos ya una doble vía General Batista».

«Ah, no tenía noticias de eso».

«Porque aquí nadie se rebaja a llamarla así. Es la calle Línea y así siguen y seguirán diciéndole todos los cubanos».

El coronel Noro Hermida conocía a Fidel Castro de una antigua expedición contra Trujillo, una de las expediciones militares de la extinta Legión del Caribe, de la que ahora no parecía indispuesto a hablar.

«Fue en una de las expediciones de la Legión del Caribe para tumbar a Trujillo. Una de esas expediciones fallidas que antes le mencioné. Reuníamos nuestras fuerzas en Cayo Confites…».

El coronel se levantó de su silla y puso un dedo sobre el mapa.

Archipiélago de Camagüey, costa norte de Cuba.

«En este punto nos concentrábamos dominicanos y cubanos. A los que habría que agregar venezolanos, guatemaltecos, nicaragüenses, puertorriqueños, españoles… Cerca de mil doscientos hombres, muchos de ellos veteranos de la guerra de España y de la Segunda Guerra Mundial. ¡La Legión del Caribe, oiga! El presidente cubano, Grau San Martín, nos apoyaba. Contábamos con tres barcos, ocho aviones de combate y dos bimotores. Grau había destinado millones de dólares para comprarle armamento a Perón, en Argentina. Arévalo, el presidente de Guatemala, estaba involucrado en las gestiones de compra. Y entre los cubanos que entrenaban en Cayo Confites estaba Fidel Castro. De ahí lo conozco, del fracaso de Cayo Confites».

«¿Puede afirmarse que es buen soldado?».

«Pues tendrá que buscarse a otro que se lo confirme porque, como aquello terminó como terminó, la única acción que yo le conocí fue su escape a nado cuando la Marina de Guerra interceptó a nuestras fuerzas».

«¿Cuál Marina de Guerra?».

«La Marina de Guerra de la República de Cuba».

De su mueca podía deducirse que lo intragable no era precisamente el palo de Bacardí que acababa de darse.

«Cuando el dictador Trujillo tuvo noticias de que la Legión del Caribe se concentraba en Cayo Confites, amenazó al presidente Grau San Martín con bombardear La Habana. Y, no satisfecho con eso, sobornó a todo el que hizo falta para asegurarse del fracaso de nuestra expedición».

Lewis respetó el silencio del coronel durante casi un minuto. Terminó

preguntándole si, tal como se decía, Fidel Castro tuvo entonces el arrojo de escapar a nado en un mar infestado de tiburones.

Hermida hizo una mueca, esta vez de risa, echó ron en los vasos, y ésa fue toda su contestación.

«Después del fracaso de Cayo Confites, la Legión del Caribe ayudó a Figueres a llegar al poder en Costa Rica. Lo cual constituyó uno de nuestros éxitos».

«¿Seguía Fidel Castro con ustedes?».

La negativa del coronel fue tajante.

«Sufrimos luego un fracaso contra Somoza. Y otro fracaso más, el último, contra Trujillo, en una acción planeada desde Guatemala. Finalmente, pesaron en nuestra contra las acusaciones de comunismo, porque le cuento que terminamos acusados de comunistas. Y pesó también, hay que decirlo, el miserable comportamiento del presidente Roosevelt».

El coronel Hermida bebió en silencio.

«¡Anastasio Somoza! Liquidado el año antepasado. ¿Sabe cuánto llevaba mandando Anastasio Somoza en Nicaragua? La misma cantidad de años que Batista aquí en Cuba. O no, espere, más, porque Batista anduvo exiliado por Estados Unidos. Se lo cargaron, a Somoza, mientras bailaba en una fiesta por su candidatura. Porque el muy condenado presentaba otra vez su candidatura. Cinco balazos de una Smith and Wesson calibre 38 y, de esos cinco balazos, cuatro aciertos. ¿Y sabe usted qué bailaba el muy condenado?».

«No tengo idea, coronel».

«"Caballo negro". Un mambo de Pérez Prado. Música de este país en que nos encontramos».

El coronel se puso a cantar.

«Caballo… negro… tú tienes la cola… blanca. Tú tienes la cola… cola…».

Llegado el momento, el coronel Hermida lanzó el grito de foca de Dámaso Pérez Prado.

«Usted me perdonará, coronel. ¿Le importaría explicarme el significado de eso que acaba de cantar?».

«¿El significado? ¿El significado de "Caballo negro"? Pues, francamente, nunca me había detenido a pensar en su significado. Es una buena pregunta. Buena pregunta la suya. Bien, supongo que la letra querrá decir lo que dice, que hay un caballo negro que tiene la cola blanca. O quizás hable de droga,

podría darse el caso. Mire, voy a darle una clave que va a serle útil mientras ande por aquí».

«Le quedaré muy agradecido».

«Cuando usted escuche una canción que habla de comida, de lo que habla en realidad es de sexo. De templeta, si conoce ya la expresión. Y cuando la canción no parezca estar hablando de templeta y no sepa usted de qué habla, cabe entonces la posibilidad de que esté refiriéndose a alguna droga».

«Sexo o droga».

«Exacto. Dos temas que ninguna canción podría tratar explícitamente».

«Le agradezco mucho, coronel. Creo que esta explicación me será muy útil».

«Bien, escuche esto otro. Con lo tremendo que es contemplar a una buena hembra bailando mambo, tuvo que ser mejor ver a Anastasio Somoza bailando "Caballo negro" en su fiesta de candidatura. Mejor, porque en esa película, después de que Pérez Prado pegaba su grito de foca, a Somoza le metían cinco balazos. Cinco disparos de una Smith and Wesson y, de ellos, cuatro aciertos».

El coronel propuso que chocaran sus vasos. No hizo comentario alguno acerca del hecho de que otro Somoza hubiera sucedido al Somoza ajusticiado, y Lewis creyó innecesario recordarle ese detalle a quien padecía dictadura en su país de origen y dictadura en su país de acogida.

«Ya sabe que no he venido a entrevistarlo, coronel. Pero tenía entendido que usted iba a subir a la Sierra Maestra, a sumarse a la guerrilla de Castro. Aunque quizás esto último no sea cierto y no desee hablarme de ello».

«Amigo mío, evítese tanto proemio. Si cuando entró por esa puerta le hice alguna advertencia fue porque no sabía quién era usted ni qué se proponía. Pero me fío de Phillips. No hay que fiarse de mucha gente aquí, porque esta Habana está llena de espías de Trujillo. Aunque igualmente le digo que no es éste un buen momento para mencionarme a Fidel Castro, su tropa, la Sierra Maestra y el copón bendito».

«¿No es un buen momento?».

«No. No lo es».

«Créame que lo siento».

«Yo acabo de regresar de allá, de Oriente, de esperar por la autorización de Fidel para subir a la loma e incorporarme a su tropa. Y, sinceramente, creo que se ha dedicado a jugar conmigo. Se ha burlado de mí».

El coronel hizo una pausa antes de retomar sus argumentos.

«Recorrí la isla entera y sólo Dios sabe cuánto cuesta atravesar Cuba en estos momentos, tropezando uno por aquí y por allá con el ejército. Y él me hizo esperar días y días, como en la antesala de un ministerio, para, finalmente, no recibirme. No quiso aceptar mi incorporación y ni siquiera me dio alguna tarea a cumplir cuando sabía que yo regresaba a La Habana y había mostrado capacidad suficiente para burlar la vigilancia del ejército. Él, que sabe quién soy yo, me lo negó todo».

«¿No le ofrecieron explicación?».

«Ninguna. Pensé primero que podría deberse a cuestiones de jerarquías. Ya sabe, me refiero al tratamiento que tendrían que darme, siendo yo coronel. Pero fui suficientemente claro y anuncié estar dispuesto a subir a la Sierra como soldado raso, y que mis grados, si es que llegaba a merecerlos, vinieran de las acciones en combate, no de mi anterior historial».

«¿Cree que él desconfía de usted?».

«¿De mí? No sólo de mí. En estos días me he visto con antiguos compañeros, elementos que siguen por aquí, quienes intentaron lo mismo que intenté yo, y tampoco fueron aceptados. Descartados, igualito que me descartaron a mí».

Sonó el teléfono sobre la mesa y el coronel levantó el auricular unos centímetros para volver a depositarlo en el aparato.

Aguardó por un momento y no hubo otra llamada.

«Vea, esos antiguos compañeros y yo estuvimos en Cayo Confites. Participamos en esa operación fallida de la Legión del Caribe y, por tanto, conocemos al Fidel Castro de antes. A ninguno de nosotros va a conmovernos con su peliculita de Esther Williams en la que él nada entre los tiburones. Ésa ha de ser la única razón: que lo conocemos de antes».

«Así y todo, sabiendo bien quién es él, sus compañeros y usted se mostraban dispuestos a sumarse a su lucha».

«Tal como antes le dije, se trata de un hijo de puta, y no dejaría de ser el hijo de puta que es por el hecho de que yo anduviera ahora por esas montañas, en la tropa».

El coronel señaló en el mapa el extremo oriental de la isla.

«Pero discúlpeme que lo corrija. Ésta no es, como acaba de decirme, su lucha. Ésta no es la lucha de Fidel Castro. Ésta es la lucha de mucha gente en Cuba por tumbar a Batista, por ponerlo a bailar "Caballo negro" igualito que

los nicaragüenses pusieron a bailar a Somoza».

«Sí, perdóneme, quise decir su tropa, no su lucha».

«Ya, ya le entiendo. Mire, amigo Lewis, este país…».

El coronel hincó el índice derecho en la mesa.

«Este país…».

El coronel no encontraba las palabras adecuadas para decir cuanto tenía que decir.

«Usted no es capaz de calcular lo que Cuba significa para muchos de nosotros. Le hablo de los dominicanos, de los venezolanos, de los guatemaltecos… De muchos de los que fuimos alguna vez parte de la Legión del Caribe. Le hablo de una época en que aquí no existía dictadura y el presidente cubano electo en las urnas apoyaba nuestra lucha contra todos los dictadores del continente. ¡Imagínese lo que Cuba tiene que significar para todos nosotros! Y ahora más, hundida como se encuentra en esta dictadura de mierda. Observe ese mapa del Caribe, Lewis, y dígame a dónde se le van los ojos cuando lo observa. Dígame».

Existía algo escolar y, a la vez, profundamente serio en ese examen.

«Creo que no tengo que decírselo, coronel. Nos encontramos aquí mismo, en la capital de este país, bebiendo Bacardí, y usted me cuenta cómo una canción cubana fue la señal para acabar con la vida del dictador nicaragüense y…».

«Deme usted la mano, amigo Lewis. Deme la mano porque yo no habría podido expresarlo mejor de lo que usted acaba de expresarlo ahora».

El coronel le dio un caluroso apretón.

«Supongo que cuenta usted con razones poderosas para seguir aquí en La Habana, coronel».

«Usted lo ha dicho. Usted ha sabido verlo. ¿Cree usted en la sobrenaturaleza, Lewis?».

«¿En lo sobrenatural, quiere decir?».

«Exactamente».

«Bueno, yo…».

«Tendrá usted que excusarme por lo extraño de la pregunta».

«No, no. No tengo ningún problema en contestarle, coronel. Verá, mi padre y mi madre creían en el espiritismo. Tres de mis hermanos murieron, murieron jóvenes, y…».

«Siento mucho la pérdida de sus hermanos, ¿viven aún sus padres?».

«Mi padre falleció, mi madre vive. Mi padre aseguraba tener facultades mediúmnicas. Puede que no mintiera al respecto, pero yo era un niño y me costaba comprender que mis tres hermanos muertos…».

«No se sienta obligado a seguir, Lewis. Usted no se encontraba preparado para entender aquello. Dígame, ¿se quedará todavía algún tiempo por aquí?».

«Dos, tres semanas más».

«En ese caso me gustaría invitarlo a la tertulia que hacemos un grupo de amigos».

«Yo asistiría con mucho gusto, coronel».

«Será un placer continuar este diálogo. Mejor dicho, comenzarlo, porque en esa tertulia oirá usted acerca de asuntos muy distintos a éstos de los que hemos hablado. Y, no obstante, le advierto que estaremos hablando de lo mismo. Porque nosotros siempre estamos hablando de Cuba».

El índice derecho del coronel Noro Hermida apuntaba otra vez a su mesa de trabajo. En voz muy baja, casi inaudible, masculló que sus amigos de tertulia y él esperaban allí por algo que cambiaría la historia, no solamente de Cuba, sino de todo el continente. Del mundo, dijo en voz más alta.

«¿Un cambio en toda la historia del mundo?».

«Es lo que acabo de decirle y es lo que esperamos».

El coronel Hermida despidió a Lewis prometiéndole que tratarían acerca de ello cuando volvieran a verse.

Él se fijó, al salir, en que el letrero en el cristal de la puerta decía «Logia del Caribe», no «Legión del Caribe» como creyera al entrar.

Unas pocas letras cambiadas y una inscripción había sustituido a la otra.

7

¡Chist! Allí estaban obligados a callarse o a hablar bajito, y Phillips le anunció en un susurro a Ted Scott que Matthews volvía a La Habana.

«¿Herb Matthews?».

Ted se olvidó de no alzar la voz y Billy le metió un codazo.

Los invitados de la fiesta se encontraban apretujados en la habitación del niño, a la espera de sorprender a su padre. El aguacero que caía no los dejaba ocultarse en el jardín hasta que Bill Fenton hiciera su entrada, y se escondían con el pequeño Billy, quien miraba fijamente la puerta que su padre abriría de un momento a otro.

«¿A qué viene Matthews ahora?».

«¡Chist!».

Ted pidió perdón a Billy con un gesto.

A sus cinco años, Billy arrastraba un problema de habla con el que batallaban varios especialistas. Ted miró al niño y calculó cuánto gusto le estaría dando mandar a callar a gente adulta.

En un mundo sin habla, Billy no tendría que avergonzarse y dejarían de llevarlo al médico.

Pudieron escuchar que Bill Fenton llegaba.

Cathie salió de la cocina a recibir a su marido y le prohibió averiguar qué preparaban allá adentro. Iba a pedirle que subiera a buscar a Billy cuando se escucharon gritos del niño.

Ninguno de los que rodeaba a Billy supo por qué había empezado a llorar.

Al abrir la puerta del cuarto, Bill olvidó asombrarse de encontrar allí adentro a tanta gente.

«¿Por qué lloras, campeón?».

Bill cargó a su hijo.

Decidida a comenzar la fiesta, una de las invitadas lideró la estampida escaleras abajo.

Ted pudo preguntar entonces a todo pulmón qué era lo que traía a

Herbert L. Matthews de nuevo por La Habana. ¿Otra vez a entrevistar a Fidel Castro?

«Esta vez al presidente».

«¿Mandan desde New York a Herb Matthews para que entreviste a Batista? ¡Eso sí que tiene gracia!».

«Oh, Cathie, querida».

«Lo lamento tanto, Phillips. Billy debió sentir miedo de que no funcionara la sorpresa para su padre».

Cathie le ofrecía explicaciones por el comportamiento del niño a cada grupo de invitados. Ted Scott tuvo que reconocer que tampoco ellos, apretujados contra el pequeño Billy en su habitación, habían sabido comportarse.

«¿Está bien ya?».

«Ya se le ha pasado».

«Será una fiesta muy divertida».

«Gracias, querida Phillips. Eso esperamos».

Una voz femenina avisó que no llovía y exigió que le dieran una escoba.

Sin esperar por la muchacha del servicio, dos de las invitadas se pusieron a barrer el agua acumulada en las baldosas del jardín.

«Pero qué estómago el de Batista, Phillips. Mira que aceptar ser entrevistado por el mismo que lo desmintió…».

«No es cuestión de estómago, Ted».

«Ya sé, necesidad».

«Necesita convencer a Washington y necesita revertir la propaganda del enemigo. Aunque no dejó de poner una condición».

Ted supo adivinarla por la sonrisa de Phillips.

«Que estés presente tú».

Phillips asintió y Ted soltó una carcajada.

«¡Ahora es que empieza de verdad la fiesta, Phillips! Herb te odia. Tú lo odias a él…».

«Eh, eh, no, Ted. Herb Matthews me desprecia, que no es lo mismo. En cuanto a mí…».

Phillips se encogió de hombros sin demasiada convicción.

«Pues tendrá que soportar tu presencia. Tal como Batista va a soportarlo a él, Herb tendrá que soportarte».

«Yo hubiese preferido que fuera el periódico, y no Batista, quien impusiera

mi presencia».

La temperatura en el jardín resultaba ideal después de la lluvia. Le abrieron sitio a Phillips en un sofá donde la comidilla era la llegada a La Habana de Errol Flynn con una novia de dieciséis años.

El actor se había dejado caer por el Sloppy Joe's, donde fanfarroneó acerca de una película que filmaría en Cuba y anunció a todo el que quiso oírlo, y también al que no, que iba a convertir a su muy joven novia, allí presente, en una gran estrella.

«Está irreconocible».

«¿Tú lo viste?».

«Viejo y gordo».

«Pues no es tan viejo, eh».

«Cincuenta y tantos tendrá, ¿no?».

«Qué va, no llega a los cincuenta».

Las mujeres recordaron lo apuesto que era o había sido o sería para siempre en sus películas.

Errol Flynn venía a dirigir una película sobre los rebeldes cubanos, eso había dicho en el Sloppy.

¿Y quién hará de Castro? ¿Él?

¿Pero quién ha dicho una cosa así?

¿No fue eso lo que él dijo en el Sloppy?

Nada de eso, contó detalles de su encuentro con Batista. Contó que el presidente lo había recibido en bata de baño.

¡Ah, historias de borracho! El presidente Batista podría ser acusado de cualquier cosa menos de descuidado en sus modales. Y claro que si Errol Flynn venía a glorificar en su película a los rebeldes, diría cualquier cosa en contra del presidente Batista. ¿Pero qué pensaba Phillips acerca de eso? ¿De verdad había recibido Batista a Errol Flynn en bata de baño?

Bill Fenton llevaba ahora ropa informal, había convencido a Billy de que bajara a jugar al jardín, y deseaba hablar un momento a solas con Phillips.

«Señoras, necesito que me presten por unos minutos a nuestra corresponsal del *Times*».

Le preguntó a Phillips si tendría inconveniente en andar por la hierba mojada.

«En peores lodazales me he metido, Bill».

«Estoy completamente seguro».

Los dos caminaron por el jardín.

«Hablamos en nuestro último almuerzo de la B, ¿recuerdas?».

Británicos, Phillips lo recordaba perfectamente. Graham Greene, Norman Lewis y quién sabe cuántos más desembarcarían en La Habana.

«Pues un amigo de Greene ha introducido en Londres una pregunta parlamentaria acerca de la venta de armas a Cuba».

«Entonces era eso».

Bill asintió.

«Y estoy segura de que Graham Greene secundará a su amigo parlamentario con una campaña en la prensa británica».

«No lo creo, Phillips. La acción de su novela más reciente transcurre aquí en La Habana, quieren hacer de ella una película, la filmarían aquí, y es de suponer que deseen hacerlo sin mayores contratiempos. A Greene no le convendría molestar al gobierno cubano precisamente ahora. En todo caso, operará en la sombra».

«¿Saben de esto en Palacio?».

«En Palacio cuentan con recibir los quince cazas comprados a Londres con sus provisiones de cohetes y municiones. Puede que ni siquiera tengan noticias de a quién vio Graham Greene en Santiago».

Billy corrió por el jardín dando alaridos y agitando una espada.

«¡Sin gritos, Billy! Enseña a los invitados tu espada vikinga, pero sin gritar».

«¡Cuánto ha crecido!».

Bill asintió.

«¿Qué tal tu hija, Phillips?».

Marta. Los hombres nunca memorizaban los nombres de los hijos ajenos.

Marta acababa de cumplir su sueño de ser bailarina.

«A veces me gustaría que tuviera la edad que tiene Billy ahora».

De ser así, James Doyle Phillips no habría muerto todavía.

Marta viajaba en el auto con su padre. Sufrió heridas severas, se sobrepuso a ellas, bailaba… Phillips estuvo a punto de prometerle a Bill que también Billy se sobrepondría. Pero Bill Fenton no recordaba el nombre de Marta, y no tenía sentido hablar de estas cosas con él.

Las mujeres del sofá seguían animadas en su charla. A juzgar por la mímica de Ted, en su grupo discutían de boxeo.

Una pareja de jóvenes eran los únicos de la fiesta que bailaban.

Phillips preguntó quiénes eran.

«¿No conoces a Simon? Comunicaciones. Simon y Alice, recién casados».

«Tortolitos. ¿Y qué es lo que bailan?».

«Lo que pueden, Phillips».

Los dos se echaron a reír.

«¿Has vuelto a ver a Norman Lewis?».

«No. Le facilité algunos contactos y anda haciendo preguntas sobre Castro».

«¿Subirá a la Sierra Maestra?».

«Ésos son sus planes».

«Una cosa más sobre la B, Phillips. Castro va a declarar un boicot a los productos británicos».

«¿Es información fiable?».

«Fiable sí, publicable no».

Phillips asintió.

«Puede que, después de todo, consiga el mismo éxito que con su huelga general, de la que tú predijiste el fracaso».

Phillips lo había puesto en un artículo de opinión suyo, que aquella huelga no funcionaría.

«Aunque, de tener éxito, será una pésima noticia para la B, con la refinería Shell que acaban de inaugurar aquí».

«Resulta lógico que desfilen por La Habana tantos enviados de Londres».

«He sabido que entrevistarás a Batista».

«No es exactamente así».

«¿No?».

«No. Acompañaré a quien lo entrevista».

«¿A quién?».

«Herbert L. Matthews».

«¿Matthews?».

Si Bill Fenton esperaba algún comentario de ella al respecto, no lo obtuvo.

«Te agradeceré que nos veamos después de esa entrevista».

«De acuerdo. ¿Me vendría bien saber algo de antemano?».

Bill Fenton se lo pensó por un momento.

«El enviado del presidente Eisenhower salió muy contrariado de su encuentro con Batista».

«¿Puedo saber qué lo contrariaba?».

«Tener que regresar a Washington sin ningún resultado».

«Nula disposición a soltar el poder, ¿no es así?».

«Nula disposición».

Bill miró su vaso vacío y el vaso vacío de Phillips.

«Los dos estamos secos».

Cathie se acercó a ellos con una bandeja.

«Cathie, acabo de consultarle a Phillips si se arriesga a tomar uno de mis cócteles».

«¡No, por favor! ¿Y qué le has respondido tú, Phillips?».

«¿Yo? Tendré en una mano el cóctel de Bill, y en la otra la espada vikinga de Billy».

Los tres rieron.

Cuatro días después de la fiesta de cumpleaños en casa de los Fenton, los ejemplares del *Times* llegaron mutilados a Grand Central Station. La censura gubernamental había recortado un artículo conflictivo, y ellos tuvieron que recurrir a las tripulaciones que volaban desde Miami para conseguir ejemplares enteros.

Sarita regresó del aeropuerto de Rancho Boyeros con esos ejemplares y con un paquete que puso encima del buró de Phillips.

Un regalo para ella, le avisó.

Un regalo muy especial para R. Hart Phillips.

El paquete venía sin tarjeta ni seña alguna y, cuando Phillips lo desenvolvió, descubrió unas orquídeas florecidas.

Le preguntó a Sarita quién enviaba esas flores.

Sarita dijo haberlas recibido de manos de Ernestina Otero.

Ernestina era la única periodista mujer acreditada en el cuartel de Columbia. Una excelente reportera, a juicio de Phillips. Y quien le enviaba esas orquídeas, a través de Ernestina, era Fidel.

«¿Fidel Castro?».

«Fidel Castro».

Eran unas orquídeas de las que crecían en lo más alto. Orquídeas silvestres de la Sierra Maestra.

Phillips comentó lo espléndidas que eran.

Espléndidas, reconoció Sarita.

Ernestina Otero pasaba información de Columbia a los rebeldes. Phillips estaba al tanto y dedujo que Ernestina les habría transmitido la noticia de

que Herbert L. Matthews venía a entrevistar a Batista y ella acompañaría a Matthews.

Entonces, más que un regalo, esas orquídeas eran un mensaje en clave enviado por Fidel Castro.

Fidel Castro había pensado en Phillips a la hora de dar su entrevista a *The New York Times*. Sin embargo, ella debió remitir la noticia de esa disposición a las oficinas de New York, que mandaron a Cuba a otro entrevistador.

No era conveniente que Phillips pusiera en juego su corresponsalía, ella debía continuar en La Habana.

Sentía debilidad por las flores. No es que se dedicara a la jardinería, para la cual nunca encontraba tiempo, sino que a menudo llevaba tocados de flores.

Y ningún comercio de flores de La Habana, por exquisito que fuera, tendría a la venta unas orquídeas como ésas.

Phillips imaginó lo complicado que habría sido transportar una criatura tan frágil a lo largo de toda la isla. Dudó entre llevársela a su casa o dejarla allí, y terminó por depositarla en Grand Central Station.

8

Un detector de mierda, reclamó él en la entrevista.

El entrevistador de *The Paris Review* había sacado a relucir la idea de que, a lo largo de su carrera, un escritor luchaba únicamente con un par de ideas.

Valiente porquería de fórmula, y él, Ernest Hemingway, quiso saber quién sostenía tan grande estupidez.

Graham Greene, reconoció su entrevistador. Graham Greene afirmaba que una pasión dominante podía dar a diversas novelas la cohesión de un sistema.

Él convino entonces en que Graham Greene gozaba de gran facilidad para las afirmaciones rotundas.

A él, en cambio, le costaba generalizar.

Le costaba generalizar a propósito de un grupo de novelas.

Le costaba generalizar a propósito de una bandada de ocas.

No obstante, intentaría hacer una generalización con tal de responder a la pregunta que el entrevistador le hacía.

O no, no intentaría nada de eso. Abandonaba el intento.

Que otros vinieran a ocuparse de lo obvio. Aquélla no era tarea para él.

Con lo que de veras tenía que contar un escritor, le advirtió a quien lo entrevistaba, era con un detector de mierda.

Un detector de mierda a toda prueba.

Todos los grandes escritores habían poseído un detector de mierda. Y, aunque él no fuera a explicitarlo de este modo, el señor Greene haría bien en conseguirse un detector de mierda que lo salvara de las generalizaciones fáciles en las que incurría.

Y después de mencionar al detector de mierda, se puso a hablar de un iceberg. Utilizó el ejemplo de un iceberg para explicar cuánto habría que mostrar y cuánto que ocultar cuando uno se proponía contar una historia.

Cuando uno se proponía contar una buena y verdadera historia.

En ese caso, habría que atenerse al principio del iceberg.

Él se atenía al principio del iceberg para escribir las historias que escribía.

Siete octavas partes sumergidas y únicamente una octava asomando por la superficie.

Él poseía la receta del iceberg para aquello que escribía y la receta del daiquirí doble, sin nada de azúcar, para eso que estaba bebiendo ahora.

No iba a ponerse a detallar la receta del Papa Doble, pero era evidente que cuanto dijo en la entrevista de *The Paris Review* había resultado convincente. Tan convincente que la gente se le acercaba con ejemplares de la revista para que él se los autografiara, lo mismo que si se tratara de alguno de sus libros.

A Hemingway lo halagaba que esas dos jóvenes vinieran a saludarlo en El Floridita y que una de ellas le pidiera su firma sobre la entrevista.

Eran maestras norteamericanas. Se hallaban de vacaciones en La Habana y habían venido cada tarde a El Floridita con el único propósito de encontrárselo a él.

Las jóvenes maestras le confesaron que esperaban por un nuevo libro suyo.

Lo dijeron tan apasionadamente como si lo que desearan fuera un hijo suyo.

Él sonrió. Les dijo que andaba preguntándose cuál de los libros que se encontraba escribiendo sería el próximo que publicaría.

Cualquiera que fuera, reclamaron ellas, y él quedó encantado con la determinación que, dentro de su timidez, transmitían las jóvenes.

«¡Cualquiera que sea!».

Levantó el brazo derecho como si un juez de boxeo se lo hubiera alzado en la discusión de su título. Agradeció a las dos jóvenes maestras y sopesó si invitarlas a un trago no iba a ser mejor opción que permitirle a Ted Scott, sentado unas banquetas más allá, que se le aproximara.

Ted Scott observaba a distancia la escena entre Hemingway y las dos americanitas.

Ernest Hemingway sentado en su esquina favorita de la barra de El Floridita, junto al busto de él que allí tenían. Cualquier día de esos instalaban en El Floridita una victrola en la cual elegir fragmentos de novelas y cuentos del Premio Nobel Hemingway. Los clientes echarían un níquel en esa victrola y, en tanto sorbieran el frappé de sus daiquirís, escucharían que existió una vez un viejo que pescaba solo en un esquife en la Corriente del Golfo, llevaba un montón de días sin conseguir pesca y…

Para ese entonces, Ernest Hemingway estaría sentado en su esquina de la barra, junto al busto suyo, escuchando embelesado las historias suyas que salían de la victrola.

«Has estado genial, Ernest».

Ted se acercó, dejando entre ambos un par de banquetas.

«En esa entrevista, quiero decir».

«¿Tú también vas a pedirme un autógrafo?».

«Créeme que lo haría de tener aquí un ejemplar. Eso del iceberg… Lo del detector de mierda…».

La lisonja pareció funcionar.

«Hielo y mierda. ¿Qué tal va todo?».

«¿Hielo y mierda?».

«El iceberg. El detector».

Por una vez que hacía un chiste, Ernest Hemingway no era comprendido.

«Claro, claro. Quería agradecerte tu carta de respuesta».

En su rincón favorito de El Floridita, Hemingway cabeceó restándole importancia.

«El hecho de que dirigieras tu respuesta a *The Havana Post*, lo cual significaba que podríamos publicarla, fue un gran gesto de tu parte».

«Creí que la publicarían».

«Oh, no. No nos habríamos comportado a la altura de tu generosidad».

En su rincón favorito de El Floridita, Hemingway lamentó secretamente que no lo hubieran hecho. Había escrito aquella carta negándose al duelo, no para aclarar un ridículo asunto con el ridículo Ted Scott, sino por enviar un mensaje a sus lectores. Para que sus lectores supieran que andaba cuidándose con tal de complacerlos con un nuevo libro poderoso.

«Tengo que contarte algo, Ernest».

Ted se cambió de banqueta, acercándose al rincón favorito.

«Es algo que debes saber. Acerca de tu acompañante en la fiesta de la embajada inglesa donde coincidimos…».

«¿Ava?».

«Prefiero no mencionar su nombre».

«Y yo que dejemos esa historia».

«Me lo agradecerás en cuanto lo sepas».

«Bien, te escucho».

«Existen unas fotos de ella tomadas en la piscina de tu casa. Unas fotos

comprometedoras…».

«¿Fotos comprometedoras de Ava en la piscina de Finca Vigía?».

Ted asintió.

«¿Las has visto tú?».

Ted negó con la cabeza.

«¿Y cómo sabes que fueron hechas en Finca Vigía?».

«Es lo que se dice».

«¿Quién lo dice? ¿Dónde están las fotos ésas?».

«Escuché que existen, Ernest. Escuché que son comprometedoras, tomadas en tu piscina, y que hay gente que paga bien por ellas».

Hemingway se removió en el rincón favorito y Ted creyó prudente distanciarse un poco.

«¿Qué gente paga por ellas? ¿Quiénes?».

«Battisti, el dueño del Sevilla-Biltmore. Santo Trafficante».

«¿Qué quieren esos tipos?».

Ted buscó el modo más suave de decírselo.

«Ninguno de ellos es la clase de fanático que anda buscando postales de su estrella favorita».

«Contéstame a esto, Ted. ¿Quién dice que es Finca Vigía el lugar que aparece en esas fotos?».

«Un conocido mío a quien…».

El rincón favorito de El Floridita empezaba a convertirse en zona de huracanes.

«Te diré qué me ha hecho hablarte de este asunto, Ernest».

«Oye, no vuelvas con esa mierda acerca de mi generosidad y mi carta. Quiero esas fotos y me da igual quiénes andan detrás de ellas».

«Comprendo que te preocupe que Finca Vigía…».

«No, no me estás entendiendo. Ava es mi amiga y fuese o no en mi casa… ¿Cuánto piden por esas jodidas fotos?».

Ted lamentó no haber dejado más banquetas de separación entre ellos.

«Yo no apruebo esa clase de negocios, Ernest. De modo que ni sé el precio ni sé en poder de quién están. Y en cuanto a la dama que aparece en ellas…».

«¿Qué quieres, Ted? ¿Retarme otra vez a duelo y que te escriba una segunda carta? Al menos esta vez podrías publicarla. En ningún momento he dicho que estés metido en eso. Ahora bien, si has venido a contármelo,

podrías contestarme a lo que te pregunte».

«Y te contesto con lo poco que sé. ¿Quieres las fotos? Muy bien, puedo ponerte en contacto».

«Perfecto. Nos vemos aquí, nada de llamadas a Finca Vigía».

«Precisamente de eso quería hablarte».

«¿De qué?».

«A la luz de este asunto, me temo que cuentas con un problema de seguridad en tu casa».

«¿Qué estás diciendo?».

«Si esas fotos fueron tomadas en Finca Vigía, debió hacerlas uno de tus empleados. O, de lo contrario, logró colarse allí un profesional».

«¿Un profesional?».

«Un fotógrafo de los que hacen esa clase de trabajo».

En la entrevista que acababa de autografiar para las jóvenes maestras le preguntaban cuán a gusto había trabajado en Ambos Mundos, el hotel de la calle Obispo, y él contestó que había sido un gran sitio para escribir. Y añadió que Finca Vigía también lo era.

Aunque quizás Finca Vigía empezaba a dejar de serlo.

Era a él, no a Ava, a quien querían joder.

Ava no era más que un pretexto. Habían aprovechado su visita a Finca Vigía para joderlo a él.

Hoover.

El FBI.

Querían joderlo a él y, de paso, joder también a Ava.

9

Julio Lobo, el magnate azucarero, le resultó tan interesante a Lewis como Phillips había previsto.

Aunque del dignatario católico recomendado por ella no podría afirmar lo mismo.

Sin duelo de honor a celebrarse, Lewis siguió con las prácticas de tiro en la oficina de Ted. Procuró ser invitado otra vez a su suite, no tuvo éxito en ello y no había vuelto a tropezarse con la negra.

Una mañana, al salir del hotel, un tipo parado en la esquina de Prado le dirigió un saludo que mencionaba a *Baby Face* Nelson.

Lewis le contestó como si leyera el cartel que anunciaba la película vista con Vaquero.

«*Baby Face* Nelson fue el asesino más sanguinario de todos».

Y ahí comenzó su viaje hasta Fidel Castro y la guerrilla. El enviado de Vaquero le indicó que volara a Santiago de Cuba al día siguiente, se hospedara en el Hotel Casa Granda y esperara allí instrucciones.

Alguien iría a verlo al Casa Granda.

Él preguntó cómo podría reconocerlo.

«Reconociéndolo».

El tipo cruzó la calle y se perdió por el Paseo del Prado.

Minutos antes de que el avión iniciara su aterrizaje en Santiago de Cuba, alcanzó a ver unos campos de caña en llamas. Eran el primer indicio de cuanto ocurría al oriente del país y la censura gubernamental silenciaba. Incendios causados por las fuerzas rebeldes, que comenzaban a incursionar en los llanos.

Se registró en el hotel. Cayó la noche, fue preciso respetar el toque de queda, cenó en el restaurante del Casa Granda y subió después al bar de la azotea.

Pidió un ron collins, preguntó al camarero qué tal era eso de vivir en una ciudad con toque de queda.

El camarero contestó que cada noche él se encontraba allí y en el Hotel Casa Granda no existía toque de queda. Aunque le concedió el inconveniente de que cada noche, al dar las diez en punto, se escucharan disparos.

Disparos entre el ejército y los rebeldes, explicó.

Ninguna fuerza avanzaba hacia la otra, intentó tranquilizarlo el camarero. Disparos que no buscaban dar en ningún blanco, no había de qué preocuparse, allí se encontraban a cubierto. No obstante, quince minutos antes de dar las diez suspendían cada noche el servicio en la azotea y los huéspedes pasaban a ser servidos abajo, en la terraza.

«¿Larry?».

Un tipo enorme se abalanzó hacia Lewis.

«¿Qué haces aquí, Larry Douglas? ¿Cómo? ¿No me reconoces? Soy Benny Berman, Benny».

Lewis se vio obligado a reconocer que él no era el tal Larry Douglas.

«¿Vas a decirme que no eres Larry?».

«Estoy completamente seguro de que no».

Benny Berman largó una carcajada.

«¡Dios mío, cuando vuelva a tropezarme con Larry Douglas tendré que contarle que tiene en Cuba un gemelo!».

«En Londres».

«¿Londres? ¡Pero qué casualidad!».

Benny Berman señaló a un grupo de amigos tan ruidoso como él.

«Venimos de Waterford, condado de New London, en Connecticut. ¿Por qué no nos acompañas a tomar un trago, aunque no seas Larry?».

Lewis declinó la invitación. En el Casa Granda esperaba por un nuevo contacto de la guerrilla, pero Benny Berman no era ese contacto.

A las diez menos cuarto fueron invitados a desalojar la azotea. Lewis se apoltronó abajo, en la terraza, a la espera de que comenzara el tiroteo.

De algún rincón del hotel llegó el timbre de un reloj despertador.

El reloj de la torre izquierda de la catedral dio las diez.

Lewis comprobó en su reloj que eran las diez en punto y se oyeron los primeros disparos.

Los que permanecían en la terraza del Casa Granda escucharon respetuosamente por un momento y enseguida volvieron a sus conversaciones. La algarabía de la gente de Waterford, condado de New

London, en Connecticut, terminó por imponerse sobre los disparos. Los camareros se empeñaban en notificar a cada huésped que se trataba de un intercambio rutinario de fuego. Las dos fuerzas contrincantes disparaban por ratificarse en sus posiciones, pero no avanzaban.

Sin embargo, él había visto desde el avión el incendio en los campos de caña, señal indudable de que las fuerzas rebeldes operaban por los llanos.

Lewis dedicó el día siguiente a investigar cómo hacía su vida la gente de Santiago. Preguntó por la suerte de los braceros que perdían su empleo con las quemas de cañaverales. Tomó un café con el dueño de un supermercado tan moderno como no existía otro en la ciudad, pero a quien el abastecimiento del negocio le resultaba ya imposible.

De sus investigaciones sacó la certeza de que, por mucho que en La Habana dudasen de las posibilidades de la guerrilla, allí en Santiago no cabía dudas. Ganaran o no ganaran las fuerzas rebeldes, la derrota del ejército estaba decidida desde el momento en que soldados y policías contaban con el rechazo de la mayoría de la población. El gobierno podría perpetuar el toque de queda, aumentar su presencia en las calles y, así y todo, la ciudad no resultaría gobernable. Santiago de Cuba no volvería a ser gobernable para el general Batista.

Ni siquiera eliminando a Castro y a todos sus hombres, Batista conseguiría imponer allí la paz.

Visitó a una santera a la que consultó acerca de la situación política.

Porque si en verdad ella era capaz de divisar el futuro, él necesitaba que le dijera qué era lo que veía.

Tía Margarita era su nombre. Su casa estaba en un barrio pobre de la ciudad y, según comentaron a Lewis, el propio presidente cubano solía consultarla.

Tía Margarita era hija de Changó, el dios de la guerra. Lo invitó a pasar a una habitación en la que se acumulaban cráneos de animales pequeños, bichos disecados, un pomo de Cold Cream de Pond's y mensajes escritos a mano en los que peloteros y políticos le agradecían a Changó su ayuda milagrosa.

Una estatua de Santa Bárbara de túnica roja divisaba desde su altar aquellas ofrendas. Changó era esa Santa Bárbara.

Lewis quiso saber cuándo y cómo terminaría la guerra.

«¿Cuál guerra?».

La voz de Tía Margarita sonaba como la de un ser muy agotado.

«Ésta. La guerra entre el gobierno y los rebeldes».

Tía Margarita convino que, en un caso así, lo mejor sería preguntarle a Changó, que era la autoridad mayor en cuestiones de batallas y de guerras. Cada sábado en la noche Changó hablaba allí por boca de ella.

Lewis lamentó no encontrarse en Santiago el próximo sábado. Le agradecería, por tanto, que respondiera a su consulta, aunque no fuese con palabras directas de Changó.

Tía Margarita se mostró de acuerdo. Cerró y abrió los ojos como si, de un pestañazo, alcanzara a percibir el destino de los acontecimientos.

«La victoria será del que la merezca».

Bien formulada la respuesta, admitió Lewis, aunque llevaba a la pregunta de cuál de los bandos era el que lo merecía.

Respecto a la duración de las hostilidades, el augurio de Tía Margarita resultó mucho más determinado.

«A esto no le queda ni dos meses».

Lewis balbuceó su alegría de saberlo.

«Pero cuando esto se acabe, empieza aquello».

«¿Aquello?».

«Aquello».

«¿Qué es aquello, Tía Margarita?».

La mujer pegó otro de sus pestañazos.

«Tú tienes en tu país a mujer e hijos».

Él asintió.

«No uno, sino varios hijos».

Lewis asintió.

«Y más de una mujer».

En ese punto tendría que haber asentido, pero mantuvo inmóvil la cabeza.

«Avísales a esos seres queridos que vas a demorarte por aquí».

«¿Por aquí? ¿Por Santiago?».

«Diles lo que acabo de decirte».

«¿Pero aquí es Santiago?».

«Aquí es aquí».

«Perdóneme, Tía Margarita, no la entiendo».

«Tú viniste a cumplir una misión. Te toca obrar, está en tu destino. En tu destino está el obrar por este país, que no es tuyo, pero al que tú puedes

ayudar a salvar».

Lewis tragó saliva antes de preguntar.

«¿Salvar de qué, Tía Margarita?».

Ella dio un par de pasos en retroceso y dio por concluida la consulta.

Lewis preguntó cuánto le debía.

«A ti no puedo aceptarte dinero. Tu pago está en lo que te toca hacer».

«Respóndame, por favor, una última pregunta».

Se trataba de una pregunta muy simple y ella no tendría que molestar a ninguna divinidad para contestarla.

«¿Es cierto que Batista viene aquí a consultarla a usted?».

«¿Qué Batista?».

«Fulgencio Batista».

«¿Batista, el presidente?».

«Sí».

«Yo no me acuerdo, mi hijo. Por esta casa pasa mucha gente».

Y, tal como predijera el contacto en la esquina del Sevilla-Biltmore, Lewis reconoció de inmediato a quien venía a traerle instrucciones.

No era otro que Vaquero, que apareció por el hotel muy de mañana.

Vaquero se movía dentro del Casa Granda con mayor desparpajo que en La Habana. Actuaba como si ya el ejército se hubiera retirado de la ciudad y los suyos hubieran triunfado.

Sentados en la terraza, le aseguró que todo estaba listo para hacerlo subir a la montaña. Lewis tendría que viajar al día siguiente en la segunda guagua con destino a La Habana y apearse en la parada de Manzanillo, donde iba a hallar una bodega.

En la puerta de esa bodega habría una jaula con un loro, por eso la llamaban La Bodega del Loro.

Dentro de La Bodega del Loro alguien le pediría fuego. Él tendría que responder que llevaba una semana sin fumar, que lo había dejado. Y entonces le contestarían deseándole suerte, porque la fuma nunca se dejaba.

El que le respondiera así sería su guía en la subida a la sierra. Hasta ahí las instrucciones.

En el tiempo de café que les quedó, Vaquero repasó varias escenas de la película que los dos vieran juntos. Contó cómo *Baby Face* Nelson, herido de muerte, entró a un cementerio, se recostó en una vieja lápida y pidió a su novia Sue que lo rematara de una vez. Lo contó tan detalladamente como si

hubiera transcurrido mucho tiempo desde que vieran la película o como si Lewis no la hubiera visto en la butaca de al lado.

Vaquero no reprochaba ya ninguna decisión al protagonista. Así debieron ser las cosas para *Baby Face* Nelson, era el destino.

Los dos quedaron en que, dentro de unas semanas, si para entonces Lewis no había regresado a su país, volverían a verse en La Habana.

Esa noche, cuando comenzó el tiroteo, Lewis se dijo que en unas horas estaría del otro lado.

Vio salir por la mañana la primera guagua Santiago-Habana, compró un boleto para la segunda, subió a ella, y Santiago de Cuba quedó atrás.

Pasada una hora de carretera, aparecieron las primeras estribaciones de la Sierra Maestra. Hicieron parada en Manzanillo, Lewis se bajó y, nada más bajar, se le acercaron dos soldados.

Parecían haber estado esperándolo. Saludaron, no le pidieron identificación ni preguntaron qué hacía por esos lares, pero dijeron tener orden de registrar su equipaje.

Perdonando las molestias, dijo uno de ellos.

Llevaron su maleta hasta un jeep estacionado. La abrieron, no hallaron nada inconveniente adentro, y la cerraron.

Lewis agradeció entonces la alerta que Hemingway le hiciera a propósito de su camisa militar comprada en la calle Oxford.

El sargento tendría que dar autorización para devolverle la maleta, le informaron.

Él preguntó dónde se encontraba el sargento.

El sargento vendría en un rato. Sería mejor que fuera a esperarlo adentro.

Dentro de la Bodega del Loro, le indicaron.

A la entrada de la bodega colgaba el loro en su jaula. Era un pájaro viejo, al que sus colores le chorreaban por las plumas como si le cayera encima un aguacero. Lo habrían puesto allí para que saludara a los recién llegados, pero el bicho no mostraba ya ningún interés por quienes entraban o salían.

«Tenga un buen día, usted dirá qué le ponemos».

El dependiente de la Bodega del Loro espantaba las moscas con un paño.

Lewis pidió una cerveza.

«Se nos estropeó el ventilador de techo, pero verá qué fría está esa Hatuey».

Un parroquiano revolvía un cubilete con dados en el mostrador.

«¿Quiere jugar, amigo?».

Lewis declinó la invitación.

«No tendría que apostar, eh».

A juzgar por cómo se le entendía lo que hablaba, debería llevar horas allí, dándole al cubilete y vaciando cervezas.

Lewis lo invitó a una.

«Eso está bien, muchas gracias».

Afuera, el loro empezó a dar chillidos, y el bodeguero salió a defenderlo de unos niños que golpeaban la jaula con un palo.

El tipo del cubilete aprovechó la ocasión para acercarse a Lewis.

«El artista que usted busca voló ya».

Lewis tenía bien claro que la contraseña era sobre fuego y haber dejado de fumar, no sobre artista alguno. Y aquel tipo estaba bebido de verdad, no lo simulaba. Aunque podría estar refiriéndose al guía de la sierra, que habría huido al ver llegar el jeep de los soldados.

Lewis le preguntó de cuál artista hablaba.

«El americano».

Plantó su cubilete sobre el mostrador y se pegó a Lewis para que nadie más oyera lo que tenía que decirle.

«Tarzán. No, espere. Tarzán no».

Pronunció otro nombre de manera inentendible.

Lewis pidió que se lo repitiera, y creyó entenderle Robin Hood.

«El que hizo de Robin Hood».

«¿De Robin Hood?».

«El que roba a los ricos para darle a los pobres, ¿ése no es Robin Hood?».

Lewis convino en que sí.

«Errol Flynn».

El tipo había terminado por acordarse.

«Errol Flynn, el que hizo de Robin Hood. Ése está en la loma ya, voló».

El tipo dio la espalda a Lewis. Se dedicó a beber su Hatuey, mientras tiraba sobre el mostrador los dados.

Un soldado se asomó. El sargento, repantigado en el jeep, pedía ver los papeles de Lewis.

El sargento examinó el pasaporte y echó una ojeada a la carta de intención de *The Sunday Times*.

«Está en inglés».

Lewis se ofreció a traducírsela.

No, no haría falta. El sargento le preguntó qué lo traía por Manzanillo.

Él contó que se ganaba la vida escribiendo sobre los lugares que recorría y que el periódico que extendía aquella carta le pagaba por ese trabajo.

«¿Vino a escribir de Manzanillo?».

«Sí».

El sargento miró a sus dos soldados como si le costara creer lo que escuchaba.

«Mire, señor Lewis, éste es un sitio muy apartado…».

«Sargento, yo he estado en sitios más apartados que éste. Sitios en los que no existe una sola bodega».

El sargento asintió como si todo marchara bien.

«Lo malo, señor Lewis, es que aquí todos los hoteles están cerrados».

«¿Todos?».

«Así mismo. No hay un hotel en Manzanillo donde usted pueda pasar la noche».

Ahora era Lewis quien podía mirar con incredulidad a la pareja de soldados.

«Escuche, en media hora va a pasar un ómnibus con destino a La Habana. Dentro de ese ómnibus viaja un policía que va a garantizarnos que usted llegue sano y salvo a la capital».

Aquello era, sin dudas, una orden.

Le fue devuelta la maleta.

«Tenga usted un buen viaje».

El jeep arrancó y uno de los soldados permaneció allí para asegurarse de que Lewis no perdiera la guagua.

Sin dejar de espantar moscas con un trapo, el bodeguero volvió a darle la bienvenida.

Lewis pidió lo mismo y rehusó los ofrecimientos de comida.

«¿Quiere jugar, amigo?».

Lewis declinó la invitación del tipo del cubilete.

«No tendría que apostar, eh».

Le agradeció y el tipo se le quedó mirando.

«Ahora tendría que invitarme a una cerveza, ¿o no?».

Aquel tipo parecía encontrarse en una borrachera cíclica.

A lo largo del viaje de vuelta a La Habana, Lewis se ocupó en hacer notas

mentales para el informe que enviaría a Fleming.

Quedaba claro que lo de Castro y sus hombres no era comunismo. Ninguno de ellos conocía el marxismo ni se interesaba por los trabajadores de las industrias. Eran, en su mayoría, jóvenes de clase media. Aquellos jóvenes de clase media a los que se refiriera el general García Vélez. Y ellos serían los primeros en oponerse al comunismo si alguna vez el comunismo intentaba hacer su aparición en Cuba.

Por otro lado, existían indicios, incluso sobrenaturales, de que el desenlace se hallaba muy próximo.

Al recibir el informe, Ian Fleming quiso saber a qué se refería Lewis con eso de indicios sobrenaturales.

Él prometió explicárselo más adelante. Consultó con Fleming si existían fondos para prorrogar su estancia en La Habana y Fleming convino en que lo miraría.

En cuanto a sus seres queridos, contrario al consejo de Tía Margarita, Norman Lewis se abstuvo de comunicarles que iba a tardarse un poco.

10

Errol Flynn juraba por todos los dioses que al entrar a una casa de putas lo hacía con el mismo espíritu con que entraba al British Museum y al Metropolitan de New York. Y debió ser ese espíritu el que lo hizo perderse en los prostíbulos de Manzanillo cuando iba camino a encontrarse con Fidel Castro, en la Sierra Maestra.

Tenía cuarenta y nueve años, más de cien libras de sobrepeso, bolsas en los ojos, el rostro caído, y tan mala memoria que le resultaba difícil recordar los diálogos. Era alcohólico, abusaba de las drogas. Había abandonado Hollywood porque Hollywood lo había abandonado antes a él o una historia de divorcio parecida. Procuró encauzar su carrera en Europa, no alcanzó a lograrlo y decidió volver a Hollywood a trabajar en dos o tres películas, aunque no fuese ya lo mismo.

De sus tiempos de gloria le quedaba el bigote fino, la sonrisa, el espectáculo de aporrear con su pene las teclas de los pianos. En La Habana había dejado a su novia de dieciséis años, Beverly Aadland, a la que estaba decidido a convertir en una estrella. Se lo prometió a Beverly, se lo prometía a sí mismo, le hacía esa promesa a todo el mundo. El grupo Hearst lo enviaba a entrevistar a Castro, aunque él se proponía hacer mucho más que eso. Rodaría una película sobre la guerrilla, la película de la guerrilla cubana. Contaría al mundo la historia de Cuba.

A diferencia de otros reporteros, la suya no iba a ser una simple visita a la Sierra Maestra. Él se quedaría a vivir entre esos hombres, vestiría el uniforme que vestían ellos, combatiría junto a ellos, hombro con hombro. Estaba decidido a luchar por la libertad de Cuba, y nadie conocía a Fidel Castro mejor que él, no importaba que no se hubieran visto antes.

Errol Flynn se presentó en el primer prostíbulo que encontró en Manzanillo, y avisó que estaba allí porque Fidel Castro necesitaba verlo a él y él necesitaba ver a Fidel Castro.

El negocio de esa casa, así como el del resto de las casas de prostitución de

la ciudad, andaba de capa caída a causa del toque de queda y la prohibición de visitar prostíbulos que pesaba sobre la soldadesca. No resultó raro entonces que las mujeres lo acogieran como a un regalo caído del cielo, aunque ninguna fuera a creerle el cuento de que era Errol Flynn.

Ellas tenían visto a Errol Flynn en el cine, habían visto muchas de las películas de Errol Flynn. Podría haberles parecido portentoso el numerito donde él tocaba el piano con la picha, pero allí para lucirse estaban ellas, aparte de no contar con ningún piano.

Ni siquiera las trabajadoras más antiguas, venidas de casas de mayor rango, recordaban que en aquellas casas hubiera existido un piano.

Tocadiscos sí que tenían, y con música y ron y todos sus saberes, pusieron a gozar al tal Errol Flynn.

Una de ellas procuró mejorarle los pasos de mambo que traía y, sin conseguir mucho, logró que él aprendiera de memoria el estribillo de una canción en la que se mencionaba la bahía de Manzanillo.

Hicieron sonar tantas veces aquel disco de Benny Moré, que él terminó por aprenderse en su español de risa el estribillo: «A la bahía de Manzanillo, voy a pescar la luna en el mar».

Aquel falso Errol Flynn cantaba el nombre de Manzanillo y, en medio de su borrachera, sentía la alegría del reconocimiento. Algo saltaba dentro de él cuando cantaba el nombre de la ciudad en la que se encontraba. El resto de la frase debía, en cambio, de resultarle doloroso como para que se quedara repitiéndolo en voz baja.

«Voy a pescar la luna en el mar. Voy a pescar la luna en el mar».

Repitió tantas veces aquellas palabras que sus días en los prostíbulos de Manzanillo se le convirtieron en la pesca de la luna en el mar. Errol Flynn se encontraba en Manzanillo para luchar junto a Fidel Castro, para pescar la luna en el mar.

Su tacañería, proverbial entre quienes lo conocían, no ayudó a que le creyeran ser la estrella cinematográfica que era o había sido. Las mujeres de la casa le sacaron el poco dinero que cargaba encima, registraron su maletín, y solamente encontraron una botella de vodka, una de quinina, un par de vasos, una Biblia y varias mudas de ropa. El maletín llevaba un sello que decía «Flynn Enterprises».

Anotaron concienzudamente los servicios que le iban prestando. Le daban de singar como se da de comer en una fonda, y ponían en su cuenta el precio

más alto por cada mujer y cada botella, con la justificación, no del todo incierta en esto último, de que el suministro de víveres se hallaba interrumpido en Manzanillo y no existía un bar abierto.

Llegó a aburrirlas tenerlo allí de día y de noche. Una lo retó a duelo con una escoba, para comprobar si sabía batirse igual que el verdadero Errol Flynn se batía contra un montón de espadachines en las películas. Pero él estaba demasiado borracho como para hacerlo medianamente bien.

Alguien vendría a recogerlo, se decían las mujeres, y ese alguien pagaría por los muchos servicios acumulados. Entonces ellas sentirían el mayor placer, el de tener prensado, entre la teta y el ajustador, un bultico de billetes.

Pero quien vino a buscarlo, para asombro de todas, fue Ibis.

Para ellas resultaba raro tener a Ibis allí. Ibis era la jefa de la competencia, aunque en los tiempos que corrían no existiera competencia entre las casas.

Llegó Ibis, pidió echar una ojeada al tipo, y declaró estar dispuesta a encargarse de su deuda, por la que les dejaría un pequeño adelanto. Así fue como, una tarde en la que el sol pegaba fuerte y las calles de Manzanillo estaban tan desiertas como durante el toque de queda, trasladaron al susodicho de una casa de putas a otra casa de putas.

Las de la primera casa dieron a Ibis esa clase de instrucciones que se dan al regalar un pájaro que habla. Le advirtieron cuánto lo alegraba o entristecía escuchar la canción de Benny Moré, y quisieron saber si iba a cargar con él por creerlo de veras Errol Flynn y avistar oportunidad de negocio en ello.

Ibis les salió entonces con que aquel tipo era tan Errol Flynn como Ibis era ella.

Ibis, lo sabían, era su nombre de puta, sacado de una novela. La matrona de la casa donde se iniciara le había enseñado que lo mejor para una puta era tener un nombre corto. Porque una puta de nombre largo no era más que una cabaretera frustrada.

A las putas, le enseñó aquella maestra de la vida, los hombres las llaman como llaman a los perros. Con nombres de pocas letras, nombres que pudieran soltar en una exhalación cuando estuvieran viniéndose. De manera que ella se bautizó Ibis, que era el nombre de una novela muy bonita que no había leído, pero cuya historia le habían contado. Se puso de nombre Ibis lo mismo que a un perro se le pone Leal, y con ese nombre hacía su trabajo y se ganaba la vida. Así que no tendría reparo ninguno en llamar Errol Flynn a aquel tipo que cargaba como a un saco de papas, y a ver qué ganancia

conseguía extraerle.

Las mujeres de la primera casa entregaron a Ibis el supuesto Errol Flynn, pero del maletín con el sello «Flynn Enterprises» no dijeron ni mu. Quedó con ellas como prenda.

En casa de Ibis dejaron al tal Errol Flynn en calzoncillos, escondieron su ropa, le pusieron delante un vaso y una botella, encendieron para él un par de ventiladores por lo mucho que sudaba y lo encerraron con la más joven, apenas primeriza.

Borracho y todo, él no dejó de alegrarse por lo renovado del ambiente. Debió creerse en algún nuevo museo, por su ocurrencia de entrar a una casa de putas con el mismo espíritu con el que entraba al British y al Metropolitan.

Cayó dormido encima de la muchacha, despertó pidiendo otra botella y lo escucharon mascullar que se iba a la bahía de Manzanillo a pescar la luna en el mar.

A gritos preguntó dónde estaba su disco, quería escucharlo otra vez.

Con una de Guantánamo que comprendía el inglés mantuvo diálogos que el alcohol deshilachaba.

«Es cada vez más fuerte».

Se quejaba él sin que la guantanamera llegara a saber si se refería al efecto del alcohol en su organismo o a lo que tenía adentro que le reclamaba beber tanto.

«Cada vez más fuerte. Más, más fuerte».

Le dio por gritar que no aguantaba más, que arrancaba ya para la sierra, que él era un invitado de Fidel Castro y los dos tenían que verse ya porque Fidel Castro necesitaba verlo a él y él necesitaba ver a Fidel Castro.

Pidió a gritos su ropa, preguntó dónde habían metido aquellas putas, aquellas putas no, aquellas putas hijas de putas, su camisa, su pantalón y su maletín.

Con tal de aplacarlo, Ibis pidió prestado el disco en la otra casa. Y mandó recado a Juan Ángel, proyeccionista de cine y cliente habitual de la casa, para que le trajera alguna foto de Errol Flynn y se asomara por allí cuanto antes.

El tipo dormía una de sus borracheras cuando se lo mostraron a Juan Ángel.

Con las prisas, el proyeccionista no había traído la foto pedida.

Ibis quería su opinión, la opinión de un conocedor como él,

proyeccionista de cine. Quería saber si aquel tipo podría ser en verdad Errol Flynn.

Juan Ángel dudó en dar su dictamen con el tipo dormido y lo removieron un poco para sacarlo de la siesta.

El susodicho abrió un ojo, preguntó a Juan Ángel si salían para la Sierra.

Ibis le ordenó que siguiera durmiendo.

Juan Ángel explicó entonces que habría que contar con la magia del cine. Con la magia que aportaban el maquillaje y las luces y las cámaras, porque en la vida real las estrellas de cine no eran tal como se las veía en la pantalla, y ellos se encontraban en la vida real, y ese borracho dormido podría perfectamente ser el Errol Flynn de la vida real y el otro Errol Flynn no existía más que en los cines, cuando proyectaban sus películas.

No obstante, quedó en traer unas fotos de Errol Flynn.

Ibis le reveló entonces su propósito de encargar a un rotulista, sin trabajo con el cierre de los cines, un cartel que dijera en letras grandes: «Errol Flynn en Manzanillo».

Había estado pensando Ibis en lo aburrida que se encontraba la gente y calculó que, en cuanto las muchachas de la ciudad se enteraran de que tenían allí a una estrella de cine, estarían dispuestas a pagar por verlo.

Las muchachas de Manzanillo pagarían el doble de una entrada de cine por ver a Errol Flynn de cerca.

Juan Ángel oyó sus planes y no pudo menos que echarse a reír. ¿Dónde exhibiría ella al tipo? ¿En esa casa? ¿Pero qué muchacha decente iba a arriesgarse a entrar allí?

Pues no cabía ninguna otra posibilidad, reconoció Ibis. Los sitios de diversión de la ciudad se encontraban cerrados y, si sacaban al tipo a la calle, los soldados lo mandarían para La Habana. De modo que tendría que ser allí mismo, en su casa.

La curiosidad haría venir a las muchachas, por decentes que fueran, ya vería Juan Ángel. Ibis iba a mandarles aviso a través de una costurera que cosía para muchas de ellas.

Claro que tendría que regularle la borrachera al tal Errol Flynn. Sobrio no iba a servirle, pero tampoco que estuviera cayéndose.

Las que vinieran a verlo podrían oírle cantar el estribillo de la bahía y la luna en el mar. A las muchachas las emocionaría escuchar el nombre de su ciudad en la voz de Errol Flynn. Y, puesto que el maquillaje hacía la magia

del cine tal como dijera Juan Ángel, vendría bien maquillarlo un poco, fijándose en las fotos del verdadero Errol Flynn.

El proyeccionista concedió que mejor sería que el cartel anunciara: «Ocasión única: Errol Flynn en Manzanillo».

No tardó Ibis en tener en sus manos ese cartel y las fotos de la estrella, pero para entonces no contaba ya con el supuesto Errol Flynn, que se había esfumado.

Ninguna de la casa escuchó ruidos en la noche. No sintieron sus pasos de borracho atravesando el pasillo hacia la sala grande, pero al amanecer él no se encontraba allí.

Ibis fue, en son de paz, a preguntar por él en otras casas.

Nada.

Ibis convino en que, pese a no ser de veras Errol Flynn, lo de subir a la Sierra y verse con Fidel sí que podía ser cierto. Se quedó con los retratos traídos por Juan Ángel, y ella y las demás elogiaron al buen mozo que aparecía en esos retratos. Aunque ninguna se mostró dispuesta a admitir que el americano al que se cepillaran fuera la estrella de cine.

11

Una mujer desnuda junto a una piscina. La mujer en las tres fotos que Vic examinaba se daba un aire a Ava Gardner, sacaría seguramente todo el partido de esa semejanza, pero ni remotamente era Ava Gardner.

Vic preguntó al viejo Leopoldo si acaso estaba ciego.

«Todavía no, pero terminaré ciego por las maldiciones que me echa mi mujer».

Vic se echó a reír.

«Se la pasa amenazándome con que Dios me cegará por vender estas fotos de artistas».

Leopoldo tenía un negocio de postales y revistas a la entrada del Teatro Shanghái.

Material de primera, tal como solía predicar a los potenciales clientes. Leopoldo calificaba de artistas a las mujeres con más o menos ropa de su mercadería, y consideraba arte aquellos artículos. Su puesto de venta a la entrada del Shanghái se encontraba presidido por un tomo del filósofo Schopenhauer, *El amor, las mujeres y la muerte*, que en la portada juntaba una mujer con poca ropa, un corazón y una calavera.

Leopoldo conservaba aquel ejemplar como recuerdo de sus inicios comerciales, cuando simultaneaba la venta de los clásicos de filosofía Tor, importados de Buenos Aires, con la mercadería pornográfica a la que él consideraba arte.

Lo suyo, sostenía, era el arte y la filosofía.

«A ver, joven Vic, déjame ver qué te he puesto en las manos».

Leopoldo sacó del bolsillo de su camisa unos espejuelos de cristales muy gruesos.

Vic tenía tratos con él desde que, siendo un muchachito, le comprara sus primeras novelitas de relajo.

«Pues, hum, éstas mismas son. He vendido ya una docena y, cuando la clientela viene preguntando por ellas, viene preguntando por Ava Gardner».

«El deseo ciega a tus clientes».

«¿Vas a ponerte ahora como mi mujer? ¡Deja que la gente se crea lo que le dé la gana!».

«Por mí ningún problema, Leopoldo, pero me dijeron que tenías unas fotos de Ava Gardner y me encuentro con éstas».

«Será que a ti no puedo engañarte, joven Vic».

El viejo se quedó mirándolas.

«Sí que podría ser ella. Ava Gardner sin maquillaje, saliendo del agua como una Venus saliendo del mar».

Vic miró las fotos en manos de Leopoldo.

«No es Ava Gardner, pero habría que averiguar dónde está metida».

Leopoldo se echó a reír.

Vic le preguntó quién lo proveía de aquellas fotos.

«¿Para qué quieres saberlo?».

«Me gustaría saber a quién se le ocurrió el cuento de que ésa es Ava Gardner. Si a ti o a tu proveedor».

«Ya está el detective jodiendo. Ni a mi proveedor ni a mí, tuvo que ser a ella. Y si una artista como ésta te dice que es Ava Gardner, para qué vas a ponerte a desmentirla. Anda, llévatelas, que te las regalo. A ver si te la encuentras por ahí».

Leopoldo metió las tres fotos dentro de un librito Tor de filosofía, igual que hacía en los comienzos de su negocio.

«Gracias, pero si quieres ayudarme a encontrarla, dime quién te las trajo».

Leopoldo le tendió el librito filosófico.

«Marquito».

«¡Acabáramos!».

En *Fenomenal* habían encargado a Marquito un desnudo más o menos velado junto a una piscina para la nota que publicarían sobre Ava Gardner y de allí venían aquellas fotos.

Sonó un claxon, Leopoldo miró a la calle y enseguida desvió la mirada.

«Eso ha de ser contigo».

A Vic le resultó desconocido el tipo que iba en el Plymouth Fury rojo.

«¿Conoces a ése?».

Fue entonces que, a una segunda ojeada, Vic lo reconoció.

Armando Jesi. Un Armando Jesi muy distinto al que viera en el club Bikini.

«¿Comprándole mercancía a Leopoldo, Vic?».

El rostro del ahogado al que sacaban del agua gozaba ahora de plena vida y llevaba el pelo del color del pelo de Marilyn Monroe.

«¿Dónde tienes tu máquina?».

«No tengo máquina».

«Entonces sube, que vamos a visitar un terreno».

El chofer que salió del Plymouth, saludó y dobló el respaldo de su asiento para que Vic entrara, era el tipo que había visto ejercitarse en el gimnasio del Bikini.

«¿Un terreno? ¿Dónde?».

El auto que venía detrás hizo sonar el claxon.

«Bueno, si tú prefieres ir en una máquina de alquiler, te doy la dirección y allá nos vemos».

Otro bocinazo reclamó que se movieran.

Armando Jesi se volvió a observar al impaciente.

«¿Pero qué apuro tiene Rabelo? ¿Vienes o no, Vic?».

Vic terminó por subir al Plymouth y salieron en busca del Malecón.

«¿Adónde vamos, Armando?».

«Ya te dije, a echarle una mirada a un terreno».

«¿Un terreno en venta?».

«Vendido ya, pero que puede interesarte tanto como a mí».

«Hablando de interesarnos, mira esto».

Vic le pasó a Armando el librito de filosofía.

«*Ética Nicomaquea.* Aristóteles. ¿De dónde has sacado esto?».

«Es lo que va adentro».

Jesi observó las fotos.

«Están comprándoselas a Leopoldo como si fueran de Ava Gardner».

«Pues se da un aire. Pero no, no es ella».

«Eso le dije a Leopoldo».

«¿Y crees tú que ese viejo zorro no lo sabe?».

Armando le devolvió el librito.

«Ahí te puse un marcador para cuando lo leas».

Vic abrió la *Ética Nicomaquea* y encontró, junto a las fotos, un billete de veinte pesos y otro de diez.

«Te alcanzará para un pasaje en el *ferry* de Key West. Considéralo como mi agradecimiento».

«¿Agradecimiento por qué?».

El *ferry* de La Habana a Key West costaba, en efecto, treinta pesos. Armando le aclaró que no tendría que tomarse al pie de la letra lo del viaje. Podría gastarse ese dinero en lo que quisiera, aunque siempre era recomendable llevar en el bolsillo la plata suficiente para escapar.

«Yo siempre tengo en los bolsillos treinta pesos para el *ferry*».

«¿Pero de qué ayuda hablas?».

«Tengo las fotos conmigo, Vic».

«¿Las de Ava Gardner?».

La cabeza platinada del asiento delantero asintió.

«Es un ajedrez o un crucigrama que no puedo entender. No sé qué hacer con tu difícil querer».

Armando estaba avisado ya de los fragmentos de canciones de Vic, pero al chofer debió sonarle rarísima la frase.

«Ha sido un trabajito desesperante. Fue necesario persuadir al personal de Finca Vigía y en esa casa hay muchos criados».

«Nueve».

«Diez, según mi cuenta».

Vic abrió el librito de Aristóteles, rozó con el índice los billetes y se dijo que esta vez el Winchester se quedaría sin muesca. Armando Jesi se les había adelantado.

«Son malas, eh».

«¿Las fotos?».

«Malas no, pésimas. Pésimas. Ésas que vende Leopoldo están mejores».

Vic abrió y cerró el librito de Aristóteles.

«¿Tan malas que nadie las querrá?».

La cabeza platinada cabeceó una negativa.

«No, sin llegar a ese punto. Piensa que van a ser utilizadas contra alguien previamente herido, así que surtirán su efecto».

«¿Alguien previamente herido? ¿Quién?».

«Muy pronto lo sabremos».

Entraron al túnel y salieron a Miramar.

«¿Ves el Bel Air que viene ahí detrás?».

Vic se volvió a mirarlo. Era el mismo carro que tocaba el claxon para que salieran de una vez de la puerta del Shanghái.

«Rabelo, se llama ese impaciente».

A Vic le resultó conocido de cara.

«Una eminencia en operaciones inmobiliarias en La Habana. De los primeros, si no el primero, en enterarse de qué terreno o edificio va a ponerse en venta. Conoce todo lo que está por construirse y va a enseñarnos el terreno donde levantarán un gran hotel. El mayor hotel de La Habana».

«Así que el mayor hotel de La Habana».

Fuera o no el más grande de la ciudad, iba a quedar lejos.

«¿Y tú no tienes máquina?».

«El médico me ha prohibido que maneje».

«No me digas…».

«No, no es eso. Perdí un Buick en una apuesta. Y antes ya había perdido otro».

«¿Otro Buick?».

«Dos al tiro».

«¿Perdidos en apuestas?».

«Pues sí».

«¿Apostaste, perdiste dos Buick, y ahí vas a quedarte?».

«Por el momento».

«¿Cuándo compras el tercero?».

«En eso estoy, pensándomelo».

«Pero sin un Buick, ¿con qué vas a saldar tus deudas de juego?».

«Solavaya, Armando, cuento con no tenerlas».

«No seré yo quien te las desee».

Armando Jesi tocó la guantera con el índice y el meñique de su mano derecha.

Dejaron atrás los nuevos repartos y tomaron el camino a Santa Fe.

«Hazle seña a Rabelo para que se adelante».

El chofer advirtió a Jesi que iban a comerse el polvo que levantaría Rabelo en su Bel Air.

«Hazle seña, Dagoberto».

El chofer sacó un brazo y el Bel Air pasó adelante.

Salieron de la carretera, tomaron por un camino polvoriento. Cuando llegaron al terreno en cuestión, Rabelo vino hacia el Plymouth sin esperar a que el polvo se asentara.

«¡Me disculpo, señores, me disculpo! ¡Siento haberles pitado, pero tenía gente atrás que presionaba!».

Armando Jesi le pidió a su chofer que aún no abriera las puertas. Pareció importarle poco que Rabelo gesticulara afuera.

Luego bajó el cristal de la ventanilla, Dagoberto sacó del maletero el jipijapa de su jefe, le abrió la puerta, le colocó el sombrero en la cabeza, y dio al sombrero el ladeado ideal.

«Rabelo, quiero presentarte a Vic. Vic, él es Rabelo».

Vic lo observó preguntándose de dónde podría conocerlo.

«¡El Casino de Zanja!».

Consiguió identificar en aquella eminencia del negocio inmobiliario a un jugador del casino de Zanja que se destacaba por su nerviosismo.

«¿Perdón?».

«Creo que hemos coincidido en el casino de Zanja».

Rabelo respondió que, en efecto, en ocasiones él solía jugar allí. Miró a Armando, miró otra vez a Vic y dio una palmada.

«Bien, señores, hechas las presentaciones de rigor, nos encontramos, como aquél que dice, en el lugar de los hechos».

Era un completo descampado. Por los alrededores no se veía una cerca ni un cartel de propiedad. La costa se encontraba a tres kilómetros de donde estaban.

El chofer de Armando alisó sobre el maletero del Plymouth, a resguardo del viento, un periódico que se dedicó a leer.

«Permítanme anunciarles que en el terreno en el que ahora nos encontramos será construido el más grande hotel de La Habana. ¡El Montecarlo de La Habana!».

Rabelo abrió sus brazos a todo lo ancho y los movió como una brújula enloquecida.

«El Hotel Montecarlo de La Habana contará con setecientas habitaciones, un gran casino, cabaret, amarres de yates, campos de golf… Una inversión de más de veinte millones de dólares, aunque con bastante probabilidad exigirá varios más, como ya ocurriera durante la construcción del Havana Riviera».

«¿Hablamos de Meyer Lansky entonces?».

Rabelo pareció pensarse un momento la respuesta que daría.

«En efecto, Armando. Meyer Lansky, quien construyó el Havana Riviera, construirá aquí el Montecarlo de La Habana. Meyer Lansky y varios socios. En este mismo suelo que pisamos levantarán esos señores el proyecto de

mayor envergadura de los venideros años».

Las alas del sombrero de Armando Jesi barrieron el espacio alrededor.

«Consideren ustedes que lo que aquí construyan dará la pauta para todo lo que levantarán luego en esa dirección».

Rabelo señaló hacia el oeste, a lo largo de la costa.

«No es costa de playa».

«Ni falta que hace, Armando. Será cuestión de que los clientes amarren sus yates y se metan de lleno en los casinos y en todo el entretenimiento que esos hoteles contendrán».

«Estoy seguro de que tú tienes ahí la lista de inversionistas».

Rabelo asintió complacido y pegó una palmada.

«¿Qué conocemos, señores? ¿Qué es lo que conocemos de este caso? Pues bien, conocemos que fue creada una compañía, la Compañía de Hoteles Montecarlo S. A., y que tal compañía cuenta con varios presidentes. Conocemos, asimismo, que gran parte, si no la mayor parte, del financiamiento de la operación será asumida por el Banco de Desarrollo».

«Es decir, el señor presidente Fulgencio Batista y Zaldívar».

«En efecto, Armando».

Rabelo les mostró un bloc pequeño.

«¿Qué consta aquí, señores? ¿Qué es lo que consta en este bloc del caso que nos ocupa y, si así puede decirse, del lugar de los hechos? Pues aquí tenemos los nombres y apellidos de los presidentes de la Compañía de Hoteles Montecarlo S. A.».

«Somos todo oídos, Rabelo».

«Estoy seguro de que sí porque esto es información privilegiada. Una información cuyo conocimiento, permítanme que les diga, podría resultar peligroso».

«Vic es de toda mi confianza».

«Jamás lo pondría en duda. Más aun cuando hemos sido compañeros de mesa de casino».

«Revélanos entonces esos nombres».

«Allá vamos. Consta aquí el nombre del señor William Miller, de Miami, propietario de un restaurante en New York, con operaciones importantes en Las Vegas, principalmente en el Hotel Sahara de Las Vegas».

«Bill Miller».

«Los que lo tratan, seguramente lo llamarán por ese nombre».

Armando Jesi parecía saber quién era.

«Consta aquí el nombre del señor Walter Kirschner, quien fuera consejero del presidente Roosevelt y es amigo personal del actual presidente Eisenhower».

Armando Jesi asintió.

«Consta aquí el nombre del señor I. Blacker, operador de los hoteles Sans Souci, Deauville y Sherry Fonternac, ubicados todos ellos en Miami».

«Yo conozco a su señora».

Rabelo aguardó por los detalles que Armando Jesi deseara aportar.

«Mrs. Blacker y yo compartimos cirujano».

«Un trabajo espléndido, Armando, todo sea dicho».

Jesi se tocó el jipijapa en señal de agradecimiento.

«Consta igualmente el nombre del señor Samuel Edelman, con grandes negocios inmobiliarios en New York».

Del bloc de Rabelo salieron otros cuatro nombres de gente acaudalada.

«Y por último, aunque sin menoscabo alguno…».

«Rabelo, nadie podrá negarte talento dramático».

«¡Ah, lo que habría dado yo por ser actor, Armando! Por último, aunque sin menoscabo alguno, consta aquí como presidente el señor Frank Sinatra, cantante, propietario de una compañía de películas, varias compañías de aviación, copropietario de The Sands, en Las Vegas y…».

Rabelo siguió enumerando los negocios de Sinatra.

Vic comprendió entonces que las piezas encajaban. Habría podido pegar una palmada, a la manera de Rabelo. Las fotos de Ava Gardner, en poder de Armando, conducían a este terreno en el que se encontraban, al casino y hotel que construirían allí.

Preguntó a Rabelo si en su bloc no constaban los nombres de Battisti y Trafficante.

«¿Battisti?».

«Amleto Battisti».

Rabelo echó una mirada a Armando Jesi.

«Estimado compañero de casino, me temo que muy difícilmente el señor Amleto Battisti tendría cabida en una operación de esta envergadura. Ésta es, ¿cómo decirlo?, una operación que lo sobrepasa. ¿Y cuando me preguntas por Trafficante, preguntas por el señor Santo Trafficante?».

«Santo Trafficante, sí».

«Bien, en el caso de Trafficante, cabría la posibilidad. Aunque debo reconocer que no he hallado constancia de su participación en la Compañía de Hoteles Montecarlo S. A.».

Rabelo se guardó el bloc.

«A esos nombres y apellidos habría que agregar el de Meyer Lansky, ¿no?».

Ante la ingenua observación de Vic, Rabelo intercambió una sonrisa con Armando.

«Estimado compañero de apuestas, el nombre de Meyer Lansky no suele constar en las operaciones que hace. ¿Puedo servirles en alguna cosa más, señores?».

Armando Jesi tenía suficiente ya e hizo un aparte para entregarle a Rabelo dinero para el *ferry* de Key West o alguna otra escapada.

«Ha sido un placer, Vic. ¡Ya nos veremos!».

Antes de largarse de allí, Armando Jesi deseó echar una mirada atenta al sitio. Tenía en su poder las fotos de Ava Gardner, conocía a alguno de los nombres de la lista de Rabelo, y estaba allí de pie sobre el terreno.

«Armando, el previamente herido es Sinatra».

«Exactamente, Vic. ¿Quieres decirme ahora quién te encargó las fotos? ¿Fue Battisti o Trafficante?».

«Uno y el otro».

Armando Jesi se tocó el ala del sombrero como si Vic hubiera hecho el elogio de su rostro operado.

Ahora sabían que Amleto Battisti y Santo Trafficante contaban con una buena razón para querer ganar ascendiente sobre alguien como Frank Sinatra. La línea de la costa se llenaría de casinos y Sinatra estaba en el meollo.

Armando Jesi se metió en el Plymouth Fury, colocó a su lado el jipijapa, subió el cristal y se acomodó sus cabellos platinados.

El Bel Air cruzó junto a ellos con grandes gesticulaciones de Rabelo.

«Y como colofón de esta provechosa excursión que hemos tenido, podrías soltar ahora uno de tus estribillos, Vic. Uno de Sinatra».

Pero no era así como funcionaban en él las cosas. Lo llamaban Vic en broma, pero no es que fuera una victrola. Finalmente, fue Armando quien se encargó de tararear algo de Sinatra.

En su voz resultaba difícil reconocer qué canción era.

Hablaba de alguien que se marchaba y volvía siempre. Volvía para sentirse

estúpido de seguir queriendo como estaba queriendo.

Era una canción tristísima compuesta por el propio Frank Sinatra en una de sus rupturas, si no en la ruptura final, con Ava Gardner. E iban a joder con unas fotos de ella al muy jodido autor de la canción aquella.

Vic consultó con Armando si no sería mejor poner precio a las imágenes y vendérselas a Sinatra directamente.

Pero una transacción así nunca habría pasado por la cabeza de cabellos de Marilyn Monroe de Armando Jesi. ¿No había caído Vic en la cuenta de que en todo aquel asunto existía algo más que dinero contante y sonante?

Poder sobre uno de los presidentes del negocio más grande de La Habana, de eso se trataba. Y la nada despreciable experiencia de Armando Jesi en el negocio de las antigüedades le enseñaba que los interesados en hundir a alguien pagaban mejor que lo que pagaría ese alguien por salvarse.

«Fíate más de una enemistad que del amor propio de alguien».

Ni que lo hubiera escrito Aristóteles, se dijo Vic al escuchar aquello. Abrió el ejemplar de la *Ética Nicomaquea*, sacó del librito los dos billetes y se los metió en el bolsillo.

Tres

1

La Habana daba la bienvenida a Herbert L. Matthews por todo lo alto. Al menos eso le dijo Ted Scott, porque era día de redadas de prostitutas por los alrededores del Sevilla-Biltmore.

Uno tras otro llegaban los Oldsmobile Super 88 de la policía. Ted Scott y Herbert L. Matthews, que salían del hotel, se quedaron en la puerta.

Los fotógrafos de prensa documentaban la operación y uno de ellos saludó a Ted desde lejos.

«¡Otra jornada exitosa para la Liga por la Decencia! ¿Qué estás fumando, Herb? Tira eso, por favor».

Ted Scott le ofreció uno de sus H. Upmann 4.

Una de las prostitutas se quitó sus tacones y echó a correr descalza.

Detrás de ella corrió un par de policías.

«¿Ves a ese tipo del Borsalino allá enfrente?».

Matthews asintió.

«Siempre que hay redada, viene».

«¿Es reportero?».

«*Voyeur*. Lo excita ver cómo persiguen a estas mujeres y paga para ser avisado. La policía avisa a los periódicos y le avisa a él».

La que huía descalza lanzó uno de sus zapatos contra un policía y consiguió sacarlo de circulación.

«Puedes apostar tus cheques de viajero a que, cuando esto termine, el tipo cruza la calle y se mete ahí».

Ted Scott señaló una puerta en la esquina inmediata.

Los policías agarraron a la prostituta descalza y la metieron en uno de los carros de patrulla. Recogieron uno de sus tacones como si se tratara de un arma incautada. Desde dentro del carro, ella gritó que buscaran su otro zapato porque todavía no era coja.

«¿Qué pasa con ellas ahora?».

«Las multan. Puede que abusen del servicio de alguna. Ellas pagan sus

multas y salen libres hasta que la policía vuelva a recibir presiones para adecentar la ciudad».

«Excelente».

Matthews celebraba el H. Upmann.

El policía que buscaba el otro zapato de la detenida terminó dándose por vencido. El último Oldsmobile arrancó.

«Observa ahora, Herb».

En la acera de enfrente, el mirón se ajustó su sombrero, cruzó la calle, y entró por la misma puerta que Ted pronosticara.

Matthews se echó a reír y preguntó que había allá adentro.

«Un prostíbulo».

La policía cargaba con las prostitutas callejeras, pero allí funcionaba una de las casas de Marina, la *madame* más famosa de La Habana.

«¿Conoces otra capital donde las putas trabajen tan cerca del palacio del presidente?».

Matthews se pensó el acertijo.

«Me temo que no».

«Bienvenido a La Habana, Herb».

Phillips los esperaba a unas cuadras de allí, en el American Club.

La elección del restaurante era una declaración de intenciones hacia el colega recién llegado. El restaurante del American Club era el último lugar de La Habana al que se invitaría a un americano. Era lo más insípido que R. Hart Phillips podría ofrecerle a Herbert L. Matthews.

Ted Scott se relamía de gusto por la tensión de la que iba a ser testigo.

«¿El American Club?».

Matthews no supo ocultar su decepción.

El espectáculo comenzaba de modo magnífico, se dijo Ted.

No sentía demasiada simpatía por Herb Matthews. Ted Scott no olvidaba sus artículos de admiración fascista, cuando la invasión italiana de Abisinia.

En el restaurante del American Club, Phillips les dio la bienvenida y lamentó no contar con Nancie para el almuerzo.

«Nancie no lleva tan bien esto de los viajes».

No tan bien como él, quería decir Matthews.

Serían tres a almorzar y Phillips les pidió que examinaran la carta mientras ella trataba un pequeño asunto en otra de las mesas.

Un asunto relacionado con la biblioteca del club, contó al volver.

«¿Qué tal es?».

«¿La biblioteca de este club? Ha decaído un poco en los últimos tiempos. De eso hablaba con una de las responsables, acerca de la política de compras».

«Comprendo».

«Pero cuéntanos qué tal dejaste New York».

En la petición de Phillips cabían los últimos estrenos de Broadway, las campañas para la alcaldía, el color actual de las hojas en el Central Park, la marcha de la redacción del *Times* y muchas otras noticias, aunque Matthews creyó identificar lo que de veras le interesaba a ella.

«Los jefes entendieron finalmente que de esta entrevista no hay que esperar ni una décima parte de la repercusión que tuvo la de Fidel Castro».

Phillips asintió como si hubiera sido eso precisamente por lo que preguntara.

«Aunque quién sabe, Herb».

«¿Saber qué, Ted?».

«El peso que pueda cobrar esta entrevista».

«¿En qué estás pensando exactamente?».

«Bien, imagina que Batista les da a ustedes la primicia de su salida del poder. Imagina por un momento que les dice, a ti y a Phillips, que abandona La Habana para marcharse a su casa de Daytona Beach. ¿Quién mejor para recibir una primicia como ésa que el periodista y el diario que revelaron al mundo que su enemigo Castro continuaba con vida?».

Descontada la prostituta que tirara al policía uno de sus zapatos, Ted Scott podría ser considerado el lanzador del día.

«¿No te resulta curioso que Batista haya accedido a que seas tú, precisamente tú, quien vaya a entrevistarlo?».

«¿Lo ves tan raro, Ted?».

«Raro no, rarísimo. Supongamos que eres Fulgencio Batista, ponte en su lugar. ¿Le darías una entrevista a quien vino a desarmar tu estrategia de desinformación?».

Phillips dejaba a Ted divertirse a costa de Matthews.

«Te digo que Batista puede tenerles reservada una buena baza».

«¿Qué piensas de esto, Phillips? ¿Cabría la posibilidad?».

Phillips miró a uno y al otro con expresión concentradamente seria.

«No sabría decirte, Herb».

«Desde Palacio exigieron que estuvieras en la entrevista».

«Petición del presidente, sí. Aunque no significa que yo haya recibido o vaya a recibir trato de favor».

«¿No?».

«En absoluto. Batista necesita de un testigo en su encuentro contigo y, de no haber estado disponible yo, le habría valido cualquier otro. Ted, por ejemplo».

«Comprendo».

Cambio de platos. A propósito de libros para la biblioteca del American Club, Matthews mencionó la novela habanera de Graham Greene, que había venido leyendo en el avión.

«Siento mucha curiosidad por ver qué ha escrito Graham Greene sobre La Habana».

«Pues espero terminarla antes de irme y puedo dejártela».

«Gracias, sería perfecto».

«Greene demuestra conocer bien esta ciudad».

«¿Graham Greene? ¿Conocer bien La Habana, Graham Greene?».

Ted soltó una carcajada.

«Pero si sólo ha pasado unas pocas semanas aquí. Pero si no habla español… No sé cómo podrá conocer bien La Habana».

Phillips se mostró en desacuerdo con Ted.

«No lo sabremos hasta leer lo que ha escrito».

Su desacuerdo era, sin embargo, una maniobra para apuntar desde más alto.

«Existe gente con genio para absorber un ambiente a la primera».

Lo único que le faltó a Phillips fue guiñarle un ojo a Matthews.

Trajeron el café, la cuenta, y ella anunció que se iría a la oficina y en hora y media recogería a Matthews en su hotel. Así él podría descansar y asegurarse del estado de salud de Nancie.

«No, nada de siesta para mí. Y Nancie estará en perfecto estado en unas horas. Me gustaría visitar nuestras oficinas».

Cuando Ted los despidió, tuvo la certeza de que se perdería el duelo entre ambos.

En Grand Central Station, Phillips volvió a presentar los empleados a Matthews, quien debería recordarlos de su viaje anterior.

«¿Un café?».

«¿Otro? No, gracias».

Phillips alzó una página del *Times* de la que habían recortado un rectángulo. Metió la mano por el hueco fabricado por las tijeras del censor como si el periódico fuera una pulsera.

«Siguen en las mismas, ¿no?».

Ella asintió. La censura gubernamental cortaba todo lo que consideraba inconveniente.

«Phillips, acerca de lo que comentó Ted en el almuerzo, ¿cuánto de probabilidad le darías tú?».

Ella terminó por echar al cesto el ejemplar censurado.

«¿Lo de una primicia de Batista?».

«Eso».

«No le veo probabilidad ninguna, Herb».

«¿Lo dices a la luz de la información con la que cuentas?».

«Bueno, ya te he dicho que no cuento con información privilegiada. El presidente ha llegado a reprocharme que utilice como fuente la radio de los rebeldes, y he tenido que recordarle lo poco fiables que resultan los comunicados de su ejército. Le aseguré que no veía otra manera de hacer mi trabajo que haciendo uso de otras fuentes».

«¿Y qué respondió él a eso?».

«Prometió que su jefe de información me facilitaría las cosas».

«Entiendo que no ha sido así».

«Ha valido de muy poco».

«Comprendo».

Herbert L. Matthews se acomodó en su asiento.

«Phillips, respecto a tu participación en la entrevista, me gustaría dejar claro que no es algo que me complazca del todo».

La sonrisa de Phillips se congeló.

«Querido Herb, ¿necesitas aclararme lo que resulta tan obvio? Ni tú, ni los jefes en New York, tampoco yo, hemos decidido que las cosas ocurran de este modo».

Matthews trató de responder algo, pero ella continuó.

«Si lo que quieres decirme es cuánto te molesta que Batista imponga mi presencia en tu entrevista, lo entiendo perfectamente».

Phillips abrió una gaveta y colocó sobre su mesa un pintalabios.

«De mi parte, me gustaría dejar claro que no siento el más mínimo interés

en verte hacer tu trabajo».

Colocó una polvera junto al pintalabios.

«Bien, Phillips, he querido decírtelo porque así se lo comenté a los jefes. Quería que lo supieras por mí mismo».

Phillips abrió la polvera y retocó sus labios con un rojo brillante. Seis años antes, precisamente el día en que Fulgencio Batista daba el golpe de Estado, ella se demoró unos minutos pintándose los labios y fue esa tardanza la que la salvó de morir ametrallada. De haber obrado con puntualidad, habrían sido cinco y no cuatro los cadáveres. Y desde entonces tenía por costumbre retocarse los labios sin prisa antes de afrontar cualquier peligro.

«Te estaría verdaderamente agradecida si creyera que ése es tu verdadero motivo».

Matthews pareció sorprendido.

«¿Y cuál crees que es mi verdadero motivo, Phillips?».

«Supongo que ponerme en mi lugar, resarcirte de la ofensa que Batista te hace… Cualquier otro semejante».

Matthews negó con la cabeza, sonriendo.

«De acuerdo, Herb. Ya que alardeas de sinceridad y de confesarme lo que dices de mí a los jefes, ¿por qué no avanzas más por ese camino?».

«¿Avanzar?».

«¿Por qué no me dices que les has pedido que cancelen mi contrato y manden a La Habana un corresponsal que haga bien este trabajo? ¿O te crees que aquí no llegan las noticias?».

«Es cierto que alguna vez he opinado…».

«No. No confundamos opinión con petición. Cuando has hablado de mí con los jefes no has opinado, Herb. Has hecho una solicitud».

Phillips guardó la polvera y el pintalabios.

«Consideras que la cobertura que hace el *Times* no está a la altura de lo que ocurre aquí y has pedido mi cabeza. De manera que, si entre nosotros dos hay alguien incómodo por la tarea que compartiremos, no vas a ser precisamente tú».

«Pues bien, es cierto. No tengo buena opinión de tu trabajo».

«Tampoco yo del tuyo».

La declaración paralizó a Matthews.

«Me gustaría conocer qué objeción puedes hacerle a mi trabajo».

Ella miró el reloj en su muñeca.

«¿Objeción? Mejor sería que utilizaras el plural. Y podrían ser tantas que haríamos esperar al presidente».

«¿Estás de broma, Phillips?».

«No, Herb, nada de broma. Créeme que no se me ocurriría comparar mi carrera con la tuya. Yo, sencillamente, no tengo carrera. Tú tienes una carrera, mientras que yo tengo un empleo con el que intento cumplir a cabalidad. Y quizás por el hecho de que tú tienes una carrera y te has expuesto tanto, es que alguien como yo puede hacerle objeciones a tu trabajo».

«¿Pero de qué me hablas?».

«Oh, tal vez no me haga entender. Será mejor que dejemos el tema».

«No, tal como dijiste hace un momento, avanza por ese camino».

La sonrisa de Phillips era de un rojo brillantísimo.

«Dispara, Phillips. ¿Te refieres a la entrevista que le hice a Fidel Castro?».

Ella volvió a cerciorarse del tiempo con el que contaban.

«Claro que me refiero a esa entrevista».

«Pues adelante».

«Tuviste suerte, Herb, de que el ridículo que hizo el gobierno, afirmando que no podías haber entrevistado a Castro porque estaba muerto, ocultara lo ridículo de tu entrevista».

«¿De qué ridículo hablas?».

«De la conversación en susurros mantenida entre el entrevistado y tú para dar la medida del peligro en que se hallaban, por ejemplo. Una argucia novelesca…».

«No, espera, estás equivocada. No hubo en ello ninguna argucia novelesca. Ocurrió tal como lo escribí y fue publicado».

«¿Ocurrió así, en verdad? ¿Entonces cómo explicas tu afirmación, en el encabezado de la entrevista, de que los rebeldes se habían hecho inexpugnables en la montaña y las fuerzas del ejército eran incapaces de alcanzar sus campamentos? Una de dos, Herb, o eran inalcanzables por el ejército o tenían ustedes que hablar en susurros para no ser detectados. Y en caso de no existir argucia novelesca tuya, debió tratarse de una argucia del entrevistado que le creíste a pie juntillas. ¿Te respondió en susurros después de haberte dicho que allí eran inexpugnables? ¿No te parece ridículo haberte dejado engañar de esa manera?».

Matthews no contestó a la pregunta.

«Cuando entrevistaste a Fidel Castro no existía ninguna acción militar de los rebeldes que justificara lo que tú pusiste en el encabezado. Fue pura propaganda de tu parte. Y tengo dudas acerca del número de combatientes publicado por ti. Sospecho que al respecto también fuiste engañado».

«¿Engañado?».

«Engañado por Castro».

Herbert L. Matthews se tomó un momento para lidiar con esa posibilidad.

«Aclárame este punto, Phillips, ¿tuviste acceso a la entrevista antes de que fuera publicada?».

«¿Yo? ¿Por qué me lo preguntas? ¿Crees acaso que habría ocultado mis objeciones para dañar tu prestigio?».

«No, no he dicho eso».

«Recuerda, Herb, que fue a mí a la que los rebeldes contactaron para que subiera a entrevistar a Castro. Tuve que declinar esa oportunidad para que no me echaran del país, y fue entonces que pasó a ser tarea tuya. Era esa entrevista o mi puesto aquí, y no dudé ni un momento en la elección. Pero ya que preguntas por una lectura previa mía, ¿recomendaste o diste instrucciones de que yo leyera la entrevista antes de publicarla?».

«Ciertamente, no».

«Entonces no iban a dármela a leer».

Phillips miró su reloj.

«Hora de irnos».

Él se puso de pie.

«Tengo que agradecerte que hayamos…».

«No tienes que agradecerme nada, Herb. No ha sido amable de mi parte y tampoco de la tuya, pero está bien que haya ocurrido así».

«Bien, sólo me queda agregar que, sin importar el peso de mi opinión ante los jefes, la situación aquí se hará más complicada y terminarán enviando a otro corresponsal».

«Una decisión que contará con tu apoyo».

«Después de lo que acabamos de conversar, no voy a negártelo».

Phillips hizo un largo asentimiento.

«Dame sólo un par de minutos y salimos».

Volvió con el sombrero puesto. Para entonces Matthews había recobrado su parsimonia acostumbrada.

«Hermosas flores, ésas».

«¿Verdad que sí? Fueron un regalo de Castro».
«¿De Fidel Castro?».
«Sí».
«¿Hablas en serio?».
«Completamente en serio, me las envió él. ¿Ya lo tenemos todo?».
Los dos estaban listos.

2

Veinticinco años antes, R. Hart Phillips lo había entrevistado por primera vez. Gobernaba desde entonces el país, ya fuera sentado en la butaca presidencial donde ahora lo veían o en las sombras. Los cálculos políticos tenían que contar con él, incluso cuando decidió marcharse al exilio y sus enemigos temieron, y sus acólitos desearon, que volviera un día al mando.

Él volvió, en cumplimiento de aquellos temores y esperanzas. Primero para ocupar una senaduría, luego para hacerse candidato presidencial y, cuando comprendió que su candidatura no corría con suerte, para dar un golpe de Estado y convertirse en dictador.

Veinticinco años antes no era más que un sargento taquígrafo en el Estado Mayor. Acababa entonces de caer la dictadura de Gerardo Machado, organizaban un gobierno provisional, el ejército se alzó contra el gobierno provisional, y al frente del ejército se encontraba aquel joven sargento taquígrafo, que supo aprovecharse de las diferencias entre los altos oficiales y la soldadesca, y no tardó en cobrarse el grado de coronel.

Coronel Fulgencio Batista, así lo vio Phillips por primera vez.

James y ella fueron a buscarlo al campamento militar de Columbia. Todavía ella no era R. Hart Phillips, sino únicamente Ruby, y no podía sospechar por entonces que James Doyle Phillips fallecería en un accidente y ella ocuparía su puesto.

Llegar hasta el flamante coronel Batista fue como ser recibido por el rey de Siam. Columbia se hallaba patas arriba. Cuando James mostró en la entrada el pase de prensa, les ordenaron que tenían que ir por el otro lado. Y en el otro lado los remitieron a la puerta de la que acababan de venir. Todo era tan provisional que no parecía existir modo de entrar a Columbia.

Los hicieron abandonar el auto y caminar hasta un edificio donde una multitud esperaba.

Civiles y uniformados parecían llevar días apostados allí. Ella y James se fumaron cuantos cigarros tenían encima. Hasta que un ayuda terminó por

revelarles que el coronel Batista tomaba el té en su casa y lo mejor sería ir a buscarlo allí. E indicó a la pareja de jóvenes periodistas americanos cómo encontrar dentro del campamento la casa del coronel.

Pues el coronel continuaba viviendo en la misma casita de cuando era sargento.

La hora era muy temprana, no sólo para tomar el té, sino para encontrar en aquella casita el sentido de magnificencia que el coronel Batista iba a desarrollar luego.

También allí esperaba gente, pero el ayuda del coronel los hizo entrar. Del interior, recordaba la alfombra de la sala. El chalet era el de un sargento taquígrafo. La alfombra, sin embargo, le pareció a Phillips un detalle significativo. Las ambiciones del joven coronel podrían barruntarse a partir de la presencia de ese artículo tan raro en un hogar del trópico.

El joven coronel resultó ser amistoso y sonriente. Prestaba una atención concentrada a cuanto le decían y, antes de que su interlocutor concluyera un argumento, ya lo esperaba en el punto final. James y ella debieron admitir que, en un país donde no abundaba la lógica, el coronel Batista andaba bien provisto de ésta.

No era un sujeto difícil de entrevistar, sino todo lo contrario. Y fueron muchas las ocasiones en que Phillips coincidiera con él a lo largo de un cuarto de siglo.

A su regreso del exilio, cuando la distinguió entre el montón de periodistas, él se detuvo un minuto para confirmarle lo feliz que lo hacía reencontrarla en La Habana y comprobar que ella no había cambiado nada.

Más allá de lo sincero o no de su galantería, Phillips supo que el recién llegado celebraba descubrir un rostro conocido entre el pelotón de periodistas que intentaba sonsacarle si planeaba hacerse, una vez más, con el gobierno. Y debió de ser por razón parecida que ahora imponía la presencia de Phillips en su encuentro con Herbert L. Matthews.

Las preguntas de la entrevista, redactadas en inglés, habían sido enviadas un día antes. Las respuestas, también en inglés, estaban listas antes de que el presidente los invitara a tomar asiento.

Los recibió en una oficina del segundo piso de Palacio, pasado el Salón de los Espejos. Se mostró tan afable como siempre, pese a la antipatía que tendría que sentir por Matthews.

Entre sus ayudantes resultaba legendaria la capacidad del presidente

Batista para ocultar los sentimientos. Únicamente en un momento de la entrevista pareció sorprenderse por lo que Matthews le preguntaba, y fue esa una sorpresa fingida.

Ofreció a su entrevistador la oportunidad de unas preguntas fuera de cuestionario y Matthews aprovechó para preguntar por unos jóvenes torturados en Santiago de Cuba.

El presidente fingió entonces sorpresa. Replicó que los oficiales y soldados de su ejército jamás usarían tales métodos.

Matthews aseguró haberse visto en Santiago de Cuba con la madre de uno de los jóvenes torturados.

Fidel Castro, culpó enseguida el presidente.

Acusó a Fidel Castro de comunista. Culpó al expresidente Carlos Prío Socarrás de proveer de armas y municiones a la gente de Fidel Castro. Tildó de criminal a Fidel Castro.

De ser otras las circunstancias, Phillips habría argumentado en contra. Pues había sido el propio presidente Batista quien sacara de la cárcel a quien ahora tildaba de criminal. A Castro y su gente, amnistiándolos a todos.

Pero ella prefirió no hacer comentarios ni preguntas. Aprovechó la oportunidad de que otro conducía la entrevista para escrutar a su viejo conocido.

El presidente Fulgencio Batista vestía uno de los trajes de su abundante colección de trajes blancos de dril. No parecía haber engordado. Según contaban, se atenía al principio de comer durante horas para luego provocarse el vómito y volver a comer y vomitar.

Contaban también que se blanqueaba con jugo de limón su cutis de mulato. Algo en su figura, en la expresión contenida de su cara, le resultó sospechoso a Phillips.

No es que hubiera envejecido, sino que lo encontraba más rígido. Y no se trataba de rigidez achacable al inconveniente de conversar con la prensa.

Phillips llegó a pensar que ése que tenían delante era un doble del Fulgencio Batista conocido por ella.

Su sospecha se disipó en cuanto los invitó a acompañarlo y pareció volver a ser el mismo de siempre.

Un edecán abrió las puertas de un salón más espacioso. La enorme araña del salón echaba luz sobre una maqueta dispuesta al centro.

Lleno de satisfacción, el presidente les anunció que ahí tenían, en forma

de maqueta, La Habana del futuro, la nueva capital que su gobierno encomendara a un célebre estudio de arquitectura de los Estados Unidos.

Tenían ante ellos la reformulación de La Habana que esperaba fuera llevada a cabo, aun cuando él se hallara lejos de la presidencia y de la vida política.

El edecán trajo un puntero. El presidente fue apuntando con el puntero a las edificaciones que haría construir.

Apuntó con su puntero a una isla artificial frente al malecón de la ciudad y notificó que en esa isla artificial cabrían hoteles, casinos, edificios residenciales…

Barrió con el puntero una hilera de rascacielos por construirse al borde del Malecón. Apuntó a avenidas que cruzarían la zona más vieja de la ciudad a lo largo y lo ancho, y reservó su última atención para el edificio que dominaría La Habana desde el otro lado de la bahía.

Anunció que aquél sería el nuevo Palacio Presidencial. Lo dijo con el orgullo de quien se construye una casa magnífica acorde a planos de su propia invención.

Vestido de dril blanco, el presidente Fulgencio Batista señalaba con su puntero a La Habana del futuro. Aquella maqueta en el centro del salón, bajo la luz de la hermosa araña de cristal, era como un tren de juguete en la habitación de un niño enfermo.

Phillips se preguntó si no se trataría de un niño enfermo de muerte.

«Hace unos meses sufrió una embolia cerebral».

Bill Fenton y ella almorzaban al día siguiente en el Country Club.

«Fue en el verano. Batista estaba de vacaciones en su casa de Varadero y consiguió ocultarlo hasta de sus hijos».

«No tuve noticia de eso».

«Pasado un mes se encontró lo suficientemente recuperado como para reaparecer en público».

«Debió de ser eso lo que vi de extraño en él».

«No está bien».

Pero no era de la salud del presidente Batista de lo que hablaba Bill Fenton.

«Un segundo enviado del presidente Eisenhower salió confundido de su encuentro con él. Despachó a ese enviado con la excusa de que él no podía fallar a sus seguidores. Y, a la vez, le aseguró que se retiraría de la política».

«La cuestión es cuándo».

«Ya se le han ofrecido todo tipo de facilidades y no ha querido aceptarlas».

«No querrá marcharse de nuevo al exilio. Habrá calculado que esta vez no hay regreso para él».

Ni ella ni Bill ponían en duda que, para soltar el poder, Fulgencio Batista debería contar con un plan para retomarlo.

«Su posición se hace más insostenible cada día. Cada día que pasa recurre a medidas más extremas. Corre el peligro de convertirse en un huésped indeseable».

Indeseable para Estados Unidos, quería decir Bill.

Phillips le preguntó si no lo era ya.

«Después del trato que le ha dado, no a uno, sino a dos enviados de la Casa Blanca, no es difícil sostener que sí. Es tarde».

Como un eco, Phillips repitió que era tarde.

No hablaban solamente del presidente Batista.

Bill Fenton había comunicado a Phillips que concluía su misión en La Habana.

Los dos celebraban allí su último almuerzo.

«¿A dónde te envían?».

«Washington. Es hora de volver a casa.

«¿Y qué tal se lo ha tomado Cathie?».

«A Cathie no le agrada demasiado Washington».

«Lástima».

«De todos modos, hace algún tiempo que dejó de gustarle La Habana».

«Las cosas han cambiado mucho desde la llegada de ustedes».

«¿Cuántos años llevas aquí, Phillips?».

«Pronto hará treinta años».

«¡Treinta años!».

«Pues sí».

«¿No te cansa?».

«¿La Habana, quieres decir?».

«La Habana».

«No».

Phillips se aseguró de no dejar ningún reparo fuera de su contestación.

«La verdad es que no. Me parece que no voy a cansarme nunca de La Habana».

Bebieron en silencio sus cafés.

«¿Crees que es tarde ya para una tercera opción, Bill?».

«¿Ni Batista ni Castro?».

«A eso me refiero».

«Algo así estaría cocinándose».

Bill Fenton se permitió abundar.

«Con escasas posibilidades de éxito, me temo. Tal vez con ninguna».

Al despedirse, comentaron cuánto extrañarían sus almuerzos.

A Phillips la hizo feliz ver que los empleados adornaban con flores de Pascua cada una de las mesas del restaurante. Esas flores le hicieron caer en la cuenta de que, como le ocurría cada año, contaba con el tiempo justo para hacerse de su pino navideño.

Encontró en El Encanto, a ochenta y cinco centavos el pie, pinos traídos directamente de Noruega. Compró uno grande para la sala de su casa y uno pequeño para Grand Central Station, que Sarita se encargaría de decorar.

En casa, luego de dar el toque final a la ornamentación del pino, se sentó a escribirle a Marta su acostumbrada carta de fin de año.

Le escribió contándole minucias, hasta arribar a un punto en que prefirió hacer una pausa.

No, no escribiría a su hija sobre eso.

No deseaba inquietarla.

Observó el contenido de su vaso, el bourbon untuoso entre los cubos de hielo, y como si pudiera leer su vaso igual que las adivinas leen los posos del café, tuvo la certeza de que aquélla iba a ser su última Navidad en La Habana.

3

Lewis recorrió las calles de tiendas repletas de motivos navideños y sintió su odio de siempre por la Navidad.

No conocía el porqué de ese odio suyo. No contaba con ningún motivo familiar para rechazar las fiestas ni con prejuicios religiosos contra ella. No alcanzaba a recordar trauma personal alguno y, sin embargo, odiaba la Navidad igual que odiaba a los gatos, y habría disparado contra ella igual que disparaba contra los gatos que se atrevían a colarse en su jardín.

Norman Lewis amaba la observación de los pájaros, la fotografía y la botánica, y odiaba la Navidad.

Luego de cruzar frente a tantas tiendas con motivos navideños y entre tantos compradores que cargaban con sus regalos, fue un respiro que la vidriera de la librería Canelo no exhibiera artículos rojos y blancos, viejitos barbudos, renos y ramas de pino, sino únicamente libros y revistas.

Al fondo, junto al estante de las enciclopedias, se hallaba reunida en pleno la Logia del Caribe.

El coronel Hermida hizo las presentaciones de rigor.

La Logia del Caribe estaba compuesta por Milton Blázquez, Marino Juan Llorens, José Clemente Téllez, Benigno Aranda y el propio coronel, reunidos en esa librería de la calle Reina desde antes de constituirse en logia, cuando solamente formaban un grupo de amigos bastante desilusionados, juntados para conversar acerca de temas militares, estrategias y batallas famosas.

Milton Blázquez, Marino Juan Llorens, José Clemente Téllez y el coronel Hermida eran veteranos de la Legión del Caribe. Habían asistido a la desaparición de aquella fuerza formidable que se propusiera sanear de dictadores el continente, y juntaron sus frustraciones ante esa desaparición en la librería Canelo, cuyo dueño era amigo del coronel.

Por entonces no conformaban ni mucho menos la Logia del Caribe, sino una simple tertulia cuya primera, y tal vez única regla, prohibía hablar de campañas y escaramuzas vividas por ellos mismos. Evitaban así volver sobre

sus recuerdos, mientras que se ocupaban de empresas más gloriosas, conocidas a través de la lectura y el estudio.

Los cuatro habían leído y releído el tratado de las quince batallas decisivas del mundo compuesto por sir Edward Creasy, y las discusiones entabladas a propósito de dicha obra los obligaban a tener siempre a mano una enciclopedia.

Napoleón Bonaparte era tema recurrente entre ellos. En otra librería habanera, una de la calle Obispo, celebraba su tertulia un grupo de fanáticos bonapartistas. Ésos discutían, no sobre la pericia o impericia del emperador en los campos de batalla, sino acerca de las circunstancias de su destierro en Santa Elena. A los tertulianos de la calle Obispo los entretenía la presencia de arsénico en el cadáver del emperador, así como las memorias publicadas por sus médicos y carceleros. Las cuestiones de linaje y descendencia los hacían perderse hasta los Bonaparte de Baltimore. Ellos, en la librería Canelo, se interesaban únicamente en el Napoleón estudiado en los estados mayores y las academias militares.

Cierta tarde en la que discutían acerca del aburrimiento de las tropas francesas antes de la Batalla de los Tres Emperadores o, más exactamente, acerca de lo decisivo que resultaría para la historia tal aburrimiento, vino a unírseles Benigno Aranda, a quien hasta ese momento no conocían y que era el único de ellos que no poseía experiencia personal de la guerra, pese a dar muestras de enorme erudición en variadas materias.

Benigno Aranda, asiduo de la librería Canelo, tenía vistos ya a aquellos cuatro, pero los tomaba por fanáticos ocupados en el más que posible envenenamiento del emperador francés y chismes por ese estilo. Aranda creía que los cuatro veteranos de la Legión del Caribe formaban una tertulia no muy distinta a la tertulia napoleónica de la calle Obispo. Sin embargo, esa tarde, en busca de un libro en un estante contiguo, descubrió que las versiones contradictorias que entre ellos sostenían los hacía abrir diversos tomos de una enciclopedia. Y se aventuró a brindarles su opinión acerca del aburrimiento que cundiera antes de la batalla de Austerlitz, también llamada de los Tres Emperadores.

Benigno Aranda empezó a hablar y se extendió en tantas ramificaciones que, luego de escucharlo, los cuatro veteranos de la Legión del Caribe tuvieron la sensación de haber consultado durante una buena hora los volúmenes de la más útil y exacta enciclopedia.

Aranda los dejó pasmados al hacerles notar que Napoleón Bonaparte era tan grande, y tan grande su influjo en todo el mundo, que cuando se hablaba de la batalla de Waterloo se hablaba no de una victoria, sino de una derrota. ¿Y qué restaba para la gloria del victorioso señor Arthur Wellesley, duque de Wellington?

Nada. Y luego se oía afirmar que la historia la escribían los vencedores…

Abocados a un hombre que dejaba caer tan rotundos argumentos, los veteranos de la tertulia no pudieron hacer menos que presentarse. Notificaron a Benigno Aranda que eran militares en retiro de ejércitos extranjeros, prefirieron no mencionar en sus presentaciones a la Legión del Caribe.

Aranda se presentó como cliente de la librería. Como si lo de frecuentar una librería constituyera profesión u oficio.

Esa tarde el cuarteto de veteranos sospechó que, fuese quien fuese aquel sabelotodo, volvería a acercárseles en las próximas tertulias. Y no fue equivocado tal pronóstico, aunque les faltó prever que aquel encuentro cambiaría la naturaleza de sus reuniones y los catapultaría a la fundación de la Logia del Caribe.

Por su parte, Aranda avizoró que allí existían cuatro buenas voluntades al garete. No existía ya la que por años constituyera idea fija de esos militares extranjeros y, sin embargo, seguían convencidos de que era allí, en La Habana, donde les correspondía esperar hasta que la historia se recompusiera.

Benigno Aranda intuyó la importancia que en aquellas cuatro vidas tenía Cuba, por extranjeros que fuesen los cuatro. Y, ya más entrado en confianza, alcanzó a revelarles que la importancia de Cuba en sus vidas no atañía únicamente al presente, sino que se hundía en el pasado y se proyectaba hacia el futuro.

Cuba, les hizo ver, se encontraba en el pasado y en el futuro de cada uno de ellos.

En un pasado del cual no tenían memoria, no importaba cuánto recurrieran a sus recuerdos o consultaran enciclopedias y tratados. Y en un futuro tan futuro que ya no iban a encontrarse en él y, paradójicamente, también sería un tiempo suyo.

Hermida y sus camaradas Blázquez, Llorens y Téllez lo escucharon sin entender a la primera, aunque luego acabarían por comprenderlo.

Cada uno de ellos había contado alguna vez con un destino, y ahora difícilmente podrían retomar ese destino a la escala debida. Y, para reducir aún más sus posibilidades, la nación que los acogía como espacio de libertad, el refugio desde del cual creyeron que la libertad se desparramaría hacia los países necesitados del continente, padecía una dictadura. Sentían, por tanto, que la marcha de la historia se torcía, se equivocaba y que, dentro de esa historia equivocada, ellos vivían sus vidas equivocadamente.

Tertulia tras tertulia, en largas y enredadas conversaciones, consiguieron deshacer buena parte de esos equívocos. Los cuatro sintieron, gracias a la guía de Benigno Aranda, que otra vez existía destino para ellos.

No un destino nuevo, sino el mismo de siempre, alcanzable por otros medios. Pues si, como postulaba el mayor general Karl von Clausewitz, la guerra era la continuación de la política por otros medios, existía un modo más alto de continuar, ya no la guerra que ellos hicieran durante años, sino hasta la misma política.

Para arribar a tales convicciones, aquél que se les presentara como cliente de la librería Canelo debió revelarse como el ocultista que era. A su vez, los veteranos de la Legión del Caribe debieron comprender que compartían causa con aquel nuevo amigo, ocultista y erudito.

Los cuatro conspiradores reunidos al fondo de una librería de La Habana representaban la búsqueda incesante de la libertad, y Aranda alcanzó a reconocer en aquel cuarteto la fidelidad a una idea y, asimismo, la recaída de esa idea en ellos, lo muy perdidos que se encontraban.

También él se sentía un poco perdido. También él era fiel a una idea y caviló que los cinco, aquellos cuatro militares retirados y él, perseguían lo mismo. Sin que importara qué nombres distintos le otorgaban, la búsqueda de la libertad era la búsqueda del cumplimiento del destino de Cuba, y el cumplimiento del destino de Cuba terminó por conducirlos a la Logia del Caribe.

Cuba se hallaba en el mismo punto donde estuviera emplazado el retiro del arcángel Zadkiel, allí donde brillaba la llama de la compasión y de la libertad. Llama de la compasión y la libertad que el maestro Saint Germain, sobre el que tantas veces volvería la Logia del Caribe, lograra salvar de la extinción total.

Fue en un mes de septiembre cuando Benigno Aranda reveló estas implicaciones a los cuatro veteranos. Como cada septiembre, repletaban la

librería Canelo los manuales de colegio. Los cinco conversaban emboscados entre lomas de manuales, y Aranda exigió a cada uno que se llevara a casa el libro de geografía compuesto por el doctor Leví Marrero, obra con la cual estudiaban la mayoría de los colegiales cubanos.

Claro que él no pretendía que sus cuatro amigos, adultos suficientemente formados, se dedicaran a aprender de memoria el nombre de los ríos de la isla de Cuba, de oeste a este o de este a oeste. No, ésa no era la cuestión.

Del manual de geografía de Leví Marrero no tendrían que leer ellos ni siquiera una página. Bastaba con que observaran la primera ilustración que aparecía en el libro.

Que observaran fija, muy fijamente, la ilustración que respondía al título de «El mundo alrededor de Cuba».

Desafortunadamente, recibían al amigo Norman Lewis en época navideña y no quedaba en la Canelo un solo ejemplar de aquel manual, por lo que iban a verse obligados a describirle con palabras la ilustración.

Pues bien, en la figura de la que le hablaban podía verse el mundo entero alrededor de Cuba. La isla de Cuba ocupaba el centro de la circunferencia terráquea, y una frase al pie de la ilustración rezaba: «Cuba es el centro de gravedad de las Américas».

Las cinco voces de la Logia del Caribe corearon esa frase para el visitante Lewis.

El efecto que aquella imagen tuvo sobre ellos resultó decisivo. Determinante, resultó. La visión fija y continua de la isla de Cuba como centro del mundo terminó por convencerlos de que todas las otras tierras del planeta emanaban de ella. De tanto observar la imagen, arribaron a la certidumbre de que el mundo tenía forma de globo ocular y, en ese globo ocular, la pupila del mundo era Cuba.

A lo que vinieron a sumarse ciertos atisbos del Templo de la Llama Violeta, del cual el conde Saint Germain salvara la llama de la compasión y de la libertad. Pues el Templo de la Llama Violeta era localizable, si es que podía hablarse de localización en el plano etérico, precisamente encima de la isla de Cuba.

¿Era conocedor, el doctor Leví Marrero, autor del manual de geografía, de las connotaciones de la imagen que dispusiera al comienzo de su libro? Benigno Aranda no podría afirmarlo ni negarlo.

Por otra parte, resultaba arriesgado calibrar el efecto que una imagen

como esa tendría en los escolares, quienes tropezarían con ella nada más abrir el libro. Pero que no fuera a pensarse el amigo Lewis que él, Benigno Aranda, pretendía transmutar un simple manual escolar en un tratado esotérico.

No, no estaba tan loco.

O quizás estaba más loco que eso, pues se atrevía a calificar de inexorable su encuentro con los cuatro veteranos de la búsqueda de la libertad, y también el hecho de que, necesitando hacerles entender tan grandes conceptos, la imagen de Cuba en el centro del mundo hiciera su aparición en los libros escolares que los rodeaban aquel mes de septiembre.

Ahora bien, ¿qué hacer con todo aquello?

Benigno Aranda dirigió a Lewis la pregunta que en algún momento debieron hacerse los cinco integrantes de la Logia del Caribe. Cuba podría ser perfectamente el centro del mundo, podría haber ocurrido allí un drama antiquísimo de la historia de liberación del mundo, y podrían existir sobre la isla, en el plano etérico, instituciones de conocimiento perdurable y eterno. Todo eso estaba muy bien cuando se tenía la suficiente fuerza de voluntad para aceptarlo, pero la verdadera misión por delante, la tarea pendiente, consistía en hacer de tantas fuerzas prometedoras un nudo.

Un nudo, sí.

¿Y cómo hacer tal nudo? ¿Cómo lograr que Cuba cumpliera su destino y, que el centro irradiante que estaba llamada a ser, contribuyera al cumplimiento de los destinos de otras tierras, comenzando por las más próximas a ella?

Cuba, reconoció Benigno Aranda, debía constituirse en un gran nudo. Un gran nudo de fuerzas visibles y fuerzas invisibles.

Necesitaban operar dentro de lo invisible. Necesitaban intervenir en el pasado y el futuro, y en eso consistía la misión de la Logia del Caribe fundada y constituida por ellos.

«¿Ha conocido usted a Julio Lobo?».

La pregunta, hecha tan de improviso, hizo creer a Lewis que se había perdido un trozo del largo monólogo de Aranda. De otro modo no se explicaba el salto que iba de las operaciones en lo invisible al encuentro suyo con un magnate azucarero.

En cualquier caso, contestó que sí, que lo había conocido.

«¿Y qué le pareció el señor Lobo?».

Un tipo afable, eso le había parecido a Lewis.

«¿Sabe usted que Lobo es el propietario de una de las más grandes colecciones napoleónicas del mundo?».

Lewis no había escuchado acerca de eso. Lástima no haberlo sabido antes de visitar sus oficinas.

«¿En ningún momento de su conversación con él se refirió a su colección?».

No. Habían conversado de azúcar y de economía. Habían conversado de la situación política del país.

«¿Nada de Napoleón?».

De Napoleón, nada. Hablaron de Fidel Castro.

«Le pareció afable entonces».

Cuando Lewis aseguró que muy afable, los cinco integrantes de la Logia del Caribe se miraron unos a otros, complacidos de escuchar tal cosa.

El coronel Hermida creyó oportuno entonces explicarle a Lewis que, si preguntaban tan insistentemente, era porque ellos necesitarían de la ayuda de Lobo.

La Logia del Caribe necesitaba de Julio Lobo. A tal efecto, habían solicitado de él una entrevista.

«Pero no vaya a creer que se trata de una petición de dinero».

«No, no vaya a pensar eso».

«Se trata de…».

«Unos pelos».

Lewis miró uno a uno a los integrantes de la Logia del Caribe en busca de explicación para lo que acababa de escuchar.

Aranda precisó entonces que, dentro de su gran colección napoleónica, la mayor existente fuera de Francia, el señor Julio Lobo guardaba un mechón de pelos de Napoleón Bonaparte y, al respecto, la Logia del Caribe le haría al señor Julio Lobo una petición.

Aunque acerca de ese punto sería preferible no extenderse ahora, y mucho menos en un lugar público.

Y ante un recién conocido como él, supuso Lewis.

El coronel Hermida quiso que conociera al propietario de la librería, amigo suyo. Presentó a Lewis como un célebre novelista inglés, y el librero pidió a Lewis de favor que deletreara su apellido.

Ah, por desgracia, no contaban allí con libros suyos.

Lewis dijo no merecerlo, pues ninguno estaba traducido al español.

Ya lo estarán, vaticinó el librero, y le aseguró que él no olvidaría la tarde en que el célebre autor de esos libros le hizo el honor de visitar su librería.

4

La Nochebuena de ese año transcurrió tranquila en La Habana. Contrario a lo que se esperaba, no se escucharon explosiones. En la morgue de la ciudad, el número de cadáveres con señales de tortura se mantuvo aproximadamente igual al de semanas antes. No dieron entrada a policía o militar ajusticiado y, tal vez a causa del reinante espíritu navideño, no constaron fallecidos por manipulación de armas propias.

Vic y Leque celebraron sus respectivas cenas familiares y después se juntaron para recorrer bares y clubes y terminar la noche en Las Fritas de Marianao, una hilera de locales de mala muerte abiertos en la avenida que llevaba a los repartos más exclusivos de la ciudad.

Del otro lado de la avenida, brillaban las luces del Coney Island Park.

Un Coney Island en La Habana del mismo modo que en La Habana existían Capri, Riviera, Copacabana...

Y muy pronto Montecarlo, se dijeron.

Esperaron afuera, junto a los carros de fritas. Plantados a la orilla de los locales de fiesta, los carros llevaban nombres como La Sabrosa, La Parada del Chofer o La Primera Renovada.

La existencia de esos carros daba nombre al sitio. Poco importaba que la gente fuera allí a bailar, emparejarse y terminar sus borracheras, el sitio se conocía como Las Fritas de Marianao. Como si, por sobre todas las cosas, la clientela fuera allí en busca de un pan con fritura.

Rumba Palace, Panchín, Pompilio, El Niche, Pennsylvania, La Taberna de Pedro y La Choricera eran locales sin puertas. Tenían por entrada un hueco que permitía desembarcar en ellos dando traspiés, arracimado o arrastrado por otros.

Porque a las Fritas de Marianao iban a dar los casos más extremos.

Eran locales de piso de cemento y techos de zinc. Detrás, ocultos por unos árboles frondosos, podían encontrarse posadas y prostíbulos.

Vic y Leque no esperaron mucho más y se metieron en La Choricera.

Cuando salieran de allí no recordarían dónde habían dejado el carro. Venían a Las Fritas de Marianao a alcanzar ese estado de conciencia.

El Chori, la estrella del local, tocaba percusión en botellas, sartenes y planchas. Sacaba música de cualquier tareco que le pusieran delante.

Los que bailaban habían dejado atrás, en los sitios por los que pasaran, los lucimientos con que deslumbrar a la pareja. Dentro de La Choricera, al compás del Chori y sus músicos, las parejas se bamboleaban como boxeadores rendidos.

Vic y Leque se gritaban al oído para hacerse entender. Leque gritó a Vic su idea de sacar una edición de *Fenomenal* en inglés.

Andaba dándole vueltas a esa idea desde que Vic le contara aquello del Montecarlo de La Habana.

Leque le gritó que La Habana era una galaxia en expansión.

Los dos socios y amigos chocaron sus vasos.

Sacarían unas páginas en inglés en el número de febrero y, para marzo, la edición íntegra en inglés.

Vic protestó a gritos por aquel plazo. Nada de unas páginas en febrero, a edición completa ya en febrero.

Delante se les plantó una rubia teñida.

Perla traía una amiga y se disculpaba por la tardanza.

Besó a Leque, les presentó a su amiga Dinah, y le advirtió a Dinah que tuviera mucho cuidado con Vic porque a Vic le gustaba hablar de cosas raras.

Cosas raras de qué, preguntó Dinah a gritos.

Nada que no salga de una canción, se defendió Vic.

¿Ella era Dinah como Dinah Shore? Él era Vic, como Vic Damone.

Dinah no tenía ni idea de quiénes eran esos Vic Damone y Dinah Shore, y Vic le aseguró que él le contaría. Le preguntó qué quería tomar y se la llevó a bailar junto al estrado de los músicos.

Leque y Perla se fueron a una de las posadas del fondo.

Vic no tardó en sacar en claro que Dinah no cogería por ese mismo caminito.

Bailaba rico, pero era mala bebedora. Se emborrachó enseguida, declaró que no necesitaba salir a coger fresco porque ella se sentía perfecta, estaba perfecta, y le suplicó a Vic que no pararan de bailar. Porque ella se sentía bien, bien, muy bien.

Cuando Leque y Perla regresaron de lo suyo, los músicos habían terminado su trabajo. Algunos de ellos conversaban con Vic, quien cargaba sobre el hombro izquierdo a una Dinah completamente dormida.

Leque salió a buscar una máquina de alquiler donde meter a las dos mujeres. Paró una, Dinah se tiró a lo largo del asiento trasero y hubo que obligarla a sentarse para que le dejara espacio libre a su amiga Perla.

Cuando arrancó la máquina, Leque se tiró encima del hombro de Vic como una nueva Dinah.

«¿Qué tal?».

«Encantado de la vida».

A esa hora quedaban dos carros de fritas y La Primera Renovada tenía un pan con bistec buenísimo. Hacía frío, el frío de un diciembre sin norte poco antes del amanecer y los dos devoraron sus fritas, pegados al calor que salía del carro.

El fritero les preguntó si deseaban algo más. Porque si no pedían más por esas bocas, La Primera Renovada cerraba en ese mismo instante.

No, nada más. Le celebraron al de La Primera Renovada su pan con bistec y le desearon una feliz Navidad.

Empezaba a amanecer. Parados al borde de la avenida, Vic y Leque miraron embobecidos cómo los primeros rayos de sol daban en el armatoste de la montaña rusa del Coney Island.

Por inercia de la borrachera o por el bien que las fritas hacían en sus estómagos, se quedaron mirando cómo refulgía lo más alto de la montaña rusa.

«En Montecarlo, Doc, yo te estoy hablando del Montecarlo de Europa, ¿tú crees que haya una Habana como aquí va a haber un Montecarlo de La Habana?».

¿Qué trabalenguas era ése? Leque no tenía idea, pero, puesto a imaginar lo lejano y desconocido, preguntó a Vic si él se acordaba de dónde habían dejado el carro.

«Se va el año, Doc».

«A ver si lo encontramos antes de que se vaya».

«¿Encontrar qué?».

«El carro. Te estoy diciendo que no sé dónde lo dejé».

5

Phillips despidió el año 1958 sentada a la misma mesa que los Matthews. El coronel Barron, gerente general del Havana Riviera, los invitó a cenar en el Copa Room, junto a un puñado de compatriotas de vacaciones en La Habana.

En su juventud, Charles Barron había sido elemento fundamental del contrabando de licor en la ciudad de Chicago. El tratamiento de coronel le venía de su empeño de combatir contra las fuerzas de Hitler a pesar de las negativas de enrolamiento que tuvo que enfrentar. Barron terminó alistándose en Canadá bajo nombre falso y, aunque ninguna acción de guerra le hubiese deparado el rango de coronel, era coronel para los amigos, que celebraban su empecinamiento en combatir por un mundo libre.

Para ser un 31 de diciembre, en La Habana no se sentía la animación de otros fines de año. La mayoría de los clubes había suspendido sus fiestas. En toda la ciudad los festejos se reducían a cenas con orquesta en los grandes hoteles y a reuniones hogareñas.

Phillips fumó un último cigarro antes de vestirse. Se aseguró de que Sarita permaneciera en Grand Central Station, a la escucha del radio, porque las fuerzas rebeldes combatían contra el ejército a sólo trescientos kilómetros al este de La Habana. Poco en claro habían sacado de los partes que emitían los rebeldes y, hasta donde sabían, el presidente Batista celebraba su fin de año en el campamento militar de Columbia.

A diferencia de Herb, Nancie Matthews le parecía encantadora a Phillips.

Phillips tenía la impresión de que a Nancie le gustaban los sombreros tanto como a ella los tocados de flores. Se encasquetó el que llevaría esa noche, se miró por última vez en el espejo, subió a su Chrysler y atravesó avenidas sin tráfico hasta llegar al Havana Riviera.

Un par de policías fue cuanto alcanzó a ver en todo el camino. En el Copa Room del Riviera, la mitad de las mesas se encontraban vacías.

El coronel Barron le comentó lo feliz que le hacía tenerla como invitada en

la suya.

Ted Scott le cuchicheó que allí habían recibido doscientas cancelaciones de última hora.

Las calles vacías, los clubes sin celebración, la cena del Copa Room con cancelaciones de última hora… La gente, al parecer, sentía miedo. La gente contaba con que algo estaba por ocurrir. Y, en cualquier caso, los comandos rebeldes a sólo trescientos kilómetros de allí…

La orquesta del Copa Room intentaba forzar el ambiente festivo, hacer olvidar las mesas vacías. El menú consistía en sopa de tortuga, filete mignon y, de postre, baked Alaska.

En la mesa del coronel Barron la cena trascurría con la dosis exacta de alegría como para no desear levantarse y huir.

Sirvieron el champán. Dejaron sobre la mesa los sombreros y pitos del cotillón.

Unos minutos antes de la medianoche, un invitado del coronel Barron refirió algo curioso divisado por él antes de venir a la cena.

Se trataba de un hijo de Jake Arvey, el jefe demócrata de Chicago de quien Barron recibiera protección durante su transformación de contrabandista a empresario formal. Arvey hijo, Erwin o Howard o un nombre parecido que Phillips no alcanzó a retener, estaba quedándose junto a Columbia y desde su habitación podía ver la pista aérea del campamento. Y Erwin o Howard o parecido nombre se vestía para la cena de fin de año cuando vio entrar en la pista aérea de Columbia una fila de vehículos militares.

Nada raro habría en la presencia de un convoy en la pista aérea. Sin embargo, lo que llamó la atención del joven Arvey fue que ese convoy avanzara cargado, no de gente uniformada, sino de mujeres, niños y bultos de equipaje.

Phillips y Ted se miraron nada más escucharlo.

Matthews los miró a los dos desde el otro extremo de la mesa.

La orquesta atacó en ese momento la fanfarria de Año Nuevo y ellos tuvieron que comunicarse por encima de la música y del espectáculo de quienes se abrazaban. ¡Estaban perdiendo tiempo allí, mientras caía el gobierno!

Se desembarazaron como pudieron del coronel Barron, sorprendido por la noticia de que ellos decidieran marcharse tan pronto.

Ted fue delante, hecho un bólido. Dejaría a los Matthews en el hotel y se

uniría luego a Phillips.

Phillips trató de ir pegada al DeSoto de Ted.

Así empezaron 1959, volando los dos por el Malecón en pos de una noticia gorda.

R. Hart Phillips subió a zancadas la escalera de Grand Central Station, no encontró a nadie allí, y empezó a hacer llamadas.

El número de Sarita daba ocupado.

Llamó a la embajada sin conseguir que le respondieran.

Intentó dar con algún sabueso en las redacciones de periódicos, pero era una noche sin guardia en los teléfonos.

Con nada en firme, creyendo que podría tratarse de una falsa alarma, avisó a Ted que no viniera porque ella se iba a casa.

Atravesó a esa hora una ciudad todavía más vacía. Sintonizó en el radio un par de emisoras por comprobar si seguían con la programación festiva.

Nada más acercarse a la puerta de su casa, escuchó que adentro sonaba el teléfono.

No le dio tiempo de descolgarlo, aunque inmediatamente volvió a sonar y era Sarita.

Era ella quien llamaba antes, sí. De los combates en Santa Clara, nada conclusivo, pero en Columbia estaban ocurriendo extraños movimientos.

Extraños movimientos en el mismo campamento donde el presidente celebraba su fiesta de fin de año.

Phillips pidió a Sarita que insistiera con la embajada americana. Abrió la puerta de la calle y escuchó el sonido de las fiestas cercanas. Del campamento militar de Columbia, a pocas calles de allí, el viento no traía sonido alguno.

Entonces escuchó despegar el primer avión.

Se abrió la puerta de una de las casas a la izquierda de la suya y alguien sacó a pasear un perro enorme.

De no ser invierno, aunque fuese el suave invierno de La Habana, Phillips se compadecía de la suerte del San Bernardo aquel, al que sus dueños sacaban del aire acondicionado para sus paseos.

Le gustaba salir aunque hiciera calor, aseguraban los dueños del perro, bautizado Bernardo sin demasiado esfuerzo de imaginación.

Bernardo y su amo se perdieron en la oscuridad.

De Columbia llegó el sonido de un segundo avión que despegaba.

Phillips miró al cielo. Dos aviones resultaban demasiados para una hora en la que nunca despegaban aviones.

El timbre del teléfono sonó, corrió a levantarlo y del otro lado de la línea le hablaba Ernestina Otero, reportera en Columbia.

Ernestina hablaba tan nerviosamente y en medio de tal ruido, que a Phillips le fue difícil entenderla.

Se fue Batista, le escuchó, y en ese mismo momento se interrumpió la llamada.

Phillips oyó el ruido de un tercer avión.

Paul Bethel, de la embajada, le confirmó que el presidente Batista y familia, en compañía de altos oficiales y funcionarios de su gabinete, acababan de abandonar La Habana en tres DC-4.

Ted Scott llamó con la noticia. Aconsejó a Phillips que saliera de inmediato, antes de que las calles se pusieran intransitables.

Phillips se puso ropa cómoda. En Grand Central Station contaba siempre con arreglos previsores. Una cama de campaña, ropa suya suficiente, café.

Tendría que mandar a comprar cigarros. Adoptarían las medidas que se adoptan ante el paso de un huracán.

El Chrysler Saratoga de Phillips atravesó el vacío que antecede al huracán. La gente que conocía ya la noticia y todavía desconfiaba de salir a celebrarla pronto se volcaría a las calles. Veintitantos años antes, ella había sido testigo del final de la dictadura de Machado.

Ahora ocurriría lo mismo.

O quizás peor.

Horas después, desatada la barahúnda, R. Hart Phillips se encontraba atrincherada en su oficina.

Los habaneros la emprendían a mandarriazos contra los parquímetros. En Prado, a una cuadra de Grand Central Station, echaban abajo la vidriera de una oficina de viajes y destruían el interior. Entraban en tromba en el Hotel Sevilla-Biltmore.

Del Parque Central llegaba ruido de tiroteo. Disparos de fusil primero, luego ráfagas de metralleta.

Raúl llegó con noticias frescas. La balacera que escuchaban era en el Hotel Plaza. Asaltaban las tiendas de la calle San Rafael. En Marianao y en Miramar estaban cazando batistianos.

El embajador Smith hizo un llamamiento a los ciudadanos

estadounidenses para que se mantuvieran en sus hoteles y casas, y no diesen lugar a constituirse en víctimas de la violencia desatada.

Recibieron en Grand Central Station la noticia de que los tres DC-4 de Batista y compañía tuvieron que cambiar de rumbo hacia República Dominicana, en vista de que Estados Unidos les negaba la entrada.

Un recién constituido gobierno provisional esperaba en el Palacio Presidencial a que alguien del Tribunal Supremo se acercara a tomarles juramento. Así lo exigía la Constitución, aunque no parecía existir miembro alguno del Tribunal Supremo disponible, escondidos o huyendo como ahora estarían todos.

Los comunistas ocuparon una oficina perteneciente a algún colaborador de Batista, cerca del Parque Central. De una de las ventanas de esa oficina hicieron colgar una banderola para poner en conocimiento de todos los cubanos libres que allí estaban ellos.

Cuando Herbert L. Matthews y su esposa Nancie bajaron de su habitación, las mesas de juego del Sevilla-Biltmore ardían en medio de la calle Trocadero.

Se les acercó otro huésped del hotel y, con acento británico, preguntó si tenía el gusto de dirigirse a Herbert L. Matthews.

«Norman Lewis», se presentó. Dijo admirar el trabajo de Matthews y quedaron en conversar en una ocasión más reposada.

Herbert L. Matthews no dio con Ted Scott en el hotel, telefoneó a Grand Central Station y recibió de Phillips la advertencia de que no se aventurara a llegar hasta allí porque por los alrededores seguían escuchándose disparos.

Phillips no tuvo que aclararle a Matthews que la historia del día sería tarea de ella.

A él le correspondería preparar artículos para publicar más adelante.

Herbert L. Matthews calculó que después de la huida de Batista no quedaba allí noticia suficiente para él. Le dejaría a Phillips el enredo sin frutos del gobierno provisional. Con esas mesas de juego que ardían en la calle, ella creería estar cubriendo la más candente actualidad, cuando la más candente actualidad andaba lejos de allí.

La más candente actualidad, la verdadera historia, se habría puesto en marcha ya, pero tardaría en alcanzar La Habana. La verdadera noticia era el héroe que él había sabido reconocer, el héroe de su entrevista en las montañas. Y tal como le había correspondido a él anunciar al mundo que

Fidel Castro continuaba con vida y sostenía su guerra contra un ejército armado por Estados Unidos, ahora sería el primero en obtener de Fidel Castro los detalles de sus planes.

No le resultó difícil obtener un avión. Los representantes de las fuerzas rebeldes conocían el nombre de Matthews, lo saludaron como si le debieran buena parte de lo que estaba sucediendo.

Herbert L. Matthews se disponía ya a alzar el vuelo hacia Fidel Castro cuando comenzaron a aparecer los contratiempos.

Un desperfecto detectado en el avión, y fue preciso esperar por los mecánicos.

Él exigió un segundo avión, pero no contaban con más aviones. Y debió soportar la lentitud con la que trabajaban los mecánicos luego de una noche de parranda.

Perdió, de esa manera, un tiempo precioso. Cuando finalmente aterrizó en Holguín, a Matthews lo saludó la noticia de que Jules Dubois, del *Chicago Tribune*, se había alzado con la primera entrevista al victorioso Castro.

Dubois había volado desde Miami en un Piper Apache alquilado por el *Chicago Tribune*. Nada más aterrizar en Holguín, había sido conducido a un instituto tecnológico en la única zona con electricidad, en las afueras de la ciudad.

Fidel Castro se encontraba reunido en aquel instituto con sus comandantes. Dubois debió esperar en una de las aulas. Cuando fue recibido, preguntó al joven líder si sentía resentimientos contra los Estados Unidos.

Castro le contestó que en esa hora de victoria no valía la pena detenerse en resentimientos.

A Dubois le sonó sincera la respuesta.

Inequívocamente sincera, publicó en el *Chicago Tribune*.

Horas más tarde, Herbert L. Matthews era por fin conducido al mismo instituto tecnológico, en las afueras de Holguín. Debió esperar en la misma aula donde esperara Dubois y, decidido a superar tanta contrariedad, quiso convencerse de que, pasara lo que pasara, ningún otro periodista conocía a Fidel Castro como lo conocía él.

Dubois llegaba primero, Herbert L. Matthews le seguía los pasos, pero ninguno de los dos, sino otro enviado periodístico, había sido testigo del momento en que Castro recibió la noticia de que Batista huía y, en

consecuencia, el camino a La Habana quedaba libre para él y su gente.

No se trataba de un periodista exactamente, aunque el grupo Hearst le hubiese dado la encomienda de entrevistar a Castro.

En cuanto a su nacionalidad, era estadounidense por nacionalización. Había encarnado en el cine a los héroes más justicieros, se proponía contar en una película el heroísmo de los rebeldes cubanos y, contrario a cuanto Matthews creyera de sí mismo, nadie conocía mejor a Fidel Castro que él.

Así lo había manifestado en cada una de las casas de putas por las que pasó en Manzanillo, antes de subir a las montañas.

Porque en el verdadero instante de la victoria, cuando Fidel Castro fue consciente de que podía ponerse en marcha hacia La Habana, quien estaba al lado suyo era nada más y nada menos que Errol Flynn, el Robin Hood y capitán Blood de las películas.

6

Teddy Lansky dijo adiós al año 1958 en el Copa Room. Bailó toda la noche con el abogado del Havana Riviera, Eduardo Suárez Rivas, y el coronel Barron se mantuvo al tanto de ella.

Desde hacía una década resultaba la esposa perfecta. No hacía reproches a los negocios de su marido, su temperamento no la inclinaba a discutir con él, nunca hacía preguntas. Había conocido a Meyer gracias a una amiga común. Teddy andaba entonces en trámites de divorcio, Meyer ya estaba divorciado. Ella no deseaba una relación seria, pasaba sus vacaciones en Florida y sintió que un romance de vacaciones no le vendría mal.

Cuatro meses más tarde estaban casados. Meyer tenía clase, conocía muchos restaurantes exquisitos. Teddy adoraba verlo ordenar platos de los que hasta entonces no tenía ni idea. Los dos tenían hijos de matrimonios anteriores, y el hijo de ella supo aprovechar el renombre de su padrastro. Por su parte, los tres hijos de Meyer no supieron durante un buen tiempo que su padre había vuelto a casarse.

Cuando se enteraron, ninguno de ellos tuvo buenas relaciones con Teddy.

Su verdadero nombre era *Thelma*, que le resultaba odioso y cambió por el de *Teddy*, que era el de uno de sus primeros amores, si no el primero. Cinco años más joven que Meyer, medía unos centímetros menos que él, lo cual constituía una ventaja cuando el marido era bajo de estatura y de carácter autoritario. Neoyorquina, pelirroja y de ojos verdes, quienes la desdeñaban por su conversación y apariencia de manicura podrían andar errados en sus prejuicios, pero no en la adjudicación de esos prejuicios. Porque, en efecto, Teddy Lansky se había ganado la vida como manicura.

Amaba los trajes de brillo, el color rojo para sus vestidos de fiesta y, fuese cual fuese la calidad de lo que compraba, tenía que tratarse de un artículo en rebaja. A esa exigencia siguió ateniéndose pese a su casamiento, sin importarle la riqueza del marido, lo cual constituyó una razón más para el odio de la hija de Meyer, a quien ella le regalaba gangas horribles

encontradas a su paso por las tiendas.

No era éste, sin embargo, un mal rasgo para la compatibilidad matrimonial, pues Meyer prefería no hacer alardes de fortuna.

Meyer tenía bastante ya con construir y operar casinos. Dedicaba a sus casinos y hoteles el relumbrón necesario, mientras que reservaba lo agrisado para su vida personal.

Había pedido al abogado Suárez Rivas que se ocupara de Teddy en la fiesta de fin de año. Pretextó ante ella un negocio imposible de postergar, y Teddy contó a los invitados de su mesa que Meyer se hallaba recluido en la suite del vigésimo piso, a la espera de que se le aplacara el dolor de úlcera.

Esa última tarde del año, Meyer Lansky asistió a una reunión en casa de Joe Stassi.

Joe Stassi era originario del Lower East Side, de familia siciliana. Su primera visión de La Habana, treinta años antes, incluía prostitutas jóvenes y hermosas en las esquinas, bares en cada cuadra, un club con una veintena de mujeres, todas apetecibles y a la espera de que alguien las eligiera para dar su espectáculo en vivo.

Joe resultó ser, noche tras noche, ese alguien. Y a esa primera impresión de La Habana vendría a sobreponerse luego otra donde las hermosas prostitutas eran sustituidas por grandes fajos de billetes. Pues, ya fuera en mujeres o en oportunidades de negocios, La Habana no dejaba de irradiar para él.

Lansky lo conocía desde los tiempos del contrabando de licor en New Jersey, cuando Joe estaba muy lejos de ser el mediador diplomático que ahora era. El Joe Stassi de New Jersey mataba a la orden. Los jefes no tenían más que señalarle a la víctima, que él se ocupaba enseguida. Un día recibió la orden de liquidar a su mejor amigo y fue capaz de despacharlo en su propio auto, sentado a su lado, de un tiro en la cabeza. Joe Stassi había participado en la eliminación de Dutch Schultz, en el Palace Chop House, aunque su nombre no apareciera entre los publicados en los periódicos.

Con el tiempo, se había inclinado por la vertiente empresarial del negocio, había pasado de pistolero a planear operaciones en las que intervenían otros pistoleros. En La Habana oficiaba de mediador, una ocupación que podría entenderse como la vertiente sapiencial del trabajo que hacían. Joe mediaba entre las diversas facciones de la ciudad, así como entre las facciones de La Habana y Estados Unidos. Labor que se le daba de maravilla pues, tal como

en su juventud había gozado de facilidad de gatillo, ahora poseía el don de ganarse la confianza de todos.

Su casa en La Habana se alzaba a la orilla del río Almendares, estratégicamente ocultada por la vegetación, con un parqueo en forma de medialuna donde los reunidos, por muchos que fuesen, podrían dejar sus autos.

Joe Stassi convocaba una vez por semana, en la galería o en la biblioteca de su casa, a los jefes de casinos de La Habana y a otros negociantes. Reunidos allí en esa última tarde del año, Lansky y los demás trataron de negocios.

Cualquier otra clase de empresarios habría gastado tiempo en felicitarse por el espléndido balance del año, pero ellos no miraban más que hacia el futuro. Seguían con vida, seguían amasando dinero y eso era lo único que importaba.

Dieron por terminada su reunión a las ocho y media de la noche, y cada uno partió a celebrar en su hotel o casino.

Lansky y Jaime fueron en busca de las mujeres. Despedirían el año con la amante de Lansky y la novia de Jaime, quienes se conocían de otras veces. En una de las esquinas del Parque Central, el Hotel Plaza tenía la ventaja de no convocar a gente conocida. Contaba con un casino recién inaugurado, que operaban Joe Stassi y su hijo, pero no habría periodistas abejorreando por allí. Lansky elegía un hotel a la medida del ambiente más bien apagado que iba a imponer en su mesa.

La fiesta vino a animarse, y no precisamente para bien, cuando apareció por allí Charles White.

Eran ya las primeras horas del nuevo año. Jaime y su novia bailaban. Lansky y Charles White se habían visto horas antes en casa de Joe Stassi, así que Jaime supo que cualquier asunto que trajera por allí a Charles White sería un problema gordo.

White habló a Lansky al oído, salieron los dos, y Jaime cortó el baile y volvió con su novia a la mesa, a hacerle compañía a la amante del jefe.

Charles White era el alias habanero de Charles *The Blade* Tourine, en el registro civil Charles Delmonico. A quienes conocían su biografía no se les ocurría preguntar el porqué del sobrenombre de *cuchilla* que le daban. Antiguo propietario de un club nocturno en New Jersey, había trasladado sus negocios a Miami y en La Habana aparecía como propietario principal

del Hotel Capri.

Lansky y él eligieron el soportal del Plaza para hablar. Divisaban desde allí el Parque Central, todavía en calma, que dentro de unas horas se transformaría en zona de guerra.

Terminaron de parlamentar, White se montó en su carro y Lansky fue en busca de Jaime.

Se ha ido, fue todo lo que le dijo, y Jaime supo que el jefe hablaba de Batista.

Dejaron a las mujeres en sus casas, volvieron al Plaza, y descartaron el Chevrolet Impala para salir de allí. Tomaron uno de los carros disponibles del hotel.

Antes de irse, Lansky le indicó al gerente del casino del Plaza que juntara todo el dinero, incluso el de la caja fuerte, separara dólares de pesos y, sin pérdida de tiempo, llevara todo a casa de Joe Stassi.

Las multitudes se lanzarían al ataque, le advirtió, y era preferible cerrar ya.

Contaban con dos, quizás tres horas de ventaja. Tratarían de salvar lo más posible, de modo que el jefe no puso reparo a que Jaime pisara a fondo el acelerador.

Meyer Lansky se vio con Santo Trafficante en un reservado del Sans Souci.

Trafficante no estaba al tanto de la situación. De jefe a jefe, Lansky le hizo las mismas recomendaciones que al gerente del casino del Plaza y quedaron en verse luego en casa de Joe.

Pasaron por el casino del Hotel Nacional, que regía Jake Lansky, hermano de Meyer, y de allí se fueron al Havana Riviera.

Nadie podría afirmar que Meyer Lansky no se había comportado como el colega más leal, dispuesto a velar por los intereses de los demás, tanto o más que por los suyos.

Teddy dormía y la despertó. Meyer deseaba que el amanecer la encontrara en el aeropuerto, dispuesta a salir en el primer avión.

Para él no esperaba peligro, pero deseaba asegurarse de que su esposa no corriera ninguno. Jaime la llevaría a Rancho Boyeros y esperaría hasta que su avión alzara vuelo.

En las horas siguientes, Meyer Lansky adoptó las debidas previsiones. Llegaron noticias de la destrucción de los casinos de Sans Souci y del Plaza, no cerrados a tiempo como él recomendara.

En la calle Neptuno, en el mismo soportal donde Charles White y él

parlamentaran, el tiroteo duraba horas ya. Los balcones del primer piso del Plaza habían sido acribillados. Las mesas del casino ardían en plena calle.

Habían incendiado buena parte del Sans Souci y las noticias llegadas del Sevilla-Biltmore resultaban peores, pues a los destrozos había que añadir la huida de su propietario, Amleto Battisti, acogido a asilo en una embajada.

Y, aun cuando Charles White hubiera ido a darle aviso a él, tampoco en el Hotel Capri habían obedecido sus instrucciones. De no ser por George Raft, se habría cebado allí la destrucción.

Raft, actor de Hollywood especializado en papeles de *gangster*, servía de relaciones públicas en el casino del Capri. Su carrera cinematográfica se hallaba en horas bajas o concluida ya, pero no podía negarse que era un brillante animador de fiestas, y fueron ésas sus credenciales para recalar en La Habana. Cuando, en lo que parecía una escena de sus películas, fueron ametralladas las botellas del bar del casino del Capri, George Raft tuvo la suficiente sangre fría para encaramarse a una mesa, interpelar a los atacantes armados y, en nombre de la revolución triunfante, llamar a la paz.

Se portó como un consumado actor y su actuación surtió efecto inmediato. Los que hacían fuego contra las botellas igual que en las películas, reconocieron de esas películas su cara. El discurso de Raft, hecho más de gestos que de palabras, evitó que la multitud arrasara.

Lansky escuchó esas noticias y no descartó que también en el Havana Riviera recibirían visitas parecidas. Pensó que lo más recomendable sería levantar una barricada a la entrada del casino, defender con barreras las mesas y las paredes de oro. Pero, de cara a los huéspedes, resultaba preferible no hacerlo, amén de que enviaría al populacho un mensaje de nerviosismo.

Esperó en su hotel por el asalto y el asalto no se produjo. Transcurrido un día entero de incertidumbres, fue a reunirse con los demás en casa de Joe Stassi.

Guardaespaldas y asistentes se presentaron más armados que de costumbre. Jaime portaba una pistola calibre 45.

Pese a lo fresco de la temperatura, Joe Stassi sudaba copiosamente. No se calmaría hasta que cada cual cargara con su parte. Joe rogaba para sus adentros que no ocurrieran roces y quedaran todos conformes, pues lo último que necesitaban en ese momento eran peleas.

Los reunidos en la biblioteca de Joe Stassi llenaron las maletas con fajos de billetes de mil dólares.

Meyer Lansky cebó su maletín con toda parsimonia.

Charles White parecía estar robando un banco con temor de no encontrar afuera el auto de escapada.

Se contaron las últimas noticias. La de Amleto Battisti, asilado en la embajada de Uruguay y dejando su hotel al garete.

Lansky apuntó que Amleto Battisti no había construido el Sevilla-Biltmore, que lo había comprado. De ahí que se fuera a la primera.

Santo Trafficante mencionó la reconstrucción que tendría que enfrentar en la parte incendiada del Sans Souci. Reconoció ante todos que, de haber seguido las instrucciones de Meyer, su local ahora estaría intacto.

Bromearon con subirle a George Raft la participación en los negocios. Medio en broma y medio en serio, dijeron sentirse obligados a pagarle a Raft mejor que lo que nunca le hubieran pagado los estudios de Hollywood. Pues su actuación en el casino del Capri fue, sin dudas, la mejor de toda su carrera cinematográfica.

Charles White, propietario principal del Capri, no contestó a las bromas. Se comportaba tan extrañamente que Lansky le preguntó de qué tenía miedo.

White se tomó a mal que Lansky le hiciera tal pregunta. Él no tenía miedo de nada.

Charles *The Blade* White no iba a anunciarlo allí, pero se largaba. Llenaba la maleta en casa de Joe Stassi, recogía otras dos, y dejaba atrás La Habana.

De todos ellos, Meyer Lansky era el único que no había sufrido percances en sus negocios. Había levantado el hotel más moderno de la ciudad, estaba por construir en La Habana proyectos más grandes y no se arredraría.

Quitando Las Vegas, Lansky no conocía otro lugar en el mundo a donde trasplantar sus negocios. Y unos pocos días que pasara en aquella ciudad del desierto le habían hecho detestarla. Las Vegas no tenía oleaje que escuchar.

Convertiría a La Habana en un sitio más importante que Las Vegas. Perdido un aliado tan valioso como el presidente Batista, se disponía a aguardar por el desenvolvimiento de los asuntos en Cuba.

Le tocó tranquilizar a varios socios suyos en largas conferencias telefónicas.

No tenían por qué venir precisamente ahora, les dijo. Y él no tenía por qué dejar La Habana. Todo volvería a la normalidad en unos días.

Va a ser un año espléndido, prometió.

Felicidades.

Muchas felicidades.

Con reforzadas medidas de seguridad, ordenó abrir el casino del Havana Riviera. Encerrado en su suite, se dedicó a leer a William Shakespeare.

Shakespeare era un autor idóneo para momentos de vicisitud como ésos.

Estaba leyéndose a Shakespeare con la ayuda del diccionario, cuando vinieron a avisarle de que en el vestíbulo del hotel habían descargado un camión de cerdos.

Lansky preguntó por qué en el vestíbulo y no en las cocinas, pero la pregunta estaba equivocada. Ya que no se trataba de puercos sacrificados para las cocinas de las que, en los registros oficiales, él aparecía como jefe, sino de puercos vivos, sucios animales que corrían emporcando el vestíbulo y sobresaltando a los huéspedes.

¿Qué era aquello? ¿Un atentado?

¿Una broma de mal gusto?

¿Un mensaje en clave?

Tuvieron que capturar, puerco a puerco, a toda la manada. Él dio órdenes de que visitaran en secreto la habitación de cada huésped que hubiera hecho fotos y velaran las películas.

No dejarían que unas imágenes así salieran de su hotel.

Se sumó como un empleado más a las labores de limpieza y entre todos dejaron otra vez impecable el vestíbulo del Havana Riviera.

Continuó con sus lecturas de Shakespeare y sus consultas al diccionario. Prometió a Teddy que en un par de semanas podría regresar a La Habana.

Bebía Pernod con agua.

Escuchaba, abajo, las olas.

No tenía más remedio que esperar. Según las noticias, la columna victoriosa de Castro venía en camino hacia La Habana.

7

El timbre del teléfono resucitó a Vic, que le lanzó una brazada fallida. Sonó un timbrazo más, Vic volvió a fallar y, cuando logró pegarle el oído, oyó la voz de Ted Scott que se excusaba por la hora en que llamaba, pero en estos días resultaba difícil encontrar a los amigos en sus casas y por eso telefoneaba tan temprano.

En la esfera del reloj despertador faltaban diez minutos para las siete.

Ted necesitaba de su ayuda. ¿Podría estar a las nueve en Colón?

Vic le preguntó si barrio o cementerio. Porque en La Habana el cementerio y el barrio de prostitución compartían ese nombre.

«Cementerio. No celebrarán velorio, dado el estado del cuerpo».

Vic se sentó en la cama y preguntó quién era el del cuerpo en mal estado.

«Armando Jesi Antigüedades».

«¿Armando?».

«Lo encontraron muerto. Esta mañana no puedo moverme de la oficina y…».

«Espera, Ted, espera, ¿qué fue lo que pasó?».

«Que necesito que vayas al funeral y te fijes en todo el que aparezca por allí. Cualquiera que parezca raro, cualquier detalle que te salte a la vista».

«No, no me has respondido. ¿Qué le pasó a Armando?».

«Un instante, no me cuelgues».

Vic lo oyó dar órdenes a alguien.

«Ted Scott por aquí. Encontraron su cadáver con señales de tortura, hecho un guiñapo. No me cuelgues».

Vic intentó ponerse en pie, pero siguió sentado.

«Ted Scott por aquí. Vic, sin más detalles por ahora».

«¿Lo encontraron dónde? ¿En el New York?».

Escuchó, del otro lado, la risa de Ted.

«Así que anduviste investigándolo».

«Quise saber quién era».

«Ya veo».

Armando Jesi había dejado de pernoctar en su casa y cada noche iba a dormir al Hotel New York. Vic desconocía la razón, tal vez Ted la conociera.

«Encontraron su cadáver en su casa».

Vic echó una ojeada al reloj. El entierro era en dos horas.

«¿Y qué dice la policía?».

«¿Cuál policía?».

La de Batista andaba deshaciéndose como podía de sus uniformes. La improvisada por los rebeldes se ocupaba solamente de garantizar la paz hasta que arribara el grueso de la tropa.

«¿Y quiénes esperas que aparezcan por el entierro?».

«Ya me lo dirás tú, Vic. Te debo una».

Ted colgó.

«Que se quede el infinito sin estrellas y que pierda el ancho mar su inmensidad».

El chorro de orine no cayó del todo adentro. Vic arrancó papel del rollo, secó los bordes de la taza. Se duchó, sacó la corbata negra reservada para los velorios y salió a la calle en busca del primer café con leche.

Esa mañana le resultó difícil encontrar café o bar que no se hubiera acogido a la huelga contra el gobierno provisional. En un cafetucho en el que no se había sentado nunca le sirvieron un café con leche, disculpándose por la falta de pan.

La huelga general. No contaban con pan por la huelga.

Un guiñapo, no dejaba de repetirse.

No echó de menos pan ni mantequilla, sino su crucigrama diario. Resolver un crucigrama lo ayudaba a enderezar el día, por poco que hubiese dormido o mal que le fuera en la suerte. El crucigrama le afinaba el entendimiento, eso creía. Pero la prensa seguía sin circular y éste sería un día más sin crucigrama.

Entraron dos rebeldes con sus armas, ordenaron desayuno y, viendo que no les ponían pan y mantequilla, cuestionaron que el café se mantuviera abierto cuando existía una huelga general convocada por el ejército rebelde.

¿Acaso no respetaban la revolución allí?

¿O estaban de parte de la jugarreta de los del gobierno provisional para que en Cuba siguiera mandando la misma pandilla de ladrones y criminales de siempre?

El dependiente se deshizo en explicaciones.

Vic dejó a medias su café con leche y se largó de allí.

En el primer teléfono que encontró discó el número de Leque. Dio timbre sin que nadie lo atendiera y llamó a continuación a Maggie. Necesitaba hablar con Leque, quería que Leque lo acompañara a un entierro.

«¿Quién murió?».

«No murió, lo mataron».

Maggie no tenía noticias del paradero de Leque, pero eso no importaba ahora. Lo importante era que Vic le contara los detalles macabros.

Él prometió llamarla luego. Discó el número del club Bikini.

Debía de ser temprano para la piscina porque del otro lado nadie levantó el teléfono.

«Cualquiera de estas tardes», leyó en la tarjeta del club que Armando le dejara.

Esa letra era ahora la letra de un muerto.

No encontró apuntadores en las esquinas habituales y llegó a preguntarse si también los apuntadores estarían haciendo huelga.

Las máquinas de alquiler no circulaban. Por suerte el día era fresco y permitía ir andando al cementerio sin llegar hecho una sopa.

«Persistiré, aunque el mundo me quite la razón, aunque me aguarde una gran desilusión».

Asintió a la frase que acababa de pronunciar, divisó a lo lejos un apuntador y se apresuró a interceptarlo.

Le comentó al apuntador que esa mañana no se veía a nadie. Le preguntó si, a pesar de la huelga, seguirían cantándose los números de la suerte.

«¿Y cómo iba a faltar una canción como ésa en un momento como éste?».

«En un momento como éste…».

Lo que necesitaban en un momento como éste era que los rebeldes acabaran de llegar y se decidiera de una vez la situación.

Apostó al 68. Cementerio, riña, cuchillo. Y, dado lo que sabría después, el cuchillo resultó premonitorio.

Cruzó por delante de ellos un camión lleno de gente que cantaba a todo pulmón y agitaba banderas.

«Esto va a ponerse pero que muy bueno».

El apuntador hacía su pronóstico.

«¿Más de lo que ya estaba?».

«Ah, mucho más».

Vendían flores frente al portón monumental del cementerio. Vic dudó si comprar un ramo y terminó descartando la idea. Averiguó en la oficina de la entrada las coordenadas del entierro.

Diez minutos andando, le informaron.

Allí adentro dejaban de escucharse los ruidos de la ciudad. Se oía únicamente el canto de los pájaros.

Las nubes en el cielo parecían más importantes que afuera. Tal vez porque al entrar a la ciudad de los muertos uno prefería mirar hacia lo alto.

Vic se puso a leer los nombres de las tumbas junto a las que pasaba. Los nombres, no las frases. Las frases en las tumbas eran mentiras casi siempre.

Nombres y fechas, a eso se reducía la única verdad de las tumbas.

Calculaba la edad a la que había llegado cada uno de esos muertos. Leía en voz alta nombre y apellido y hacía la cuenta de su edad al morir.

Uno de esos nombres hizo que se detuviera, sin sacar cuenta de su edad. Le pareció que se trataba de un nombre conocido, aunque de momento no recordó a nadie llamado así. Esperó un poco ante aquella tumba con la esperanza de que, de un momento a otro, pudiera llegarle de dónde le sonaba su nombre.

Iba a llegarle como respuesta a una pregunta, pensó. Igual a como le llegaba una palabra horizontal para su crucigrama. Y pensó que cada uno de los nombres inscriptos en piedra, hasta donde se perdía la vista, sería la respuesta a una pregunta determinada. Imaginó al cementerio de Colón como si fuera un gran crucigrama.

El tiempo debió írsele en esas cavilaciones porque cuando llegó a la tumba de Armando Jesi los sepultureros se marchaban ya.

Dos coronas de flores cubrían la tumba y él encontró allí solamente a dos personas.

El recepcionista del club Bikini. Y la mujer del otro lado de la piscina, a la que Armando le había exigido que saludara.

«Eddy», se acordó del nombre del recepcionista.

Los saludó a los dos y se disculpó por llegar tarde.

«La Mujer Rama», la había llamado Armando.

La Mujer Rama se contoneaba al borde de la piscina del Bikini con dos de los que se bañaban.

«Crazy Love», sonaba en el tocadiscos portátil al lado de su tumbona.

Nombre de la Mujer Rama, vertical, ¿cuántas letras?

Llevaba gafas de sol y una mantilla negra que le tapaba buena parte del vestido. Un vestido de fiesta, color verde botella.

El tal Eddy no cabía en su traje oscuro. Un traje prestado, seguramente.

Vic leyó en la tumba el nombre de Adela Ivanove.

La tumba no contaba con ninguna cruz. Tampoco con jardinera.

La Mujer Rama se inclinó a arreglar la disposición de las coronas de flores.

Una de ellas llevaba el nombre de Pepe. Vic no alcanzó a leer el nombre impreso en la dedicatoria de la otra.

Se excusó por tener que pedir detalles acerca del fallecimiento de Armando.

Antes que asesinato, prefirió llamarlo fallecimiento.

La Mujer Rama, fuera cual fuera su nombre, no reaccionó a su pedido.

Eddy le contó a Vic lo que sabía. En voz baja, como evitando que los detalles llegaran a la mujer de la mantilla que cubría el vestido verde botella.

Habían encontrado a Armando atado a una butaca, amordazado, con señales de tortura en la cara.

Eddy no supo responder quién lo había encontrado.

Vic preguntó en qué consistían las señales de tortura.

Eddy bajó todavía más la voz. A Armando le habían arrancado la piel de la cara.

Olivia. Vic recordó su nombre en el preciso instante en que ella se le aproximaba.

«Tú eres periodista».

Si lo de ella era una pregunta, Vic la negó.

Si era una afirmación, estaba equivocada.

«Yo tenía entendido que sí».

«¿Olivia, no es cierto?».

Ella asintió.

«Estuve una tarde en el Bikini para conocer a Armando. Me vi con él una segunda vez por un asunto».

«¿Un negocio?».

«Sí».

Olivia la Mujer Rama se mostró de acuerdo. Los negocios de Armando.

Volvió a toquetear las flores en la tumba, como si quisiera ordenar cada pétalo. Apartó una cinta y en la segunda de las coronas aparecía su nombre.

Él preguntó por Dagoberto.

Eddy arriesgó las costuras del traje al encogerse de hombros.

Dagoberto era el nombre del chofer, guardaespaldas y, a juzgar por cómo le ladeaba el jipijapa, empleado de arreglos florales de Armando Jesi.

No estaba allí. Tendría que estar allí. Vic preguntó cuál era el apellido de Dagoberto.

Olivia volvió a aproximársele.

«Mira, voy a pedirte un favor».

Él se mostró dispuesto a complacerla.

«Trata de que no vayan a publicar lo que publican siempre».

«¿Qué es lo que publican siempre?».

«Tú sabes de qué te hablo… Crimen pasional».

Él volvió a asegurarle que no trabajaba para ningún periódico.

«Está bien. Te lo habré dicho entonces para nada».

Tendrían que contar, además, con que en los próximos días no habría periódicos. Y cuando esos periódicos estuvieran otra vez en la calle, tendrían tanto que publicar que de este asesinato no imprimirían una línea.

Asesinato. No iba a seguir llamándolo fallecimiento, como si se tratara de una muerte natural.

Olivia puso su mano derecha encima de la losa, separó los dedos en un saludo a la piedra, alisó las cintas de las coronas, y se despidió.

«¿Te acompaño? ¿Te acompañamos?».

«Muchas gracias, prefiero andar un rato sola».

Vic la vio marcharse y lamentó que tuviera tan poco culo.

«¿Tienes idea de quién fue Adela Ivanove?».

«¿Adela Ivanove?».

Le señaló a Eddy el nombre en la tumba.

«Supongo que alguna parienta de Armando».

«¿Y Pepe quién es?».

Vic preguntaba por el nombre en la corona.

«Tú sí eres periodista».

«No, créeme que no».

«Dijiste que tenías negocios con Armando».

«Bueno, habría llegado a tenerlos. El amigo por quien lo conocí no pudo venir y me pidió que lo hiciera en su nombre. Él conocía a Armando mucho más que yo».

«¿Cliente del Bikini, ese amigo?».

«No, aunque puede que alguna vez se hayan visto allí Armando y él. Este amigo es alguien que conoce a mucha gente».

«Armando también conocía a mucha gente».

«Sí, también».

«Entonces ese amigo tuyo conocerá a Pepe Fernández Rada, el dueño del Bikini».

«Ah, el dueño del Bikini».

«Ajá».

«¿No pudo venir Pepe?».

«Anda de viaje por Europa».

«¿Y sabes cuándo regresará? Porque me gustaría hablar con él».

«¿Pero tú eres policía?».

Vic se echó a reír.

«Ni muerto».

Caminaron rumbo a la salida.

Él comentó que el Bikini perdía un gran cliente.

«Así es».

«¿Hace cuánto que trabajas allí, Eddy?».

«En febrero hará cuatro años».

«¿Te gusta el trabajo que haces?».

«Me gusta el Bikini».

Vic asintió.

«Quedamos en que no conoces el apellido de Dagoberto».

«No».

Bien, sería entonces Dagoberto a secas.

«¿Tú crees que Dagoberto haya podido…?».

«Mira, yo no creo ni sé nada».

«Eddy, yo no soy periodista y, mucho menos, policía. Si acaso lo parezco es porque quiero averiguar qué le pasó a Armando».

«Discúlpame, pero yo solamente vine cumpliendo órdenes».

«¿Órdenes de Pepe?».

«Sí».

«Pepe Fernández Rada».

«Ajá».

«Además de Olivia y tú, ¿vino alguien más al entierro?».

«Ella, tú y yo. ¿Viste acaso a alguien más?».

«Acuérdate de que yo llegué tarde».

«No, nadie más».

«Tres gatos. No parece haber tenido familia».

«Ni verdaderos amigos».

«Bueno, hay que considerar que éstos son días complicados. ¿Sabes, por casualidad, qué edad tenía?».

«¿Quién? ¿Armando?».

Eddy se echó a reír.

«Ésa es la pregunta del millón de pesos».

«Verdad que es la pregunta del millón de pesos. Gracias, Eddy. Espero visitar a Pepe Fernández Rada cuando él regrese de Europa».

«Serás bienvenido en el Bikini».

«Por cierto, la tarde en la que estuve allí, cuando fui a ver a Armando, había uno, un cliente del club, subido siempre al trampolín, que lo saludaba antes de tirarse al agua. ¿Sabes de quién te hablo?».

«Muchos clientes del Bikini saludaban a Armando».

«Sí, pero éste que te digo lo saludaba desde el trampolín. Un buen clavadista, tienes que saber quién es».

Vic sacó un billete y Eddy retrocedió unos pasos.

«No, no. Recuerda lo que Olivia te pidió».

«¿Qué fue lo que Olivia me pidió?».

«Nada de crimen pasional».

Eddy cuidaba la reputación del club que lo empleaba.

«Mira, yo vine en nombre de Pepe. No es que me pese haber venido, pero fue por trabajo. Como tú con tus preguntas».

«Gracias, Eddy. Hasta la próxima».

En la oficina del cementerio sí que le aceptaron el billete. De esa manera supo que el último enterramiento en la tumba de Adela Ivanove había ocurrido quince años antes y que el difunto inhumado entonces no respondía a ese nombre de mujer.

Supo que en todo el cementerio de Colón no existía otro sepultado o sepultada con el apellido Jesi, al menos por el momento. Y que, excepto él mismo, nadie había preguntado en aquella oficina por el entierro que acababa de efectuarse.

Cementerio, riña y cuchillo. A Armando Jesi le habían arrancado la piel de

la cara.

El número premiado del día fue el 54, no el 68.

El 54. Flores, cañón, gallina blanca.

Vic seguía de mala racha.

8

Julio Lobo, apodado el Rey del Azúcar, propietario de catorce centrales azucareros y de tierras suficientes como para fabricar la mitad del azúcar que Cuba vendía a Estados Unidos, disponía de oficinas en La Habana, New York, Londres, Madrid y Manila. Era propietario de un banco, una compañía de seguros y una de telecomunicaciones. Poseía acciones en diversas navieras. En las paredes de su residencia habanera colgaban obras del Greco, Turner, Vlaminck, Utrillo y otros maestros europeos. Era un apasionado de la historia europea y atesoraba la carta en que María Antonieta se despedía de sus hijos antes de ser guillotinada.

«Cuatro y media de la mañana —escribió la reina—, adiós, niños, adiós, ¡no más lágrimas que llorar!».

La mayor pasión de coleccionista de Lobo era, con distancia, Napoleón Bonaparte. Poseía la mayor colección napoleónica del mundo fuera de Francia. Cinco especialistas a tiempo completo se ocupaban de ella, ordenada según un sistema especial de catalogación que había sido comisionado al encargado de los museos reales de Bélgica.

La había iniciado a la edad de quince años, cuando su padre le vendió por treinta pesos un autógrafo del emperador.

De aquellos treinta pesos, el quinceañero Lobo poseía solamente la mitad y su padre le prestó el resto. Una transacción así debió conformar el carácter del joven y abrirle los ojos a cómo funcionaba el mundo de los negocios. Desde entonces préstamos e inversiones quedarían definitivamente relacionados para él con la gloria del emperador.

El Rey del Azúcar vivía entre objetos napoleónicos y, cuando sudaba, sudaba imperio. Eau de Cologne Impériale, de Guerlain, era su aroma favorito. Despachaba sus asuntos sobre la mesa de uno de los jefes de policía del emperador, probablemente el tenebroso Fouché, duque de Otranto. Miles de volúmenes con las iniciales J. L. en oro formaban su gran biblioteca napoleónica, y quienes lo visitaban eran convidados a sentarse en auténticos

muebles Imperio.

Con su colección habría podido proveer de uniformes y sables a todo un regimiento de la Gran Armada. Su primer nieto, una niña, fue bautizado en la misma pila bautismal en la que el emperador bautizara a su hijo, el rey de Roma.

Lobo atesoraba un orinal del emperador.

Sobre un cojín de terciopelo granate, en una vitrina especial de la biblioteca, descansaba su mascarilla funeraria.

Un estuche de cristal contenía una muela de Su Majestad Imperial y una preciosa cajita guardaba un mechón de cabellos de Napoleón Bonaparte.

Era a propósito de esta última reliquia que el coronel Noro Hermida había solicitado a Lobo una entrevista.

El gobierno provisional se había desmoronado. Fidel Castro había nombrado un presidente y continuaba al mando del ejército. Según ciertas alarmas, la amenaza del comunismo se cernía sobre Cuba. En medio de estos acontecimientos, el coronel Hermida tuvo temor de que el Rey del Azúcar abandonara la isla, tal como hacían muchos empresarios.

Afortunadamente, Lobo seguía despachando sus asuntos en sus oficinas de la calle San Ignacio, cerca del llamado Wall Street habanero, donde accedió a recibirlo.

Hermida atravesó un patio colonial. Cruzó junto a paredes cuyos frescos describían la fabricación del azúcar desde la siembra y el corte de caña hasta el embarque de los sacos.

El coronel no recordaba si era recomendación de alguien o lectura propia, pero tenía sabido que las corbatas amarillas resultaban idóneas para personarse en reuniones de negocios, y llevaba una corbata amarilla.

Julio Lobo vestía una guayabera y una corbata de lazo azul.

Habituado como estaba a reconocer heridas de guerra, el coronel notó enseguida que Lobo cojeaba.

Deberían ser secuelas del atentado o secuestro fallido revelado por la prensa años antes.

El señor Lobo lo saludó cordialmente.

«Coronel, antes que nada debo decirle que leí su carta un par de veces y ni así pude entender lo que escribe en ella acerca del destino de Cuba y la memoria del emperador».

Él había dudado de la cordura del autor de aquella carta. Sabía bien que el

emperador era la obsesión favorita de muchos perturbados del mundo. A siglo y medio casi de la batalla de Waterloo, el vestigio más extendido del Imperio era que todas las casas de locos del mundo contaban con un Napoleón.

El coronel Hermida agradeció que le dedicara un rato de su precioso tiempo.

«Intentaré ser breve, señor Lobo, aunque no sé si lo conseguiré. Intentaré ser más claro que en mi carta, pese a que lo que me trae ante usted es un asunto enrevesado de explicar, si no ya de entender».

«Le agradeceré brevedad, Hermida».

Al coronel le pareció una magnífica señal que el Rey del Azúcar, propietario de un mechón de cabellos de Napoleón Bonaparte, mencionara su apellido sin tener que leerlo de la carta.

«Si tiene usted en venta algún objeto napoleónico, dígamelo ya. Y lo mismo en caso de buscar contribución para alguna causa».

«No, no, por el contrario».

«¿Por el contrario?».

Por el contrario. ¿Pero cómo explicarlo de sopetón? Sería él, Julio Lobo, quien tendría que desprenderse de un objeto napoleónico.

Mejor dicho, de parte de un objeto.

El coronel Hermida tenía estudiado el arte de Quintiliano y Cicerón, y gracias a esos magnos oradores conocía lo imprescindible de captar la benevolencia de quien lo escuchara. Se dio, por tanto, a la tarea de repasar varios detalles biográficos de su interlocutor. Recordó cómo había llegado a Cuba el niño Julio Lobo, cómo la familia Lobo tuvo que huir de su natal Venezuela porque el dictador Castro, Cipriano Castro, sin relación familiar con Fidel Castro hasta donde él supiera, exigía a Lobo padre la entrega de los fondos de su banco.

También él, Noro Hermida, salvando las distancias, se había visto obligado a dejar atrás su patria, República Dominicana, por obra y desgracia de un dictador.

Él también, lo mismo que el señor Lobo, pudo encontrar en Cuba una patria de acogida.

«Y es de Cuba de lo que yo he venido a hablarle».

¿Se había puesto a pensar el señor Lobo por qué tan gran número de personas hallaba acogida en Cuba? ¿Por qué tantos luchadores por la

libertad —y, en ese punto, se permitía incluir a un defensor de su libertad personal, el señor Lobo padre— hallaban refugio en la isla, hasta hacer de Cuba su patria?

«Usted es venezolano de nacimiento, yo dominicano, pero ambos somos cubanos por elección. En estos últimos días usted ha demostrado su profundo patriotismo, señor Lobo. Se ha comportado usted como mejor cubano que muchos grandes empresarios nacidos aquí, que se han largado sin presentar batalla».

«Le agradezco sus palabras, Hermida, pero no se trata de presentar batalla, sino de seguir viviendo y trabajando en bien de la empresa propia y del país».

«Ah, perdóneme. No vaya a creer usted que he venido a hablarle de política. No, nada de eso. O, por lo menos, no de la política actual. Usted es un gran coleccionista de bienes históricos, y la historia para usted es mucho más que estos acontecimientos que hoy vivimos. Yo he venido a hablarle de una historia anterior, señor Lobo. De una historia que antecede incluso al emperador Bonaparte».

«Dígame usted de una vez qué es lo que quiere y en qué puedo ayudarlo».

«¿Qué quiero? ¿En qué puede usted ayudarme? Bien, no hablo solamente en mi nombre».

«Eso me suponía».

«Señor Lobo, me encuentro aquí, hablando con usted, en nombre de la Logia del Caribe».

«¿Una logia masónica?».

«Una logia dedicada al estudio de los textos sapienciales, de los textos de la sabiduría eterna. La Logia del Caribe tiene por misión conseguir que Cuba, esta patria suya y mía de elección, cumpla finalmente su destino».

«¿Y cuál es ese destino de Cuba, coronel? Porque me gustaría saberlo».

«Se trata del destino que espera a Cuba desde siempre, señor Lobo. El que irradiará desde aquí hacia todo el continente, hacia nuestros respectivos países natales y hacia el mundo entero. El destino de Cuba según fue predicho por diversos iluminados, entre ellos el Conde de Saint Germain».

«¡El Conde de Saint Germain! Bien, dígame entonces qué pinto yo en todo esto».

«Usted posee un mechón de cabellos del emperador Bonaparte».

«En efecto. Y uno de sus molares. Y su mascarilla funeraria».

Lobo se extendió en inventarios, dada su pasión de coleccionista.

«Ando en busca de otros objetos personales del emperador que su médico Antommarchi trajo a Santiago de Cuba y que fueron dispersados después de que el doctor muriera».

«Caramba, en la Logia del Caribe no teníamos noticia del molar. Lo cual no cambia las cosas, pues de ningún modo le pediríamos que lo partiera».

«¿Partir qué?».

«En cambio, del mechón de cabellos, del mechón de cabellos del emperador, podría hacernos usted donación de unos pelos y continuar siendo propietario de un mechón de esa cabeza privilegiada. Escúcheme, señor Lobo, lo que la Logia del Caribe le pide son unos pelos del emperador. Unos pocos pelos».

El coronel Hermida dio un tirón a su corbata. No por creerla torcida o fuera de lugar, sino con tal de despertar el poder favorecedor del amarillo.

«Está usted loco, coronel».

«No, señor Lobo. Son fenómenos muy extraños éstos de los que he venido a hablarle, fenómenos que apenas sabría explicar ante usted».

«Lo escucho, Hermida, y sigo igual que cuando recibí su carta. Si lo que usted y su logia necesitan es un objeto napoleónico, podrán encontrar otros objetos por ahí. Fulgencio Batista tenía varios. Tenía un catalejo utilizado por el emperador en Santa Elena y dos pistolas de Austerlitz, y dudo mucho de que haya metido esos objetos en las maletas con las que se largó. Sé también que el hermano menor de Fidel Castro recibió como regalo de bodas un reloj del emperador. La novia es hija de una familia adinerada de Santiago, de manera que el reloj habrá salido de los bienes legados por el doctor Antommarchi. Un extraño regalo de bodas para quien no sea un coleccionista, ¿no le parece? Supongo que los novios lo habrán aceptado pensando en cuántos otros regalos les habrían venido mejor. Lo cual me da esperanzas de que pueda hacer entrar ese reloj a mi colección. Les haré una buena oferta por él, así que olvídese de ese reloj».

«Le agradezco estas noticias, señor Lobo, pero ninguno de esos objetos mencionados por usted podría servirnos. Un objeto, por cercano que haya estado a su propietario, no encierra la energía que encierra un resto corporal. Y para hacer de Cuba el imperio que está destinado a ser, un imperio de luz y justicia, y con el fin de propiciar y acelerar ese destino, la Logia del Caribe necesita un fragmento corporal que concentre la fuerza

que, entre todos los hombres, posee únicamente quien en su vida terrena haya sido emperador».

«¿Pero por qué Napoleón?».

«Ah, podría tratarse de cualquier otro emperador. Alejandro de Macedonia, por ejemplo. Sin embargo, no existe nada de Alejandro de Macedonia en esta isla. Ni creo que en ninguna otra tierra del planeta. No quedan restos de Alejandro Magno y los arqueólogos no saben siquiera dónde se halla su tumba. Señor Lobo, ¿cree usted que es casualidad que el doctor Antommarchi fuera a acabar sus días en Santiago de Cuba y se trajera consigo tanta memorabilia de su augusto paciente?».

Julio Lobo pareció pensárselo.

«Usted, la logia que representa usted, anda en busca de restos corporales de un emperador. Dígame con toda franqueza en qué se diferencia la operación que pretenden hacer con esos restos de los trabajos de brujería que una mujer celosa hace con uñas recortadas de su marido. En qué se diferenciaría esa operación de lo que vulgarmente llaman un *amarre*».

Hermida tuvo que sujetarse el nudo de la corbata.

«Bien, señor Lobo, debo reconocer que pueda creerse que no existen diferencias entre uno y otro modo de operar. Hablamos de energías y espíritus, y el modo de acceder a energías y espíritus es, forzosamente, el mismo. En continuación del legado de los más grandes maestros espirituales del mundo, la Logia del Caribe no tiene más remedio que operar de un modo que pudiera entenderse como semejante al de la mujer celosa de su ejemplo. Sin embargo, cabe una gran diferencia y esa gran diferencia…».

Se escucharon dos toques en la puerta, Lobo ordenó pasar y la secretaria pronunció el nombre de una compañía londinense.

Julio Lobo dijo que de inmediato se ocuparía.

«Hermida, le deseo mucha suerte a usted y a su logia, la Logia del Caribe, y créame que lamento no servirles de ayuda».

«En nombre de Cuba se lo pido, señor Lobo».

«¡Pero me está pidiendo usted que desmiembre una pieza que me costó trabajo y dinero adquirir, y que para mí tiene el valor de una reliquia!».

«Con tres o cuatro pelos tendríamos suficiente, señor Lobo. Ni siquiera usted, propietario de tan gran colección, los echaría de menos».

Aquella insinuación ofendió al coleccionista.

«¡Están contados, Hermida! Cada pelo de ese mechón del emperador, uno

a uno, pelo a pelo, consta inventariado en su correspondiente ficha».

El coronel Hermida comprendió que no tenía nada más que hacer allí. La misión que le encargara la Logia del Caribe debería ser abortada en ese mismo instante.

Agradeció al señor Julio Lobo la atención que le prestara, cruzó el patio colonial, y esta vez los frescos describieron el camino del azúcar desde el embarque de los sacos hasta los trozos de cañas con que iniciaban la siembra en los campos.

Cuatro

1

La noticia del triunfo de Fidel Castro fue acogida jubilosamente en Londres por Graham Greene, guionista, y Carol Reed, director de *Our Man in Havana*. Resultaba providencial para ambos, que podrían filmar en Cuba sin temor a los resquemores de la dictadura.

Reed, Greene, actores y técnicos volaron a La Habana en el mejor de los ánimos.

Filmar una película era el trabajo más aburrido del mundo, opinaba Noël Coward, dramaturgo de éxito en la escena londinense y autor de canciones populares. Pese a ello, había aceptado en la película de Reed el papel de un agente británico que viajaba a La Habana a reclutar a un compatriota.

El trabajo de agente secreto era algo que Coward conocía casi tanto como el de actor. Había servido en la inteligencia británica durante la guerra, y fue tal su desempeño que el rey propuso que lo nombraran caballero. Y habría sido nombrado caballero de no interponerse el primer ministro Winston Churchill, quien desaprobaba su modo de vida.

Una alusión nada velada a su sexualidad, entendió Coward, que continuó apreciando como amigos a su majestad, Jorge VI, y a sir Winston Churchill.

El agente Hawthorne, su papel en la película, era una parodia del perfecto caballero y espía británico. Sombrero y paraguas, pañuelo blanco en el bolsillo del traje de lana fría, zapatos de piel con cordones. Hawthorne andaba por las calles de La Habana Vieja como si se paseara por Londres, sin dedicar la más mínima atención a los nativos que se le aproximaban. Y allí por donde Hawthorne pasaba, surgía un trío de músicos callejeros que lo acosaba con este estribillo: «¿Dónde vas, Domitila, dónde vas?».

Su escena más importante, la del reclutamiento del protagonista en el baño de un bar, jugaba con el equívoco de un hombre acercándose a otro mientras orinaban. La filmarían en el Sloppy Joe's, y tanto el director como el guionista habían rogado a Coward que atrajera al rodaje a su querido amigo Ernest Hemingway. Que hiciera salir al viejo león de su cueva para

que las grandes revistas se pelearan por imágenes de Hemingway en una de las locaciones de la película.

Alec Guinness, flamante ganador de un Oscar por *El puente sobre el río Kwai*, resultaba ideal para una foto junto a Hemingway. Y valdría la pena una fotografía a toda página en la que coincidieran el Premio Nobel de Literatura residente en La Habana y el autor de la historia que venían a filmar.

Por su parte, a Graham Greene le correspondería atraer a Fidel Castro, otra figura de los grandes reportajes. Calculaban que no sería difícil, pues el líder cubano debería sentirse en deuda con Greene tras la cancelación de la venta de armas británicas a la depuesta dictadura.

Todo el equipo de *Our Man in Havana* se hospedó en el Capri, donde se hospedaban también dos centenares de soldados del ejército rebelde, que se paseaban con sus armas por pasillos y salones. Más un ejército de bastoneras estadounidenses llegadas para actuar en el carnaval de La Habana.

Soldados y bastoneras confraternizaban mediante gestos, y Coward preguntó a Greene si no se encontraban ya dentro de una película.

Noël Coward y Graham Greene fueron a echar una ojeada al casino, abierto después de varias semanas de cierre. Afortunadamente, las nuevas autoridades del país y los empresarios del juego habían llegado a buen entendimiento.

Coward quiso saber si eso que tenían delante pertenecía a la leyenda de La Habana. Porque, de ser así, se trataba de una leyenda tirando a triste.

Empeñado en defender el ambiente legendario del que dependían su novela y la película basada en la novela, Greene recurrió a sus recuerdos de La Habana de unos pocos meses antes. Convino en que, ciertamente, faltaba allí la energía vibrante de todo casino.

Aquellos jugadores del Capri parecían extras que hacían como que apostaban y hacían como que ganaban o perdían.

Poco convincentes como extras, a la escena le faltaba verosimilitud.

Buena parte de La Habana de su novela se había esfumado en muy pocas semanas, tuvo que reconocer Greene.

El Teatro Shanghái, del cual fuera tan asiduo, se encontraba clausurado. Preguntó por el paradero del Superman que actuaba allí y nadie supo brindarle noticias. De la pareja de lesbianas del Blue Moon no quedaba rastro. En las calles podían encontrarse pocos vendedores de lotería, y ellos

necesitarían vendedores de lotería en algunas escenas de la película.

Era una lástima que la charada china, a cuyos secretos él apenas había alcanzado a asomarse, estuviese llamada a desaparecer. Greene se preguntó si el espíritu de La Habana, tan vibrante, iba a ser barrido por el puritanismo del nuevo gobierno. Y se preguntó por la sobrevivencia de aquel gobierno de jóvenes llegado para cambiar la vida de todos tan radicalmente.

Escuchó quejarse a Merula Guinness, la esposa de Alec, de no ser atendida en la peluquería del hotel, donde los soldados rebeldes se hacían la permanente de sus melenas y pedían que les esponjaran las barbas. Peluqueras y asistentas no tenían manos y ojos más que para esos soldados, que ocupaban los sillones con sus armas encima de las piernas. Y la queja de Merula le permitió a Greene conjeturar que, con un ejército de hombres así, con jóvenes como esos jóvenes en el poder, difícilmente se impondría en Cuba una sociedad puritana.

Y, ya que se ocupaban de jóvenes y de peluquería, recibió la sorpresa de reencontrarse con el abogado aquel al que le teñían el pelo en un patio de Santiago de Cuba.

Lo había conocido entonces por su nombre de guerra, Jacinto Pérez. Ahora tenía la oportunidad de saludarlo por su nombre verdadero de Armando Hart y por su cargo de ministro de Educación del nuevo gobierno.

Hart y Greene se felicitaron por el reencuentro.

El joven Armando Hart había roto cuanto cerco encontrara en su camino, desde la sala de justicia donde pretendían condenarlo hasta la victoria final sobre la dictadura. Tal como acordaran, Greene había favorecido ante la opinión pública británica la causa revolucionaria cubana, y ahora filmaban en La Habana una historia suya.

El ministro Hart le deseó éxito, esperaba que le resultaran provechosos sus días de filmación.

Greene le pidió noticias de todos aquellos que conociera en su viaje a Santiago, especialmente de la joven que le sirvió de guía.

Nydia Sarabia se llamaba.

Gracias al triunfo de la revolución, ya podían revelarse los nombres verdaderos.

Nydia Sarabia se encontraba muy bien. Todos se encontraban muy bien. Habían logrado salir con vida de la lucha contra la dictadura y tenían por delante muchísimo trabajo.

Lo único a lamentar era que Fidel se encontrara de viaje por Estados Unidos y no fuera a coincidir con el señor Greene. ¡Tampoco esta vez!

Aunque existirían otras ocasiones. El joven ministro esperaba que Greene volviera a visitarlos. Tendría que volver periódicamente pues sólo seres como él sabrían calibrar los cambios que ocurrirían en el país.

Graham Greene, invitado perpetuo al asombro, hizo votos para que Washington respetara la voluntad de la pequeña nación que era Cuba.

El ministro celebró que fuera precisamente él quien trajera el primer equipo de filmación internacional a la sociedad que allí construían. Hart estaba seguro de que pronto desembarcarían más directores con sus equipos de filmación, pues el mundo entero ansiaba conocer cómo se vivía en la nueva Cuba.

Él balbuceó que, lamentablemente, la historia de su película versaba sobre una Cuba anterior.

Una salvedad a la que el joven ministro Hart pareció no prestar atención.

Pero quien sí mostró suspicacia por la Cuba que aparecería en *Our Man in Havana* fue la guía de Greene en Santiago. Nydia Sarabia, ahora que ya sabía su nombre.

Puesto que llegaba a La Habana gente de cine decidida a filmar una novela del conocido escritor británico, Nydia Sarabia publicó un artículo en el que contaba los pormenores del viaje que Greene y ella hicieran a Santiago en los momentos en que el pueblo de Cuba luchaba por liberarse del dictador Batista.

En su artículo, Nydia Sarabia revelaba los errores cometidos por Graham Greene, lo mal que iba él de incógnito pese a dedicarse a imaginar historias de espías. Aunque no dejaba de reconocer lo difícil que era hacer pasar de incógnito a alguien como Greene.

«Cuando él va por las calles de Londres, todos lo conocen», le tradujeron al novelista.

Una afirmación que él consideró divertida. ¿Cómo podría saber aquella joven si él era reconocido o no en las calles de Londres?

«Todos lo conocen —le tradujeron— debido a la morbosidad de la mayoría de sus obras».

¿Morbosidad? Noël Coward soltó una carcajada y habló de un estigma en el rostro católico de Graham.

La joven Nydia Sarabia, quien aún creía servirle de guía, cerraba su

artículo con esta advertencia: «Si Graham Greene ha escrito una novela basada en la revolución presente, debe cuidarse en lo que escribe. No se puede confundir la historia de los pueblos».

El artículo había sido publicado en el diario oficial del nuevo gobierno. Al día siguiente comenzaron los rodajes en exteriores. La escena sucedía en un rincón de la ciudad colonial y en ella intervenían extras con el uniforme del ejército de Batista.

Los habaneros curiosos, amontonados por ver qué hacía aquella gente de las cámaras, divisaron a los extras uniformados y reaccionaron de mala manera. Olvidaron distinguir entre realidad y ficción, presente y pasado. Debieron creer que Batista y su gente volvían, y dirigieron silbidos e insultos a los extras vestidos con el uniforme de la antigua policía.

Llegaron hasta a escupir a algunos extras. Los escupidos reaccionaron y, ante la que se armó allí, hubo que poner a cubierto cámaras, micrófonos y hasta las sillas plegables de los actores y el director.

Resultó necesaria la intervención de la verdadera policía para pacificar el campo de batalla, y en adelante la policía revolucionaria tuvo que encargarse de mantener a los curiosos lejos del rodaje.

Aquél no era un comienzo demasiado auspicioso para el trabajo que tenían por delante y, considerando cuanto había sucedido, Noël Coward recordó a Greene la advertencia de su guía entre los rebeldes.

«¿Ves como no puede confundirse la historia de los pueblos, Graham?».

2

Lo que escribía Graham Greene no estaba mal. Al menos, así fue por algún tiempo.

Luego Greene se convirtió en una puta con un crucifijo encima de la cama.

Una puta con un crucifijo encima de la cama, sí señor.

Greene pasaba un par de semanas en el Sevilla-Biltmore y con eso creía tener suficiente para escribir una novela que transcurría en La Habana. Y equivocaba las calles y transcribía mal los nombres. Y daba a publicar eso, no como novela, sino como *entertainment*.

Como si por tildar a ese libro de algo que no fuera novela sus lectores tuvieran que perdonarle las meteduras de pata.

Ya él, Ernest Hemingway, le había marcado un jab cuando el entrevistador de *The Paris Review* vino con la historia de que un escritor poseía un par de ideas solamente a lo largo de su carrera.

Él preguntó al entrevistador, a George Plimpton, quién sostenía aquello.

George Plimpton contestó que Greene y, muy bien, así serían las cosas para el señor Greene, no para él.

Graham Greene era una puta con un crucifijo encima de su cama y él no tenía ningún interés en conocerlo.

Ernest Hemingway se apareció en el Sloppy Joe's como un actor que fuera a hacer de Hemingway. Si se encontraba allí, quiso dejarlo claro, era por su viejo amigo Noël Coward, un tipo fino, ingenioso y elegante.

De ningún modo por Graham Greene.

El Sloppy se encontraba abarrotado. Alguien se le acercó y comentó que no se veía allí tanta gente desde los tiempos de la Ley Seca.

¿Pero qué coño sabría ese tipo del Sloppy y la Ley Seca si por entonces no estaba en La Habana y tal vez ni hubiera nacido?

No cabía un farsante más en el Sloppy Joe's.

Saludó cariñosamente a Noël y Noël le presentó a Alec Guinness, a quien

felicitó por su trabajo en *Un puente sobre el río Kwai*, que mucho había disfrutado.

Con Alec Guinness y con su viejo amigo Noël, se puso a recordar los trabajos que había dado el rodaje de su historia del viejo pescador y el gran pez. Para las escenas marinas habían tenido que viajar a Perú y, aun cuando pescar era una de sus mayores pasiones, el trabajo de hacer una película estuvo muy lejos de satisfacerlo.

«Es el más aburrido del mundo».

No podía estar más de acuerdo con Noël. Aunque, claro está, Guinness se ganaba con ello la vida, era un gran artista en lo suyo, y tendría una opinión muy distinta a la de ellos dos.

Les preguntó en qué hotel se hospedaban.

«Capri. Un aire acondicionado que congela, mal servicio, una comida intragable y un casino donde no cabe un adorno más».

De no conversar con Hemingway, Alec Guinness habría resumido esas opiniones de Coward con un simple calificativo. El Capri, un hotel que encontraba demasiado extravagante, era una americanada.

Coward y Hemingway se pusieron a recordar hoteles memorables de diversos rincones del mundo. Noël Coward mencionó el Cathay, el más lujoso al este de Suez, donde había escrito su obra *Private Lives*. Salió a colación el Ritz de París, y Hemingway contó la historia del baúl recuperado con escritos de juventud que estaban resultándole útiles para su nuevo libro.

«¡Un libro tuyo sobre París, Ernest! ¡Maravilloso!».

Coward vivía parte del año en su finca de Jamaica y sostuvieron un diálogo entre virreyes en el que cada uno alabó su isla. Hablaban, en el fondo, de la felicidad de no estar encerrados en la madre patria. Intercambiaron las noticias más frescas de Marlene que tenían, porque Marlene Dietrich era gran amiga de ambos.

Noël le pidió noticias de Errol. ¿Era cierto, tal como había escuchado, que se proponía hacer una película junto a Castro?

Coward solía tener como invitados en su casa de Jamaica a Patricia y Errol Flynn. Solía sumárseles otro propietario cercano, Ian Fleming. Flynn servía de árbitro en las discusiones sobre política que éste sostenía con Coward. «La Mafia Británica», así los habían bautizado en Jamaica.

Hemingway contestó a la pregunta de Coward con otra pregunta. Quiso saber si Errol no iba a venir, porque creía que iba a encontrarlo allí.

Jay Maillin vino a interrumpirlos con una petición.

Jay Maillin, de la revista *Time*, quería que Hemingway se diera la mano con Graham Greene e insistió en presentarlos.

Juntados por voluntad de Maillin, los dos novelistas aparentaron afabilidad para que los fotógrafos hicieran su trabajo. Hemingway no dejó, sin embargo, de indicar con su silencio la incomodidad que sentía al tener a Greene allí.

Poco importaba cuanto se empeñase el señor Greene, La Habana nunca iba a pertenecer a Greenelandia. Mientras él viviera en Finca Vigía, La Habana constituiría territorio hostil al señor Greene.

Greene hallaba ridículo el sentido de propiedad desarrollado por Hemingway. Tomarle tanto apego a un rincón era la peor manera de concluir los viajes y aventuras por el ancho mundo. Indudablemente, una señal de decadencia.

Que se quedara Hemingway con su Habana. Él llevaría a los lectores de su próxima novela hasta un leprosorio a orillas del río Congo.

Errol Flynn, a quien Hemingway y Coward esperaban, nunca apareció.

Si alguien, con conocimiento de primera mano o no, aseguraba que el bar parecía regresar a los tiempos de la Ley Seca, las luces de los fotógrafos sumadas a las de la filmación hacían recordar una redada policial en un local de alcoholes prohibidos.

En la columna de *The Havana Post* dedicada a la ocasión, Ted Scott publicó que, durante su encuentro en el Sloppy Joe's, Ernest Hemingway había dirigido un escaso hola al novelista británico Graham Greene.

Ted Scott remató su columna con el dato de que Greene no había sido invitado al cóctel que el Premio Nobel y su esposa ofrecieron en Finca Vigía al equipo de la película.

3

En la noche del 31 de diciembre de 1958, cuarenta y cinco minutos antes de medianoche, Armando Jesi salió del Hotel New York, donde rentaba una habitación desde hacía aproximadamente un año. Abandonó el hotel sin guardaespaldas ni acompañante, y debió dirigirse a su casa, en la que no solía pernoctar ya y donde acabaría sin vida esa madrugada.

De su hábito de pasar las noches en un hotel podría conjeturarse que, por alguna razón, no se sentía confiado haciéndolo en su propia casa.

De la elección de un hotel muy por debajo de su tren de vida, no sabían Ted y Vic qué deducir.

Dagoberto, el chofer y guardaespaldas que no lo acompañó esa noche y de quien hubieran podido obtener alguna explicación, continuaba desaparecido.

Olivia, amiga cercana de la víctima, había dispensado a Ted el mismo trato que a Vic durante el entierro de Jesi.

En el Hotel New York aseguraron que Armando Jesi no había recibido visitas durante el casi año que lo tuvieron de huésped y, curiosamente, no hacía llamadas. Quedaba descartado el simple robo como móvil de su asesinato puesto que el cadáver, descubierto en la biblioteca de la casa por una empleada doméstica, conservaba en la muñeca derecha un reloj de gran valor y a su lado yacía un maletín con una importante suma en dólares.

Ninguna cerradura de la casa mostraba señal de violencia. Sin embargo, la caja fuerte en un estante de la biblioteca había sido forzada.

Ted Scott había conseguido entrar en casa de la víctima y en su habitación de hotel. En el New York no descubrió indicio ninguno, aunque podría prestarse a sospechas que, viviendo allí por casi un año, la habitación pareciera la del huésped de una sola noche, apenas sin pertenencias. En cuanto a la casa, si bien el asesino pudo desentenderse del dinero y el reloj de la víctima, la Pickey & Patricroft estaba despanzurrada.

Eran buenas cajas fuertes las Pickey & Patricroft, avisó Ted.

Cajas fuertes de fabricación inglesa.

El asesino debió buscar en la Pickey & Patricroft de la biblioteca de casa de Jesi algo de mayor importancia que dinero y prendas. Pudo tratarse de un conocido de la víctima, alguien con quien la víctima tuviera algún negocio. Así se explicaría que, en la última noche del año, tan próximo a la medianoche, la víctima abandonara su refugio en el hotel para dirigirse a una casa en la cual, por alguna razón que ellos desconocían, evitaba pasar las noches.

La maleta llena de dólares junto al cuerpo amarrado, amordazado y con marcas de tortura, podría ser indicio de que la víctima había ido allí a recoger algunas pertenencias y, tal como muchos habían hecho esa madrugada, se proponía escapar.

¿Pero escapar de qué? A diferencia de los que huyeron esa madrugada, la víctima no contaba con nexos políticos que la pusieran en peligro inmediato. Escapaba, quizás, de quien terminaría torturándolo y dándole muerte.

Habría sido sorprendido en sus preparativos de huida y, descartados el robo y el crimen pasional, el único objeto de pasión en todo aquello debió encontrarse dentro de la Pickey & Patricroft.

Vic tendría que pedirle luego a Ted que le deletreara ese nombre.

«Revisé lo que quedaba en la caja fuerte y eran documentos de propiedades».

Vic preguntó qué clase de propiedades.

«Dos edificios de apartamentos en El Vedado. Un terreno en Jaimanitas. A nombre suyo todo».

El asesino no debió encontrar en la caja fuerte de Jesi lo que buscaba. De ahí su encarnizamiento.

En aquella cabeza no quedaba cara, le había dicho un conocido suyo de la morgue.

Para arrancarle la piel de la cara había sido utilizado algo más fino que una navaja o un cuchillo. Con toda probabilidad, un bisturí.

«Tiene gracia que, después de tantas operaciones como se hizo, terminara masacrado con un bisturí».

«Una gracia diabólica».

«Diabólica, sí».

Ted entregó a Vic un sobre.

Ahí estaban las fotos de Ava Gardner que había buscado, más los negativos. Armando Jesi Antigüedades las guardaba entre sus pocas pertenencias del Hotel New York.

Vic las miró y tuvo que reconocer que al difunto no le había faltado razón al hablar mal de ellas. Eran fotografías de mala calidad.

«Pero no lo mataron por esto».

«Por supuesto que no, Vic».

Vic le devolvió el sobre.

«No. Ahora son tuyas».

Ted Scott tenía que confesarle que cuando lo había puesto en contacto con Armando Jesi Antigüedades no lo hizo precisamente por la ayuda que Jesi pudiera brindarle en la caza de esas fotos.

La confesión no tomó a Vic por sorpresa.

«Ya andabas vigilándolo».

Ted asintió.

«Y estaba seguro de que en cuanto tú lo conocieras empezarías a hacerte preguntas sobre él. Harías tus averiguaciones y esas averiguaciones me serían útiles».

«Cruel es la pregunta que repite el corazón, cruel es la mentira que repito sin cesar».

Vic soltó el pedazo de canción, se recuperó, y decidió ocuparse de lo más pertinente.

«Cuéntame por qué estabas vigilándolo».

«Es una larga historia».

Bien, Ted podría empezarla allí mismo. El Paseo del Prado, sentados a la sombra de un laurel como los dos estaban, viendo pasar gente, era el mejor sitio para contar y escuchar una historia por larga que fuese.

Ted dudaba de por dónde empezar. Estaba, por un lado, el incendio de un laboratorio fílmico. Y por otro, una orgía.

«Mejor empieza por la orgía».

De acuerdo, la orgía. En la historia de esa orgía venían de vacaciones a La Habana dos senadores americanos, Smathers y Kennedy.

«El segundo de ellos es hijo de un viejo conocido mío».

Por el tono que utilizó, tenía que tratarse de un viejo enemigo de Ted.

«Los dos senadores se vieron aquí con Santo Trafficante, a quien Smathers conocía ya, y Santo Trafficante le propició al senador Kennedy una orgía

que, secretamente, filmó».

«Santo Trafficante».

Vic alzó el sobre con las malas fotos de Ava Gardner.

«Ese mismo».

«¿Dónde fue la cosa?».

«En el Comodoro. Coincidieron en el Hotel Comodoro el senador Kennedy y tres señoritas cubanas. El senador Kennedy es un político casado, algo no muy recomendable cuando vas a ser filmado secretamente y cuentas con una carrera prometedora».

Pues no cabía duda de que el senador Kennedy contaba con una hoja de servicios excelente.

«Condecorado con el Corazón Púrpura por una acción en el Pacífico. Una acción no tan heroica como podría creerse, sino de puro salvamento. No sé si entiendes la diferencia entre una cosa y otra».

Vic no entendía la diferencia, pero con una orgía y un incendio por delante no iban a detenerse en tal minucia.

«Un Premio Pulitzer por un libro que alguien debió escribirle, igual que le escriben sus discursos».

El senador Kennedy era, en resumen, Premio Pulitzer, Corazón Púrpura, joven, rico, apuesto, bien relacionado y con una gran fortuna paterna.

«Lo que se dice un tipo presidenciable».

«Y Santo Trafficante quiso agarrarlo por los huevos».

«Por ahí debieron agarrarlo las tres señoritas, y la película que documenta el episodio bien podría cerrarle al senador el camino a la presidencia. A él o cualquier otro candidato, por bien que le fuera. Con lo cual, esa peliculita podría servir para obtener del senador Kennedy los más grandes favores. Los más grandes, si estuviéramos hablando del senador Kennedy en la presidencia de los Estados Unidos».

Vic pegó un salto en la historia, lanzó su apuesta.

«Era esa película lo que buscaban en la caja fuerte de Armando Jesi».

Ted asintió.

El día menos pensado iba a toparse con el nombre del fabricante de esas cajas fuertes en un crucigrama, consideró Vic. Faltaba ahora saber cómo la película de la orgía del senador americano había podido pasar de Santo Trafficante al difunto Armando.

Entraba en ese punto de la historia el incendio de un laboratorio

cinematográfico en El Cerro.

«¿Laboratorio Sigma?».

Ted Scott tenía que admitir que Vic contaba con una memoria prodigiosa.

«Laboratorio Sigma, en efecto. Un incendio, ninguna pérdida humana, pérdidas materiales solamente. Un incendio provocado, en el que todas las sospechas recayeron sobre los propietarios, dos hermanos. Específicamente sobre el menor de esos hermanos, que andaba necesitado de cobrar el seguro».

«¿Vas a decirme que la película de la orgía del senador estaba en el Laboratorio Sigma en el momento del incendio?».

«Allí estaba, sí, y habría sido contabilizada dentro de las pérdidas materiales, de no ser material secreto. El Laboratorio Sigma revelaba esa película cuando se produjo el siniestro. Tenían en la puerta a un matón de Trafficante que se escurrió de los reportes policiales».

«¿No constó para la policía?».

«No constó».

«¿Y el tipo no salvó la película de su jefe?».

«¿Has visto alguna vez cómo arden las películas?».

Ted chasqueó los dedos para dar idea de instantaneidad.

«El incendio del laboratorio, no provocado por ninguno de sus propietarios, ni el menor ni el mayor de los hermanos, aunque indudablemente provocado, enmascaraba el robo de la película. Y aunque inicialmente no se produjeran pérdidas humanas, no faltaron pérdidas luego. El menor de los hermanos propietarios del laboratorio se suicidó una semana después».

«Lo suicidaron».

«Murió también un laboratorista. Alguno que otro periódico intentó armar una serie sobre la maldición del Laboratorio Sigma, pero aquello no fructificó».

Vic podría extenderse acerca de lo que habían publicado.

«La cuestión es que yo, que venía siguiéndole los pasos, no dudé en poner esos dos muertos en la cuenta de Armando Jesi Antigüedades».

«¿De Armando?».

«Incendio, robo y liquidación de testigos. Armando Jesi Antigüedades era un tipo capaz de incendiar, no un laboratorio cinematográfico, sino la manzana entera del laboratorio con todos y cada uno de sus habitantes

dentro. Conocía al cámara que había filmado la orgía en el Comodoro y, creo habértelo dicho cuando te hablé de él por primera vez, se interesaba especialmente en peces gordos venidos del norte».

Si el senador Kennedy cometía en La Habana un acto más o menos reprobable, caía de lleno en el espectro de intereses de Armando Jesi Antigüedades.

Vic preguntó a Ted si lo vigilaba por el asunto de la película o existía algo más.

Ted Scott no necesitaba más razón que esa película para vigilar a Armando Jesi. Y, puesto que Vic no alcanzaba a imaginarse a Ted sacando tajada de un político, quedaba únicamente la posibilidad de que deseara acabar con la carrera del senador Corazón Púrpura.

El propio Ted no tardó en confirmarlo.

«Tenemos que evitar que llegue a presidente».

Le había advertido a Vic que era una historia larga. Una historia que no se quedaría en una orgía secretamente filmada, el incendio provocado de un laboratorio cinematográfico, y el asesinato y tortura de quien pudo haber robado la filmación de la orgía. Era una historia que, en su inicio, conducía a Londres y a la última de las dos guerras mundiales.

«Conozco al viejo Kennedy desde antes de la guerra».

Pero antes de adentrarse en los hechos del padre del senador, tendría que proveerse de tabaco.

Lo sentía por Vic, pero aquella historia tendría que esperar. Él no tenía más que cruzar la calle, subir a su suite y volver con un par de H. Upmann 4.

En la espera, Vic echó una ojeada a las fotos de Ava Gardner.

Amleto Battisti se encontraba refugiado en la embajada uruguaya, quizás ya se había largado de Cuba. Santo Trafficante estaría ocupado en asuntos tan urgentes como salvar su empresa y su pellejo. Y Sinatra, Frank Sinatra no vendría a La Habana hasta tanto no construyeran el Hotel Montecarlo, si es que lo construían.

Aquellas fotos de Ava Gardner, de tan malas que eran, no le servirían ni a Leopoldo, quien había mudado su puesto de ventas después del cierre del Shanghái.

4

Ted volvió echando humo y le regaló un tabaco.

«Te decía que antes de la guerra conocí al viejo Kennedy, padre del senador que vino a La Habana y fue filmado aquí secretamente. Joe Kennedy era por entonces embajador de los Estados Unidos en Londres. Un puesto obtenido a cambio de sus contribuciones a la candidatura de Roosevelt».

Vic encendió su H. Upmann.

«Respecto a que Roosevelt le hubiera otorgado la embajada, ninguna objeción. Para eso existen las embajadas, para pagar deudas de presidentes. Lo que sí resultaba discutible era la admiración que el embajador Kennedy sentía por Adolf Hitler. Y el hecho de que no dudara de manifestar esa admiración públicamente».

«¿Y Roosevelt se lo permitió?».

«Roosevelt decidió que lo mejor era hacerse de la vista gorda, dadas las intenciones de postularse a la presidencia del embajador Kennedy. Porque, de postularse, Kennedy pondría en funcionamiento todos sus contactos y su fortuna personal. Por tanto, a Roosevelt le convenía mantenerlo lejos de casa. Lejos de la Casa Blanca. Si acaso deseaba salir reelecto, y Roosevelt lo deseaba con todas sus energías de inválido sobreponiéndose, habría que mantener a Joe Kennedy en su embajada de Londres».

Así era la política.

Así era. Buena mierda la política.

«En cuanto a Hitler, Joe Kennedy habría aceptado que Hitler se quedara con la mitad del planeta siempre que le dejara la otra mitad a Estados Unidos. Hasta ahí llegaban sus límites. El tipo hizo en Londres buenas migas con diplomáticos nazis y a través de esos diplomáticos cursó una petición de entrevista. Era tanta su admiración por el Führer, que deseaba conocerlo personalmente. Y cuando la Luftwaffe comenzó a bombardear Inglaterra y el pueblo de Inglaterra se volcó en la defensa de las islas, el embajador Kennedy sostuvo que no hacíamos más que defender un viejo imperio y lo

demás eran pretextos. ¿Soberanía, independencia, democracia? Para el embajador Kennedy, se trataba de hipócritas pretextos británicos».

«¿Llegó a encontrarse alguna vez con Hitler?».

Ted tardó en responder a esa pregunta como si necesitara hacer memoria. Aunque no era problema de memoria, sino de cólera.

«No. El tipo no alcanzó a darle la mano a su adorado Führer. Y llegó el día en que, pese a toda la oposición que desplegara el embajador Kennedy, los Estados Unidos entraron en la guerra. A Roosevelt se le hizo imposible sostener por más tiempo a su embajador, y ordenó su retiro. En cuanto al sueño presidencial del viejo Kennedy…».

Ted dedicó un momento a su tabaco antes de continuar.

«Cuenta ahora con ese hijo, senador presidenciable. Con tal de convertirlo en presidente de los Estados Unidos moverá sus contactos de viejo contrabandista de licor, de hombre de negocios en Hollywood. Utilizará su fortuna y, cuando ese hijo suyo llegue a la Casa Blanca, allí estará el viejo Joe Kennedy para cobrarse sus contribuciones lo mismo que se las cobró a Roosevelt. Con más razón esta vez, porque en la cuenta de sus contribuciones cabrían hasta los gastos universitarios del presidente».

Ted se quitó su reloj de la muñeca.

«Quiero que veas esto».

Mostró a Vic el reverso del reloj.

«¿Ves esta inscripción? Es una dedicatoria de Jorge VI por los servicios prestados. Esta inscripción y este reloj equivalen a una condecoración para quienes no podemos ser condecorados».

Vic leyó lo que estaba grabado en el reverso del reloj.

«Serví a Gran Bretaña en la guerra contra el Tercer Reich. Luché a las órdenes de sir William Stephenson. Y, aunque hace más de diez años que la guerra terminó, las guerras no terminan con la capitulación y el desfile de la victoria. Al menos, no para alguna gente. Gente como yo. Y como el viejo Kennedy».

Vic devolvió el reloj con la dedicatoria de un rey y le agradeció a Ted su gesto de confianza.

«Ese joven senador Kennedy, sea o no nazi como su padre, no puede llegar a la presidencia de los Estados Unidos de América».

Ted Scott se ajustó la manilla y puso el índice derecho sobre la esfera de su reloj.

«Tiene menos de un año para anunciar su candidatura».

El tiempo corría velozmente en Washington para el senador John F. Kennedy.

Corría velozmente también para Ted Scott, allí en La Habana.

«Me tropecé hace tres años con el viejo Kennedy en el hipódromo de Hialeah, Florida. Su guardaespaldas le daba conversación a la amiguita del viejo, mientras él hacía apuestas de dos dólares».

«¡Apuestas de dos dólares!».

«El guardaespaldas se encontraba muy entretenido en su conversación y tuve al viejo Kennedy muy, muy cerca».

Ted hizo silencio por la oportunidad perdida.

«Vic, te he contado esta larga historia porque necesito de tu ayuda. Necesitaré de tu ayuda, pero debo advertirte que el pago no va a estar a la altura de los riesgos».

La cuestión no residía en que el pago no compensara los riesgos, sacó en claro Vic, sino que, de tener éxito, de dar con aquella película, renunciarían a unos beneficios altísimos. Joderían al senador Kennedy cuando habrían podido aprovecharse del senador Kennedy electo como presidente.

Sería el despilfarro más grande de toda su vida.

Más que los dos Buick que había perdido en sus apuestas.

Más que una larga fila de Buick nuevos de paquete.

«¿Están ellos contigo en esto?».

Vic señaló al reloj en el brazo del otro, por la dedicatoria en el reverso de la caja. Claro que no se refería al rey Jorge, muerto ya en los periódicos y en los crucigramas, sino a su hija, la reina. Y al tal sir William Stephenson para quien Ted trabajara durante la guerra, si acaso sir William Stephenson seguía vivo y al mando.

Gran Bretaña, quería decir Vic.

Ted movió en negativa su H. Upmann.

«Asunto personal. Si tú aceptas, estamos tú y yo. Si tú no aceptas, te olvidas de todo esto que te he contado».

Así que se trataba de un asunto personal. Pero, apartando el amor por Hitler y cuanta porquería soltara en contra de Inglaterra, ¿qué deuda personal deseaba cobrarle Ted al padre del senador Kennedy? Porque eso no se lo había contado.

Ted lo miró como si no comprendiera la pregunta. O como si Vic no

hubiera entendido el sentido de toda aquella historia.

¿Deuda personal por cobrarle al viejo Kennedy? Ninguna deuda. Joe Kennedy no había hecho nada específicamente en contra de él, Ted Scott.

Más tarde Vic se preguntaría si ser un héroe no consistía en eso. Estar dispuesto a vengar una afrenta impersonal, lo más impersonal posible, una afrenta hecha a toda una nación.

A juzgar por el sitio donde se encontraba Armando Jesi y el estado en que le habían dejado la cara, existían riesgos más que suficientes en este no tan buen negocio que Ted le proponía. A él no lo empujaba ningún patriotismo, ni británico ni cubano, pero Ted Scott era buen amigo suyo, había compartido con él la dedicatoria secreta de su reloj, y aceptó ayudarlo.

Ted no había esperado menos de él.

Había por delante mucho que hacer y un plazo muy corto. Lo que buscaban probablemente habría salido de La Habana. El hecho de que nadie se asomara por el entierro de Armando Jesi Antigüedades indicaba que ya no rondaban buscándolo.

«Andabas vigilando a Armando, Ted, ¿pero habrías sido capaz de eliminarlo?».

«¿Eliminarlo?».

«Despacharlo, liquidarlo… Como quieras decirle».

«¿Qué sentido tiene preguntarse eso ahora, Vic?».

Armando Jesi Antigüedades se encontraba muerto y enterrado.

Pero Vic insistió, porque necesitaba saberlo.

Ted Scott observó la punta encendida de su H. Upmann 4.

«Pues, la verdad…».

Atendía al H. Upmann como si en la punta encendida de aquel tabaco radicara su conciencia o como quiera que llamasen al centro que administraba escrúpulos.

«Habría sido más fácil salir de él que de Joe Kennedy en el hipódromo de Hialeah».

5

Después de incluir en el guion los treinta y nueve cambios exigidos por las autoridades cubanas, el equipo de filmación de *Our Man in Havana* creyó que podría filmar sin mayores contratiempos.

No sabían lo que les esperaba. El director Carol Reed fue avisado de que en los rodajes dispondrían de la ayuda de un censor gubernamental.

Mejor dicho, de una censora gubernamental. Pues se trataba de la doctora Clara Martínez Junco, esposa del jefe de Orden Público, en el Ministerio del Interior.

La doctora Clara Martínez Junco estaría presente en cada una de las locaciones donde filmaran, presta a responder cualquier consulta o propuesta que precisaran hacerle. Así no ocurrirían demoras en el trabajo de actores y técnicos, y las autoridades se aseguraban de que Carol Reed y su equipo no confundieran la historia del pueblo cubano.

La primera de las prescripciones de la doctora Martínez Junco versó acerca de la barba de Ernie Kovacs, quien hacía el papel de un oficial del régimen de Batista.

Ernie Kovacs podría aparecer en la película como capitán Segura siempre que le fuese afeitada la barba. Porque en Cuba, explicó la doctora Martínez Junco, las barbas estaban asociadas a los oficiales y soldados rebeldes que combatieron a la dictadura de Batista, no a los personeros del extinto régimen.

Como resultado, a Ernie Kovacs le tocó pasar por el sillón del barbero.

Sin embargo, fue la escena del Shanghái la que creó los más grandes problemas entre la doctora Clara Martínez Junco y el director Carol Reed.

Pese a su clausura definitiva, el interior del teatro estaba intacto. De quienes fueran sus coristas no podrían contar con ninguna, por hallarse desaparecidas o en la cárcel. De modo que contrataron coristas de otros locales abiertos y, con tal de evitarse fricciones con la censora, el director de la película determinó que aparecieran parcialmente vestidas, no desnudas

del todo como fuera costumbre en aquel escenario.

Ya se proponían hacer la primera toma cuando la doctora Martínez Junco saltó de su silla para notificar que lo que estaba viendo resultaba inadmisible.

La doctora Martínez Junco pidió menos carne exhibida en las coristas, que les extendieran unos centímetros sus trajes.

Protestó el director Reed, pues tendrían entonces que esperar por el trabajo de las costureras. Además, ¿cómo podría representar lo inmoral de un espectáculo si era obligado a atenerse a tan estrictos escrúpulos? En la película quedaría claro que cuanto ocurría allí en el Teatro Shanghái pertenecía a una sociedad podrida anterior.

Él no abogaba por la explotación comercial de la desnudez femenina. No se proponía exhibir carne para engatusar a los espectadores. No obstante, la desnudez de esas coristas constituía una necesidad de la trama. La historia que se proponía contar precisaba de una escena que mostrara lo que de veras había sido aquel teatro.

Sí, sí, muy válidas razones, pero no lo suficientemente válidas como para convencer a la doctora Clara Martínez Junco.

Con tal de cumplir las exigencias de la censora y no esperar por sastrería, Carol Reed dispuso que la cámara tuviera el punto de vista de las coristas y enfocara a la clientela del Shanghái, ocupada en capturar las prendas íntimas que las coristas lanzaban hacia el patio de butacas.

Mostrarían al público del Shanghái peleando por hacerse de cada una de esas piezas de lencería. Aludirían a la desnudez de las coristas sin tener que enseñarla, dejarían al espectador la tarea de imaginar cuanto ocurría encima del escenario.

Burlar la censura prestaba alas a la imaginación, debieron decirse Reed y los suyos.

Aunque ni así resultaron las cosas. La doctora Martínez Junco se mantuvo en sus trece. El lanzamiento de ropa íntima propuesto por el director no era menos inmoral que la exhibición de desnudeces. Y, luego de marcar los treinta y nueve cambios a hacer en el guion y de seguir de cerca cada jornada de filmación, la doctora reclamó su derecho a revisar lo que cada día filmaran.

En apoyo de tal reclamación, se presentó en el rodaje con un par de policías.

Desesperado por retomar el trabajo, Carol Reed firmó ante un notario su compromiso de que la película no incluiría ninguna escena en la que las coristas del Shanghái lanzaran al público sus prendas íntimas.

Resuelto ese obstáculo, siguieron con sus trabajos.

La intención de atornillar un diálogo hizo que el guionista Graham Greene acordara con el protagonista Alec Guinness ciertas variantes. Greene y Guinness convencieron al director de la necesidad de adoptarlas, pero olvidaron rendir cuentas de ellos a la doctora Martínez Junco, quien perseguía cada línea de diálogo y de acción, y dictaminó que no habría de hacerse cambio alguno a lo aprobado ya.

El equipo de filmación tendría que atenerse estrictamente a lo que constaba en el guion. O de lo contrario…

El rostro de Graham Greene cambió de color. No es que constituyera una ofensa a su trabajo, es que aquella tipeja se encontraba allí en representación de una nueva sociedad, y la inflexibilidad de la que hacía gala, su incomprensión profunda de lo que constituía el trabajo continuo y colectivo del cine, echaba por tierra la nobleza de la nueva sociedad que él veía desarrollarse en Cuba. ¿Cómo iba a afianzarse un gobierno revolucionario cuando otorgaba la potestad de juzgar lo que estaba bien y lo que estaba mal, lo moral y lo inmoral, a una idiota como aquélla?

Por mucho que lo afectara personalmente, Greene entendía la necesidad de clausurar su añorado Shanghái. Sin embargo, lo que ocurría ahora iba demasiado lejos, pues no se trataba ya del Shanghái cerrado definitivamente, sino de que prohibieran que el Teatro Shanghái fuese recordado tal como un día fuera.

Director y guionista juraron públicamente por enésima vez que la historia que contaba *Our Man in Havana* dejaba mal parado al servicio secreto británico, no a Cuba y los cubanos.

La censura, representada allí por la doctora Clara Martínez Junco, objetó que la mirada extranjera lo tergiversaba todo. Ellos describían La Habana como una ciudad donde los turistas eran acosados por cientos de niños limpiabotas, los muros estaban empapelados en billetes de lotería, sus habitantes eran vendedores de maracas o bailadores de rumba, y el único esparcimiento residía en centros nocturnos frecuentados por *gangsters* y clientes de dudosa reputación.

Reed y Greene intentaron recordarle que ellos filmaban una comedia.

Una comedia, un divertimento, un juguete.

Al inicio de la película un gran cartel avisaría que la historia sucedía en una Cuba anterior al triunfo de los rebeldes. En la Cuba de las miserias que terminaron barridas un buen día por las fuerzas rebeldes.

La doctora Martínez Junco contraatacó con el argumento de que, aun cuando hubiesen sido así las circunstancias del país antes del triunfo revolucionario, no dejaban ellos de estar equivocados.

Estaban esencialmente equivocados y tendrían que perdonarle que ella lo expresara tan sinceramente, sin cortapisas.

Los hacía equivocarse el deseo de contar una época que quedaba definitivamente atrás, superada. ¿Se habían preguntado ellos por qué les resultó imposible dar con las mujeres explotadas de este viejo teatro clausurado donde ahora filmaban?

¿No? Pues porque esas mujeres pasaban en la actualidad por un proceso de reeducación que las haría definitivamente libres. Libres como nunca habían sido en sus vidas.

La doctora Martínez Junco no se detuvo a considerar el hecho de que ese proceso de liberación incluyera, en los casos más reacios, el encierro en cárceles.

Ante el agravamiento de la censura, el equipo de filmación debió recurrir a una nueva estrategia. Carol Reed rogó a Noël Coward que dejara de interesarse por los puntos de vista de la censora y de discutir con ella acerca de su doctrina. Esas discusiones podrían resultarles divertidas a Coward, y una figura como la de la censora podría servirle de modelo para alguna obra suya, pero él tendría que cortar ya.

Asimismo, el director Reed le pidió a la protagonista femenina, Maureen O'Hara, que en caso de que la doctora Martínez Junco volviera a interesarse por su ropa de calle, intentara estrechar lazos con ella.

Necesitaban, por interés de todos, concluir del mejor modo las filmaciones en La Habana.

Noël Coward no opuso resistencia al pedido de Reed, aunque deseó aclarar que él jamás construiría un personaje a partir de aquella comisaria digna de la Rusia soviética. En todo caso, la verdad acerca de la nueva sociedad cubana le correspondería esclarecerla a Graham más que a él, que jamás se había propuesto escribir nada que transcurriera en Cuba, antes o después del triunfo de los rebeldes.

Coward maliciaba que Graham era demasiado cobarde como para obtener de aquella mujer, censora y esposa del jefe de Orden Público del Ministerio del Interior, toda la verdad que ella pudiera brindarle. El querido Graham no deseaba que le estropearan sus sueños y, tal como antes había tenido el sueño del Shanghái, ahora veía La Habana entera dentro del sueño revolucionario, y sentía pocos deseos de ser despertado de ese sueño.

Atenidos todos a la estrategia de salvamento concertada en una habitación del Hotel Capri, consiguieron llegar al último día de rodaje.

Recibieron ese día la sorpresa de que, recién aterrizado de su gira por los Estados Unidos, Fidel sacara un poco de su tiempo para visitarlos.

Filmaban en la Plaza de la Catedral. Alec Guinness aprovechó que no era necesitado ya para irse con Merula a comer unos frijoles negros en La Bodeguita del Medio.

El matrimonio Guinness disfrutaba de sus frijoles cuando vinieron a buscarlos con la noticia de que Castro se encontraba en la locación y deseaba conocer a Alec.

Porque Fidel Castro lo había visto en *El puente sobre el río Kwai*.

El plato donde Guinness metía su cuchara tenía la espesura de unos frijoles bien hechos.

Les dijeron que *dormidos*.

Merula Guinness se aseguró de entender bien. ¿Dormidos?

Frijoles dormidos. El grado ideal que deben alcanzar los buenos frijoles negros. Como si la cuchara, y luego la lengua, vinieran a despertarlos.

Alec Guinness se relamía de gusto en tanto el mensajero del director Reed lo apresuraba para que fuese a saludar a Castro.

Los Guinness terminaron con sus frijoles y pidieron café. Estaban a pocos metros del rodaje, al doblar de la calle, y era su último día en La Habana.

Bien almorzados ya, les abrieron paso hasta el comandante rebelde.

Rodeado por todo el equipo de filmación, Fidel Castro se disculpaba con Reed por las dificultades que hubieran padecido con la censura. No había sido más que un error, aseguró, y él lamentaba no encontrarse entonces en el país, por estar de viaje.

Había sido un viaje imprescindible, necesario, y abundó en detalles de sus logros durante todo el recorrido. Por último, encareció a Reed que hiciera la película que deseara hacer, ni más ni menos.

El permiso, venido de la más alta autoridad, llegaba tarde. Curiosamente,

ese último día de rodaje no se hallaba entre ellos la doctora Clara Martínez Junco.

Maureen O'Hara, con quien Castro conversó aparte unos minutos, confesó después que él hablaba en un tono tan bajo que ella no alcanzó a entenderle una palabra.

Noël Coward no lamentó perderse aquel encuentro. Sentía alivio de dejar atrás La Habana, donde ni siquiera había mostrado interés por los frijoles negros, un plato sumamente indigesto para su estómago.

Graham Greene, que volaba hacia el estreno londinense de una de sus obras teatrales, tampoco lograba esta vez conocer a Castro.

A su regreso a Londres, Alec Guinness reprendió a los periodistas que lo esperaban en el aeropuerto por las notas y reportajes que exageraban las diferencias entre el equipo de filmación y las autoridades de Cuba.

En la isla caribeña se vivía una atmósfera animada y estimulante, declaró a la prensa.

Los habitantes de la isla sentían una gran devoción por Fidel Castro, a quien Guinness describió como una figura histórica impresionante.

6

«Cuba goza, de todos modos, de un karma favorable».

Benigno Aranda hizo la afirmación y cerró los ojos. La cabeza era lo único de su cuerpo que sobresalía de la arena y pareció caer en un sueño.

A cinco metros de él sobresalía de la arena la cabeza del coronel Hermida. Los dos convenían en no hablar durante esos enterramientos y, sostuviera Aranda lo que sostuviera, el coronel no iba a molestarse en discutirlo.

Lewis fue invitado a enterrarse también en la arena, pero prefería nadar. Como inglés que era, no encontraba fría el agua.

Para Hermida y Aranda era temprano en el año para darse un chapuzón. En la playa no se veía más que a ellos tres.

Lewis volvió de nadar, alabó la temperatura del agua, y se sentó entre las dos cabezas de la Logia del Caribe.

«Despierte a Aranda, Lewis».

Norman Lewis venía a despedirse. Lo había traído a La Habana la misión de averiguar con qué oportunidades contaba Fidel Castro y fue testigo de su victoria. No alcanzó a verse con él, pero escuchó varios de sus discursos extensísimos. Llegó a sostener que desde Demóstenes el mundo no conocía orador igual.

Acerca de esto último no comentaría nada con Hermida, por supuesto. El coronel lo habría tomado, no como una exageración, sino como una ofensa.

Benigno Aranda abrió los ojos sin necesidad de que él lo despertara.

«Lo que estaba diciendo es que, pese a todos los contratiempos presentados últimamente, este país goza de un karma favorable».

«¿Cuba?».

«Sí, Cuba».

Benigno Aranda y el coronel Hermida se sometían periódicamente a esos enterramientos. Metidos hasta el cuello en arena de playa, absorbían el hierro y el bromuro necesario. O, explicado menos bioquímicamente, entraban en conexión con fuerzas telúricas.

El coronel le había contado a Lewis su entrevista con Julio Lobo, de la que no sacara ni un pelo de Napoleón. Las dos cabezas de la Logia del Caribe, sobresalientes de la arena, consideraban que la negativa del Rey del Azúcar cancelaba el proyecto acariciado por ellos durante largo tiempo.

Ahora tendrían que empezar de cero. Sin perder la convicción de que, cualesquiera que fueran las dificultades y obstáculos con que lidiaran, Cuba gozaba de un karma favorable.

Ellos podían sentirlo en sus miembros hundidos en la arena de esa playa.

Lewis escuchó la frustración de ambos, el optimismo que sentían pese a ello, y volvió del agua con el recuerdo de uno de sus primeros días en La Habana. Un recuerdo casi olvidado, de tantas impresiones como sacaba de esta estancia suya.

Preguntó a una y otra cabeza si conocían ellos al general Carlos García Vélez.

«Un veterano de la guerra de independencia».

«Hijo del general Calixto García».

Sí, sabían quién era, pero ninguno de los dos lo conocía personalmente.

Lewis recordó su visita a la casa de la calle Línea, en El Vedado.

«Lo visitaba esa tarde el general Loynaz del Castillo y, después de oírle a los dos sus recuerdos de la guerra, el general García Vélez se empeñó en mostrarme un álbum de un antepasado suyo, veterano de varias guerras y revoluciones».

«¿Mencionó el general García Vélez el nombre de ese antepasado?».

«Francisco de Miranda».

«¿Francisco de Miranda?».

«¿Francisco de Miranda, el prócer venezolano?».

Lewis asintió.

«¡Francisco de Miranda! Coronel del ejército español, mariscal del ejército francés, coronel en el ejército ruso y generalísimo del ejército venezolano».

Benigno Aranda no compartía para nada el entusiasmo del coronel Hermida por Miranda. Mariscal, sí. Dos veces coronel, ajá. Generalísimo, sin dudas. Y, en el fondo, un fracaso de político.

«Era un álbum…».

«¿Qué álbum?».

«El que me mostró el general García Vélez».

«Ah, claro, discúlpeme. Cuéntenos, cuéntenos».

«Era un álbum de recuerdos amorosos de Francisco de Miranda».

Lewis no pudo menos que sonreír antes de dar explicaciones.

«Las páginas de ese álbum guardaban una colección de pelos púbicos».

«¿Qué me dice usted? ¿Pelos púbicos?».

«Pelos púbicos. Una colección de pelos del pubis de las diversas amantes de Francisco de Miranda».

Las carcajadas del coronel Hermida cuartearon la arena de su enterramiento.

«Lewis, haga el favor, tápeme las grietas».

Lewis echó un par de puñados de arena en torno a la cabeza del coronel Hermida y resanó su enterramiento.

«Les cuento esto porque, entre los recuerdos amorosos de ese álbum, vi algo que quizás… He pensado que quizás pudiera servirles».

«¿A nosotros?».

«A la Logia del Caribe, digo».

Las cabezas que emergían de la arena observaron a Lewis a la espera de lo que pronunciara a continuación.

«El álbum de Francisco de Miranda que el general García Vélez me mostró guardaba pelos de Catalina la Grande».

«¿Pelos de Catalina la Grande?».

«De Catalina de Rusia».

Las cabezas de los cuerpos enterrados se miraron sin soltar palabra, como si la arena de la playa hubiera ascendido hasta el nivel de sus bocas.

«¿No necesitan ustedes los restos de un emperador?».

El coronel Hermida movió la cabeza en un gesto difícil de interpretar.

Aranda empezó a considerar la posibilidad.

«Catalina fue, efectivamente, una gran emperatriz. Gobernó, siendo mujer, un grandísimo imperio que expandió bajo su mando. Perdóneme, Lewis, ¿está usted seguro de que lo que guarda ese álbum son pelos de las partes íntimas de Catalina de Rusia?».

«Ni más ni menos».

«¿Pelos del pubis de Catalina de Rusia?».

Lewis agitó los dedos como si aquellos pelos le cosquillearan todavía en la palma de la mano.

«Exactamente».

La cabeza del coronel Hermida se movió en señal de descontento.

«Pasar del mechón de la cabeza del emperador Bonaparte a unos pelos de la entrepierna de la emperatriz Catalina… ¿Qué dices tú acerca de esto, Aranda?».

El erudito de la Logia del Caribe se lo pensó por un instante.

«Bueno, tanto uno como otra condujeron un imperio. Catalina por varias décadas, Napoleón fundando uno que no le duró mucho».

«El general García Vélez me comentó que había intentado venderle el álbum al Museo de Bellas Artes».

«¿Y no se lo compraron?».

«No mostraron ningún interés».

«Mira, hermano Hermida, tú me has hecho la pregunta y yo sostengo que igual da que fuera hombre o mujer, que sea pelo de cabeza o pelo de partes bajas. Imperio es imperio, y eso es lo que de veras tendría que importarnos».

«Imperio es imperio. Muy bien dicho».

«De lo que se trata es de aprovechar para Cuba, para el verdadero destino de este país, la energía encerrada en la reliquia corporal de alguien que haya creído obsesivamente en la idea de un imperio hasta hacer de esa idea suya un destino propio. Ya sea emperador o emperatriz».

La cuestión estribaba en despertar energías y absorberlas, del mismo modo que, enterrados en la playa, ellos dos absorbían bromuro y hierro y recargaban su conexión con las fuerzas telúricas.

«¡Hermano Hermida! ¡Amigo Lewis!».

De pronto, Benigno Aranda sacó los brazos de la arena.

«¡Eh, Aranda, que no ha hecho la hora todavía!».

¿Pero qué le importaba a Aranda el bromuro y el hierro de toda esa playa comparado con lo que acaba de descubrir? ¿Qué importaban unas fuerzas telúricas cuando se trataba allí de fuerzas que incluían a todos los elementos, no sólo la tierra?

«¡Hermida! ¡Lewis! ¡Francisco Miranda fue coronel del ejército imperial ruso, sí, pero él no fue el único oficial extranjero nombrado por Catalina! ¡Francisco de Miranda no fue el único!».

Aranda saltó impulsado por su descubrimiento.

«¡El general Welldone! ¡El general Welldone!».

Aranda se abalanzó sobre el enterrado coronel Hermida y empezó a desenterrarlo a manotazos.

«¡El general Welldone, Hermida!».

Su emoción era tanta, que no fue capaz de pronunciar una palabra más.

Saliendo de su hueco, Hermida le exigió que soltara de una vez quién era ese general con nombre de bistec bien hecho.

«¡Saint Germain!».

«¿El conde de Saint Germain?».

«¡Saint Germain! ¡En su visita a Rusia, el conde de Saint Germain apareció junto a la emperatriz Catalina en una conferencia! ¡Saint Germain fue nombrado consejero del conde Orlov, jefe de las fuerzas imperiales rusas! ¡Lo hicieron oficial del ejército y fue saludado como general! ¡General Welldone, así se hizo llamar!».

Oídos aquellos detalles históricos o mitológicos, Lewis quiso saber si también Saint Germain había alcanzado la categoría de amante de la emperatriz.

«Perdone que no sepa responderle a esa pregunta, amigo Lewis. Francamente, no lo sé. Sin embargo, esos pelos de la emperatriz Catalina de Rusia, de Catalina la Grande, quien apreció la doctrina del conde de Saint German hasta el punto de nombrarlo oficial de su ejército…».

Aranda, emocionado, no alcanzó a terminar lo que quería decirles.

«Nada es casualidad en este mundo, nada. Nada es casualidad ni siquiera dentro del caos en que vivimos. Ni dentro de este remolino, en este *maelstrom*… No es ninguna casualidad que a esta isla hayan venido a dar esos restos imperiales. Los de Napoleón Bonaparte que Julio Lobo no quiso compartir con nosotros. Los de la emperatriz Catalina que nos acaba usted de descubrir, amigo Lewis. Es la fuerza de esta tierra, de Cuba, que llama, que los llama. Es la llamada del Templo de la Llama Violeta… ¡Nada es casualidad! Tampoco que usted viniese hasta nosotros, Lewis. No existe casualidad en que usted recordara el dichoso álbum en esta despedida nuestra. Así como, salvando las enormes distancias, no existió casualidad ninguna en el encuentro, allá en la lejana Rusia, entre el conde Saint Germain y Catalina la Grande».

Benigno Aranda necesitó tragar saliva y recoger un puñado de arena.

«Aquel encuentro, amigos, apuntaba desde entonces…».

Abrió la mano y dejó que la arena escapara.

«…a esta tierra en la que nos encontramos».

Hermida y Aranda, los dos hermanos de la Logia del Caribe, se dieron un abrazo y quisieron que Norman Lewis cupiera también en el abrazo que se

daban.

Lewis, a quien le quedaban pocas horas en La Habana, dedujo que la misión que le otorgara Tía Margarita, si acaso Tía Margarita había acertado, quedaba cumplida al pasarle un dato tan decisivo a aquellos dos amigos con los que se abrazaba.

Se iba de Cuba, pero dejaba la salvación de Cuba en buenas manos.

7

La sospecha de que Castro había timado a Herbert L. Matthews, una sospecha que Phillips comentara con Ted y hasta con Matthews, resultó confirmada.

Nada menos que por el propio Fidel Castro.

Castro había sido el invitado especial de la reunión anual de editores de periódicos que se celebraba en Washington. La entrada del salón de baile del Hotel Statler-Hilton tuvo que ser reforzada con más policías. La escolta del comandante cubano examinó los micrófonos hasta asegurarse de que no escondieran explosivos. En el salón de baile del Hotel Statler-Hilton, Fidel Castro pronunció su discurso y se aprestó a contestar las preguntas que le dirigieran.

Interrogado sobre el tema, respondió que la reforma agraria en Cuba contemplaría únicamente las tierras no cultivadas. Su gobierno no tenía establecido aún cómo procedería con las propiedades de los ciudadanos norteamericanos, pero aseguró que la propiedad privada sería respetada. La administración revolucionaria cubana jamás haría confiscaciones, dijo.

Dos días más tarde, Castro condecoraba a Herb Matthews con una medalla especial cuya inscripción lo trataba de amigo y mencionaba la gratitud que Cuba le debía.

Luego de sus días en Washington, visitaría New York y comentó a un Matthews orgulloso de su medalla su deseo de agradecerle personalmente, en nombre de él y de la Revolución cubana, a la redacción de *The New York Times*. Deseaba visitar las oficinas del periódico al que debía el anuncio de sus primeras victorias militares y gran parte de su fama en el mundo entero.

La visita a las oficinas del *Times* no estaba agendada, sin embargo. El Departamento de Estado no la contemplaba y tendría que ser autorizada.

Finalmente, después de varias gestiones, la petición del comandante revolucionario fue aceptada y el director del *Times* dio la bienvenida a él y su comitiva.

Jefes y redactores se desvivieron por ver de cerca al héroe de Cuba. Y el héroe no los hizo esperar, como acostumbraba a hacer con sus visitantes. Derrochó amabilidad, tuvo a bien declarar que, de no ser por el amigo Matthews, allí presente, y por *The New York Times*, difícilmente habría podido lograrse el triunfo de la causa de Cuba, que era su causa.

Recibió grandes aplausos. Muchos lamentaron que la dirección del periódico hubiera vetado las bebidas alcohólicas. Porque la ocasión merecía un buen brindis.

Un día después, el almuerzo del Overseas Press Club contó con Castro como invitado especial. Y en la organización del almuerzo, celebrado en el Hotel Astor, intervino también Herb Matthews.

Sirvieron arroz con pollo, según la receta típica cubana.

Sirvieron un consomé bautizado con el nombre del movimiento revolucionario que Castro lideraba.

Los editores de los grandes diarios estadounidenses paladearon esos platos y, en mitad del almuerzo, el invitado especial deseó ofrecer a los reunidos una cálida prueba de confianza.

«¿Confianza? Yo jamás lo llamaría confianza, Phillips».

Phillips detuvo su narración de los hechos. Ciertamente, confianza no era el término adecuado.

Ted propuso otro.

«Complicidad».

Bien, aceptó Phillips. Como prueba de su complicidad con los asistentes al almuerzo del Overseas Press Club, Castro anunció que iba a confesarles un secreto.

Un pequeño secreto, dijo.

Era un secreto de sus años de guerrilla en las montañas del oriente cubano. De cuando Herbert L. Matthews ascendió a esas montañas, y los dos se encontraron por primera vez, y Matthews publicó su entrevista aparecida en dos entregas, en la que hablaba de varias columnas de las fuerzas guerrilleras.

Pues bien, el pequeño secreto era que, en verdad, por entonces él sólo disponía de una tropa de dieciocho hombres.

Docena y media de combatientes solamente, nada de varias columnas.

Y con esa docena y media de combatientes se vio en la necesidad de convencer a la opinión pública, a la prensa norteamericana, de que contaba

con mayores activos. De manera que ordenó a los pocos combatientes con que contaba que se movieran alrededor del reportero americano hasta hacerle creer que formaban una tropa mucho más nutrida.

Habían utilizado ante el amigo Matthews el truco con que un teatro sin presupuesto subía a escena una marcha triunfal o cualquier otra manifestación multitudinaria. El truco de que los actores que salieran por un extremo del escenario volvieran a entrar por el otro extremo, con algún cambio de vestuario. Y, para rematar, fue planeado que un mensajero interrumpiera en determinado momento la entrevista con el anuncio de la llegada inminente de una segunda columna.

«Sentado en ese almuerzo, comiéndose el arroz con pollo a la cubana, Herb Matthews tuvo que escuchar de boca de Castro, en ese inglés que Castro habla, cómo él lo había timado en la Sierra Maestra».

Phillips resopló.

«Y, no satisfecho con timar a Herb Matthews, revelaba su timo ante los jefes de los mayores diarios del país. ¡Después de considerarlo un amigo, de condecorarlo y de afirmar que toda Cuba le estaba agradecida! ¿Quieres decirme, Ted, en qué posición dejaba a Herb Matthews contando en público y delante de los jefes su maniobra?».

«Tu empatía con Herb habla bien de ti, Phillips».

«¿Empatía? No, no. Olvidémonos de Herb Matthews por un momento. ¡Fidel Castro se burló del diario en el cual trabajo desde hace más de veinte años! ¡Fue el invitado especial del Overseas Press Club y se encargó de burlarse de la gran prensa americana! Dime qué otro político haría algo semejante».

Ted no supo qué responderle.

«¿Qué clase de político es ése, que recibe el homenaje de un club de prensa, agradece un día al *Times* y al siguiente revela la trampa que tendió a un reportero de ese mismo diario?».

Ted contaba ya con respuesta para la adivinanza.

«Un estafador tan orgulloso de su estafa que no puede privarse de alardear de ella».

Sheeba entró a la oficina y los dos se quedaron mirando qué iba a hacer.

«Phillips, ¿sabes si Castro fue aplaudido en el almuerzo del Overseas?».

Ella acariciaba a Sheeba y evitó responder.

«¿Fue aplaudido Castro en ese almuerzo, Phillips?».

«Lo fue».

«Ya. Y me apuesto cuanto quieras a que Herb estuvo entre los que lo aplaudían».

Sheeba salió de la oficina.

«No lo hemos calculado del todo, Ted».

«¿A quién?».

«A Castro».

«Pensé que te referías a Herb».

«No».

«Bueno, tampoco a Herb, que no tiene reparos en venir a entrevistarlo otra vez, después de esto que me cuentas».

«Llega el viernes».

«Está visto que él es capaz de pasar por alto cualquier ofensa que le dedique su héroe».

«Herb andaba necesitado de un segundo aire y lo ha encontrado en Cuba».

«Me han dicho que va contando por ahí que él inventó a Fidel Castro».

«Pues en el almuerzo del Overseas quedó claro quién inventó a quién».

Ted depositó sobre el buró de Phillips un billete de cinco dólares.

«¿Apostamos?».

«¿A qué?».

«Cinco dólares a que Herb está acopiando material para una biografía de Fidel Castro».

«Ah, yo pondría mis cinco sobre esos cinco tuyos y no habría apuesta. Claro que está pensando en una biografía, aunque también en esto se le adelantó Dubois».

Jules Dubois, del *Chicago Tribune*, quien volara de Miami a Holguín para obtener la primicia del comandante victorioso, acababa de publicar un volumen en cuyo título preguntaba si Fidel Castro era un liberador o un dictador.

«Herb está dispuesto a tragarse cualquier ofensa con tal de salirse con la suya. Con esa biografía».

«Es mucho más que eso, Ted. Está embelesado con su héroe romántico».

«Así me gusta, Phillips. Aprecio la empatía que puedes derrochar, pero me quedo con tu animosidad. Diría que así eres más tú».

No quedaban más que ellos dos en Grand Central Station. Era uno de esos

finales de jornada extendidos sin motivo, por la inercia de un oficio hecho de esperar por las noticias.

«En mis primeros años aquí en La Habana, James y yo vivíamos bajo amenazas de muerte venidas de todos lados. Te lo habré contado ya. Los machadistas perseguían a James y también lo perseguían los antimachadistas, con tal de hacer pasar su muerte por un asesinato más del dictador. James y yo nos escapamos por los pelos en varias ocasiones. De los años con Batista, ya lo sabes. Reproches, reprimendas, censura. Me habrían echado del país de atreverme a subir a las montañas para entrevistar a Castro».

«Tú le cediste la misión a Herb, Herb se inventó a Castro, y desde Edison no existe un inventor igual».

Phillips no pareció apreciar la broma.

«He hecho aquí mi trabajo bajo todos los gobiernos y todas las dictaduras, y me gustaría continuar aquí cuando Castro termine y venga el siguiente».

Era deseo de difícil cumplimiento ése de Phillips. No sólo porque Matthews terminaría por convencer a los jefes de su despido, sino por alguna que otra señal que habían recibido ya.

Una noche habían arrancado de la fachada el letrero del periódico. Jóvenes salidos de una concentración política, inflamados por los discursos. Intentaron meterse allí, decididos a hacer en Grand Central Station lo mismo que habían hecho en los casinos de juego.

Como si los que trabajaban allí jugaran con la verdad.

«Sheeba y Mickey no estarían vivos ahora».

Ted había traído a la gata Sheeba y a un loro, Mickey, abandonado por el dueño de una cantera de mármol al marcharse del país.

A la gata la encontró en la calle, con una pata delantera rota. La curó, le dio un techo, la mencionaba a veces en su columna periodística. Y, puesto que en el Sevilla-Biltmore no admitieron a Mickey, terminó por traerlo también a Grand Central Station.

Mickey tenía recortadas las alas y, si le abrían la jaula, se apuraba a partir con el pico los lápices que encontrara sobre las mesas. En invierno arrancaba los botones de los abrigos colgados. Aunque su mayor pasión consistía en arremeter contra cualquier pertenencia de Ted. Las reconocía, las adivinaba. Según Phillips, Mickey respondía a las constantes alusiones de Ted a cierta empanada de loro.

«Me temo que esta vez sí me echan, Ted».

«Nos. Nos echan».

«He estado dándole vueltas a este asunto, ya sabes cómo soy».

«¿Vueltas a qué?».

«Alguien podría argumentar que Castro no hizo en la Sierra otra cosa que engañar a la prensa, como cualquier político habría hecho. Podría argumentar que necesitó engañar a Herb Matthews para sobrevivir, cuando todo un ejército lo cazaba y la versión oficial lo daba ya por muerto. ¿Quién no habría hecho lo mismo en su lugar? Pero lo que no tiene justificación es que, ya en el poder, revelara su engaño ante los representantes de la prensa americana. Y nada de sinceridad suya, eso es completamente falso. Él hizo su revelación ante los representantes de la prensa para hacerlos cómplices de su engaño».

«Pues los grandes jefes lo aplaudieron, así que logró perfectamente lo que buscaba».

«Ése es el papel que reserva él para el periodismo. De cómplice para lo que desee inventarse. Y, ¿quieres que te diga una cosa, Ted? Me da igual ya si es o no comunista».

Phillips sacó su polvera, examinó sus labios en el espejo y comenzó a apagar las luces.

«¿Puedes llevarla, por favor?».

La orquídea que una vez le enviara Fidel Castro no dejaba de florecer. Ted la agitó delante de la jaula de Mickey, que intentó desguazarla con el pico.

La calle estaba vacía y en silencio. Phillips subió a su Chrysler y Ted le colocó la orquídea al lado.

«No. No voy a llevármela».

No quería esa orquídea en Grand Central Station y mucho menos en su casa.

«Tírala».

«Estás tomándotelo demasiado a pecho, Phillips».

Ella hizo girar la llave.

«¿No sería mejor guardársela a Herb? Él estaría encantado de recibir flores de su héroe».

Phillips sonrió con cansancio.

«Dásela a una de tus amigas. Hasta mañana, Ted».

8

No, de ninguna manera. Norman no podía abandonar La Habana sin conocer al capitán Marks, sin escuchar lo que el capitán Marks tenía que contar.

Él se encargaría de presentarlos, Ted conocía al capitán Marks. Tomarían un trago con él, ya vería Norman qué clase de personaje era.

Herman Marks, oriundo de Milwaukee, andaba por la treintena. Llevaba el uniforme verde olivo de los rebeldes cubanos y, en ese uniforme, grados de capitán. Había sido arrestado más de una treintena de veces en su país, bajo cargos diversos que incluían el robo, el asalto, el secuestro y la violación. Por varios de ellos había conocido la cárcel. En la guerra del Pacífico, su hoja en la marina mercante no fue calamitosa ni sobresaliente. Y, respecto a cómo había llegado a combatir entre los rebeldes cubanos, Ted Scott no tenía noticias fidedignas.

El capitán Marks se encontraba a las órdenes de otro extranjero, el comandante Guevara. Ernesto Guevara, apodado el Che, era jefe de La Cabaña, una fortaleza colonial que funcionaba como cárcel.

Después de instaurar la pena de muerte, el gobierno revolucionario había dispuesto en los fosos de La Cabaña su paredón de fusilamiento. Los juicios que conducían hasta allí eran juicios exprés, quienes eran sentenciados a la pena capital en esos juicios pasaban a la jurisdicción del comandante Guevara y entonces tenían que vérselas con el capitán Marks, jefe del pelotón de fusilamiento.

Ted los presentó en el bar del Sevilla-Biltmore.

«Acá el amigo Norman está interesado en conocer tu historia, Herman».

Al capitán Marks le pareció estupendo. Comentó que la gente no dejaba de hacerle preguntas sobre su trabajo.

«Yo diría que a la gente le gusta hablar conmigo».

«Creerán que ganan inmunidad con eso».

La observación de Ted hizo reír al capitán Marks.

«Ted, si algún día te llevan a juicio y te condenan a la máxima pena, no voy a dudar en hacer mi trabajo».

«No me cabe duda de que así sería».

«Escuchen esto. Cuando tengo un día libre, me dejo caer por el Riviera, y allí me dan la mejor mesa. Gente a la que no he visto nunca me paga los tragos y no permite que saque dinero de mi bolsillo. Es así, Ted sabe que no estoy mintiendo».

«Lo que dice es completamente cierto».

«Y estoy seguro de que no lo hacen por miedo».

«¿Por qué crees que lo hacen?»

«Reconocimiento».

«¿Reconocimiento?»

«La gente reconoce la utilidad de lo que hago. Se muestran amables por eso».

«Es el trabajo de la justicia».

«Mi parte en el trabajo de la justicia, sí. Fidel, las ocasiones en que me he encontrado con Fidel, me saluda efusivamente. Él sabe cuánto empeño pongo en que todo salga bien, aunque se trate de un trabajo difícil. Es mi trabajo, igual que el de ustedes es el de ir detrás de las noticias. Hacer justicia es el mío, y yo creo en el trabajo bien hecho. ¿Conocen el Cadillac and Limousine Service, en la calle Nott de Zenith?».

«¿Zenith? ¿Dónde queda eso?»

«Zenith, Georgia».

«Nunca había oído de ese lugar».

«Yo tampoco».

«Pues si algún día pasan por Zenith, Georgia, y ven el cartel del Cadillac and Limousine Service, en la calle Nott, entren allí y pregunten por Herman Marks. Pregunten nada más por el jefe de mantenimiento Marks, que estuvo con ellos cinco años, y van a escuchar lo que ellos tienen que decirles».

Ted alzó su vaso para brindar por el jefe de mantenimiento de Cadillac and Limousine Service, en Zenith, Georgia, actual jefe del pelotón de fusilamiento de La Cabaña, en La Habana, Cuba.

«Herman, no me has contado nunca cómo llegaste a la tropa del Che Guevara».

«Ah, pasaron muchas cosas entre esos cinco años en Zenith y la vida que hago ahora aquí, pero no voy a quejarme. La verdad es que no tengo de qué

quejarme».

«No tendrás queja de cómo te tratan las cubanas».

El capitán Marks echó una risotada de jactancia.

«No se me ocurriría».

«Verdaderamente, dan deseos de ponerse a hacer tu trabajo».

«Eh, eh, que no es un trabajo como otro cualquiera. Digamos que es de los más delicados».

«Supongo que sí. Estará la cuestión de todo lo que tienes que ver en él».

«Norman, ¿verdad? Norman, tengo que reconocer que, contra lo que mucha gente supone, yo hago lo que hago sin remordimientos. Cumplo a cabalidad las tareas y no siento ningún remordimiento».

«No haces otra cosa que operar según sentencias dictadas, Herman».

«Así es, Ted. En los juicios revolucionarios es que uno comprende las atrocidades que la gente de Batista cometió en este país. Cuando los testigos cuentan por lo que tuvieron que pasar… Se te pone la piel de gallina cuando un inocente se alza de su asiento y cuenta… Si es que puede contar…».

También al jefe del pelotón de fusilamiento de La Cabaña le resultaba difícil seguir hablando de eso.

«Llegó un momento en que dejé de ir a los juicios. Ya no voy. Primero creí que iba a serme útil ver cómo dictaban sentencia, pero no, no me hizo ganar en profesionalidad, y llegó a joderme el sueño».

«¿Ya no tienes problemas de sueño?».

«¿Y por qué iba a tenerlos? No estoy en la cárcel, Ted. Tampoco en una guerra».

«En eso llevas razón».

«Disculpen, caballeros. Quedan ustedes invitados».

El barman señaló a un cliente sentado al otro lado de la barra.

«Tal como les decía, ¿ven?».

«Exactamente».

«Herman, podrías contarle a Norman algunos detalles de tu trabajo. Norman puede hacer mucho por el reconocimiento de lo que haces».

«Eh, eh, tampoco es que yo ande buscando reconocimiento. Me basta con que pasen cosas como ésta que acaba de pasar. O que Fidel se detenga a saludarme cuando nos cruzamos. Ése es para mí el mejor reconocimiento, yo no necesito más».

«Lo sé, pero cuéntale a Norman quién eligió el emplazamiento del

paredón en La Cabaña».

«¿Quién crees que fue, Norman?».

«¿El comandante Guevara?».

«Frío, frío».

Herman Marks bebió de su trago a la espera de que Lewis se acercase a lo más caliente.

«¿Tú?».

El capitán dejó de beber y asintió.

«Caliente que te quemas. Tendrías que haberlo visto. Andábamos buscando un sitio para el paredón y me fijé en los fosos de esa vieja fortaleza. En el tiempo de España esos fosos se llenaban de agua. Nosotros los encontramos llenos de maleza, así que ordené que despejaran un buen tramo y, cuando estuvo claro, elegí el mejor rincón. Ningún lugar mejor, lo confirmó una inspección de varios comandantes. Pero, oye, lo idóneo del lugar no se reduce al muro y al espacio suficiente desde donde disparar. Tan importante como todo eso es aquello que los condenados tienen a la vista cuando se cumple su sentencia. ¿Sabes qué es lo que ven los condenados desde el paredón?».

«No tengo ni idea».

«¿Conoces esa estatua grande de Cristo, cerca de La Cabaña?».

«¿El Cristo de La Habana?».

«La misma. Esa estatua es lo último que ven los condenados desde el paredón».

«Hiciste una elección de artista, Herman. Lo digo completamente convencido de ello».

«Bueno, no soy un hombre religioso, pero entiendo que otros puedan serlo. Hay quienes, sabiendo que les quedan solamente unos minutos de vida, desean echar un último discurso, y yo permito que lo hagan. Mientras no tenga que esperar demasiado, que hablen. ¿Desean declarar su inocencia? Ya tuvieron juicio y sentencia, irrevocable todo, así que no vale la pena discutir. Yo espero a que terminen con sus alegatos y hago lo que me corresponde hacer».

«Y están los que te piden dar la orden de fuego».

A juzgar por la carcajada del capitán Marks, Ted acababa de contar un muy buen chiste.

«No sé, no sé. Es como una moda, algo que no acabo de entender. ¿Qué

creen ustedes? ¿Sentirán algún alivio dando la orden de su propia muerte?».

«Podría ser eso».

«O querrán estar en tu lugar. Ser como tú, que eres quien das las órdenes».

«Caramba, no lo había pensado de esa manera».

El capitán Marks rumió aquel argumento de Lewis.

«Yo los dejo dar la orden de fuego, aunque les advierto que no me confundan al pelotón».

«¿Confundir al pelotón?».

«Ah, muy sencillo. Si mandas sobre un pelotón de fusilamiento, no puedes dar una orden pegada a la otra. Hay que dar tiempo a los hombres, hacer una pausa entre apunten y fuego».

El capitán pronunció las dos órdenes en un tono más bajo que el resto de la frase, como si fuera poco pertinente soltarlas allí, dentro de un bar.

«Entre una y otra orden debes contar hasta seis. Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Aunque los que quieren dar sus propias órdenes de fusilamiento rara vez se atienen a esa recomendación que les hago. Dan una orden pegada a la otra, y lo único que consiguen es que les disparen sin haber apuntado bien… Un desastre».

«Que, al final, te toca salvar a ti».

El capitán Marks asintió.

«Así que cuando alguien me pide dar las órdenes, sé bien lo que vendrá después».

«¿Alguno te ha insultado?».

«¿Insultarme? No, ninguno. ¿Por qué iban a insultarme? Hay quien pide darme la mano y yo le doy la mano. Los he oído decir que me perdonan, me ha pasado más de una vez. Claro que yo podría reírme de ese perdón que quieren darme, podría preguntarles quiénes se creen ellos para ofrecerme su perdón. Pero, en fin, les doy la mano, y a otra cosa. No les acepto ningún regalo que quieran hacerme, que hay quienes intentan dejarme lo que llevan encima. Ni relicarios ni amuletos, yo no saco nada de eso».

Ted dio un silbido y señaló el yugo que cerraba una de las mangas de su camisa.

«De acuerdo, Ted. Yugos, sí. Recojo los yugos de las camisas, pero no son para mí. Se los regalo a los amigos».

«¿Esos yugos que llevas te los regaló Herman, Ted?».

«No, pero ya le regalaré unos. Puedes contar con unos yugos, Ted».

«Gracias, Herman. También están los casquillos, ¿no?».

«Uf, los casquillos. No puedes dejar tirados los casquillos de balas porque acaban vendiéndolos por cinco pesos para trabajos de brujería».

«¿Trabajos de brujería?».

«Miren, si algo he descubierto en el trabajo que hago es la cantidad de gente morbosa que existe en el mundo. ¿Sabes cuántos me han pedido asistir a un fusilamiento, Norman? He perdido ya la cuenta… Gente importante, gente muy pero que muy importante. Diplomáticos, visitantes famosos de ésos que salen en las revistas».

«¿Y periodistas?».

«Bueno, me imagino que para un periodista no será cuestión de morbo».

Después de despedirse del capitán Marks, Ted consultó con Norman si había entendido aquellas palabras sobre los periodistas como una velada invitación a los fusilamientos.

Lewis no estuvo seguro de que fuera así.

«¿No has presenciado ninguno?».

«No».

«¿Y no se lo has pedido a él?».

«Norman, me temo que este Herman Marks puede ser algo más que un fanfarrón envanecido de su puesto de verdugo. Me paso un día por sus oficinas en el foso de La Cabaña, y tienen ya una acusación para salir de mí».

«¿Qué quieres decir con *salir de ti*? ¿Fusilarte?».

«Espero que no lleguen hasta ese punto, pero podrían acusarme de cualquier cargo».

Lewis le agradeció el haber conocido a tal sujeto.

«Sabía que iba a interesarte. Todo el mundo desviviéndose por entrevistar a Fidel Castro cuando lo más interesante es ganarse las confesiones de su verdugo».

«Todo un artista de Fidel».

«Ahí tienes un buen título, si algún día escribes sobre él. Y yo te agradecería que lo hicieras, porque a mí, viviendo aquí, se me hace difícil».

«Lo haré sin falta».

«En ese caso, no tienes que agradecerme que te lo presentara, quien te agradece soy yo».

Ted no quiso dejar fuera un detalle que faltaba en la historia del capitán Marks.

«Lo que no nos contó el artista de Fidel es que, cuando un condenado queda mal fusilado y a él le toca darle el tiro de gracia, le vacía la pistola en el rostro».

«¿Por qué razón?».

«Crueldad. Deseos de joderle el funeral a la familia».

Los dos bebieron el trago de la despedida. Ted envió saludos para su viejo amigo Ian Fleming.

«Podrías animarlo a que viniera. Dile que aquí puede encontrar material para más de una novela».

«¿James Bond en La Habana?».

«¿Y por qué no? Ahí tienes el caso de Graham Greene».

«Escucha, Ted, antes de despedirme me gustaría preguntarte algo».

«Soy todo oídos, Norman».

«El primer día que nos vimos, cuando subimos a tu suite para ver las pistolas con las que pensabas batirte con Hemingway».

«Sí».

«En tu suite había una mujer».

«Una negra».

«Una negra desnuda».

Ted miró a Lewis con sorna y le pegó un manotazo en el hombro derecho.

«¡Ay, el carácter inglés! ¿Y es ahora cuando vienes a preguntarme por ella?».

Norman Lewis sonrió.

«De ser otras las circunstancias, tendrías chance todavía, Norman. Pero esta revolución de Fidel Castro triunfó para que esa dama negra a la que viste en mi suite fuese reeducada y realmente no sé decirte qué ha sido de su suerte».

9

Se reunían cada tarde en El Floridita. George Plimpton, Elaine Dundy, Kenneth Tynan y Tennessee Williams. Se preguntaban si Papa estaría dispuesto a conocer a Tom, tan inocultablemente homosexual.

Papa era Hemingway.

Tom, Tennessee Williams.

La única del grupo con derecho a tratar de *Papa* a Hemingway era, indudablemente, Elaine Dundy. Un año antes ella había publicado su primera novela, Hemingway la leyó y alabó que en sus páginas los personajes hablaran de modo distintivo. No como en las suyas, donde todos hablaban igual, pues él no se dedicaba a escuchar lo que cada uno tuviera que decir.

Viniendo de Ernest Hemingway, aquél era un grandísimo cumplido.

Papa y Elaine se habían conocido en España, a la salida de los toros. Él presidía una mesa y el grupo era numeroso. A medida que los vinos y el brandy hacían su efecto, a Papa le cambiaban los vecinos de mesa para liberarlo del remordimiento de cansar a los demás con sus mismas historias.

«Y bien, ¿qué les parece ahora, caballeros?».

E iban a quitarle ya a Elaine Dundy de al lado, cuando lo impidió de un manotazo. La quería allí, a su costado, sin preocuparse por marearla repitiéndole lo mismo. Empezó a tratar a Elaine de hija y le exigió que lo llamara *Papa*.

Tennessee Williams también se había asignado un nombre por el que Elaine tendría que llamarlo: *Tom*. Ella podía olvidarse del Tom y llamarlo por el usual Tennessee, que no pasaba nada. Con Papa, sin embargo, era distinto. Papa siempre tenía que ser llamado Papa.

Elaine Dundy, neoyorquina de Park Avenue, hija de una familia millonaria judía, gastaba su mesada recorriendo el mundo. Había conocido en Londres a Kenneth Tynan, brillante crítico teatral, y pronto celebraron boda.

Papa Hemingway no era la única celebridad que había elogiado su novela.

Elaine recibió un buen día la carta de alguien que, tal como advertía al inicio de sus líneas, evitaba escribir a mujeres casadas. Y mucho más a mujeres casadas con críticos teatrales. Aunque con ella haría una excepción para contarle cuánto lo había hecho reír su libro. Reía y daba gritos mientras lo leía y, si lo que ella contaba en esas páginas era su propia vida, el remitente de la carta no tenía idea de cómo pudo haber superado aquello. Firmaba, Groucho Marx.

Elaine y Kenneth se encontraban de vacaciones en La Habana. O casi de vacaciones, pues Kenneth tenía un encargo: la revista *Holiday* le había pedido que describiera para sus lectores el ambiente que se sentía en la ciudad después del triunfo de los rebeldes y, en caso de presentarse oportunidad, que entrevistara a Castro. En La Habana coincidieron con George Plimpton y, una tarde en que paseaban por los alrededores del Hotel Nacional, se tropezaron con Tom o Tennessee Williams, hospedado allí.

Enseguida los cuatro formaron una piña y cada tarde se veían en El Floridita. Plimpton, autor de la entrevista de Hemingway en *The Paris Review*, estaba invitado a almorzar con su entrevistado. La invitación se había hecho extensiva a Elaine y Kenneth y, ahora que Tennessee se les unía, andaban preguntándose qué tal saldría lo de juntar a Papa y Tom, dos monstruos literarios que nunca habían coincidido, pese a los frecuentes viajes de Tom a La Habana.

Pues Tennessee Williams era visitante asiduo de la ciudad, casi siempre acompañado de su amiga Marion Vaccaro, a la que conocía desde sus primeros tiempos en Key West.

Años antes de comprar su casa en Key West, en una época en la que aún no contaba con dinero, la madre de Marion le alquilaba una cabaña al fondo de su mansión. En su origen, la cabaña había sido dormitorio de los esclavos domésticos de la casa. Se hallaba en perfectas condiciones y la cantidad a pagar no era alta porque el inquilino le recordaba a la madre de Marion a su hijo aviador muerto.

Por entonces Marion y él comenzaron a frecuentar los sitios de fiesta de Key West, y no tardaron en extender sus juergas hasta La Habana. Marion estaba casada con Regis Vaccaro, heredero de la Standard Fruit and Steamship Company, por lo que él la bautizó con el título de Banana Queen. Regis, un tipo encantador, era el peor alcohólico que Tennessee hubiera conocido. Tenía el mal gusto de jugar con su ojo de cristal y no se podía

beber al lado suyo sin acabar con el ojo de cristal metido en el vaso de uno, entre los cubos de hielo.

Hasta el día en que esos juegos macabros cesaron, el ojo de cristal acabó insertado definitivamente en la órbita de su propietario y Marion recibió una gran fortuna como herencia.

Dotada de humor, ingeniosa y buena bebedora, Marion escribía poemas apreciables, prestaba excelentes consejos financieros, era tan amante de los perros como Tennessee y, sobre todo, no se irritaba con los repentinos cambios de planes que él hiciera. De manera que no existía mejor compañía para Tennessee que Banana Queen. Viajar con ella era un placer y, puesto que esta vez no había podido acompañarlo, fue una suerte encontrar en La Habana a Elaine, Kenneth y George.

Juntos los cuatro, planeaban el encuentro con Hemingway. Tom tenía a su favor que no sería visto como rival literario. Veinte años antes Papa había escrito una obra de teatro, pero antes del estreno en Broadway exigió que retiraran su nombre del cartel. Definitivamente, Papa no se consideraba dramaturgo.

En desventaja para el encuentro que planeaban pesaba la homosexualidad de Tom, y ninguno de sus tres amigos deseaba que Tom saliera herido.

Porque muchas veces Papa resultaba grosero, debía reconocer Elaine.

Papa podía mostrarse ofensivo con los homosexuales.

A un conocido de Keneth y ella, nada homosexual y querido hasta entonces por Papa, nunca le perdonó que sufriera mareos mientras navegaban en el Pilar. Lo atacó verbalmente por dar muestras de flojera y no quiso verlo más.

George Plimpton podría abundar en lo difícil que resultaba Hemingway, con o sin homosexualidad delante. Pues mientras trabajaban en la entrevista, no dejó de causarle problemas. Bien que se lo había advertido el propietario del gimnasio neoyorquino adonde Plimpton iba a boxear, que Ernest era un púgil impredecible, capaz de jugar sucio.

George Brown, propietario de gimnasio, sabía bien de lo que hablaba porque décadas antes había entrenado a Hemingway.

Lo curioso es que, una vez publicada aquella entrevista, Papa Hemingway pasó a tratar a Plimpton con afecto y la relación entre ambos marchaba desde entonces de maravilla.

Papa, había que decirlo, también era capaz de comportarse como un gran

tipo.

Como un amigo comprensivo y magnánimo, aseguraba Plimpton.

Tennessee Williams escuchó todas aquellas historias y declaró estar dispuesto a intentarlo. ¿Acaso no estaban en La Habana?

¿No se encontraban en La Habana de vacaciones? La Habana nunca lo defraudaba en su búsqueda de aventuras.

Le tocaría a Elaine sondear los humores de Papa. Entretanto, Keneth y George Plimpton fueron a ver lo que quedaba del Teatro Shanghái.

Era la primera vez en La Habana para Keneth Tynan, que había leído la novela habanera de Graham Greene y conocía de ella, y de diversos recuentos de viajeros, la leyenda del Shanghái.

A él le habría encantado asistir a uno de sus espectáculos, no solamente por curiosidad erótica, sino por interés dramatúrgico, pues planeaba una pieza teatral en la que todos los actores aparecerían desnudos en escena.

Llegaba tarde, lamentablemente. El guía que prometió mostrarle lo que quedaba del Shanghái, los llevó a él y a Plimpton hasta el apartamento minúsculo de una familia numerosa.

Convivían en ese apartamento la familia, una gallina blanca y una tortuga muy vieja.

La familia tuvo que ceder espacio a los visitantes extranjeros.

La gallina se metió debajo del sofá.

La tortuga se encerró dentro de su carapacho.

Trajeron un proyector que, a falta de mesa, colocaron en el piso, a corta distancia de una pared. Lo encendieron y en la pared aparecieron imágenes no mayores que el tamaño de una tarjeta postal.

Ahí estaba, ahí lo tenían. Para asomarse al Shanghái, Tynan y Plimpton tuvieron que arrodillarse, juntando casi sus cabezas.

Los decepcionó que aquello no fuera un espectáculo del teatro desaparecido, sino una de las muchas películas pornográficas con las que cada noche completaban el programa del teatro.

Pronto Plimpton perdió interés en las imágenes.

La anciana tortuga de la familia avanzó, decidida a investigar qué era aquello que relampagueaba en la pared.

Del teatro Shanghái no sobrevivía más que una vieja postal en movimiento, sí, pero la ciudad disponía de nuevos espectáculos para quienes la visitaran, tal como no tardaron en comprobar.

Una tarde en que los cuatro amigos comían club sándwiches mientras planeaban el almuerzo con Papa, se detuvo ante la mesa alguien a quien inicialmente tomaron por un turista americano, para reparar luego en el cinto militar y el revólver calibre 45 que portaba.

El tipo vestía camisa de mangas cortas y por la manga derecha le asomaba un tatuaje. Se presentó como el capitán Marks. Capitán del ejército rebelde cubano, pese a su nacionalidad estadounidense.

El capitán Marks, al que invitaron a sentarse, les contó su historia de combatiente en la tropa del Che Guevara. Habló con ellos de su actual desempeño.

Bajo su mando operaba el pelotón de fusilamiento de la vieja fortaleza española, al otro lado de la bahía. Él era quien se ocupaba de la gente sentenciada a pena capital por la justicia revolucionaria.

Ninguno tuvo claro si el capitán sabía quiénes eran. Quizás pudo considerarlos simples turistas en busca de diversión. En cualquier caso, aseguró que le daría gusto tenerlos como invitados en lo que calificó como una fiesta.

Una fiesta del otro lado de la bahía, en los fosos de la fortaleza de La Cabaña.

Dentro de un par de días, si todavía se encontraban en La Habana y deseaban contemplar algo de veras memorable, él podría llevarlos a la fiesta del otro lado de la bahía.

No habría problema alguno porque eran cuatro y cabrían en su auto.

Kenneth Tynan escuchó la invitación y se levantó de su silla tan bruscamente que estuvo a punto de arrastrar el mantel con todo lo servido.

Hizo ponerse en pie a Elaine, declaró lo repugnante que era codearse con un verdugo y, dirigiéndose al capitán Marks, lo amenazó con presentarse en la fiesta ésa de la que hablaba, no para contemplar cómo él despachaba a los sentenciados, sino para metérsele delante de las balas.

Dicho esto, Elaine y él se largaron.

El capitán apeló al buen sentido de los dos que quedaban en la mesa. ¿Qué mosca había picado a aquel amigo?

George Plimpton y Tennessee Williams prefirieron no hacer comentarios.

La invitación continuaba en pie, si estaban interesados.

George Plimpton lo estaba.

Lo estaba Tennessee Williams.

Acordaron con el capitán hora y punto de encuentro.

El capitán dijo que no los molestaría más y que sentía mucho que la joven pareja no hubiese comprendido sus intenciones. Porque él no sacaba ganancia alguna de la invitación que les hacía.

Antes de que se fuera, Tennessee Williams mostró interés por su tatuaje.

El capitán se remangó y dejó ver una calavera que apretaba con los dientes una daga. «Death Before Dishonor», podía leerse debajo.

Una buena divisa, reconoció Tennessee Williams.

El capitán agradeció el cumplido. Errol Flynn, que era una estrella de cine, le había pedido que actuara en una película.

Él haría de sí mismo en una película dirigida por Errol Flynn.

Haría de capitán Marks del ejército rebelde.

George Plimpton juzgó digna de admiración la respuesta airada de su amigo Kenneth, aunque se preguntó si un escritor con la encomienda de describir La Habana no habría hecho mejor en aceptar aquella invitación, por terrible que fuera. A él, que no tenía encargo editorial a la vista, le tentaba ser testigo de cómo hacían cumplir la ley en la nueva Cuba.

Para cuando los cuatro amigos volvieron a juntarse, Hemingway los acompañaba, y cada uno debió estimar que sería mejor no tocar el tema delante de él.

Por fin iban a conocerse Ernest Hemingway y Tennessee Williams.

Papa se mostró bien dispuesto. Bebía un daiquirí doble en su esquina acostumbrada de El Floridita, junto al busto del novelista Ernest Hemingway.

Plimpton y los Tynan bebían con él, a la espera de Tom.

Se encontraban de suerte porque Papa recordaba una representación de *La gata sobre el tejado de zinc caliente* de la que saliera exultante.

Tom tardaba ya casi una hora y sus tres amigos podían imaginárselo en la habitación del Nacional, indeciso acerca de qué ropa ponerse, animándose con tragos y con marihuana.

En ningún otro sitio del mundo él fumaba tanta marihuana como en La Habana, les había confesado.

Apareció finalmente, ataviado con una chaqueta azul, pantalones blancos de franela y una gorra de yatista.

La gorra debería ser un detalle de respeto hacia Papa, quien de momento no hizo ningún comentario acerca de ella.

Pasaron al restaurante y todo marchaba de modo inmejorable. Los recién conocidos echaban mano a cuanto tenían en común.

Key West, en primer lugar. Lo que había sido Key West y lo mucho que había cambiado con el tiempo.

El torero Antonio Ordóñez, si bien Tom se apresuró a declarar que él era un lego en el arte de los toros.

Gran tipo Antonio, se mostraron de acuerdo.

Coincidieron también en que un escritor necesitaba mantener el hígado y los riñones en buen funcionamiento, e intercambiaron recetas y recomendaciones de salud.

Volvieron por un momento a Key West y fue entonces que el almuerzo estuvo a punto de zozobrar, cuando Tom mencionó su amistad con la fallecida Pauline Pfeiffer, segunda esposa de Papa, y le preguntó por la causa de su muerte.

Tocaba, sin saberlo, una herida dolorosa.

Greg, el hijo de Papa y Pauline, había sido arrestado en el baño de señoras de un cine de Los Ángeles. Greg solía vestirse de mujer y debió considerar aquel servicio más apropiado que el de hombres. Hemingway conoció del arresto, mantuvo con la madre de su hijo una fuerte discusión telefónica y, pocas horas después, Pauline fue ingresada de urgencia en un hospital y falleció.

La contestación que Papa le dio a Tom sonó como una parodia de sus diálogos escritos.

«Pauline se murió. Se murió y estuvo muerta».

Tom se enteró de los detalles de la historia después de aquel almuerzo y escribió a Hemingway una carta de disculpa. Lo último que habría deseado, puso en su carta, era ofenderlo.

No había existido ofensa, sostuvo Papa en su cordial contestación.

Pero antes del intercambio epistolar consiguió recomponerse el almuerzo que los juntaba en La Habana. Cuando llegaron a los postres, Kenneth Tynan le preguntó a Papa si podría darle una carta de presentación para Fidel Castro.

Tom reconoció que también a él le agradaría conocer a Castro.

Papa Hemingway pidió papel a un camarero y escribió en español una nota de recomendación para ambos. Avisó, sin embargo, de que no podría garantizar que su nota resultara efectiva, dado que él y Castro no se

conocían personalmente.

Camino de vuelta a Finca Vigía, a solas con George Plimpton, preguntó por la gorra de yatista que Tennessee Williams llevaba. ¿De qué club náutico era comodoro?

Plimpton contestó que no tenía idea y se preparó para escuchar alguna de sus barbaridades.

Da igual, admitió Hemingway. El tipo era un grandísimo dramaturgo...

Sentados bajo la pérgola de Finca Vigía, Plimpton contó a Papa Hemingway de la fiesta del capitán Marks. Le habló de la reacción de Kenneth Tynan y del conflicto en que se hallaba él mismo, sin tener claro si debía ir o no a La Cabaña.

Fue una equivocación que invitaran a Kenneth, convino Hemingway. Kenneth no se hallaba preparado para aceptar determinados acontecimientos. Ahora bien, si lo que Plimpton quería escuchar era su recomendación, él le aconsejaba que no dejara de asistir.

Para un escritor era importante no eludir nada, dijo.

Mientras mantuviera bajo control sus reacciones, un escritor tenía que verlo todo con sus ojos. Y, muy especialmente, los excesos humanos.

¿Qué había decidido Tennessee Williams? ¿Iba o no iba?

«Tennessee quiere ir».

«Ahí tienes tú a un verdadero escritor».

En el día y la hora acordados, George Plimpton y Tennessee Williams aguardaron por el capitán Marks.

Esperaron por más de dos horas, el capitán nunca apareció y dedujeron que la airada reacción de Kenneth Tynan lo habría hecho desdecirse de su invitación.

Mucha mejor suerte corrieron Kenneth y Tom, recibidos efusivamente por Fidel Castro.

Cierto que necesitaron esperar a que concluyera un dilatado consejo de ministros, pero el encuentro, en opinión de Tom Tennessee Williams, mereció las tres horas de espera.

10

En La Habana quedaban muy pocos de los que solían reunirse en casa de Joe Stassi, junto al río Almendares. Meyer Lansky y Santo Trafficante eran de los que no se daban por vencidos. Habían construido en la ciudad magníficos hoteles y casinos, y les tocaba atravesar la mala racha hasta que los negocios retomaran su nivel.

Hasta que todo resurgiera.

Desde que Joe Stassi se marchara, celebraban sus encuentros en la cafetería Kasalta, un sitio discreto a esas horas de la tarde.

Bebían ginger ale y Lansky recordaba un episodio de hacía mucho tiempo.

Veinticinco años atrás una barcaza transportaba un gran alijo de armas y de máquinas de juego por el estuario de Long Island. Un alijo enorme, y entre esas armas y máquinas de juego iba Fiorello La Guardia, el alcalde de New York.

«Más de mil máquinas de juego confiscadas. Las armas eran de Frank Costello en su mayoría».

«¿Ninguna mercadería tuya allí?».

«No. No había nada mío en aquella barcaza».

Mentira, supuso Trafficante. Meyer siempre declaraba menos pérdidas de las que sufría.

Entre los montones de máquinas de juego, el alcalde Fiorello La Guardia se veía más bajo de estatura de lo que era. Bajo, sí, pero decidido.

Demasiado decidido, recordó Lansky.

La Guardia reiteró delante de los periodistas su propósito de limpiar la ciudad. Alzó una mandarria para ofrecer un buen gesto a los *flashes* de los fotógrafos, machacó un par de máquinas y comenzó a echar al agua el cargamento de armas.

Todo lo que cargaba esa barcaza terminó en el fondo del estuario.

«Después de eso, hubo que dejar Manhattan».

Meyer Lansky podría contar también cómo tuvieron que dejar Florida,

pero Santo Trafficante entendió el mensaje a la primera.

Era el modo de Meyer de decir que se largaba.

La historia, tal como Lansky alcanzaba a entenderla, no hacía más que repetirse. Manhattan, Florida y, ahora, La Habana.

¿Tendría él que buscarse otro lugar? Era de suponer que sí.

La cuestión era si, después de La Habana, existía algún lugar.

A diferencia de Santo, él se había hecho a sí mismo. No heredó las redes de juego de su padre, había forjado sus negocios desde cero en las calles neoyorquinas. Horas y horas en Delancey Street desentrañando el comportamiento de los apostadores. La Habana era su paraíso y se veía obligado ahora a abandonarlo.

Adiós, Manhattan.

Adiós, Saratoga Springs.

Adiós, Council Bluffs.

Adiós, Hallandale Beach.

«¿Estás diciéndole adiós a La Habana, Meyer?».

«No definitivamente».

«Un *hasta luego,* entonces».

Trafficante pronunció la frase en español.

Salvo el hombre y la niña de otra de las mesas, no había en Kasalta más clientes que ellos dos.

Padre e hija, determinó Lansky. Sostenían una conversación difícil y, dijera lo que dijera el padre, la niña no dejaba de llorar.

«Escuché que registraron tu nuevo apartamento».

Trafficante asintió.

No hacía ni un año se había mudado a un apartamento en la calle 12, en El Vedado, amueblado con piezas art déco auténticas.

«Destriparon cada uno de los muebles».

«¿Buscando qué?».

«Dinero escondido».

«Dinero escondido».

«Eran muy jóvenes, niños con armas largas».

En la otra mesa, el padre trató de abrazar a su hija, que se resistió.

«¿Vas a vender, Meyer?».

Meyer Lansky sonrió.

«¿No quedamos en que era un *hasta luego*?».

Pronunció las dos últimas palabras en español.

«Además, ¿quién podría comprarme el Riviera?».

Los casinos estaban dejando poca ganancia. De un momento a otro ordenarían cerrarlos y, sin casinos, los hoteles se hundirían. El corazón de toda la hostelería era el juego. Las habitaciones de hotel no eran más que la guarnición que acompañaba lo principal del plato. Si ellos dos construían hoteles era principalmente con el fin de sacarle a los jugadores hasta la última apuesta antes de que se metieran en la cama.

«Creí por un momento que ibas a proponérmelo».

«¿La venta del Riviera? ¿Cuándo se te ocurrió algo así?».

«Hace un momento».

Lansky le encontró gracia.

«Bastantes problemas tienes tú ya».

La niña había dejado de llorar en la otra mesa.

«Están despidiéndose».

«¿Quiénes?».

«Ésos. Padre e hija».

Trafficante no mostró demasiado interés.

«¿Despidiéndose?».

«Eso parece».

La luz de la tarde filtrada por los toldos, las palabras de consolación que su padre le decía, lo que comía ella sin deseo… Todo cuanto Meyer Lansky veía desde su mesa iba a formarse como un recuerdo imborrable para aquella niña.

Lansky regresó a lo que él y Santo compartían. Existía la sospecha de que ambos ocultaban sus ganancias. Sospecha gubernamental, nada recomendable dado los tiempos que corrían.

Era otra vez Fiorello La Guardia golpeando con su mandarria, pero un Fiorello La Guardia más alto y con una mandarria más pesada.

Santo y él tenían que soportar las visitas de inspectores estatales que se entrometían en la contabilidad. En cualquier momento, esas sospechas gubernamentales podrían convertirse en acusaciones formales. Y La Habana no era Manhattan, Saratoga Springs o Hallandale Beach, donde cualquier problema se resolvía contratando al mejor abogado.

En La Habana el gobierno fusilaba.

La defensa de los juicios revolucionarios era cualquier cosa menos fiable.

Si los rumores escuchados por Lansky contaban con alguna base, rumores acerca de contribuciones monetarias hechas por Santo Trafficante a la guerrilla de Castro, de poco parecían servirle ahora esas contribuciones.

Meyer Lansky se citaba con él por respeto, para despedirse lo más formalmente posible. Dejaba La Habana. Su hermano Jake quedaba a cargo del Riviera. Santo permanecería en la ciudad y, llegado el momento, daría aviso para el regreso.

El hombre de la otra mesa miró hacia ellos y Lansky tuvo la certeza de que los identificaba.

¿Quién era ese tipo?

¿Y si todo ese episodio con la niña no era más que una pantomima de vigilancia?

Leque reconoció a los dos hombres en la otra mesa, aunque andaba sin tiempo para ponerse a conjeturar qué hacían reunidos en Kasalta Meyer Lansky y Santo Trafficante. La madre de Laurita se la llevaba a Miami, él tenía prohibido despedirla en el aeropuerto, y se despedían allí como si fuese una tarde cualquiera en que los dos paseaban.

Evitó mirar de nuevo hacia la otra mesa ocupada. Observó la luz de la tarde filtrada por los toldos, el *sundae* apenas probado por Laurita, la etiqueta de cerveza a medio despegar de la botella.

Habían ido al cine y, a mitad de la película, Laurita le pidió que salieran.

Porque escuchaban las carcajadas de todo el cine y ellos dos no conseguían reírse de nada.

Laurita salió llorando del cine.

Él prometió que iría a visitarla pronto.

Laurita quiso saber por qué no se iba a Miami también.

Le prometió que iría a verla en el *ferry*. Llevaría el carro para pasear juntos por Miami.

Lansky y Trafficante examinaron al hombre que abrió la puerta y caminó bamboleándose hasta la mesa del padre con su hija.

El tipo llevaba un traje caro y no reparó en ellos.

Se le sumaron el padre y la niña, y los tres caminaron hacia la salida.

A punto de irse, la niña regresó a la mesa y despegó la etiqueta de una botella de cerveza.

La niña se pegó la etiqueta a la blusa, dándole unos toquecitos. Ahora llevaba como insignia la cabeza de indio de la etiqueta y echó una mirada a

los dos desconocidos.

Trafficante formó una pistola con sus dedos e hizo un disparo a la cabeza del indio.

Ella supo reaccionar a tiempo. Interpuso su mano derecha entre el disparo y su insignia, y disparó a Santo Trafficante con la izquierda.

Disparó también a Meyer Lansky.

Lansky descubrió el terror en el rostro del padre de la niña, y dedicó un saludo a los dos hombres de la puerta.

«Tiradora zurda».

«Tiradora zurda».

«Date por invitado, Meyer».

«Gracias, invito yo a la vuelta».

«Ginger ale, no lo olvides».

«No se me olvidará».

Se dieron la mano.

Meyer Lansky subió al Chevrolet y ordenó a Jaime que fueran por Quinta Avenida.

No tuvo que indicarle a dónde.

Cuando llegaron a los terrenos del futuro Montecarlo de La Habana, Lansky se bajó del carro. Caminó como buscando algo que se le hubiera caído entre la hierba y dio la espalda al Chevrolet para que Jaime no lo viera hablando a solas.

«¿Cuándo volveremos a encontrarnos de nuevo, con trueno, rayo o lluvia?».

Hizo una pausa antes de contestar a la pregunta.

«Cuando termine el caos, cuando la batalla se pierda y se gane».

Eran frases de William Shakespeare. No de *El mercader de Venecia*, obra de la que él se sabía tantas de memoria, sino de *Macbeth*.

Las pronunciaban en *Macbeth* unas brujas, lo cual no restaba valor a las palabras. Por el contrario. Las brujas conocían lo que iba a suceder en el futuro, conocían el significado de la fatalidad y del destino.

Meyer Lansky las pronunciaba en nombre de todos los que soñaban con el Montecarlo de La Habana y con una Habana que superaría a Las Vegas hasta convertirse en la ciudad de entretenimiento más grande del mundo.

Volverían allí después de perdida y ganada la batalla.

11

Andaban metidos de lleno en los preparativos del torneo de pesca que llevaba su nombre. Haría pronto una década que lo celebraban y él debió pasar por encima de unas cuantas supersticiones personales hasta aceptar que fuera bautizado como Torneo Hemingway.

En tres ocasiones durante esos casi diez años, Ernest Hemingway había entregado la Copa Hemingway, donada por Ernest Hemingway, al propio Ernest Hemingway.

Mary Hemingway había sido ganadora en un par de certámenes.

El fuerte de la competencia descansaba hasta entonces en las embarcaciones venidas del norte. No sería así ese año, aunque otras dos novedades animaban las expectativas. La primera, que a bordo de los barcos expropiados a la burguesía cubana competirían trabajadores. La segunda, que el comandante Castro iba a ser uno de los competidores.

El Torneo Hemingway respondía así a los cambios ocurridos dentro del país, a los nuevos tiempos que vivía Cuba.

Hemingway, el escritor, no el torneo, se hallaba de un ánimo inmejorable. Dio instrucciones a Gregorio, el patrón del Pilar, para que preparara los mejores cebos. En tierra todavía, se metía las manos en los bolsillos y abría las piernas como si estuviera a bordo ya, en la postura que adoptaba cuando se proponía soltar algo aventurado.

Pero no decía nada, y eso significaba que Papa era feliz y sentía grandes deseos de navegar.

Cuando en el Miramar Yacht Club sonó el cañonazo de salida y zarparon las setenta y seis embarcaciones en competencia, la ocasión prometía ser venturosa. Era un hermoso día de mayo y muchos esperaban que las tres jornadas del torneo resultaran espléndidas en pesca.

Una esperanza que no suscribía el patrón del Pilar, Gregorio. Y muy pronto se echó de ver que Gregorio llevaba razón y los elementos no estaban a favor de la competencia. Pues el curso de la Corriente del Golfo,

usualmente desplegado un centenar de millas por la costa norte, estaba reducido a unas pocas millas.

Quince, calcularon. Y eran demasiadas embarcaciones para tan poca franja. Así que habría que apretarse y algunos barcos tendrían que pescar en la estela de otros.

Los del Pilar comprendieron que así no lograrían mucho, y el regocijo a bordo pasó, de procurar el más rotundo ejemplar, a seguir las maniobras del yate en el que competía Castro.

Con sus prismáticos de la marina de guerra americana, Ernest escrutaba los esfuerzos deportivos del comandante y lo contaba como quien narra en la radio una pelea de boxeo.

«No es un pescador avezado, está lejos de ello. Pero se muestra concienzudo y cumple con las normas del torneo. Recoge el hilo y no trata de cobrarse enseguida la pieza. Sabe esperar a que la presa haya tragado bien el anzuelo».

Un buen pescador, como sabían en el Pilar, respetaba los tiempos de la presa.

En la segunda jornada de torneo hubo que maniobrar en circunstancias no muy distintas. Poca franja, demasiados barcos y, para empeorar las cosas, la mayoría de los competidores eran aficionados y no dejaban de comportarse como tales.

A juzgar por las capturas, no iba a ser un certamen memorable.

Si, contra esos pronósticos, terminó siéndolo, fue por la ocasión histórica que representaba. En el cierre de la última jornada no cabía un periodista más al pie del podio. Reporteros y fotógrafos se empujaban para captar el instante en que Ernest Hemingway entregara la Copa Hemingway a Fidel Castro, líder indiscutible de capturas en el torneo.

Cinco piezas anzueladas le valieron el trofeo al comandante, quien subió a recogerlo en uniforme militar.

Ernest Hemingway le tendió la copa de su nombre. Se abrazaron los dos, barbudos y de estatura semejante.

No habían coincidido antes y el joven comandante aprovechó la oportunidad para confesarle que era un gran admirador suyo. Había leído *Por quién doblan las campanas* subrayando muchos de sus párrafos. Leyendo el libro, no como una novela, sino como el manual de guerrilla que en verdad era.

Castro confesó haber sacado de *Por quién doblan las campanas* varias de las estrategias puestas en práctica en su lucha en las montañas. De manera que le agradecía a Hemingway, no sólo esa copa que llevaba su nombre, sino sus magistrales lecciones de guerra de guerrillas.

Un abrazo más entre tan grandes hombres y el consabido revuelo de fotógrafos.

Fidel Castro junto a las grandes piezas capturadas por él.

Fidel Castro junto a Ernest Hemingway.

Fidel con los pescadores.

Fidel entre el pueblo asistente a la premiación del Torneo Hemingway…

Una semana después de la premiación del torneo, los Hemingway tuvieron a cenar en Finca Vigía, como cada jueves, al embajador Phil Bonsal.

Camino hacia Finca Vigía, el auto del embajador cruzó junto a vallas de propaganda contra su país, contra el imperialismo yanqui. Phil Bonsal no sabía cuánto duraría en ese destino. En cualquier momento lo reclamaban desde Washington y le correspondería cerrar la embajada.

A los amigos que lo invitaban esa noche les estaba reservada, aunque aún no lo supieran todavía, una suerte no muy diferente a la suya.

El embajador Phil Bonsal esperó al café para darle a Hemingway el mensaje de Washington que traía.

Se trataba, advirtió, de un mensaje importante, aunque informal.

«Informal, aunque importante».

«Tal cual, Ernest».

En Washington, comentó el embajador, comenzaban a plantearse la ruptura de relaciones con Cuba.

«Creí que era un asunto más que planteado».

«Viene y va. No quisieran llegar a ello, pero empieza a considerarse seriamente».

«Así que ruptura de relaciones».

«En efecto».

Y en Washington se preguntaban por él.

Hemingway miró a Phil, extrañado.

«¿Por mí? ¿No es por ti por quien tendrían que preocuparse?».

«Si me permites la expresión, a mí me silban y vuelvo corriendo. Eres tú quien verdaderamente les preocupa».

«¿Y por qué tendrían que estar verdaderamente preocupados por mí en

Washington, Phil?».

El embajador tomó un sorbo de café antes de responder.

«Porque de todos los ciudadanos americanos residentes aquí, eres el más conspicuo».

«¿Conspicuo?».

«Que se te ve demasiado».

«Conozco el significado de la palabra, ¿pero lo han dicho así?».

«No exactamente. Intento reconstruir las razones detrás del mensaje que me han pedido darte».

«Un mensaje informal, aunque importante».

«Tal cual».

«Supongo que no habrá gustado allá que entregara a Castro un trofeo».

«Es más que eso, Ernest. Aunque ciertas imágenes resultaran difíciles de tragar».

Mary preguntó al embajador si se refería a las fotografías de la premiación del Torneo Hemingway.

El embajador asintió.

«¿A ti se te hizo difícil tragarlas, Phil?».

«No hablo por mí, Ernest».

«Lo sé, pero contesta a mi pregunta».

«Me temo que no han sido imágenes oportunas».

Hemingway asintió.

«¿Y qué quieren los de Washington?».

«Que pongas punto final a tu residencia aquí en La Habana».

Hemingway miró a Mary y miró a Phil Bonsal.

«¿Abandonar Finca Vigía?».

«No solamente eso».

«¿Falta algo más?».

«Sería apreciado que hicieras público tu desagrado por el gobierno de Castro».

Hemingway cerró en un puño su mano derecha.

Volvió a abrir la mano.

«Finca Vigía es mi casa, Phil. Ha sido mi casa por muchos años y no veo ningún motivo en cómo gobierne o pesque Castro para que yo tenga que cambiar mi vida. Nuestras vidas, la mía y la de Mary. ¿Sabes a cuántas revoluciones he asistido en este país? Mi trabajo consiste en escribir. Las

revoluciones que puedan ocurrir en Cuba no son de mi incumbencia».

«Entiendo todo eso, Ernest».

Hemingway pidió con un gesto que lo dejara concluir. Porque se veía en la necesidad de dejar fuera de toda duda su patriotismo, su lealtad a los Estados Unidos donde quiera que residiera. En el mundo entero él era visto como un escritor estadounidense.

«Permíteme, Ernest. Nadie ha puesto en duda tu lealtad a la nación. Nadie en Washington lo ha hecho».

«Ni mis peores críticos podrían».

Y estuvo a punto de mencionar a John Edgar Hoover, pero se contuvo. Mejor no mencionar el FBI en una conversación como ésa.

«No encuentro ningún punto objetable en todo cuanto acabas de decir, Ernest».

«¿Y entonces?».

«Entenderás que en Washington no aprecian la situación del mismo modo que la entiendo yo. Allá consideran que lo que se avecina te sobrepasará y tú tendrías que atenerte».

«¿Atenerme?».

«En efecto».

«¿Atenerme a qué?».

«Bien, rotas las relaciones diplomáticas entre ambos países, como terminará por ocurrir más temprano que tarde, te tocaría tomar partido. Esto podría convertirse en una guerra entre ambos países, y jamás se me ocurriría explicarte, precisamente a ti, las cosas que pueden suceder en una guerra».

Hemingway asintió y movió la cabeza a un lado y otro.

Asentía para negar con más contundencia.

«En Washington tienen miedo de que me convierta en un traidor».

«No ha sido formulado así».

«Pero no dudarán en formularlo así».

«No voy a negarte que podrían llegar a hacerlo».

«¿Más café, Phil?».

Phil Bonsal declinó el ofrecimiento de Mary.

«Permíteme insistir en que ésta ha sido una conversación de carácter privado».

Como buen diplomático, Phil Bonsal tuvo el tino de cambiar de tema.

Habló de diversos asuntos ligeros y, en un momento de la conversación, mencionó Idaho de pasada.

Ahí está, comprendió Hemingway. Idaho era el destino que le recomendaban desde Washington. En Washington estaban al tanto de que él se había comprado un refugio cuyas ventanas daban al río Big Wood.

La noche de ese jueves se le hizo imposible dormir. El viernes, cumplido el trabajo del día, hizo sus largos en la piscina y, al salir del agua, recordó a Black más que nunca.

Él siempre se acordaba de Black.

Su tumba quedaba a un costado de la piscina, entre las tumbas de los gatos de Finca Vigía.

Black lo esperaba siempre, la cabeza encima de sus sandalias, mientras él nadaba. Black había muerto de un culatazo en un registro policial de la finca en busca de armas. Él se encontraba de viaje en ese momento. Batista quiso condecorarlo después con la Orden Carlos Manuel de Céspedes y él aceptó, a condición de que la celebración no fuese en el Palacio Presidencial.

Batista le otorgó también la Orden San Cristóbal.

Batista le mató a su perro Black y él supo vivir con ese odio y aceptar los honores del dictador y continuar allí, en Finca Vigía.

Ningún soldado de Fidel Castro le había matado a él un perro.

Cuando Mary escuchó los disparos, supo que Ernest volvía a dispararle a las tiñosas.

Las tiñosas dibujaban en el cielo una V de victoria y él se encargaba de tumbarlas una a una.

Les disparaba desde la Torre Blanca. Las bautizaba con nombres de sus enemigos y procedía a derribarlas.

«Bernard DeVoto».

¡Bang!, y una V menos en el cielo.

«William Faulkner».

¡Bang!, y una V menos.

DeVoto había publicado que los personajes de sus libros eran unos antropoides. Faulkner no dejaba de escribir y publicar. Sin embargo, ese viernes todas las tiñosas abatidas respondían al nombre del director del FBI.

«John Edgar Hoover».

¡Bang!, y una V menos en el cielo.

«John Edgar Hoover».

¡Bang!, y una V menos.

«John Edgar Hoover».

¡Bang!, y una V menos.

Cuando no quedó ningún Hoover a la vista, bajó de la Torre Blanca tan satisfecho como si hubiera puesto punto final al libro que escribía.

Dejó a Mary la tarea de entenderse con los policías que llegaban a investigar esos disparos.

Las noches de viernes eran noches de boxeo en Finca Vigía. Desde Madison Square Garden televisaban las peleas y ellos las seguían en un televisor dispuesto en la cocina. Se reunían frente al televisor los invitados a cenar, el personal masculino de servicio y jugaban cantidades simbólicas que permitieran apostar a todos.

Esa noche, entre una apuesta y otra, a él lo asaltó la idea de que apenas llegara la guerra anunciada por Phil Bonsal dejarían de transmitirse las peleas desde Madison Square Garden.

A la mañana siguiente, como cada sábado, salieron en el Pilar. Regresaron del mar y se fueron a cenar a El Floridita, él de guayabera y Mary con un hermoso vestido.

El domingo habrían asistido a las peleas de gallos, de no encontrarse prohibidas. Pero las peleas de gallos habían quedado prohibidas antes de que rompiera la guerra.

12

Salía el sol y uno no sabía a qué nueva ley, aprobada sin previa discusión, tendría que enfrentarse. Y así, cada día. Al doctor Leque no le complacían las nuevas leyes del país y a quienes dictaban e imponían esas leyes en el país no les complacía que existiera una revista de espectáculos como la que él publicaba junto a su socio. Así que Vic y él decidieron adelantarse a las autoridades y clausurar *Fenomenal*.

Leque también se despedía de su bufete de abogado.

Se despedía de La Habana, se iba del país.

El anuncio lumínico del restaurante Lafayette permanecía encendido, aun cuando era mediodía, y Vic se lo encontró en su mesa de siempre.

El camarero trajo un café con leche, repostó en cerveza a Leque y dijo alegrarse de verlos.

Era el único camarero conocido que quedaba en el Lafayette, como si hubieran pasado muchos años desde la última vez que vinieran.

Vic le preguntó si lo tenía arreglado todo.

«Todo listo, pero nada arreglado».

«Así van las cosas, Doc. ¿No vendrá Maggie?».

Leque mostró en una sonrisa sus dientes infantiles.

«Maggie me dijo que había tenido suficiente ya y no quería verme nunca más en su vida».

«¿Eso te dijo?».

«Y a ti tampoco».

«¿A mí?».

«No quiere vernos nunca más. Ni a ti ni a mí».

«¿Y eso por qué?».

«Porque tú y yo somos un par de explotadores y no hicimos otra cosa que explotarla. A ella y a todas las mujeres que salieron en las páginas de *Fenomenal*».

Vic soltó un silbido.

«¿No tenía un buen sueldo Maggie, Doc?».

«Claro que tenía un buen sueldo. Hasta ayer mismo».

«Yo nunca estuve detrás de ella».

«Yo tampoco».

«¿Seguro?».

«Bueno, fue algo pasajero y ella no podrá decir que la obligué».

«Así que explotadores… Eso suena a Fidel Castro».

Maggie había pasado de leer en voz alta la crónica roja, a repetir frases de los discursos de Fidel.

«Ahora es revolucionaria, Vic».

«Trinará contra los americanos porque su novio americano la engañó».

«Me tiró el teléfono».

«Ah, cumplió el sueño de toda secretaria».

«¿El sueño de toda secretaria? ¿El sueño de toda secretaria no es casarse con el jefe?».

«Ése es el sueño bueno».

Cada uno esperaba a que el otro preguntara qué hacían ocupándose tan extensamente de Maggie. Si hablaban de ella era por no hablar de lo que más les dolía. Planes idos al diablo y ellos despidiéndose allí.

Pasaron revista de los conocidos que habían salido del país en las últimas semanas. Según sus cuentas, más de la mitad de los nombres impresos en *Fenomenal* estaba ya fuera de Cuba.

«¿Y tú, Vic?».

«Soy tan feliz, nada me preocupa el mundo. Por ser así, sé que temor casi infundo».

Era una línea de canción, pero a Leque le pareció que, por rara vez, encajaba como respuesta.

Discutieron cuál de los dos tendría que pagar.

«Tú deberías tener un gesto conmigo, ya que te largas».

«Visto así, eres tú quien debería tener ese gesto».

Vic se resignó a pagar.

«¿Y ésa es toda la propina que vas a dejar?».

Vic tendría que considerar que se trataba del último camarero al que conocían allí en el Lafayette.

«Pero no hay que malacostumbrarlo, Doc».

«Vamos, compórtate como el burgués que eres».

«Burgués explotador».

«Déjale un poco más».

«Oye, que es una propina, no su jubilación. Tú te vas, pero yo me quedo».

Leque le echó una mirada desconfiada.

«Dudo de que vayas a volver por aquí».

«Vendré para recordar momentos como éstos».

Leque se echó a reír.

«Suena como un bolero».

«Pues no es ningún bolero».

«Sin lágrimas, Vic».

«Si no lloré por Maggie, qué voy a llorar por ti».

Anduvieron hasta el parque Cervantes, donde Leque había dejado el carro.

Pasó una máquina de alquiler, Leque la paró y le entregó a Vic las llaves de su auto.

«En la guantera te dejé los papeles del traspaso».

El Lincoln Premiere era parte de la liquidación del negocio en común.

«Trata de no perderlo apostando».

«Voy a parquearlo dentro de mi banco. ¿Para qué paras una máquina? Yo te llevo».

«Tú no debes acordarte ya ni de meter primera».

Se dieron un abrazo.

«Cuídate, amigo».

«Mucha suerte, Doc».

Cuando la máquina de alquiler sacó a Leque del parque, Vic hizo sonar las llaves del Lincoln. Se sentó al timón, buscó en la guantera los papeles del traspaso, y descubrió entre los papeles una pistola.

Una Luger P08.

Como las del ejército alemán.

No estaba cargada.

No tenía idea de que Leque anduviera armado. Chequeó la guantera por si contenía alguna otra sorpresa, se guardó los papeles del carro y prefirió dejar la Luger allí. Pero antes la limpió de huellas con su pañuelo.

Dentro del maletero encontró una goma de repuesto, un gato hidráulico, dos cajas de ejemplares del último número de la revista, que no había llegado a circular.

Nunca le había gustado el color de este Lincoln, verde como un caramelo

de menta. Lo cerró con llave, se marchó a pie y en los días que siguieron no dejó de repetirse que tendría que pasar a buscarlo, meterlo en el garaje y deshacerse de la Luger.

Cada día se lo encargaba para el día siguiente, y al día siguiente volvía a postergarlo. La Luger dentro de la guantera del Lincoln Premiere verde menta era un pescado que cada vez olía peor.

Pasaron varias semanas. Un día recibió una postal sin remitente.

La letra era la letra de Leque, que apenas se entendía. Vic descifró de la postal que las cosas iban saliéndoles a pedir de boca. Al pie de los garabatos, en lugar de su firma, venía la marca roja de unos labios.

Darlene Bárbara mandaba a Vic su cariño.

En el anverso, la estatua de una mujer desnuda tensaba un arco.

Diana, contestó como si estuviera llenando un crucigrama.

Recibir la postal lo hizo decidirse a recoger el carro que le traspasara su antiguo socio. Regresó al parque Cervantes para comprobar que, donde hacía unas semanas dejara el Lincoln, estaba parqueado un Pontiac Chieftain del 57, rojo y con la defensa rota.

Por ninguna de las cuatro calles del parque Cervantes se veía un Lincoln Premiere verde menta del 58.

«Ya yo te iba a querer, pero me arrepentí. La luna me miró, y yo la comprendí».

Calculó que, si se habían robado el carro, no tendría que preocuparse ya por la Luger. Pero, de habérselo llevado la grúa, le tocaría escuchar una que otra pregunta acerca de aquella pistola.

A unas cuadras de allí, cruzó junto a la entrada del Lafayette. El cartel lumínico del restaurante, con letras como las de un Bel Air, seguía iluminado como siempre, pese a ser pleno día.

13

A la sombra de un mango florecido de Finca Vigía, Anastás Mikoyán examinaba aquel árbol. Un intérprete le notificó en ruso que allí tenían plantadas dieciocho variedades de mango. Mikoyán celebró con un gesto tanta variedad e hizo que el intérprete preguntara a Mary Hemingway cuál de entre todos esos árboles daba los mangos más deliciosos.

Anastás Mikoyán, jefe de la primera delegación soviética de visita en La Habana, caminó hasta el mango señalado por Mary Hemingway, que ni remotamente era el más corpulento ni el más vistoso.

La señora Hemingway lamentó que no hubiesen venido a visitarlos en plena temporada de mangos.

Mikoyán respondió con una gran sonrisa, y el intérprete notició a Mary Hemingway que el camarada Mikoyán amaba la cocina y, luego de saborear platos preparados por él, sus invitados no dudaban en adjudicarle el título de maestro de la cocina armenia.

Anastás Mikoyán prometió que la próxima vez que visitara a los Hemingway se metería en los fogones.

Treinta y seis horas antes, un funcionario a cargo de la agenda de la delegación soviética había telefoneado a Finca Vigía pidiendo hablar con el señor Ernest Hemingway.

Mary se puso al teléfono y le aseguró que podría tratar con ella cualquier asunto que lo hubiera hecho llamar.

En tal caso, el funcionario quiso saber si la señora Hemingway estaba al tanto de que una delegación venida desde Moscú se encontraba de visita oficial en La Habana.

Mary dijo estar al tanto.

La voz del funcionario adoptó entonces el tono más ceremonioso posible para anunciar que el jefe de esa delegación, el camarada Anastás Mikoyán, era entusiasta lector de la obra literaria de Ernest Hemingway. Y uno de los más grandes anhelos del camarada Mikoyán en esta visita a Cuba era el de

conocer en persona al señor Hemingway. ¿Sería tan amable el señor Ernest Hemingway de concederle al camarada Anastás Mikoyán un poco de su tiempo?

Ambos podrían reunirse en la mansión que hospedaba a la delegación soviética.

O bien el camarada Mikoyán podría visitar al escritor en su propia casa.

A lo que Mary Hemingway contestó que para su esposo y para ella sería un placer recibir al señor Mikoyán al día siguiente.

La idea de unos visitantes rusos en Finca Vigía no cayó nada bien a Ernest, aunque debió reconocer que era mejor recibirlos allí, donde contaban con mayor privacidad, que verse con ellos en cualquier otro sitio.

Le preocupaba lo que fuera a trascender del encuentro. Porque si unas fotografías en las que él aparecía junto a Castro resultaron difíciles de tragar en Washington, cuántos desastres digestivos no produciría una imagen suya junto a un enviado del Kremlin.

Mary calculó que recibirían a un puñado de visitantes y ordenó preparar merienda para ocho comensales.

Cuando la reja de Finca Vigía se abrió para dejar pasar a la comitiva soviética, Mary vio llegar seis automóviles repletos de gente.

Necesitó recurrir a uno de sus trucos para combatir los imprevistos. Hizo sacar del refrigerador el bacalao cocinado para la comida y dictó instrucciones de cómo alargarlo.

Mientras tanto, Ernest aguardaba en la puerta, vestido como si fuera un sábado de cenar en El Floridita.

Cada integrante de la delegación le fue presentado por su nombre y patronímico, y él le estrechó a cada uno la mano.

Se amontonaron, como pudieron, en el salón. La visita de la delegación soviética al hogar del gran escritor Ernest Hemingway se inició con la entrega al autor de un ejemplar de sus obras completas traducidas al ruso y encuadernadas en piel reluciente.

Él agradeció el regalo. No tenía ni la más remota noticia de que esas obras completas hubieran sido publicadas.

A través de su intérprete, Anastás Mikoyán declaró que Ernest Hemingway era el más popular de los autores extranjeros cuyas obras podían encontrarse en las librerías de la Unión Soviética, traducidas a las muchas lenguas de las repúblicas.

La noticia halagó a Hemingway, aunque no dejó de comentar que tenía entendido que era otro escritor norteamericano el preferido de los lectores rusos.

Jack London, según tenía entendido.

El jefe de la delegación soviética protestó en cuanto fueron traducidas sus palabras. Aquella era una imprecisión que el intérprete tendría que ayudarle a despejar de inmediato.

Jack London gozaba, en efecto, de un gran número de lectores en la Unión Soviética, pero de ningún modo el número de lectores soviéticos de Jack London se aproximaba al número de lectores soviéticos con que contaba el Premio Nobel de Literatura Ernest Hemingway.

Él se sintió más halagado aún y, puesto que hablaban de tan exorbitante número de ejemplares vendidos, se preguntó a dónde habrían ido a parar las ganancias que le correspondían en proporción con esas ventas. ¿O acaso en el comunismo no existía la propiedad intelectual?

De aquellas obras completas en ruso y en otras lenguas de las diversas repúblicas soviéticas, él no había visto un dólar. ¿Bajo qué acuerdo habían sido publicadas?

Eran preguntas que se hacía a sí mismo, aunque el camarada Anastás Mikoyán pareció leerle el pensamiento, pues inmediatamente anunció que las ganancias por sus libros lo esperaban en la Unión Soviética.

El señor Hemingway podría visitar el país de los soviets y gastar allí el monto de sus derechos de autor.

Luego de tan oportuna aclaración, él no sintió reparos en averiguar si existía algún modo de recibir sus honorarios sin tener que hacer el viaje.

Mikoyán asintió a cuanto cuchicheaba el intérprete, pero concluyó con una decidida negación de cabeza.

La mejor opción para el señor Hemingway residía en visitar la Unión Soviética. Sería lo más conveniente pues, en caso de sacar del país sus ganancias, tendría que afrontar los impuestos indicados por la legislación soviética.

Y en cuanto al monto de esos impuestos, Mikoyán y un par de integrantes de la delegación celebraron una breve consulta.

Terminada la consulta, el intérprete avisó que el camarada jefe de delegación, Anastás Mikoyán, deseaba brindar al señor Hemingway una sinceridad a la altura de la admiración que sentía por sus obras literarias. Y,

en nombre de tal sinceridad, el camarada jefe de delegación tenía que reconocer que no iba a ser muy apreciable la cantidad de dinero que el señor Hemingway lograría extraer de la Unión Soviética después de pagar los debidos impuestos.

En vista de ello, la mejor opción para el señor Hemingway consistía en visitar la Unión Soviética junto a su esposa y gastar allí, en hermosos y valiosos bienes, sus ganancias en rublos por derechos de autor.

Gastos de viaje y hospedaje correrían por el Estado soviético. Los señores Hemingway podrían considerarse invitados por la patria mundial de los obreros y los campesinos.

Despejado el laberinto burocrático, el intérprete de la delegación soviética se extendió acerca de la felicidad que la presencia del escritor aportaría a esos millones de lectores que en la Unión Soviética amaban sus cuentos y novelas.

Él llevó el intercambio de cortesías hasta confesar su viejo sueño de visitar las casas de Tolstói y Dostoievski.

La Finca Vigía de Tolstói y la Finca Vigía de Dostoievski, se permitió afirmar Anastás Mikoyán para regocijo general.

Mary anhelaba desde siempre un abrigo de marta cibelina. El abrigo de Mary, la visita a la residencia de los dos más grandes novelistas rusos, los millones de lectores… Tal vez iba siendo hora de viajar a la lejana Rusia.

La perspectiva de una visita del gran escritor norteamericano animó a la delegación rusa. Salieron al jardín, la merienda fue servida bajo la pérgola, y los invitados no dejaron ni una miga del bacalao de Mary.

Anastás Mikoyán, responsable de aprovisionamiento de las divisiones soviéticas durante la guerra contra Hitler, reiteró su interés por los árboles frutales. Mary lamentó de nuevo que no hubiesen venido a visitarlos en plena temporada y, escuchándolos conversar acerca de los árboles que crecían en Finca Vigía, Hemingway cayó en la cuenta de que Mary y él no estarían allí cuando esos mangos maduraran.

Habría guerra y los mangos madurarían en las ramas.

Herbert L. Matthews visitó Finca Vigía días después y él le contó a su viejo amigo acerca de la visita de la delegación soviética.

Ambos recordaron a los consejeros soviéticos que habían conocido en la guerra de España.

Al corresponsal de *Pravda*, Mijaíl Koltsov. A otros más.

Muertos todos, pues ninguno había conseguido sobrevivir a Stalin.

Recordaron la inteligencia sarcástica de Koltsov.

Recordaron su pésima dentadura, que le hacía escupir a quienes hablaba.

Herb Matthews estaba en La Habana para entrevistar a Fidel Castro y confiaba en Ernest lo suficiente como para quejarse de la situación por la que atravesaba. Comentó a Ernest acerca de las acusaciones de comunista que recibía.

Lo acusaban de comunista por su cobertura de la actualidad cubana. Atacaban al *Times* por ofrecerle espacio a un sujeto de su calaña, así decían.

El viejo amigo Ernest intentó animarlo. Alguien tendría que contar al mundo lo que ocurría en Cuba y nadie mejor para ello que Matthews.

Herbert L. Matthews no podía estar más de acuerdo con él, pero incluso dentro del periódico se le estaban presentando dificultades. Los jefes no lo dejaban publicar libremente sobre Cuba. Suprimían de sus artículos todo aquello que consideraban de un entusiasmo exacerbado.

Cuarenta años de labor periodística construyéndose una reputación para que ahora vinieran a tacharlo de comunista y a vigilarle el tono de lo que escribía.

Son tiempos difíciles, reconoció Ernest.

También a él le vigilaban sus entusiasmos.

Y contó a Herb acerca del mensaje que trajera a Finca Vigía el embajador Phil Bonsal.

Herb preguntó si ese Phil Bonsal, embajador, estaba relacionado con Stephen Bonsal.

Hijo de Stephen. Los dos conocían a su padre, Stephen Bonsal, corresponsal en varias guerras.

Herb preguntó qué haría respecto al mensaje que le trajera el hijo de Stephen Bonsal.

Él contestó que se largaba.

La guerra no había terminado.

Seguía. Para ellos siempre seguía.

Como los dos viejos combatientes que eran, no dedicaron ni un instante de su conversación a las batallas inminentes, sino que hablaron de viejas batallas.

De España, una vez más.

Herb ya cubría los enfrentamientos cuando Ernest arribó a Madrid.

Ernest Hemingway leía los artículos publicados por Herbert L. Matthews y lo admiraba desde antes de conocerlo.

Recordaron a conocidos y amigos. A Sefton Delmer, corresponsal del *Daily Express* de Londres, quien llegó a entrevistar a Hitler y en Madrid andaba siempre provisto de vinos de la bodega del Palacio Real, botellas que compraba en un bar anarquista de la Puerta del Sol.

A Robert Capa, amigo de los dos y un fotógrafo tremendo.

Pasaron lista de cada uno de los corresponsales de guerra hospedados en el Hotel Florida, en cuya recepción Don Cristóbal se ocupaba obsesivamente de su colección de sellos.

¡Filatelia en medio de los bombardeos! La pasión de coleccionista de Don Cristóbal volvió a hacerlos reír.

«En cuanto se escuchaba la primera bomba tú abrías las ventanas de tu habitación».

Matthews recordaba los bombardeos en la habitación de Ernest del Hotel Florida. Las ventanas abiertas para que los cristales no se hicieran añicos. Un disco a todo volumen para tapar con música de Chopin el ruido de las explosiones.

Como ocurría siempre en sus rememoraciones de España, evitaban el nombre de Martha.

Martha Gellhorn, enviada por *Collier's*.

Ernest no quería oír su nombre después del divorcio.

Herb se sentía atraído por Martha, pero había aparecido Ernest.

Evitaban mencionarla y, sin embargo, se les hacía tan presente como si Martha hubiera sido la ocupante de cada habitación del Florida, allá en Madrid.

Porque se encontraban en terreno de Martha. Finca Vigía había sido un descubrimiento de ella, cansada de vivir con Ernest en la habitación del Hotel Sevilla-Biltmore, harta de que Ernest se fuera a escribir a otra habitación de hotel en el Ambos Mundos.

Los muebles de Finca Vigía, la disposición de los muebles, eran Martha. Y Ernest tenía que marcharse de allí y, cuando la guerra empezara, Finca Vigía estaría emplazada en territorio enemigo.

Mary y él pasaron solos la última tarde. El equipaje, dos maletas más que en sus viajes anuales a Europa, se encontraba ya listo. El personal doméstico contaba con pagos adelantados y las debidas instrucciones.

Tal como habían hecho en tantas tardes, Mary y él caminaron hasta lo alto de una colina cercana. Contemplaron La Habana desde allí.

El aire traía los sonidos de radios de los alrededores, anuncios de cerveza Hatuey y de cigarro Partagás.

Los dos se mantuvieron en silencio, como si una sola palabra que dijeran arriesgara el hundimiento del sol.

A la mañana siguiente se pusieron en marcha. Él guardó en su portafolio de cuero gastado el viejo manuscrito de París y el trabajo mecanografiado del nuevo libro. Cargaba dentro de ese portafolio su pasado y su futuro.

Viajarían por mar, se evitarían el aeropuerto de Rancho Boyeros, al que Mary consideraba el lugar más parecido al infierno sobre la tierra.

Subieron con el auto al *ferry* de Key West.

Si en Washington esperaban por un pronunciamiento suyo contra Fidel Castro, no lo tendrían nunca.

14

No era buena señal que los del gobierno se desentendieran de Herb Matthews durante todo el fin de semana. Que no hubiera un ministro o viceministro o jefe de departamento dispuesto a dedicar un rato de su sábado o domingo a mostrarle los avances de los planes revolucionarios.

Por no hablar del propio Castro, quien se consideraba amigo suyo y lo condecorara.

Era mediodía del sábado y Phillips tenía a Matthews al otro lado del teléfono.

Ella le había dejado en su hotel un mensaje donde avisaba que no aparecería por Grand Central Station durante todo el fin de semana, aunque estaba segura de que, dados sus contactos en la ciudad, él no la necesitaría.

Y Matthews llamaba el sábado a mediodía para preguntar por Ted Scott.

Ted andaba por Miami.

Herb Matthews lamentó no poder contar con él. ¿Qué le parecía a Phillips si desayunaban juntos el lunes?

La invitación tomó a Phillips por sorpresa. La sorpresa se hizo mayor cuando Matthews le preguntó si estaría dispuesta a acompañarlos, a él y a Tad Szulc, en la entrevista que harían a Fidel Castro.

«Suena como otra invitación de tu parte».

«¿Otra invitación?».

«Desayuno y entrevista».

Matthews se echó a reír.

«Debo reconocer que tu participación ha sido idea de los jefes, Phillips. Tad llega el lunes en la tarde. ¿Crees que podrás acompañarnos?».

«Espero no ofenderte si lo consulto antes».

«Para nada. Te confirmarán que nos quieren a los tres».

«Pero esta vez haría preguntas, Herb».

«Ya contaba con ello».

«¿Y cuentas con que nuestras apreciaciones sobre lo que pasa aquí muy

rara vez coinciden?».

«Sin riesgo de exagerar, podría decirse que no coinciden nunca».

R. Hart Phillips percibía unos avances de los comunistas dentro del gobierno cubano que, a juicio de Herbert L. Matthews, no eran más que proyecciones de su imaginación.

Macartismo, consideraba Matthews. Pues, aunque el senador McCarthy había muerto, lo desatado por él seguía vivo.

«¿Te han dado fecha ya?».

«Espero que pronto me la avisen».

Phillips le deseó un buen fin de semana y mandó saludos para Nancie, que esta vez no lo acompañaba.

Colgó el teléfono, doblemente intrigada. Sabía ya que los jefes ponían en entredicho sus opiniones sobre la actualidad cubana, pero la sorprendía ahora comprobar que tampoco las de Matthews parecían resultarles persuasivas. En las oficinas del *Times* no parecían confiar ni en ella ni en Matthews cuando decidían juntarlos para una entrevista y añadían, encima, a un tercero.

La decepción de Matthews por no contar con Ted ese fin de semana la intrigó también. Evidentemente, no estaba recibiendo de parte de las autoridades revolucionarias el tratamiento merecido por él.

Así que Herb Matthews no gozaba del favor de los jefes ni en La Habana ni en el *Times*.

Desayunaron juntos ese lunes y, por la tarde, en vuelo desde República Dominicana, llegó Tad Szulc.

Un treintañero nacido en Varsovia, con estudios en Suiza y Brasil. Cubría Naciones Unidas para una agencia periodística cuando el *Times* lo contrató para su redacción nocturna.

Phillips trató con la oficina en New York el asunto de la entrevista, le notificó a Matthews su disposición a participar, y a los tres entrevistadores les tocó esperar.

Pasaron días sin poder agendar la dichosa entrevista, para impaciencia de Matthews. La obsequiosidad de Fidel Castro hacia él estaba lejos de la que antes le dedicara. Cuando fueron recibidos, quedó claro que no podrían publicar ninguna entrevista.

No habría entrevista, determinó Castro.

Sin embargo, no deseaba privarse del placer de conversar con ellos tres.

Por eso los invitaba a comer, pese a lo desusado de la hora.

Les confesó verse obligado a comer a horas intempestivas, en las franjas de tiempo que las tareas del gobierno le dejaban.

En la cafetería del Hotel Habana Hilton eran las tres y media de la mañana. Castro tuvo un abrazo para su viejo amigo Matthews, un apretón de mano para Szulc y un beso para Phillips, a quien lamentó no haber conocido antes.

Él y el ministro que lo acompañaba habían ordenado bistec con papas fritas, ¿qué deseaban comer ellos?

Dada la hora, los tres declinaron la invitación a comer. Lo acompañarían bebiendo algo que no contuviese alcohol.

Malta Hatuey, sugirió él.

Junto a la Coca Cola, la malta Hatuey era su bebida favorita.

Los tres pidieron malta Hatuey.

Phillips creyó que Herb Matthews haría un último intento e insistiría en la entrevista, pero Matthews parecía completamente satisfecho de compartir una conversación, aunque lo que hablasen no fuese publicado.

Castro comía con apetito. Al lado suyo, con idéntico apetito, comía el ministro de Educación, Armando Hart.

Castro tenía estropeado uno de sus dientes delanteros y Phillips se preguntó si, tal como le servían de comer a esa hora, no habría un dentista dispuesto a arreglarle de madrugada aquel diente.

Tenía un hermoso perfil. Su barba era más rala que en los retratos, y Phillips consideró que se encontraba lejos de valer los veinticinco mil pesos, equivalentes a dólares, que un empresario industrial había ofrecido por ella.

Se lo había contado a Jules Dubois el propio comandante.

Pero si los oficiales de la dictadura no lograron arrancársela, le aseguró el comandante Castro a Dubois, él no iba a desprenderse de su barba por el hecho de que un intrigante le hubiera puesto precio.

Sus compañeros de lucha y él se afeitarían las barbas cuando la revolución constituyera una realidad en Cuba. Se habían hecho esa promesa.

No dejaba de hablar mientras comía. Empujaba con el tenedor las papas fritas hasta formar un montón y hundía en ellas su tenedor. Masticaba vigorosamente, mencionaba algún plan del gobierno y pedía al ministro Hart que abundara en explicaciones para los tres periodistas allí presentes.

Terminó su plato y ordenó más papas fritas.

Ordenó otra malta Hatuey.

No tardó en arribar al tema de las relaciones de Cuba con Estados Unidos en su monólogo. Como preguntándoselo a sí mismo, se enfrentó al enigma de que los norteamericanos no lo quisieran. ¿Por qué los americanos no lo querían a él?

Qué pregunta de huérfano, se dijo Phillips.

Aquella era una de las triquiñuelas que tanto abundaban en sus discursos, y ella tuvo claro que ninguno de sus dos colegas se haría cargo de la pregunta.

«¿Que por qué los americanos no lo quieren a usted?».

Herbert L. Matthews escuchó a Phillips preguntar y se preparó para lo que fuera a ocurrir en adelante.

Phillips hizo notar a Castro que desde que él arribara a la capital del país no hacía otra cosa que atacar en sus discursos a los Estados Unidos. ¿Cómo podía pretender entonces que los americanos lo quisieran?

El comandante escuchó a la corresponsal de *The New York Times* en La Habana y sacó a relucir su diente estropeado. Sonrió a Phillips.

Admitió que tendría entonces que corregir tal impresión.

Se ocuparía de hacerlo en su próxima comparecencia televisiva, pues no deseaba ser malinterpretado en un tema tan delicado.

No convenía, reconoció.

No le convenía a la revolución.

No le convenía a Cuba.

Matthews añadió que tampoco a los Estados Unidos, y el comandante se mostró satisfecho de escucharlo.

Hecha aquella promesa de corrección, se dedicó a relatar los planes de su gobierno para convertir a la pequeña isla de Cuba en uno de los países más desarrollados del mundo.

A su lado, el ministro Armando Hart asentía a cada frase.

Verdaderamente convencido, reconoció Phillips.

Y, a determinada altura de su monólogo, el comandante debió sentir necesidad de hacer otra pregunta incontestable.

Esta vez se enfrentaba al misterio de que Estados Unidos sintiera miedo a la presencia del comunismo en Cuba. ¿Por qué Estados Unidos tenía tanto miedo a que en Cuba fuera a imponerse el comunismo? ¡Si quien tendría que sentir ese miedo era él!

R. Hart Phillips había escuchado sus planes para hacer de Cuba uno de los primeros países del mundo y le sonaron tan irrealizables como el que ella pasaba a proponerle ahora al comandante.

«Supongamos —le dijo— que su gobierno pudiera trasladar esta isla hasta dejarla en medio del océano Atlántico».

Él accedió a seguirle el juego. Muy bien, movían la isla de Cuba de su actual posición geográfica para ponerla en medio del Atlántico. ¿Y?

De lograrse algo así, convino Phillips, Estados Unidos abandonaría toda preocupación por el comunismo en Cuba. Pero, mientras Cuba quedara tan próxima a los Estados Unidos, continuaría la preocupación de los Estados Unidos por la presencia del comunismo a tan solo noventa millas náuticas de sus costas.

Él hizo relucir su diente estropeado, sonrió a Phillips y, por encima del hombro, sonrió a su ministro de Educación.

Cierto que ambas naciones se encontraban demasiado próximas…

Retomó su monólogo, repleto de planes más o menos irrealizables, hasta que afuera, en la calle, comenzó a clarear el día.

Trajeron café para todos. El comandante pasó a hacerles preguntas acerca de la política norteamericana, de cuyos entresijos parecía bien informado.

Escuchó lo que le respondían, repreguntó y, llegado un momento, se puso en pie. Confesó que podría quedarse hablando allí con ellos hasta que terminara el día que empezaba, pero tenía que marcharse ya.

Porque los asuntos del país esperaban por él.

Deseó buen viaje de regreso a Matthews y a Szulc, prometió darles una entrevista más adelante y, al despedirse de Phillips, mencionó que, ya que a ella la tenía en La Habana, no tardarían en volver a encontrarse.

Tenían mucho de qué conversar, le dijo en tono cómplice.

Herbert L. Matthews y Tad Szulc salieron muy complacidos de la cafetería del Hotel Habana Hilton, pese a no contar con entrevista.

De vuelta en New York, Matthews publicó un artículo sobre su visita a Cuba y elevó a los superiores un memo relacionado con R. Hart Phillips.

En su artículo, publicado en primera plana y reproducido y comentado en diversos periódicos, sostuvo que la Revolución cubana no era catalogable de comunista en ningún sentido del término.

En Cuba no existían comunistas en posiciones de poder, concluyó.

Del memo a los jefes, Phillips tuvo noticias más tarde. Antes, recibieron en

Grand Central Station una llamada anónima. La voz masculina en el teléfono, irreconocible y entrecortada, habló en inglés. Deseaba avisar, así dijo, que Ted Scott no estaba en Miami como allí creían, sino arrestado por la policía política cubana, en el cuartel general del G-2.

Colgó sin ofrecer detalles.

Después de recibir esa llamada, Phillips confirmó que el pasajero Scott no había subido a su vuelo con destino a Miami.

Ted Scott tampoco había vuelto al hotel donde vivía.

Phillips consiguió comunicarse con el cuartel general del G-2 y, sin perder tiempo averiguando si lo tenían o no allí, preguntó bajo qué cargos se encontraba arrestado Ted Scott.

Al otro lado de la línea, el oficial preguntó de dónde sacaba la señora corresponsal de *The New York Times* ese supuesto paradero del señor Ted Scott.

Ella le encareció al oficial que no contestara a su pregunta con otra pregunta. Pero de la conversación telefónica sacó únicamente que en el cuartel general del G-2 no constaba ningún detenido de apellido Scott.

Sarita y Raúl recurrieron a los contactos que tenían en puestos gubernamentales y obtuvieron evasivas.

Uno de ellos le aconsejó a Sarita que dejara de hacer averiguaciones de esa clase. Al fin y al cabo, los periodistas extranjeros llegaban y se iban, pero ella residía allí y era cubana.

Ninguno de los cargos oficiales que, meses antes y en la clandestinidad, solían presentarse en Grand Central Station para pedir ayuda por sus vidas o las vidas de otros, se mostraba dispuesto a ayudar ahora.

El embajador británico Fordham protestó ante el Ministerio de Relaciones Exteriores y lograron saber que, tal como la llamada anónima revelara, Ted se encontraba bajo arresto.

Era temprano para conocer qué determinarían en su caso, pero bien que podría afrontar cargos por espionaje. Y en el caso de que la justicia revolucionaria determinara que Ted Scott operaba en contra de la revolución, cabía la posibilidad de que fuera sentenciado a la pena capital.

Semanas antes un grupo de jóvenes había arrancado el letrero de la fachada de Grand Central Station. Sarita los interceptó cuando subían la escalera, dispuestos a arrasar. Logró hacerles ver que aquél era el mismo periódico que diera a conocer los primeros triunfos del ejército rebelde y

revelado al mundo la personalidad del comandante en jefe Fidel Castro.

Sarita consiguió disuadirlos por una vez, pero ésos u otros jóvenes como ellos terminarían por llegar a lo alto de la escalera. Phillips no tenía dudas acerca de ello.

Junto a las noticias del paradero de Ted, le llegaron detalles del memo dirigido por Matthews a los superiores.

En su comunicación, Matthews achacaba a R. Hart Phillips insuficiencias emocionales y profesionales. Matthews diagnosticaba que, con tales insuficiencias, ella no sería capaz de ofrecer a los lectores del periódico una visión clara, objetiva y comprensible de la revolución que estaba ocurriendo en Cuba.

Dado lo ocurrido con Ted, Phillips calculó que el grupo de jóvenes decidido a destrozar la redacción subiría la escalera antes de que ella fuera despedida. Castro clausuraría Grand Central Station, ella sería detenida como Ted o la echarían sin más del país y, considerando las opciones que tenía por delante, tal vez sería ése el mejor final para La Habana.

15

Fleming, Ian Fleming, contaba con razones excelentes para sentirse postergado en la fiesta de este año. Su última novela del agente 007 James Bond estaba recibiendo el peor trato que la crítica hubiera deparado a un libro suyo. A lo cual venía a sumarse el rechazo de un libro sobre Kuwait que le encargara una compañía petrolera kuwaití.

No lo publicarían ni permitirían que fuera publicado por él.

No se publicaría nunca.

Recibió un pago excelente, pero la parte kuwaití consideró que se detenía demasiado en el pasado turbio del país y estaba lejos de haber fabricado el fino objeto de publicidad que esperaban de él.

Tantos contratiempos consiguieron hacerle todavía más creíble la sospecha de que la partición en dos de la fiesta de Jonathan Cape reservaba a los autores favoritos mejor trato que el recibido por él.

En aquella otra fiesta habría mejores licores y servirían caviar. Los autores estimados por el señor Cape no tendrían que codearse con estos otros, a los que Fleming observaba con la copa en la mano, sin acercarse a ninguno.

Afortunadamente, se encontraba allí Lewis, Norman Lewis, quien tampoco era merecedor del trato de segundón que la editorial les deparaba.

Fleming saludó a Lewis, mostró con una mueca su disgusto por todos los que no fueran ellos dos y, cuando Lewis calculó que empezaría a quejarse, Fleming le preguntó si conocía Kuwait.

Lewis contestó que no.

Pues bien, Fleming había pasado dos semanas en Kuwait recogiendo material para un libro.

Lewis comentó su interés en leer ese libro.

«Siento defraudar tus esperanzas, Norman. No se publicará».

«¿No lo publicarás?».

«La compañía que me lo encargó decidió no publicarlo».

«¿Y estás de acuerdo?».

«Ciertamente no. Pero estuve de acuerdo en aceptar determinada suma y determinada cláusula».

«Y ahora no puedes hacer nada».

«Mandé a encuadernar el manuscrito, eso hice. La más lujosa encuadernación para la única copia existente de ese libro».

El ejemplar engrosaría la colección del Fleming bibliófilo, especializado en volúmenes científicos raros.

Norman Lewis sonrió para sí mismo.

«Pensé que tu pregunta por Kuwait me traería tantas consecuencias como cuando me preguntaste por Cuba en una fiesta como ésta».

«¡Ah, Cuba! ¿Sabes? El mes pasado visité Washington, vi allá gente muy importante de la política, y el tema salió a relucir».

«¿Cuba?».

Ian Fleming asintió.

«Quisieron conocer mi opinión y pude servirme de tus informes».

«Me complace escuchar eso».

«Washington no me gusta especialmente, es como un gran mausoleo griego. Pero me invitaba Harry Brandon. ¿Conoces a Harry?».

«¿El corresponsal del *Sunday Times*?».

«El mismo Harry Brandon. Se empeñó en que me viese con Allen Dulles, el director de la CIA, pero Dulles no se encontraba en la ciudad. Harry quiso que conociera al senador Kennedy, y el senador estaba fuera también o eso pretextó. De modo que me fui a visitar a una amiga y, casualmente, ella cenaba esa noche en casa de los Kennedy, les consultó si podía llevarme a la cena de esa noche y descubrí así que Kennedy es un fanático lector de mis novelas».

Lewis celebró la noticia. Quiso saber qué impresión le había hecho el senador.

«Demasiado joven para ser presidente, me temo. Parece decidido a presentar su candidatura, aunque lo tendrá difícil en su partido. Durante la cena me confesó que le gustaba especialmente *From Russia, With Love*. Éramos siete a la mesa. Los dueños de la casa, el columnista Joe Alsop, un pintor amigo de los Kennedy, un hombre de Dulles cuyo nombre no recuerdo, mi amiga y yo. Se hablaba de política local y yo escuchaba. Hasta que salió a relucir el tema de Cuba, y no pude menos que reírme de lo que opinaban».

«¿Eran risibles sus opiniones?».

«Incluso las de un tipo como Joe Alsop. Tienen delante la verdad, Norman, y no la reconocen».

«Me gustaría saber qué les dijiste sobre el tema».

«Verás, no pude menos que recordarles la responsabilidad de los Estados Unidos en la construcción del personaje Castro. Los Estados Unidos no hacen más que contribuir a su leyenda, cuando tendrían que quitarle fuelle, algo que lograrían con la puesta en marcha de unas pocas operaciones. Tres, para ser exacto».

«Supongo que los de la cena quisieron conocer cuáles eran esas tres operaciones».

Igual que aquella gente en Washington, Lewis sentía interés por conocerlas.

«Se mostraron, ciertamente, muy interesados. Yo empecé por prevenirlos de que podían sonarles un tanto ridículas, pero resultarían efectivas a la larga».

Fleming pareció sopesarlas nuevamente.

«Sí, confío en que resultarían efectivas».

Gracias a los informes de Lewis y de otros materiales con los que contaba, Ian Fleming había planeado una estrategia para el caso de Cuba. Su estrategia partía de la premisa de que los cubanos se interesaban fundamentalmente en tres asuntos.

«El dinero, Norman».

«El dinero».

«La religión».

«La religión».

«Y el sexo».

«El sexo».

«¿Estamos de acuerdo en estas tres obsesiones cubanas?».

Lewis no se habría arriesgado a formularlo tan restrictivamente y no habría ordenado así las prioridades, pero asintió con tal de acceder a los detalles.

El problema que Cuba representaba tenía nombre y apellido, y no era otro que Fidel Castro. Pues bien, el plan de Fleming para combatir a Fidel Castro se basaba en tres acciones, cada una de ellas correspondiente a una de las tres obsesiones de la gente de Cuba.

«¿Cuán lleno tienes tu vaso, Norman?».

Dada la expedición que emprenderían ahora, lo mejor era contar con provisiones.

Éste era el plan de Fleming, Ian Fleming, para Cuba.

En relación con la apetencia de los cubanos por el dinero, aviones estadounidenses lanzarían dólares a lo largo de la isla. Dólares, muchos dólares, y volantes que explicaran, en el español más legible, que aquel dinero caía del cielo gracias a la generosidad de los Estados Unidos.

Tocante a la religión, sería necesario emitir una señal religiosa que fuera visible. Los Estados Unidos contaban con una base naval al oriente de la isla y desde ella, desde la base naval de Guantánamo, podría emitirse una señal que se viera en toda la isla.

Por supuesto, tendría que ser un símbolo bien reconocible.

Una cruz luminosa, por ejemplo.

Una cruz luminosa en el cielo no era el Templo de la Llama Violeta en el plano etérico del cual le hablaran a Lewis en La Habana, pero esa cruz obligaría a los cubanos a no apartar la vista de lo alto.

Por último, para atender a la obsesión de los cubanos por el sexo, debería establecerse una relación entre las barbas y la impotencia masculina.

Y en este último punto volvía a ser decisiva la propagación de volantes. La aviación estadounidense haría llover sobre el territorio nacional cubano volantes que informaran, en lenguaje muy claro, que las muestras de atmósfera tomadas recientemente en la isla indicaban un alto índice de radioactividad y que esa radioactividad se concentraba especialmente en las barbas masculinas hasta causar impotencia sexual.

«Con tales noticias, los cubanos no tardarían en afeitarse. Se afeitaría hasta el propio Castro. Y sin sus barbas, ¿qué quedaría de él, de todos sus comandantes y de su tropa?».

Lewis escuchó los tres puntos del plan de Fleming y empezó a preguntarse a qué clase de inteligencia había entregado él sus notas de lo visto y escuchado en Cuba.

A juzgar por la expresión beatífica de Fleming, su intervención en la cena de los Kennedy había constituido un éxito.

«Los hice reír, aunque también pensar. Y aquí viene lo mejor, Norman. Al día siguiente de mi partida, suena el teléfono de Harry, Harry Brandon levanta el auricular, y escucha la voz de Allen Dulles preguntando si me

encontraba por allí todavía».

«Allen Dulles, el director de la CIA».

«Precisamente. Le habían contado acerca de mi arma secreta contra Fidel Castro y estaba deseoso de escuchar de viva voz esos detalles».

Cuestionarle a Fleming la efectividad de su plan para Cuba habría sido, calculó Lewis, como preguntarle si creía a pie juntillas en las hazañas de James Bond.

«Me temo que estás a punto de mandar a Bond a La Habana».

Fleming recibió la observación con una carcajada.

«El plan para Cuba te ha sonado como un episodio de mis novelas, ¿no?».

«Francamente, sí».

Ian Fleming se mostró radiante.

«Debió de ser por eso que el senador Kennedy mostró tanto interés en él. Respecto a Bond, ni se me ocurriría. Para enviarlo a una misión así, tendría antes que visitar La Habana».

Y visitar La Habana no se contaba entre sus planes inmediatos.

Ernest Hemingway había abandonado Cuba. Ted Scott, uno de sus modelos para James Bond, se encontraba arrestado allí por espionaje.

«¿Algo nuevo de Ted?».

«Nada, Norman. Mis esperanzas se reducen a que lo expulsen del país sin celebrarle juicio».

Dos semanas más tarde Lewis recibió noticias de Ted Scott. Tal como en las esperanzas de Fleming, Ted había sido expulsado de Cuba sin juicio, sin acusación formal de espionaje.

Lewis supo también que el gobierno de Castro había expulsado a R. Hart Phillips y cerrado Grand Central Station, la corresponsalía habanera de *The New York Times* donde Ted y él hicieran unas prácticas de tiro. Quedó prohibida en Cuba la circulación de ése y cualquier otro periódico extranjero, y La Habana perdió con ello su único diario en inglés.

Tuvo noticias de que uno de los proveedores de su negocio de artículos fotográficos viajaría a La Habana y le encargó que buscara allí al coronel Noro Hermida y al capitán Herman Marks, este último a cargo del pelotón de fusilamiento en la fortaleza de La Cabaña.

Al volver de La Habana, el proveedor le contó que el capitán Marks había sido fusilado por el mismo pelotón que hasta entonces mandara.

Él escuchó la noticia y prefirió pensar que el capitán Marks no habría

dejado de dar las órdenes.

Habría dado las órdenes sin atropellamiento, contando hasta seis entre la de apuntar y la de hacer fuego, y lo último que verían sus ojos antes de caer por los disparos del pelotón tuvo que ser el Cristo de La Habana.

El capitán Marks no podía sospecharlo entonces, pero al elegir aquella estatua como imagen última para los fusilados no había hecho otra cosa que elegir su última imagen.

En cuanto al coronel Noro Hermida, el proveedor de aparatos fotográficos no fue capaz de encontrar en La Habana rastro suyo. El propietario de la librería Canelo le aseguró no haber escuchado nunca ese nombre de militar, y preguntó si no se trataría de un coronel del ejército de Batista, pues en ese caso iba a ser imposible hallarlo dentro de Cuba.

¿Logia del Caribe? Por la librería Canelo no había pasado nunca un grupo que se reuniera bajo ese nombre. Debió de ser en otra librería, concedió el dueño de la Canelo. Y le recomendó que preguntara en las librerías de la calle Obispo.

El proveedor de la tienda de Lewis regresaba de Cuba sin noticias para él, pero lleno de entusiasmo. Porque se proponía firmar un contrato con el instituto de cine recién creado en Cuba y habló a Lewis del nuevo cine que harían los cubanos.

Todo un mundo por fundar, exclamó en su entusiasmo. Y en ese mundo por fundar existía una cubanita que era una preciosidad, recién fundada ella.

Cherchez la femme !

Pasó tiempo. El senador Kennedy llegó a presidente de los Estados Unidos y recorrieron el mundo las imágenes de su asesinato. Con dos balas en su escopeta favorita, una Boss calibre doce, Ernest Hemingway hizo que publicaran sus obituarios definitivos. Y una tarde de agosto de 1964, Lewis leyó en los periódicos que Fleming había fallecido en Canterbury, de un infarto.

Fleming, Ian Fleming, tenía, como él, 56 años.

Un buen día, Norman Lewis recibió en la redacción del *Sunday Times* una abultada carta. Venía franqueada en Orlando, Florida, y la caligrafía del remitente dudosamente habría sido asociada con la de un militar.

Al inicio de sus líneas, el coronel Hermida abundaba en deseos de salud y prosperidad, según recomendaban los manuales de correspondencia

comercial, amorosa y familiar.

Quien aquello escribía tenía el placer de informarle que casi todos los miembros de la Logia del Caribe habían alcanzado a salvarse de la persecución y, si bien dispersos por la geografía estadounidense, continuaban en contacto entre ellos.

En La Habana permanecía el gran amigo Benigno Aranda, a quien no lograron convencer de que abandonara su patria natal. Y en Orlando, Florida, donde el amigo Norman Lewis tenía su casa, el coronel Hermida trabajaba en pos del fin de los dictadores Fidel Castro y Leónidas Trujillo. Deseando alguna vez volver a una República Dominicana libre de dictadura, pero más aún a una Cuba libre.

Aunque acerca de esto último no se hacía ilusiones. El coronel lamentaba en su carta el destino de las pobres repúblicas latinoamericanas, padecedoras de dictaduras.

Líneas más arriba había mencionado la persecución contra los integrantes de la Logia del Caribe. Con ello se refería a la persecución desatada por el propio Fidel Castro, acusándolos de neutrales frente a la dictadura de Batista. ¡A él y a sus compañeros, que habían hecho lo imposible por sumarse a la guerrilla de Fidel Castro cuando nadie sabía si obtendría la victoria!

Pero no era intención de quien le escribía esa carta detenerse en la queja, cuando su cometido no era otro que dar fe de vida y poner al amigo lejano al día acerca de la suerte corrida por diversos conocidos habaneros sobre los cuales, se permitía suponer, el amigo Norman Lewis publicaría alguna vez un libro.

El coronel Hermida se consideraba en la obligación de brindar al amigo Lewis, que tan colaborativo se portara con la Logia del Caribe, noticias del fin habanero de Julio Lobo, antes llamado el Rey del Azúcar, quien perdiera todas sus propiedades y fortuna en la isla y, del mismo modo que los integrantes de la Logia del Caribe, se vio en la necesidad de abandonar su país de acogida.

Lobo había recibido un día la visita del comandante argentino Ernesto Guevara, apodado Che y nacionalizado cubano, que venía a ofrecerle el puesto de director de uno de los catorce centrales azucareros que hasta entonces fueran de su propiedad y que, según el tal Che afirmó, pasaban ahora a constituir patrimonio del pueblo de Cuba.

Como si se tratara de un grandísimo favor, le ofrecía a un rey empleo de mayordomo. Y en La Habana se vio obligado a dejar el señor Lobo su magnífica colección napoleónica, que incluía el mechón del cual no accediera a desgajar unos pocos pelos para que la Logia del Caribe afianzara el destino de Cuba y, por tanto, del mundo. Julio Lobo, que la única vez que se vieron le contara su intención de hacerle a Raúl Castro una oferta de compra por un reloj de Napoleón Bonaparte… ¡Sin saber que quien recibiría una oferta de los hermanos Castro era él!

Llegado a ese punto de su carta, el coronel no podía menos que ponerse a imaginar cuán distinta habría sido la historia de Julio Lobo, y la de todos ellos, en caso de que el coleccionista hubiese sido menos avaricioso de unos pelos.

Aunque, bien razonado, ¿pudo ser de veras diferente lo vivido por ellos en los últimos años? Para una interrogación de tal calibre el coronel no poseía de momento una respuesta.

No cejaba, sin embargo, de pensar en ella y de buscarla.

La carta continuaba con agradecimientos al amigo Lewis por su recomendación de pedirle al general García Vélez una porción de aquello que atesoraba el álbum de Francisco de Miranda.

Pudoroso en su correspondencia, el coronel Hermida evitaba referirse abiertamente a los pelos púbicos de la emperatriz Catalina la Grande. Reconocía la generosidad del general García Vélez y admitía que, gracias a su generosidad, la Logia del Caribe había podido ejecutar las necesarias y precisas ceremonias. No obstante, él no dejaba de cuestionarse si con tales ceremonias, que presentificaron en la isla de Cuba a la gran emperatriz de Rusia, no habrían propiciado ellos la intromisión de los nuevos zares del Kremlin en los asuntos cubanos.

Una intromisión que ahora sufrían los amantes de la libertad.

Se disculpaba el coronel por una carta tan poblada de dudas como la suya, y se despedía con las fórmulas de cortesía más recomendadas en los manuales de correspondencia comercial, amorosa y familiar.

Una postdata para la que apenas contaba con espacio prometía el reencuentro en La Habana con el apreciado amigo Lewis. La posdata del coronel Hermida ascendía por el margen derecho de la carta como una columna de humo hacia el cielo.

Lewis, igual en esto a tantos viajeros empedernidos, no era un gran

corresponsal, y postergó tanto la contestación, que terminó por no escribirle al coronel Hermida.

En los años que siguieron, Norman Lewis publicó varios de sus recuerdos habaneros, además de una novela cuya historia transcurría en Cuba. El protagonista de esa novela era un adolescente británico que vivía en La Habana y asistía al triunfo de los rebeldes y, tal como solía ocurrir con sus novelas, la acogida del público distó de alcanzar la que obtenían sus libros de viajes.

Una reseña en el *Times Literary Supplement* lo acusó de hacer efigies antes que personajes y llegó a reclamarle un protagonista menos disléxico.

Las cubiertas de sus libros de viaje continuaron calificándolo como el mejor escritor de viajes de la época, si no el mejor desde Marco Polo. Y a esa frase, exagerada o no, fue sumada una de Graham Greene en la que saludaba a Lewis como uno de los más brillantes escritores, no de tal o cual década, sino de todo el siglo.

Hasta el fin de su larga vida continuó viajando y escribiendo sobre esos viajes. Decenas de países, cuatro continentes, pero nunca regresó a La Habana.

Agradecimientos

Para escribir esta novela fue consultada una treintena de volúmenes. Menciono aquí aquellos con los que estoy más en deuda.

Mi primer agradecimiento es, por supuesto, para los publicados por Norman Lewis. Acerca de su viaje a Cuba enviado por Ian Fleming puede leerse en *A View from the World* y en *The World, the World*. Lewis sostuvo que Ted Scott retó a duelo a Ernest Hemingway por el comportamiento escandaloso de Ava Gardner en una fiesta. El expediente del FBI de Hemingway atestigua la existencia de ese reto, aunque originado por un desacuerdo entre Ted Scott y Mary Hemingway.

Lewis sostuvo que el capitán Marks había muerto en La Cabaña, fusilado por el mismo pelotón que dirigiera. Tony Perrottet, en un artículo publicado en *The Atavist Magazine* —«The Butcher of Havana»—, revela que Marks logró huir de Cuba y regresó a su país, donde vivió nuevas aventuras, nuevos arrestos y tuvo un final misterioso.

Para estos episodios —el duelo de honor y el final del capitán— he preferido atenerme a la versión de Lewis, por poco histórica que sea.

Acerca de la vida y viajes de Norman Lewis, me resultó imprescindible *Semi-Invisible Man. The Life of Norman Lewis*, de Julian Evans. Y acerca de Ian Fleming, su cena con los Kennedy y su plan de tres puntos para Cuba, lo fue *The Life of Ian Fleming*, de John Pearson.

R. Hart Phillips es la autora de tres libros excelentes sobre sus décadas de corresponsalía en La Habana. Me serví de los dos últimos: *Cuba: Island of Paradox* y *The Cuban Dilemma*. No encontré en ellos ninguna alusión a las tensiones entre ella y Herbert L. Matthews, aunque sí en la biografía de Matthews escrita por Anthony DePalma: *The Man Who Invented Fidel*.

De los muchos textos biográficos que existen sobre Ernest Hemingway, quedo en deuda con el perfil escrito por Lillian Ross para *The New Yorker*, así como con los volúmenes *Hemingway en otoño*, de Andrea di Robilant; *Correr con los toros. Mis años con los Hemingway*, de Valerie

Hemingway; *Hemingway*, de Fernanda Pivano; y *Hotel Florida: verdad, amor y muerte en la Guerra Civil*, de Amanda Vaill.

Para el Graham Greene de *Our Man in Havana* recurrí al volumen tercero de la monumental biografía compuesta por Norman Sherry, y al más específico *Our Man Down in Havana. The Story Behind Graham Greene's Cold War Spy Novel*, de Christopher Hull.

En cuanto a hoteles, casinos y mafia en La Habana fueron de ayuda valiosísima diversos estudios y biografías. Entre ellos: *Pleasure Island. Tourism and Temptation in Cuba*, de Rosalie Schwartz; *Nocturno de La Habana. Cómo la Mafia se hizo con Cuba y la acabó perdiendo*, de T. J. English; *El Imperio de La Habana*, de Enrique Cirules; *Little Man. Meyer Lansky and the Gangster Life*, de Robert Lacey; y *The Silent Don. The Criminal Underworld of Santo Trafficante Jr.*, de Scott M. Deitche.

Acerca de la colección napoleónica de Julio Lobo, consulté *The Sugar King of Havana. The Rise and Fall of Julio Lobo, Cuba's Last Tycoon*, de John Paul Rathbone.

Elaine Dundy, en *Life Itself!*, y George Plimpton, en *Shadow Box,* rememoraron el almuerzo en La Habana con Ernest Hemingway y Tennessee Williams, así como el encuentro con el capitán Marks.

Respecto al Superman del teatro Shanghái, además de las referencias encontrables en Greene, agradezco el artículo de Mitch Moxley «Superman of Havana», publicado en *Roads & Kingdoms*.

La lectura de *The Havana Habit*, de Gustavo Pérez Firmat, me permitió imaginar que la figura de un manual de geografía pudiera alguna vez servir de mandala.

El paso de Errol Flynn por los prostíbulos de Manzanillo ha sido reconstruido imaginariamente para este libro. Imaginaria es la acometida de Ted Scott contra la campaña presidencial de John F. Kennedy. Imaginarias también son las figuras del diplomático estadounidense Bill Fenton y su familia, de Armando Jesi y sus conocidos en el club Bikini, del coronel Hermida y la Logia del Caribe, y de los dos socios propietarios y la secretaria de la revista *Fenomenal*.

Lamentablemente, de ninguna de las canciones que cita Vic puedo decir lo mismo: ninguna es de mi invención.

A. J. P.

Acerca del autor

Antonio José Ponte (Matanzas, Cuba, 1964). Poeta, ensayista y narrador. Graduado de Ingeniería Hidráulica por la Universidad de La Habana, practicó durante cinco años esa carrera, que luego abandonó. Ha publicado, entre otros títulos, *Las comidas profundas* (1997), *Asiento en las ruinas* (2005), *In the Cold of the Malecón & Other Stories* (2000), *Cuentos de todas partes del Imperio* (2000), *Un seguidor de Montaigne mira La Habana/Las comidas profundas* (2001), *Contrabando de sombras* (2002), *El libro perdido de los origenistas* (2004*), Un arte de hacer ruinas y otros cuentos (*2005), *La fiesta vigilada* (2007), *Villa Marista en plata. Artes, política, nuevas tecnologías* (2010) y, junto con Fermín Gabor, *La lengua suelta* (2020). Reside en Madrid desde 2006. Sus libros han sido traducidos al alemán, al francés y al inglés.

© Antonio José Ponte, 2025
Publicado mediante acuerdo con VicLit Agencia Literaria

Diseño de la colección: Guillemont-Navares
Imagen de portada: © Hulton Archive / Getty Images

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: febrero de 2026
ISBN: 978-607-39-3886-0

Primera edición en formato epub en México: febrero de 2026
ISBN: 978-607-39-3990-4

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares, diálogos y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

TUSQUETS EDITORES

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE